

Investigación social en interacción

Tensiones, debates y dilemas

Rosalba Casas
Laura Beatriz Montes de Oca Barrera
Alí Ruiz Coronel
Coordinadoras



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad de México, 2024

Comité Editorial de Libros del IISUNAM

Marcela Amaro Rosales • IISUNAM

Presidenta

Karina Bárcenas Barajas • IISUNAM

Secretaria

Virginia Careaga Covarrubias • IISUNAM

Marcos Agustín Cueva Perus • IISUNAM

Bruno Felipe de Souza e Miranda • IISUNAM

Matilde Luna Ledesma • IISUNAM

Karolina Monika Gilas • IISUNAM

Adriana Murguía Lores • FCPYS, UNAM

Eduardo Nivón Bolán • UAM-I

Juan Cruz Olmeda • COLMEX



Forma sugerida de cita: Casas Guerrero, R., Montes de Oca Barrera, L. B., Ruíz Coronel, A., Olmedo Neri, R. A., Paré, L., Pacheco-Vega, R., Lazos, E., Martínez Araujo, Z., Larios Murillo, S., Poma, A., Flores-Castillo, N. L., Montes de Oca Zavala, V., Prunier, D., Núñez Sarmiento, M., Contreras Montellano, O. F. & Arancibia Gutiérrez, E. (2024). Investigación social en interacción : tensiones, debates y dilemas. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales. <https://ru.iis.sociales.unam.mx/>

Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución- No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Catalogación en la publicación UNAM.

Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Casas, Rosalba, editor. | Montes de Oca Barrera, Laura Beatriz, editor. | Ruiz Coronel, Alí, editor.

Título: Investigación social en interacción : tensiones, debates y dilemas / Rosalba Casas, Laura Beatriz Montes de Oca Barrera, Alí Ruiz Coronel, coordinadoras.

Descripción: Primera edición electrónica en e-pub. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2024.

Identificadores: LIBRUNAM 2249492 (libro electrónico) | ISBN 9786073096546 (libro electrónico) ISBN 9786073099059 (PDF).

Temas: Ciencias sociales -- Investigación. | Paradigmas (Ciencias sociales). | Medio ambiente -- Aspectos sociales. | Subjetividad -- Aspectos sociales. | COVID-19 -- México.

Clasificación: LCC H62 (libro electrónico) | DDC 300.72—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial de Libros del Instituto.

Primera edición electrónica: octubre de 2024.

D.R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Sociales

Circuito Mario de la Cueva, s/n,

Ciudad Universitaria, C. P. 04510

www.iis.unam.mx

<https://ru.iis.sociales.unam.mx/>

Correo electrónico: repositorio.iis@sociales.unam.mx

Libro electrónico editado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Se terminó de producir en octubre de 2024. La edición electrónica en formato e-pub estuvo a cargo de Oscar Quintana Ángeles. Participaron: Virginia Careaga Covarrubias (edición del proyecto), María Antonieta Figueroa Gómez (revisión de contenidos electrónicos), Cynthia Trigos Suzán (diseño de portada) y Cynthia Salazar Nieves (cuidado de la edición).

ISBN: 978-607-30-9905-9

Sobre este libro

Este libro ofrece una visión integral y reflexiva sobre la investigación social en interacción con la sociedad, un enfoque ampliamente difundido en las ciencias sociales concebido como un proceso de intercambio de conocimientos a través de múltiples canales, donde las interacciones sociales son cruciales tanto para la generación de nuevos conocimientos como para su aplicación. A lo largo de sus páginas, se plantean los elementos que caracterizan este tipo de investigación, la relación entre la función académica y el activismo, así como las diversas formas de generar conocimiento, entre otros temas. Las experiencias compartidas por las y los autores revelan la complejidad y riqueza de la investigación social en interacción, destacando la pluralidad de formas que adopta, las tensiones que le son inherentes y sus numerosas contribuciones éticas y metodológicas. Sobresale la importancia de considerar los contextos sociales en los que se desarrollan las investigaciones y la necesidad de establecer puentes entre la academia y la sociedad, reconociendo la influencia de los marcos institucionales y proponiendo acciones concretas para fortalecer esta modalidad investigativa. Esta obra no pretende ofrecer respuestas finales, sino fomentar el debate, identificando desafíos y ventajas de la investigación social en interacción para avanzar hacia una práctica más comprometida con la sociedad.

Contenido

Introducción general

Investigación social en interacción: debates y reflexiones preliminares

Rosalba Casas, Laura Montes de Oca y Alí Ruiz Coronel

Primera sección

Posturas y debates epistemológicos y metodológicos de la investigación en interacción con la sociedad

Introducción a la primera sección

Interacción con la sociedad como alternativa metodológica y epistemológica al paradigma positivista en investigación social

Alí Ruiz Coronel y Raúl Anthony Olmedo Neri

Retos de la investigación-acción ante la crisis socioambiental, las políticas públicas socioambientales y la vinculación universitaria

Luisa Paré Ouellet

Etnografía longitudinal aplicada al estudio de organizaciones de la sociedad civil ambientalistas: una reflexión sobre investigación social a largo plazo

Raul Pacheco-Vega

Hablar desde la experiencia. Consideraciones en la investigación con actores sociales en zonas rurales

Raúl Anthony Olmedo Neri

Puentes y abismos entre las ciencias sociales y el activismo social.

Participación y poder en los territorios de la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas, Veracruz

Elena Lazos Chavero

Segunda sección

Subjetividad, intersubjetividad y reflexividad

Introducción a la segunda sección

La subjetividad como herramienta hermenéutica

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera y Zahiry Martínez Araujo

Construyendo conocimiento con activistas: oportunidades y desafíos de la investigación comprometida

Susana Larios Murillo y Alice Poma

De sujetos de estudio a participantes activos.

Reflexiones de investigaciones cualitativas en envejecimiento y vejez

Nancy Lysvet Flores-Castillo y Verónica Montes de Oca

Aportes y desafíos de la investigación psicosocial a problemas actuales.

Un ejercicio de reflexividad en torno a una investigación sobre el habitar un barrio popular

Zahiry Martínez Araujo

Colaboraciones y tensiones ético-metodológicas de una investigación en un albergue para migrantes

Delphine Prunier

Tercera sección

Compromiso, participación y repercusiones sociales

Introducción a la tercera sección

Compromiso, intervenciones y repercusiones sociales

Rosalba Casas y Marta Núñez Sarmiento

Dilemas y soluciones del compromiso y el distanciamiento para estudiar a las cubanas y las relaciones de género en Cuba durante Covid-19 y la postpandemia

Marta Núñez Sarmiento

Conocimiento académico en acción. Una comunidad de ciencias sociales frente a las caravanas migrantes y la pandemia de Covid-19
Oscar Fernando Contreras Montellano

Investigación social en interacción con actores locales. Experiencias vinculadas al Observatorio Regional de Gobernanza y Coordinación Social ante Covid-19 en Yucatán
Eliana Arancibia Gutiérrez

Conclusiones generales
Investigación social en interacción: alcances, limitaciones y recomendaciones
Laura Beatriz Montes de Oca Barrera, Rosalba Casas y Alí Ruiz Coronel

Sobre las autoras y los autores

Introducción general

Investigación social en interacción: debates y reflexiones preliminares

Rosalba Casas

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera

Alí Ruiz Coronel

[\[Regresar al contenido \]](#)

La evolución de las ciencias sociales ha implicado ensayar diversas formas para la generación de conocimiento sobre nuestras realidades. La amplia gama de disciplinas que se considera cuando hablamos de investigación social (sociología, antropología, ciencia política, psicología social, entre otras) explica que en este campo no haya un modelo único de producción de conocimiento.

A diferencia de otros campos, como las ciencias naturales, las ciencias sociales han generado escasos estudios que reflexionen sobre las características de las tradiciones coexistentes y sus implicaciones para la producción de conocimiento de calidad y socialmente relevante. La consideración conjunta de estas implicaciones requiere un proceso reflexivo que abarque aspectos ontológicos, epistemológicos, metodológicos y éticos del proceso investigativo (Guba y Lincoln, 2002). Las implicaciones relacionadas con lo que denominamos *investigación social en interacción* han guiado las discusiones, reflexiones y análisis de cada capítulo, al intentar responder las siguientes interrogantes: ¿cómo se concibe la realidad que se investiga? ¿Quién construye el conocimiento? ¿Qué conocimiento se construye? En el proceso de investigación, ¿cómo es la interacción con las personas que forman parte de las realidades estudiadas? ¿Cómo se desarrolla este proceso? ¿Para qué se investiga y se construye conocimiento?

Las distintas formas de hacer investigación y generar conocimiento se relacionan con las miradas disciplinarias, los ámbitos que se estudian, las metodologías y las teorías en que se sustentan, así como con los campos de especialización en los que se trabaja y el tipo de sujetos sociales sobre quienes queremos generar conocimiento. De ahí que el énfasis en pensar sobre las formas de hacer investigación, su formalización y su relevancia científica y social se encuentran en los debates actuales sobre las ciencias sociales (Subirats, 2012).

En el amplio marco de las ciencias sociales, la investigación social en interacción con las personas que forman parte de las realidades estudiadas, que no pertenecen a lo que se denomina *mundo académico*, es un enfoque de trabajo ampliamente difundido. Con el tiempo ha adquirido distintas denominaciones, además de haber recibido apreciaciones diversas respecto a sus alcances epistemológicos y los “riesgos de instrumentalización” (Aragón y Castillo-Burguete, 2015). La opción de involucrar deliberadamente a las personas en el desarrollo de la investigación social ha tenido varios propósitos, entre otros: mejor comprensión de los problemas que se experimentan en las realidades sociales, generación de nuevo conocimiento que contribuya teórica y conceptualmente, así como la efectiva solución de los problemas sociales identificados. En suma, es una forma de hacer investigación que busca simultáneamente generar conocimiento e incidir en la sociedad desde contextos locales (Bradbury, 2015).

La interactividad es uno de los aspectos relevantes para quienes analizamos la forma en que se realiza la investigación en ciencias sociales, lo cual nos coloca en una situación distinta a la literatura que se ha centrado en analizar las formas en que se transfiere y disemina el conocimiento generado. La investigación en interacción es un proceso en el que se intercambia conocimiento de diferente tipo mediante diversos canales, por lo que las interacciones sociales que se construyen durante este proceso son fundamentales no sólo para la generación del conocimiento, sino para su uso. Coincidimos con Reguillo (1998) en que, en la investigación en ciencias sociales, la interacción “se ha convertido en un concepto que hace las veces de

mediación entre la representación y la acción” (p. 21). La idea de interacción “alude al movimiento, permite entender que las relaciones entre estructuras y sujetos no están dadas de una vez y para siempre; eso hace posible trabajar desde las tensiones y contradicciones de la vida social” (p. 21). Ante la relevancia que ha adquirido esta forma de investigar y los debates y dilemas que ha propiciado, en este volumen, investigadoras e investigadores sociales analizan una amplia gama de experiencias de investigación en interacción con personas no académicas, con la idea de avanzar en sus discusiones y alcances.

[1]

En esta introducción recogemos y planteamos algunos significados y perspectivas de la investigación social en interacción. Se trata de un enfoque de larga data sobre el que se han generado diversas conceptualizaciones, una de ellas es la investigación-acción participativa, sobre la que referimos brevemente sus antecedentes y evolución. En segundo lugar, señalamos algunas de las críticas en torno a ella y las propuestas que le siguen. De ahí, caracterizamos la investigación social en interacción como un espectro de modalidades que oscilan entre la participación y la colaboración; para ello, discutimos sobre las tensiones, debates y dilemas de este proceder. Por último, relatamos el proceso analítico-reflexivo que nos llevó a construir este libro.

INVESTIGACIÓN-ACCIÓN PARTICIPATIVA.

ANTECEDENTES Y PRINCIPALES PROPUESTAS

Existe un gran número de fuentes relevantes en las que se exponen y se discuten las características de la investigación-acción participativa considerando sus particularidades, debilidades y fortalezas (Reason y Bradbury 2008; Bradbury 2015). Hilary Bradbury ha hecho un esfuerzo comparativo que esclarece la diferencia entre la investigación-acción y lo que ella denomina “la investigación convencional”. Según la autora, la investigación convencional quiere entender, por eso investiga *a*. Es decir, la investigadora o el investigador es alguien externo al contexto y es quien define el problema, diseña la investigación y la implementa; mientras que las y los

sujetos de la investigación son fuentes de información. En cambio, la investigación-acción, además de entender el fenómeno, busca hacer algo para mejorar el problema diagnosticado, por eso investiga *con* las y los sujetos, con quienes co-definen, co-diseñan y co-implementan la investigación mano a mano. En el primer caso, el beneficio de la acción impacta sólo a la comunidad académica, mientras que la investigación-acción también beneficia a la comunidad no académica que participa en ella.

Una de las fortalezas que Bradbury detecta es que, mientras la investigación convencional es más práctica para entender contextos simples y deterministas, en los cuales se puede llegar a generalizaciones a través del estudio de las variables, la investigación-acción es más apropiada para contextos complejos, en los cuales “la mejor opción de acción” es objeto de discusión y de negociación en un contexto político y práctico real. Ambas perspectivas tienen debilidades y fortalezas, señala la autora. La principal debilidad que identifica en la investigación convencional es que los estándares de objetividad son los de las ciencias naturales, por ello llevan a resultados especulativos que no se pueden implementar en la realidad. Por otro lado, la investigación-acción no siempre puede expresar los resultados de sus hallazgos de manera cuantitativa, lo que da la impresión de una falta de objetividad (Bradbury, 2015).

En América Latina en general y en México en particular, este enfoque de investigación surge en la década de los sesenta como parte de la politización que caracterizó esos años, en el marco de las críticas a las teorías del desarrollo y la modernización vigente. México tuvo un papel relevante en la instauración de esta perspectiva en la región. Uno de los antecedentes más importantes que tuvo la investigación-acción en el país fue la investigación intercultural, la cual el gobierno posrevolucionario implementó entre los años veinte y cuarenta para atender las necesidades de las vastas masas obreras y campesinas empobrecidas. En este periodo, las instituciones gubernamentales donde se producía conocimiento, educativas y académicas, mantenían un diálogo estrecho y fomentaban tanto la producción de conocimiento aplicado como su consolidación.

En ese periodo, el gobierno precisaba dar explicación a los múltiples problemas sociales que afectaban a la población, por lo que la generación de conocimiento de las incipientes ciencias sociales se orientaba a apoyar el diseño de políticas gubernamentales. Uno de los exponentes de este enfoque fue Gonzalo Aguirre Beltrán (1992), quien, con su trabajo etnográfico y antropológico, integró su labor intelectual con la acción para atender los problemas sociales. Concebía que los esfuerzos por descubrir usos prácticos del conocimiento conducían a la aplicación, por lo que la utilidad social era la finalidad de la investigación. La asociación entre la investigación social y el contexto de aplicación, o, dicho de otro modo, entre la investigación y la práctica, ha sido una característica de la antropología, pero no de todas las disciplinas sociales.

La investigación-acción implicó un impulso para aquellas personas dedicadas a la investigación social que buscaban trascender el positivismo imperante en la ciencia, mediante la consideración del mundo subjetivo y las especificidades de nuestra sociedad, resaltando la importancia de la cultura y de las situaciones particulares. Este impulso coincidió con una corriente desarrollada por el psicólogo norteamericano Kurt Lewin, quien, en los años cuarenta, proponía que las personas investigadoras debían asumir el papel de agentes de cambio para trabajar en conjunto con quienes recibían las propuestas de intervención. Desde esta perspectiva, la investigación-acción pretendía ligar el enfoque experimental de la ciencia social con programas de acción para responder a problemáticas sociales específicas (Lois, 2017: 88).

En los años sesenta se desarrolló la corriente de la investigación-acción-participación en América Latina, siendo su principal exponente el sociólogo Orando Fals Borda (1970), quien planteaba que el objetivo de este tipo de investigación era “la socialización del conocimiento y la democratización de las relaciones sociales que subyacen a su producción, así como una relación teórico-práctica en términos de praxis transformadora al servicio de la comunidad en donde se trabaja”. Se trata de una corriente de pensamiento basada en la dialéctica y el marxismo que intentaba dar un sentido diferente a

la investigación social, además de hacer que la universidad asumiera un compromiso con las luchas populares y la transformación social.

En esta misma línea se inscribe el pensamiento de Aldo Solari (*et al.*, 1976), quien afirma respecto a la sociología comprometida: “En momentos de crisis como el que se vive actualmente en América Latina, ese compromiso sólo podría ser con la transformación de la situación actual en una sociedad mejor” (p. 53). Este autor identifica que el compromiso tiene dos planos: el conocimiento de los problemas sociales y el conocimiento de las teorías y conceptos aplicables a dichos problemas. Sin embargo, afirma que se trata de dimensiones simbióticas, ya que se afectan mutuamente, de manera que el compromiso-acción, aunque sea ideológico, no deja de ser científico.

Detrás de estas propuestas de investigación aplicada existe una fuerte crítica al conocimiento generado en las universidades, el cual se consideraba muy alejado de su posible utilización. La investigación-acción participativa, como propuesta epistemológica, critica la relación entre ciencia y realidad sostenida por el funcionalismo; cuestiona, además, los dualismos instituidos desde la ciencia entre sujeto-objeto, teoría-práctica, razón y conocimiento (Lois, 2017: 90). Las perspectivas de la investigación-acción encuentran inaceptable el uso acrítico de procedimientos y mediciones provenientes de las ciencias naturales, dominantes en la investigación sociológica, psicológica y política de la época. Cuestionan la prioridad otorgada a las técnicas de investigación concebidas como medios para superar la subjetividad y garantizar la objetividad (Lois, 2017). Se concibe como un proceso de relación entre teoría y práctica, en donde la persona investigadora y la persona investigada son parte del proceso que modifica o transforma el medio sobre el cual se interviene. Con ello se privilegia y favorece el conocimiento que surge de la comunidad (Sanguinetti, 1980).

CRÍTICAS Y NUEVAS PROPUESTAS: LA CIENCIA SOCIAL INTERACTIVA

Sobre la investigación-acción participativa se han generado críticas en diferentes sentidos. Se ha advertido sobre los riesgos de que las prácticas participativas se conviertan en nuevas formas de colonialidad del conocimiento académico en menoscabo de otro tipo de saberes. Desde la perspectiva decolonial, se plantea la necesidad de que las relaciones en los procesos de investigación sean más horizontales (Corona y Kaltmeier, 2012). Desde la premisa que implica una “condición dialógica de la producción de sentido” y considerar el contexto cultural y político, se propone “romper las inercias históricas del pensamiento científico ‘occidental’ desde una reflexión atenta y política que supone acceder al mundo de ‘el otro’, a su contexto y sus experiencias” (Cornejo y Rufer, 2020: 9-11). Desde esta propuesta, se problematiza la relación entre la persona investigadora y las personas no académicas, a quienes se les considera “pares”, lo cual implica retos, según el tema investigado (Corona, 2020); por ejemplo, cómo hacer frente a la desigualdad de género, raza y clase que atraviesa las relaciones sociales y, por tanto, al acto de investigar (Kaltmeier, 2020).

Por su parte, Pettit (2010) afirma que el mayor reto en la investigación-acción participativa es desarrollar capacidades para la investigación en la práctica y la experiencia, incluyendo habilidades de reflexión crítica, reflexividad y aprendizaje colaborativo entre las y los participantes. Ese aprendizaje implica profundizar en prácticas reflexivas, explorar las identidades y los roles, apoyar la investigación cooperativa, además de mantener el aprendizaje como una tarea continua. A esta discusión se aúna el reto que Gaventa y Cornwall (2015) identifican en torno al alcance político de estas investigaciones. Si bien hay puntos en común entre los diversos enfoques de la investigación participativa en términos de su crítica al conocimiento positivista y las posibilidades liberadoras de un enfoque diferente a la producción de conocimiento, existen diferencias importantes entre los puntos de vista sobre las contribuciones de la investigación participativa al proceso de cambio en las relaciones de poder.

En medio de las críticas y debates epistemológicos, a principios de este siglo emergieron otras alternativas frente a la investigación-acción

participativa. De manera particular, nos referimos a la ciencia social interactiva, desde la cual se propone que las personas investigadoras y las personas no académicas interactúen en la pesquisa. Este enfoque busca involucrar a las personas como integrantes del proceso de investigación (Caswill y Shove, 2000) y se sustenta en la idea de un nuevo tipo de ciencia social útil, tomando a la interacción como la base para nuevos conocimientos y para la resolución efectiva de problemas (Lindblom y Cohen, 1979). Retoma la idea de concebir la generación de conocimiento como un proceso interactivo (Maturana y Varela, 1987); además de aquella que plantea que los nuevos conocimientos deben crearse en la interacción entre investigadores y sus “audiencias” (Woolgar, 1997).

Algunos retos en torno a la investigación participativa e interactiva (Caswill y Shove, 2000) tienen que ver con el equilibrio entre involucramiento y compromiso, el impacto de la interacción (o el exceso de interacción) en el desarrollo teórico y la generación de conocimiento, así como la necesidad de control de calidad de la investigación y sus resultados. Woolgar (1997) sugiere que la ciencia social interactiva requiere una gestión deliberada y cuidadosa.

Más recientemente, otra corriente denominada “ciencia ciudadana” (Bonney, *et al.*, 2009) —aunque no está específicamente pensada para las ciencias sociales— también apunta a los procesos participativos en la co-construcción de conocimiento entre las personas investigadoras y las personas no académicas. Se trata, por un lado, de mejorar tanto los procesos de generación de conocimiento como las metodologías, y, por otro lado, de empoderar a las personas no académicas en relación con la ciencia; es decir, se concibe como una democratización científica.

Un aspecto sobre el que se ha insistido en las diferentes corrientes de la investigación en interacción es el compromiso de las personas investigadoras con las problemáticas investigadas, más aún de las universidades con la sociedad (Gibbons *et al.*, 1994). Es una preocupación que, más allá de la academia, también ha formado parte de la retórica de las políticas públicas de investigación desde los años ochenta y que son el foco de atención actualmente en México y América Latina. De nueva cuenta, el interés parece

estar más centrado en la incidencia —en la aplicación del conocimiento— que en las formas de producción de conocimiento o en los enfoques de la investigación social en interacción.

INVESTIGACIÓN SOCIAL EN INTERACCIÓN: ENTRE LA PARTICIPACIÓN Y LA COLABORACIÓN

Como hizo notar Georges Devereux (2005), la unidireccionalidad en las ciencias sociales “es en gran parte una ficción convencional” debido a la “reciprocidad real o potencial de la observación entre el observador y lo observado, que constituye una relación teóricamente simétrica” (p. 45). Es decir, en realidad, la distinción entre observador y observado nunca es absoluta. Sin embargo, existen diferentes grados para el reconocimiento de esta reciprocidad en la investigación que imbrica exterioridad e interioridad, subjetividad e intersubjetividad en la construcción del objeto de estudio, así como en la metodología y construcción de conocimiento (Galindo, 1994; Reguillo, 1998) en eso que Giddens (1987) denominó la interpretación de un mundo pre y reinterpretado mediante la doble hermenéutica (p. 81).

Ya sea que enfatice el uso y aplicación del conocimiento con la investigación-acción participativa o que la atención se concentre en el proceso de construir conocimiento desde la ciencia social interactiva y la ciencia ciudadana, nuestro objetivo en este libro es incluir reflexiones analíticas de investigación que impliquen interacción con personas no académicas. Para ello consideramos distintas modalidades como parte de un espectro que recorre los procederes participativos para construir y aplicar conocimiento con personas no académicas, así como aquellos que remiten una construcción de conocimiento mediante una colaboración activa con ellas (co-construcción de conocimiento). Empleamos el término investigación social en interacción en el entendido de que incluye una amplia gama de prácticas.

La investigación social en interacción tiene como rasgo característico la apertura de la comunidad científica para que personas externas se incorporen a la investigación con diferentes roles y niveles de responsabilidad, que

pueden ir desde la participación hasta la colaboración y corresponsabilidad. Los usos y la utilidad del conocimiento de la investigación social en interacción también se construyen mediante procesos de relaciones entre quienes forman parte de la investigación, sin importar que pertenezcan a la comunidad científica o no (Vaccarezza, 2008).

Algunos de los principios rectores planteados por Smith (1999) para este tipo de prácticas de investigación resultan sugerentes para dar cuenta de la complejidad de estos procesos: 1) se trata de un trabajo en redes, mediante el cual se estimula el flujo de información y se construye conocimiento, con base en relaciones y conexiones; 2) son procesos a largo plazo, dada la diversidad de comunidades o grupos sobre los cuales se investiga y que se constituyen en los sujetos de investigación; 3) el principio de construcción de relaciones permite diseminar conocimientos de forma interactiva, sociedad-academia-sociedad; 3) el fortalecimiento de estas redes se da a través de la generación de confianza, lo que se traduce en posibilidades de incidencia, en diálogo de saberes y creación de nuevo conocimiento académico (Casas, 2001; 2003).

La investigación en interacción es un proceso en el que se intercambia conocimiento de diferente tipo y mediante diferentes canales, por lo que las interacciones sociales que se construyen durante el proceso son fundamentales para el uso del conocimiento. Con ello se privilegia y favorece el conocimiento que surge de la comunidad (Sanguinetti, 1980). Caswill y Shove (2000) destacaron la legitimidad que se logra incorporando en la investigación a las personas investigadas, convirtiéndolas en protagonistas de todo el proceso. Se trata de una forma de indagación introspectiva y colectiva, ya que promueve la participación de todas las personas involucradas en las situaciones sociales complejas de interés que se pretende conocer, cambiar, mejorar, estudiar, analizar o sistematizar (Kemmis y McTaggart, 1988). Quien lleva a cabo la investigación busca adquirir conocimiento que, además de ser relevante para el desarrollo teórico, sea de utilidad para la población a fin de que pueda actuar sobre la realidad social en la que está inserta. Por lo tanto, la investigación social en interacción combina conocimiento teórico con el conocimiento de un contexto determinado.

En suma, la investigación social en interacción, entendida como una multiplicidad de modalidades que van de la participación a la colaboración y la corresponsabilidad, implica debates abiertos y dilemas no resueltos, los cuales fueron materia de reflexión en las discusiones colectivas desde las que se construyó este libro. Mediante un proceso reflexivo y analítico (ver quinto apartado de esta introducción), autoras, autores y coordinadoras planteamos discusiones y dilemas que atraviesan la composición de los diversos capítulos. A continuación, delineamos algunas de ellas.

TENSIONES, DEBATES Y DILEMAS

La investigación social en interacción tiene distintas características según el énfasis participativo, colaborativo o de corresponsabilidad. Estas características implican tensiones, debates y dilemas. A continuación, esbozamos algunos de ellos, los cuales son desarrollados con mayor o menor énfasis en los distintos capítulos.

Tensiones entre subjetividad y objetividad

La tensión entre subjetividad y objetividad ha sido un dilema ampliamente debatido en la investigación en interacción (por ejemplo, Giddens, 1987; Galindo, 1994; Letherby, 2003). Se refiere, entre otras cosas, al rigor académico. De acuerdo con algunos autores, éste es opuesto a la relevancia y el compromiso social. Se argumenta que una interacción muy estrecha con grupos no académicos amenaza el desarrollo de la teoría (Caswill y Shove, 2000).

El tema de la objetividad ha estado permanentemente en discusión en las ciencias sociales, su carácter científico ha sido discutido frente al método en las ciencias naturales, en escuelas o teorías tan diversas como el neopositivismo lógico, el conductismo o el estructural-funcionalismo. En cambio, los modelos interpretativos o constructivistas han rechazado desde el principio la posibilidad de estudiar los fenómenos sociales de la misma forma

que se estudia la realidad física; han puesto de manifiesto que los objetos sociales son fenómenos preinterpretados, cambiantes, y en los que las personas investigadoras están inmersas (Giddens, 1987; Medina y Ballano, 2015: 243; Reguillo, 1998).

Desde ahí se plantean distintas formas de pensar la objetividad, ya no desde el proceder positivista de un conocedor “experto” situado en una posición neutral, sino considerando los efectos y la subjetividad del observador. En ello destacan esfuerzos por redefinir la relación objetividad-subjetividad al pensar en una “objetividad situada” (Williams, 2005), una “objetividad suficientemente buena” (Jenkins, 2002), una “objetividad colaborativa” (May, 2011), así como una “subjetividad teorizada” (Letherby, 2003). Desde estas perspectivas se redefine la idea de la subjetividad como un “sesgo” y se le piensa como un instrumento heurístico; además de que se replantea la misma concepción de objetividad, la cual se nutre de la subjetividad.

Dilemas sobre usos y aplicación del conocimiento

Ya veíamos que la investigación-acción participativa puso en el centro de la discusión el uso y aplicación del conocimiento. Desde ahí se han construido diversos debates. Uno de ellos señala su uso como un proceso elaborado y dinámico que envuelve un procesamiento social complejo y una integración impredecible con el conocimiento preexistente o con la experiencia previa (Davies, Nutley y Walter, 2008: 189). Desde este enfoque, el contexto es fundamental y en él intervienen —según los autores referidos— las prioridades locales, las culturas y los sistemas de significado. Bajo esta lógica, la generación de conocimiento científico incluye la integración de enfoques multi, inter y transdisciplinarios con otros tipos de saberes no académicos.

Desde una perspectiva similar, se plantea que los usos y la utilidad del conocimiento de la investigación social se construyen mediante procesos de relaciones entre quienes pertenecen a la academia y quienes no (Vaccarezza, 2008). Se trata de procesos no lineales de producción de conocimiento que

incluyen tanto la generación de uno nuevo como el intercambio y flujo de distintos tipos de conocimientos.

El conocimiento, dentro de un contexto de aplicación, ya no está determinado sólo por la calidad científica, sino que incluye criterios más amplios. Por lo tanto, hay una tensión entre mayor responsabilidad social y control de calidad. De esto se han derivado planteamientos sobre la importancia de la vigilancia epistemológica en las humanidades y las ciencias sociales (Gibbons *et al.*, 1994). Estas dos características de la investigación social en interacción con la sociedad aluden a debates previos sobre las complejas interconexiones entre objetividad, adecuación, relevancia y utilidad de la investigación (Woolgar, 2020).

Debates sobre los tipos de conocimiento en la investigación en interacción

En la investigación social en interacción se combina conocimiento nuevo y existente, así como el conocimiento tradicional o local con el conocimiento científico. A esta corriente que plantea el reconocimiento de otros saberes y formas de explicar la realidad como igualmente válidos se le llama pluralismo epistemológico (Ramírez, 2021). Uno de los principales expositores en México de esta perspectiva fue el filósofo de la ciencia León Olivé (1999), quien sostuvo que los conocimientos tradicionales, como los científicos, deben comprenderse en relación directa con las prácticas que los generan. El reconocimiento de la diversidad —apunta el autor— no significa pensar que todo vale. Por el contrario, el modelo pluralista conlleva el cuestionamiento y crítica de saberes, creencias y conocimientos.

Los conocimientos científicos y tradicionales son inseparables de las prácticas donde se producen (Gómez Salazar, 2021), y es necesario comprender que esos elementos están integrados a un complejo de valores y emociones que cambian con el tiempo. Vincular los conocimientos tradicionales con los científicos y tecnológicos, en condiciones de equidad epistémica, para intentar comprender y resolver problemas sociales y

ambientales, fue el gran reto de Olivé (Salazar, 2021) y es el gran reto de la investigación social en interacción.

El pluralismo epistemológico es una postura que defiende la diversidad como determinante en el proceso de conocimiento, rechaza la idea de normas y estándares universales, considera la posibilidad de interacción dialógica entre miembros de diferentes comunidades, con distintos recursos conceptuales y habituados a prácticas diferentes, por medio de esfuerzos de interpretación o “diálogo de saberes”. Contempla la posibilidad de desacuerdo sobre ciertas cuestiones, la posibilidad de crítica, la factibilidad de llegar a acuerdos; y supone que no hay fines ni objetivos especiales de la ciencia. La postura del pluralismo epistemológico se sustenta en la idea de que tanto la ciencia como otros tipos de conocimientos están socialmente construidos, por lo que el conocimiento es un producto social (Ramírez, 202: 65).

Dilemas sobre las relaciones de poder en la investigación en interacción

Otro de los aspectos centrales de la investigación social en interacción es la relación con las personas. Según la modalidad de interacción, puede haber mayor o menor compromiso e involucramiento (Lois, 2017). Es decir, ya sea que la investigación-acción o la investigación interactiva implique participación, colaboración o corresponsabilidad, el involucramiento de las personas con quienes se entra en relación puede ir desde la definición de los objetivos y problemas de investigación hasta el uso de los resultados. Esta relación, empero, no está libre de conflictos y riesgos.

Uno de los riesgos, plantean Gaventa y Cornwall (2015), es que el conocimiento se presente como proveniente de “la comunidad” o del “pueblo” más que de la persona investigadora particular, con lo que se pueda disfrazar o minimizar la diferencia del contexto. Al respecto, los autores advierten tener cuidado de no sustituir un conjunto de voces dominantes por otro en nombre de la participación.

Además, la interacción también puede estar atravesada por relaciones de poder que, en un extremo, pueden asumir la forma de extractivismo académico. En 2013, Leanne Betasamosake propuso el término “extractivismo cognitivo” para denunciar que en las relaciones coloniales no sólo se extraen recursos y materias primas, sino también conocimientos e ideas. La intelectual indígena del pueblo Mississauga Nishnaabeg expresó que el extractivismo cognitivo, intelectual o epistémico, consiste en extraer el conocimiento nativo de su contexto, despolitizarlo y subsumirlo al interior de la cultura y episteme occidental. En sus palabras, consiste en un “saqueo” de ideas para transformarlas en capital económico o para apropiárselas (Grosfoguel, 2015: 6).

Desafíos éticos de la investigación en interacción

La ética en la investigación consiste en la supervisión de que la práctica de la ciencia se realice conforme a principios que aseguren el avance del conocimiento, la comprensión y mejora de la condición humana y el progreso de la sociedad. Para ello, exige el respeto a la dignidad del ser humano, a la autonomía de su voluntad, la protección de sus datos, el bienestar animal y el cuidado del medio ambiente (Conbioética, 2018).

Los diversos dilemas éticos que las investigadoras y los investigadores tuvieron que enfrentar fueron temas centrales tanto en el seminario que precedió a este libro como en los capítulos que lo componen. Estos cuestionamientos muestran la necesidad de complementar los principios universales de respeto a la autonomía, preocupación por el bienestar (beneficencia-no maleficencia) y justicia para tratar a las personas con la pedagogía que resulta de la conversación y reflexión colectiva sobre casos concretos.

El principio de autonomía consiste en reconocer la capacidad de la persona para decidir si participar o no, y cómo participar en una investigación (CDB, 2011: 11). Una inquietud constante entre quienes investigan es cómo establecer mecanismos admisibles para fomentar la participación y cuáles

atentan contra la dignidad de las personas. Otra reflexión frecuente consiste en detectar mecanismos de coerción que puede imponer quien investiga sobre las personas no académicas, incluso sin darse cuenta; así como determinar qué tanto se debe permitir que las personas no académicas influyan en la investigación; y, en contrasentido, qué tanto debe involucrarse y cuándo debe distanciarse la persona que investiga.

El principio de beneficencia afirma que la investigación debe favorecer al mayor número de personas participantes. De manera complementaria, el principio de no maleficencia dicta que se debe evitar exponer a las y los participantes a riesgos excesivos o indebidos (CBD, 2020: 11). No obstante, la diversidad e impredecibilidad de lo social impiden calcular con exactitud el balance preciso entre riesgos y beneficios. En algunos de los capítulos, las autoras y los autores narran experiencias donde las investigaciones detonaron resultados benéficos o perjudiciales inesperados que a veces superaron sus capacidades profesionales. Por otro lado, la diversidad implica que, lo que puede ser interpretado como beneficio para ciertos actores, para otros puede entenderse como perjuicio. Así, establecer qué es lo mejor para la mayoría es una tarea sumamente complicada, lo mismo que definir cuál es un grado de riesgo aceptable.

El principio de justicia define quién debería beneficiarse de la investigación y soportar los riesgos y cargas que conlleva (CBD, 2020: 12). La principal preocupación expuesta por las autoras y los autores radica en replicar inconscientemente prácticas jerárquicas o coloniales. En los capítulos que conforman este libro se muestran ejemplos específicos de estos problemas en contextos concretos.

PROCESO ANALÍTICO-REFLEXIVO: ¿CÓMO SE CONSTRUYÓ ESTE LIBRO?

La construcción de este libro tuvo varias etapas. La primera de ellas fue difundir una convocatoria abierta para invitar a las personas que realizan investigación social en interacción. Colegas del Instituto de Investigaciones

Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIS-UNAM), y otras instituciones académicas de Argentina, Cuba y México, atendieron nuestro llamado. Con ellas organizamos el Seminario Institucional “La investigación social y sus formas de interacción con la sociedad: reflexión sobre los estilos y prácticas de generación de conocimiento”.^[2] Durante 2021 nos reunimos mensualmente para discutir retos, alcances y aportes de la investigación en interacción con las personas. La discusión se orientó a responder: ¿cómo se definen los problemas cuando se hace investigación en interacción? ¿Cómo se construye el proceso de investigación con actores no académicos? ¿Cuáles son los aportes metodológicos y conceptuales de este tipo de investigación en relación con otros? ¿Cuáles son los alcances y cuál es la relevancia para la solución de problemas sociales? ¿Hasta dónde puede llegar la investigación social?

El contenido y los intercambios que se generaron en las ocho mesas de trabajo dieron cuenta de la complejidad que representa la investigación social en interacción y la pluralidad de formas que adopta. Dada la riqueza del Seminario, en 2022, las coordinadoras convocamos a las personas participantes a integrar un libro colectivo, con capítulos que profundizaran en las experiencias expuestas. Aquí empezó la segunda etapa de construcción de esta publicación. Para ese propósito, las coordinadoras, considerando el aprendizaje del Seminario Institucional, diseñamos una guía para la elaboración de los capítulos donde definimos preguntas lo suficientemente generales para no ser prescriptivas conceptualmente y garantizar una amplia libertad a las autoras y los autores. Ello a fin de que el conjunto de capítulos fuera un testimonio de la diversidad de intereses, estilos, andamiajes teórico-conceptuales, metodologías y prácticas de investigación; así como de las coincidencias y puntos comunes en los procedimientos. Se sugirió —a manera de ejes analíticos— que cada autor o autora respondiera cuatro preguntas generales en torno a sus experiencias de investigación: ¿por qué?, ¿cómo?, ¿para quién?, ¿para qué? Estas preguntas, si bien generales, fueron un punto de partida desde el cual se podía analizar su experiencia de investigación, al tiempo que se podía discutir, cuestionar, debatir o articular algunos de los

enfoques presentados por la literatura especializada. Cada autor y autora enfatizó y desarrolló con distinta amplitud las interrogantes a fin de desarrollar su propio proceso analítico-reflexivo. Este proceso implicó responder críticamente las preguntas, con el objetivo de suscitar un ejercicio de autoevaluación sobre los procedimientos investigativos. Para ello, cada quien identificó límites o posibilidades de la investigación en interacción; así como posibles contradicciones de este enfoque en relación con otras aproximaciones metodológicas y epistemológicas.

La tercera etapa (2023) implicó para las coordinadoras un ejercicio analítico, reflexivo, de sistematización, comparación y síntesis de los resultados. De la mano con las autoras y los autores se le dio forma al producto final: la revisión de los capítulos, la organización del libro y la redacción de las introducciones de cada sección, así como la introducción general y las conclusiones. En suma, se trató de un proceso analítico-reflexivo individual y colectivo cuya agenda implicó escritura, retroalimentación y reescritura de cada apartado. Se generó una importante discusión colectiva para la integración de los capítulos que fueron reforzados con comentarios y sugerencias con el propósito de centrar la atención en algunos aspectos medulares de la discusión y generar un diálogo entre los autores. Con estos materiales se realizó un ejercicio conjunto de organización de las secciones del libro.

Cabe hacer notar que, dada la riqueza de los ejercicios de reflexividad de las y los autores, en cada capítulo se hace referencia, con distinto énfasis, a las tensiones, debates y dilemas comentados en esta introducción. Las coordinadoras tomamos la decisión de dar visibilidad en cada sección a algunos de estos aspectos. Es por ello que el libro se organiza de la siguiente manera: 1) en la primera sección se discuten las posturas y debates epistemológicos y metodológicos de la investigación en interacción con la sociedad; 2) en la segunda sección se presentan capítulos donde se problematiza la tensión que existe entre subjetividad, intersubjetividad y reflexividad cuando se hace investigación en interacción; 3) finalmente, en la tercera sección, se muestran algunos de los papeles que pueden asumir las

personas académicas y no académicas en la producción del conocimiento y la intervención en la sociedad.

REFERENCIAS

- Aguirre, Gonzalo (1992). “Investigación intercultural”. En *El proceso de aculturación y el cambio socio-cultural en México*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Aragón, Alfredo, y María Teresa Castillo-Burguete (2015). “Introduction to practices” [en línea]. En *The SAGE handbook of action research*, editado por Hilary Bradbury, 13-16. Thousand Oaks: Sage Publications Ltd. Disponible en <<https://doi.org/10.4135/9781473921290>>
- Bonney, Rick; Caren B. Cooper; Janis Dickinson; Steve Kelling; Tina Phillips; Kenneth V. Rosenberg; y Jennifer Shirk (2009). “Citizen Science: A Developing Tool for Expanding Science Knowledge and Scientific Literacy”. *BioScience* 59 (11): 977-984.
- Bradbury, Hilary (editora) (2015). *The SAGE handbook of action research* [en línea]. Thousand Oaks: Sage Publications Ltd. Disponible en <<https://doi.org/10.4135/9781473921290>>
- Casas Rosalba (coordinadora) (2001). *Formación de Redes de Conocimiento. Una perspectiva regional desde México*. Barcelona: Anthropos/Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Casas, Rosalba (2003). “Intercambio de Flujos de Conocimiento en las Redes”. En *Itinerarios del conocimiento. Formas, Dinámicas y Contenidos. Un enfoque de redes*, coordinado por Matilde Luna, 306-355. Barcelona: Anthropos/Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Caswill, Chris, y Elizabeth Shove (2000). “Introducing interactive social science”. *Science and Public Policy Special Issue* 27 (3): 154-157.
- Comité Director de Bioética (CDB) (2011). *Guía para los Miembros de los Comités de Ética de Investigación*. Bruselas: Unión Europea.

- Comisión Nacional de Bioética (Conbioética) (2018). *Guía nacional para la integración y el funcionamiento de los comités de ética en investigación*. Ciudad de México: México: Secretaría de Salud.
- Cornejo, Inés, y Mario Rufer (2020). *Horizontalidad: hacia una crítica de la metodología*. Buenos Aires/Ciudad de México: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Centro de Estudios Latinoamericanos Avanzados-CALAS.
- Corona, Sarah (2020). “Investigar el lado oscuro de la horizontalidad”. En *Horizontalidad: hacia una crítica de la metodología*, editado por Inés Cornejo y Mario Rufer, 27-57. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Corona, Sarah, y Olaf Kaltmeier. (2012). En *Diálogo. Metodologías horizontales en las ciencias sociales y culturales*. México Distrito Federal: Gedisa.
- Davies, Huw; Sandra Nutley; e Isabel Walter (2008). “Why ‘knowledge transfer’ is misconceived for applied social research”. *Journal of Health Services, Research and Policy* 13 (3): 188-190.
- Fals Borda, Orlando (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Ciudad de México: Nuestro Tiempo.
- Galindo, Jesús (1994). *Entre la interioridad y la exterioridad. Apuntes para una metodología cualitativa*. Tlaquepaque: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Gaventa, John, y Andrea Cornwall (2015). “Power and knowledge” [en línea]. En *The SAGE handbook of action research*, editado por Hilary Bradbury. Thousand Oaks: Sage Publications Ltd. Disponible en <https://doi.org/10.4135/9781473921290>
- Gibbons, Michael; Camille Limoges; Helga Nowotny; Simon Schwartzman; Peter Scott; y Martin Trow (1994). *The New Production of Knowledge. The dynamics of science and research in contemporary societies*. Londres/Thousand Oaks/Nueva Delhi: Sage Publications.

- Giddens, Anthony (1987). *Nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez Salazar, Mónica (coordinadora) (2021). *Pluralismo epistemológico, interdisciplina y diversidad cultural*. Homenaje a León Olivé. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Grosfoguel, Ramón (2015). “Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico”. *Revista internacional de comunicación y desarrollo* 1 (4): 33-45.
- Guba, Egon G. e Yvonna S. Lincoln (2000). “Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa”. En *Por los rincones: antología de métodos cualitativos en la investigación social*, compilado por Catalina A. Denman y Jesús Armando Haro, 113-145. Sonora, México: El Colegio de Sonora.
- Jenkins, Richard (2002). *Foundations of sociology: Towards a better understanding of the human world* [en línea]. Londres: Macmillan Palgrave. Disponible en <<https://doi.org/10.1007/978-1-349-87835-2>>
- Kaltmeier, Olaf (2020). “Horizontal en lo vertical. ¿O cómo descolonizar las metodologías en contextos de extrema desigualdad y de la crisis planetaria? En *Horizontalidad: hacia una crítica de la metodología*, editado por Inés Cornejo y Mario Rufer, 93-121. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Kemmis, Stephen, y Robin McTaggart (1988). *Cómo planificar la investigación-acción*. Barcelona: Laertes.
- Letherby, Gayle (2003). *Feminist research in theory and practice*. Buckingham: Open University.
- Lindblom, Charles E., y David K. Cohen (1979). *Usable Knowledge*. New Haven: Yale University Press.
- Lois, Ianina (2017). “La Investigación-Acción (I+A) y la Investigación-acción Participativa (IAP): un recorrido posible entre el conocimiento y la praxis”. *Revista de Ciencias Sociales* (2017): 86-91.
- Maturana, Humberto, y Francisco Varela (1987). *The tree of knowledge. The biological roots of human understanding*. Boston: Shambala Pub.

- May, Tim (con Perry, Beth.) (2011). *Social research and reflexivity: Content, consequence, and context*. Londres: Sage.
- Medina Cambrón, Alfonso, y Sonia Ballano Macías (2015). “Las aportaciones de Schütz, Berger y Habermas al debate sobre La objetividad del conocimiento”. *Andamios* 12 (28): 241-264.
- Olivé, León (1999). *Multiculturalismo y pluralismo*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pettit, Jethro (2010). “Learning to do Action Research for Social Change”. *International Journal of Communication* 4: 820-827.
- Ramírez Solís, Mónica Beatriz (2021). “Aportaciones al pluralismo epistemológico de León Olivé”. En *Prácticas y saberes, encuentros y desencuentros: construcción del conocimiento en América Latina y el Caribe*, editado por M. Cabrolié, J. Maerk y G. Torres, 43-70. Ciudad de México: Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Reason, Peter, y Hilary Bradbury (editores) (2008). *The SAGE Handbook of Action Research* [en línea]. Thousand Oaks: Sage Publications Ltd. Disponible en <<https://doi.org/10.4135/9781848607934>>
- Reguillo, Rosana (1998). “De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación”. En *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*, coordinado por Rebeca Mejía y Antonio Sandoval. Tlaquepaque: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Sanguinetti, V. Yolanda (1980). *La investigación participativa en los procesos de desarrollo de América Latina*. Ciudad de México: Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Smith, Linda Tuhiwal (1999). *Decolonizing methodologies. Research and indigenous peoples*. Nueva York: Zed Books.
- Solari, Aldo; Rolando Franco; y Joel Jutkowitz (1976). *Teoría, acción social y desarrollo en América latina*. México: Siglo XXI.

- Subirats, Joan (2012). “Repensar la ciencia política, repensar las ciencias sociales en los nuevos escenarios”. En *Ciencias sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado*, coordinado por Pablo Gentili y Fernanda Saforcada. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Vaccarezza, Leonardo S. (2008). “Las relaciones de utilidad en la investigación social”. *Revista Mexicana de Sociología* 71 (número especial): 133-166.
- Williams, Malcolm (2005). “Situated objectivity” [en línea]. *Journal for the Theory of Social Behaviour* 35: 99-120. Disponible en <https://doi.org/10.1111/j.0021-8308.2005.00265.x>
- Woolgar, Steve (1997). “Accountability and identity in the age of the UABS”. *CRICT Discussion Paper*.
- Woolgar, Steve (2000). “Social basis of interactive social science”. *Science and Public Policy* 27 (3): 165-173.

[Notas]

- [1] En esta introducción general, en las introducciones de cada sección y en las conclusiones de este libro, las coordinadoras empleamos el lenguaje inclusivo para referirnos de manera explícita y diferenciada al masculino y femenino. De igual manera, utilizamos la expresión “la persona investigadora” para incluir el masculino y el femenino. Cada autor y autora, en sus respectivos capítulos, utiliza el lenguaje inclusivo que considera pertinente.
- [2] En la coordinación del Seminario Institucional también participó Hubert Carton de Grammont, investigador titular del IIS-UNAM.

PRIMERA SECCIÓN

**POSTURAS Y DEBATES EPISTEMOLÓGICOS
Y METODOLÓGICOS DE LA INVESTIGACIÓN
EN INTERACCIÓN CON LA SOCIEDAD**

Introducción a la primera sección

Interacción con la sociedad como alternativa metodológica y epistemológica al paradigma positivista en investigación social

Alí Ruiz Coronel

Raúl Anthony Olmedo Neri

[\[Regresar al contenido \]](#)

El término positivismo fue acuñado por Auguste Comte en su *Curso de filosofía positiva* (1830) escrito entre 1830 y 1842 y detallado en *Catecismo positivista* (1842) y *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844). Haciendo una síntesis muy apretada, podemos decir que esta postura, surgida en el contexto del Renacimiento, desestima las explicaciones teológicas y metafísicas y las considera etapas anteriores en la evolución de la humanidad. Postula que la única forma de conocimiento legítimo está basado en el método científico, que es único para las ciencias naturales y sociales; es decir, el monismo metodológico. El positivismo sostiene que los fenómenos sociales, igual que los naturales, están regidos por leyes universales y que el objetivo del conocimiento es encontrar estas leyes, explicar su causalidad y predecir su comportamiento futuro. Se trata de una postura empirista e inductiva que exige construir el conocimiento con base en hechos positivos, o sea, hechos perceptibles, objetivos y verificables:

[...] un hecho social es toda manera de hacer, establecida o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior; o también el que es general en la extensión de una sociedad determinada teniendo al mismo tiempo una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales (Durkheim, 2001: 52).

A lo largo de la historia, la propuesta inicial del positivismo ha sido ampliamente debatida tanto en las ciencias sociales como en las naturales. Estos debates han llevado a la actualización y recuperación de los principios positivistas en algunos casos; en otros, al surgimiento de alternativas metodológicas y epistemológicas que lo sustituyan. Este último es lo que sucede en las múltiples propuestas que aquí hemos aglutinado en el rubro de “investigación en interacción”. Como se expuso en la introducción general, la diferencia fundamental consiste en defender que el objeto y el sujeto de la investigación son ontológicamente iguales en las ciencias sociales y que esto conlleva una diferencia epistemológica y metodológica entre estas ciencias y las naturales. El monismo metodológico es sustituido por la aproximación multimétodo; el conocimiento no se concibe como una búsqueda de universales, sino como un conocimiento situado en un contexto determinado y con un fin práctico que privilegia las propuestas decoloniales construidas “desde abajo”. La comprensión toma el lugar de la explicación. No se busca abolir las subjetividades, sino hacerlas interactuar. La realidad no se concibe como verificable, sino como interpretable. El conocimiento científico se piensa dentro de un pluralismo epistemológico en el que coexiste con otro tipo de conocimientos y saberes igualmente legítimos y válidos. El imperio de las ciencias naturales es puesto en cuestión por la interdisciplina. La estructura jerárquica vertical, en la que la científica o el científico ocupa el peldaño más alto, transita hacia estructuras reticulares más horizontales en las cuales participan o cooperan personas que no forman parte de la comunidad científica. El método de investigación es flexible y cambiante. Los cuatro capítulos que forman parte de esta primera sección exaltan estos rasgos.

En su capítulo, Luisa Paré Ouellet hace un recuento de su experiencia de investigación en los Tuxtlas y la Sierra de Santa Marta, Veracruz, entre 1992 y 2005, con población nahua y popoluca, bajo la influencia teórica e ideológica de la teología de la liberación y de la educación popular, a través de la metodología “de campesino a campesino”, dirigida a la resolución de problemas a partir de una práctica “desde abajo”. En su manifestación latinoamericana, nos dice la autora, la investigación-acción participativa no

sólo busca la resolución de problemas, sino que “se persigue el cambio de las estructuras de poder generadoras de injusticia social y ambiental”, y para ello es necesaria la co-construcción del conocimiento, igual que es necesaria para que los resultados de las investigaciones sean aplicados y tengan un efecto en la realidad.

Durante la realización del proyecto se implementaron talleres de evaluación participativa, en los cuales las y los campesinos, las empresas y las instituciones gubernamentales estatales intercambiaron, reflexionaron y rediseñaron la investigación en un auténtico diálogo de saberes. Las y los campesinos participantes consideraron relevante llevar estas discusiones a los foros de pueblos indígenas de la región. Otros se constituyeron en asociaciones civiles que, sin embargo, no prosperaron por diferencias entre organizaciones. Identifica que entre los retos están precisamente resolver las diferencias que la interacción de largo plazo genera y mantener la continuidad cuando cambian las autoridades o cesa la asesoría por parte del equipo científico.

En el mismo tenor, Raul Pacheco-Vega enfatiza las ventajas y retos que trae consigo la larga temporalidad en las investigaciones. Este autor inició su investigación como una etnografía organizacional, que después complementó con la etnografía longitudinal y con *shadowing* para poder rastrear la trayectoria en el actuar de organizaciones de activistas ambientales, instituciones gubernamentales, secretariados y organizaciones internacionales. En su capítulo, el autor explica por qué la etnografía longitudinal debe ser extensiva e intensiva, y por qué el trabajo de campo debe realizarse en el sitio donde se desarrolla la investigación o se debe regresar a él con frecuencia, durante al menos tres años.

Por su parte, Raúl Anthony Olmedo Neri coincide en la importancia del trabajo de campo para trascender la teoría y contrastarla con la realidad. Enfatiza que esta relación directa genera procesos de socialización y vinculación entre quien investiga y quien es investigado, los cuales impactan en la generación de conocimiento. Por eso, demanda hacer explícito el lugar de enunciación de quien investiga; es decir, reconocer su posición histórica,

geográfica, política y social. Así, la posición desde la que investiga puede ser ocupada por personas históricamente invisibilizadas. En su texto, el autor proporciona una alternativa reticular para reducir la asimetría de posiciones en la producción del conocimiento, afirmando que los hallazgos encontrados en la realidad social dependen de con quién se construye el conocimiento y del sentido argumentativo que predomine.

Por último, la sección contiene una relevante discusión sobre la construcción participativa entre pobladores, activistas y científicos sociales en procesos autogestivos en la lucha por sus derechos. El capítulo de Elena Lazos, “Puentes y abismos entre las ciencias sociales y el activismo social: Participación y poder en los territorios de la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas, Veracruz”, elabora reflexiones críticas en torno al enfoque de la participación social que ha caracterizado la investigación-acción, a las políticas gubernamentales y de organismos internacionales, así como a los enfoques del desarrollo que han promovido la participación social. La discusión en este capítulo se enmarca en las limitantes de esos acercamientos participativos, sobre todo en el papel que juegan personas académicas y no académicas en las posibilidades de alternativas de cambio. Mediante un análisis reflexivo de sus experiencias de investigación y participación con distintas comunidades y activistas, la autora señala la importancia de considerar la labor que libran las tensiones y las luchas de poder entre otros actores y grupos de interés relacionados con el problema bajo estudio (gobiernos locales, asociaciones de productores). Estos factores conforman las estructuras de poder autoritarias que representan un obstáculo mayúsculo para acciones en las que se involucran académicas y académicos junto con activistas sociales en la lucha por sus derechos. Se cuestiona tanto la posibilidad de que las investigadoras y los investigadores sociales contribuyan a la co-construcción de alternativas como la necesidad de buscar nuevos procedimientos metodológicos que reconfiguren las relaciones entre la investigación, la política pública y la práctica comunitaria con los agentes locales.

REFERENCIAS

Comte, Augusto (1973). *Curso de filosofía positiva*. Buenos Aires: Aguilar.

Comte, Augusto (1982). *Catecismo positivista*. Madrid: Nacional.

Comte, Augusto (1988). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Alianza.

Durkheim, Emile (2001). *Las reglas del método sociológico*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Retos de la investigación-acción ante la crisis socioambiental, las políticas públicas y la vinculación universitaria[1]

Luisa Paré Ouellet

[\[Regresar al contenido \]](#)

We should not be speaking TO, but WITH
Noam Chomsky

INTRODUCCIÓN

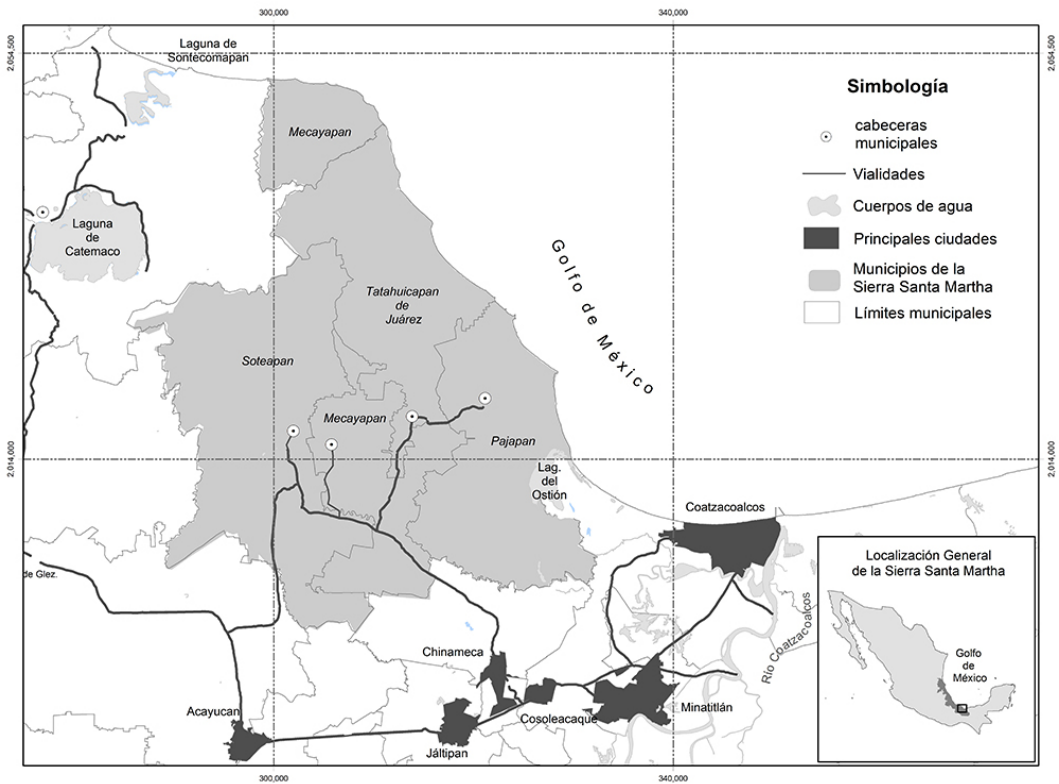
La reflexión que desarrollo en este capítulo se inscribe en el contexto de la relación entre la construcción del conocimiento científico y su aplicación, y atañe a la articulación entre los diferentes actores que intervienen tanto en los procesos de cambio y continuidad como en los de transformación, en el marco de problemas identificados de manera compartida. En la investigación social, la orientación hacia nuevos paradigmas y metodologías se ha venido dando desde hace años, desde dentro y fuera de la academia. En el corazón de este replanteamiento de nuestra vinculación con la sociedad están los temas de nuestra inserción social en el medio, la incidencia en políticas públicas, la ética y buscar que los tradicionalmente considerados objetos de investigación se apropien del proceso como sujetos de su propia historia.

En la investigación-acción participativa (IAP), a la par que se atienden problemas específicos, se busca en las acciones locales el fortalecimiento de las y los actores locales como sujetos y no como objetos de estudio. Así lo planteaba Fals Borda (2009) en toda su obra y su praxis. Este libro nos convoca justamente a revisar nuestras experiencias al intentar caminar en esta dirección. La mía es, más bien, una reflexión personal a partir de una praxis

colectiva, en la que reviso sus limitaciones y retos para realmente llegar a una transformación en los desequilibrios de poder. En la última sección menciono algunos casos de vinculación académica a procesos de este tipo.[2]

Para atender la pregunta de cómo se van definiendo los objetivos de la investigación y quiénes participan en esta definición, tomé algunos ejemplos de un trabajo de larga duración en el sur de Veracruz, realizado entre 1991 y 2005. Este trabajo se inscribe dentro de la práctica de la IAP dirigida a la resolución de problemas, a partir de una práctica desde abajo y de una reflexividad sobre las causas y visualización de posibles alternativas.

En la región de Los Tuxtlas y Sierra de Santa Marta, en el sur del estado de Veracruz, México, hay población tanto mestiza como indígena (nahua y zoque popoluca). A través del tiempo, las tierras comunales fueron fragmentadas en ejidos y parcelas para posteriormente ser colonizadas por campesinos mestizos a partir de la ola de *ganaderización* del trópico en los años cincuenta del siglo pasado. El desarrollo petrolero fue un paso hacia la globalización, mientras, las carreteras hacia el sureste se alimentaron de materiales y mano de obra de esta región indígena. La Revolución Verde, con su visión de agricultura industrial, ya había llegado a esta zona tropical y era incompatible con el sistema milpero tradicional, que a su vez tenía dificultades para mantenerse viable debido a la conversión de selvas a potreros. Por su gran biodiversidad, desde los años ochenta, la región fue objeto de políticas de conservación —aunque sólo en el papel—, hasta que en 1998 se creó la Reserva de La Biosfera de Los Tuxtlas.



Mapa 1. Sierra de Santa Marta, Veracruz

Fuente: Velázquez y Ramírez (2020), tomado con autorización de los autores.

El proyecto inicial con el cual llegamos al campo pretendía identificar alternativas para el uso de los recursos naturales de la región compatibles con su conservación, el mejoramiento de los ingresos y el bienestar de la población. Por los tiempos que corrían (posterior a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible, Río de Janeiro, Brasil), nuestro paradigma era el desarrollo sustentable.

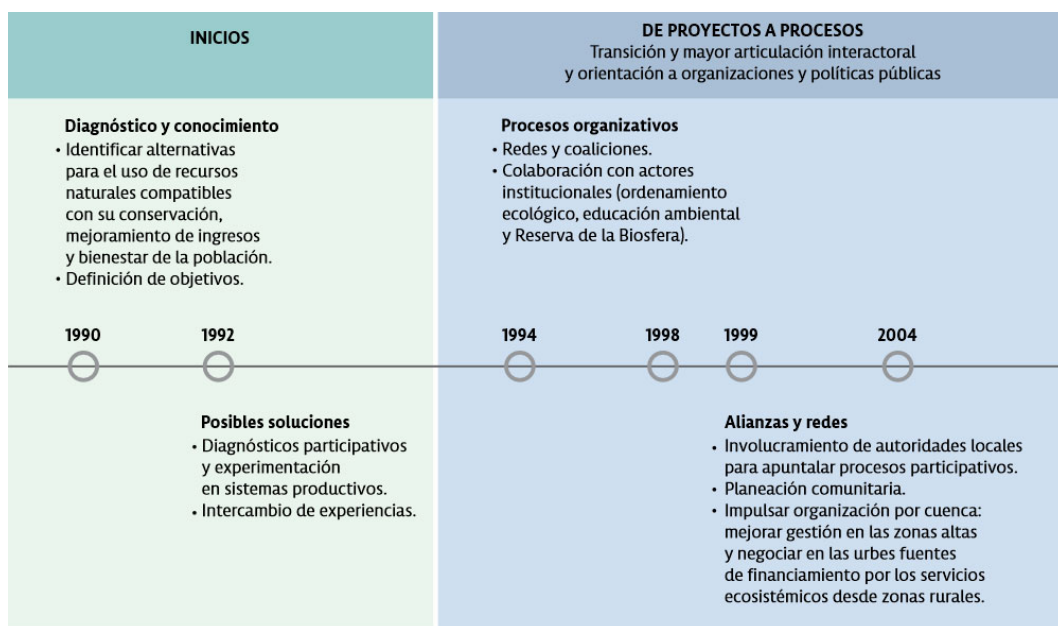
Veíamos el desarrollo sustentable no sólo como una cuestión de cambios tecnológicos y formas de manejo de los recursos naturales, sino como la posibilidad de mejorar su capacidad de restauración o resiliencia; además de incorporar importantes elementos relativos a cuestiones éticas, culturales, de equidad y de diseños institucionales más adecuados para luchar contra relaciones de poder injustas, buscando relaciones más equilibradas entre la sociedad y el medio ambiente.

Hago un paréntesis para señalar el contexto y el lugar de enunciación desde el cual se mueve el investigador o la investigadora, porque en parte determina con quiénes nos relacionamos en el campo desde un inicio y sobre qué bases. Primero veamos cómo llegamos ahí. El proyecto “Hacia un desarrollo sustentable en la Sierra de Santa Marta”, iniciado en 1991 y dos años después constituido formalmente como “Proyecto Sierra de Santa Marta A. C.”, fue concebido por un pequeño grupo externo a la región, junto con antropólogos de la Universidad Carleton, Canadá, quienes habían realizado ahí una investigación y una tesis doctoral.[3] Por otra parte, en Xalapa, Veracruz, yo tenía relación con una red de grupos de la sociedad civil con origen en comunidades eclesiales de base, involucrados en el análisis de la coyuntura política nacional y estatal en la que se enmarcaban sus acciones, principalmente en zonas rurales.[4]

Considero relevante esta contextualización porque explica nuestra inserción social en el lugar elegido para una investigación de esta naturaleza. De manera esquemática y sintética, la narración que sigue se extiende desde 1992 hasta 1998, en lo que sería propiamente una primera fase. El siguiente periodo cubre la década entre 1989 y 2004. Para cada etapa, comento las intervenciones que se llevaron a cabo de acuerdo con el tipo de problemas que se iban presentando en la región, o retomando propuestas ancladas en experiencias tanto internas como externas. Escogí algunas líneas de trabajo en las que impulsamos innovaciones locales en algunos sistemas productivos o para enfrentar amenazas sobre los ecosistemas por ciertas prácticas relativamente recientes. En cada fase cambia el énfasis respecto a determinados actores con los cuales nos relacionamos y colaboramos. Esto implicó reflexiones colectivas entre actores externos e internos sobre prácticas agrícolas, experimentos, rediseños y, a veces, cambios de estrategias. En la primera fase nos interesó incidir en las políticas públicas y encontrar puntos de convergencia entre actores de la sociedad civil y los gobiernos municipales y estatal. En la segunda fase, el decreto de la Reserva de la Biosfera Los Tuxtlas, en 1998, nos llevó a una mayor interlocución con instancias gubernamentales federales, a veces en plan colaborativo y otras contestatario.

La planeación comunitaria participativa fue una de las herramientas metodológicas a la que recurrimos con mejores resultados.

Hablo, a veces, en primera persona del singular (yo) y otras del plural (nosotros/as), aunque en este texto soy la única responsable de la síntesis de una experiencia que no cubre todo lo realizado. Recalco que, en esta participación continuada, el “nosotros” iba cambiando según las etapas. En la siguiente línea de tiempo se pueden apreciar las intenciones y las acciones a lo largo del camino recorrido.



Línea de tiempo

Fuente: elaboración propia.

INVESTIGAR Y ACTUAR CON LA GENTE TOMANDO EN CUENTA LA COYUNTURA E INQUIETUDES LOCALES (INICIOS 1991-1992)

Los casos descritos a continuación nos dicen algo sobre el contexto sociopolítico en el que se inicia un proceso de investigación y la orientación que irá tomando, y aluden a la pregunta de cómo se van definiendo los

problemas a investigar. Desde un inicio, dos sucesos nos pusieron sobre caminos no previstos.

Uno de ellos es que, en abril de 1991, mientras recorríamos el terreno y afinábamos nuestro proyecto de investigación, las selvas del volcán San Martín, en Pajapan, estaban en llamas. Además de acudir a labores para frenar el incendio, nos sensibilizamos no sólo ante la problemática ambiental, sino también social de las quemas no controladas, asociada con la milpa y, sobre todo, con la ganadería. De ahí, de los campesinos de cierta edad aprendimos sobre el manejo correcto del fuego agrícola, conocimiento que no siempre se aplica cuando el trabajo lo hace un jornalero y no el dueño. Folletos y pláticas con las autoridades se orientaron al control de quemas o a la posibilidad de evitarlas. Esta vivencia nos iba a conducir a la búsqueda de alternativas para reforzar el sistema milpero, el cual estaba en crisis porque —como decían de manera reiterada los campesinos— “la tierra está cansada”. ¿Qué podría sustituir los insumos agroquímicos y el fuego? Esta pregunta la retomo más adelante.

El otro suceso en esos tiempos fue la llegada de los emisarios de una empresa multinacional norteamericana a otro municipio para establecer plantaciones de eucalipto. De hecho, el gobierno estatal era promotor del proyecto. Era la punta de lanza de un megaproyecto que inicialmente se establecería en el municipio indígena de Pajapan, al sur de Veracruz, el cual consistía en 38 mil hectáreas de eucalipto y de otra especie exótica, en el que la Laguna del Ostión, base fundamental de la alimentación, sería la vía para llevar las astillas de celulosa al puerto de Coatzacoalcos y, de ahí, a la planta de la empresa en Texas. Ésta era otra clase de fuego que al inicio ocupó la atención de nuestro equipo. Me detendré más en este caso porque ilustra bien la pregunta “¿para quién se investiga?”, así como la cuestión sobre la co-construcción del conocimiento. En otras palabras, nos enfocamos hacia los intereses e inquietudes de la gente en estos momentos.

El tema de la tenencia de la tierra era álgido, ya que la comunidad de Pajapan, con más de 1,500 familias campesinas, estaba en proceso de recuperar cinco mil hectáreas de tierras previamente expropiadas para instalar

el megaproyecto del Puerto Industrial Laguna del Ostión, el cual fue cancelado en 1988 tanto por errores técnicos como por la resistencia indígena.

Era el inicio del neoliberalismo en México cuando la política para el campo impulsada por Carlos Salinas de Gortari favorecía a las *joined venture*, o asociaciones entre campesinos y empresas. Un contrato leonino de renta de la tierra se establecería en las mejores tierras para maíz y ganadería. El precio ofrecido era muy inferior al valor de las diversas cosechas anuales en una milpa y proporcionaría poco empleo en comparación con lo que pregonaba la empresa. Además, la comunidad debía aportar recursos como agua y grava sin compensación económica. El transporte de la celulosa iba a implicar probables impactos sobre la Laguna del Ostión y la pesca. Se ponía en riesgo la autosuficiencia alimentaria local, ya que quedaba restringida la siembra de milpa en el territorio que pretendía rentar la empresa por un periodo de treinta años.

Una organización ligada a la iglesia católica local, dirigida por jesuitas, apoyaba a la comunidad en contra del proyecto. Nos sumamos a la oposición y nuestro rol como investigadores fue documentarnos bien sobre la problemática socioambiental de las plantaciones monoespecíficas de eucalipto y sus efectos negativos sobre agua y suelos. Impulsamos, además, una comisión intersectorial gubernamental para analizar seriamente la descabellada propuesta. Recorridos y entrevistas con los campesinos nos permitieron comparar los ingresos/beneficios de la producción tradicional con las estimaciones optimistas de escenarios futuros según la empresa. Como bien lo plantean Ricardo Carrere y Larry Lohmann (1996), las plantaciones no dan empleo a tanta gente como la agricultura convencional, en particular, la agricultura familiar. De alguna manera, la comunidad, a pesar de las dificultades que vivían sus productores campesinos, presintió un escenario que no convenía.[5]

La elaboración y difusión de un folleto sobre los orígenes de la comunidad agraria indígena y una obra de teatro se sumaron a la efervescencia provocada por el proceso agrario que vivía la comunidad al haberse cancelado la expropiación de una parte de sus tierras. Una buena sinergia entre la

organización de la sociedad civil mencionada y las autoridades comunales fue uno de los factores clave en esta fase de la oposición. Finalmente, la comunidad no dio su anuencia y la empresa sólo pudo desarrollar las plantaciones en el municipio de Las Choapas, a setenta kilómetros de Pajapan. Este caso ilustra las conclusiones de Carrere y Lohmann (1996) sobre la participación y la co-construcción del conocimiento:

Cualquier investigación sobre los impactos de las plantaciones requiere de la participación de un conjunto de actores, tanto sociales como científicos, para poder arribar a conclusiones serias. Algunos conocimientos forman parte del acervo cultural de las poblaciones locales, mientras que otros pueden ser aportados por agentes externos a las mismas (ambientalistas, científicos de las ciencias físicas y sociales, silvicultores, etc.). La interacción libre entre ambos grupos de actores permitiría arribar a conclusiones más realistas y fructíferas que las que podrían surgir de estudios “científicos” aislados de la comunidad (Carrere y Lohman, 1996: 63).

En síntesis, como investigadores es fundamental ubicarnos en el contexto y la coyuntura local cuando llegamos al sitio de trabajo y modificar nuestra agenda inicial. Sólo así podemos tener una visión *empática* del territorio visto y vivido de otra manera por sus habitantes. Aparecerán otros temas, problemas, inquietudes que interesan y preocupan a la gente local. De lo que hagamos en esos momentos, de nuestra inserción social en los procesos, dependerá la aceptación y diálogos posibles hacia una transformación favorable al bien común y a los intereses de la mayoría.

Las comunidades indígenas no son entidades sin diferencias internas en lo social, económico y político. Este caso es un ejemplo de cómo, ante amenazas exteriores al territorio, hay una respuesta casi homogénea, aunque no deja de haber ciertos grupos que simpatizan con modelos exógenos por intereses personales frente a los intereses de la mayoría.

BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS FRENTE A LA AGRICULTURA INDUSTRIAL: HACIA EL CO-CONOCIMIENTO

Nuestro diagnóstico inicial —realizado, por cierto, de manera más bien convencional con base en entrevistas, recorridos y mapeos— resumía así nuestras percepciones de la situación a atender: pérdida de autosuficiencia alimentaria, erosión y degradación de suelos, pérdida de biodiversidad en flora y fauna por deforestación, agricultura con bajos rendimientos, contaminación de cuerpos de agua por agroquímicos y pérdida de cohesión social, entre otros elementos. Llegábamos con un proyecto formulado, aprobado y con financiamiento del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo de Canadá (CIID o IDRC, por sus siglas en inglés).

Nuestra zonificación inicial estaba permeada por una visión de categorías de vegetación y de actividades productivas, sin incorporar de manera participativa la visión de los propios indígenas respecto a su territorio; aunque esta zonificación no hubiera sido posible sin las muchas entrevistas, charlas y observaciones realizadas a partir de recorridos realizados en compañía de personas de las comunidades (Paré *et al.*, 1997). Más adelante recurrimos a métodos participativos que, en buena medida, confirmaron nuestro diagnóstico inicial y delinearon las necesidades y acciones percibidas por campesinos y campesinas, las cuales iré presentando en las páginas siguientes.

En una publicación derivada de una reunión de trabajo en la Estación de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México en los Tuxtlas, escribíamos: “El trabajo académico tiene el objetivo deliberado de incidir directamente sobre la desproporcionadamente desigual relación de poder entre campesinos, empresas y funcionarios estatales” (Paré *et al.*, 2017). El telón de fondo en nuestro quehacer fue siempre el cuestionamiento de esta relación de poder, para lo cual es necesario que las y los actores locales conozcan propuestas diferentes a las de los programas oficiales o adapten éstos a sus condiciones locales.

Nuestra experiencia inicial de oposición a las plantaciones de eucalipto en Pajapan marcaría el camino y posicionamiento que íbamos a seguir. Fue así como, en la segunda etapa de la primera fase de trabajo (1992-1994), contemplamos la necesidad y conveniencia de realizar una investigación de carácter participativo para que fuera la misma gente de la región la que generara su propio diagnóstico y participara en el diseño de alternativas. Nos presentamos en diferentes comunidades de la zona popoluca y mestiza, y organizamos Talleres de Evaluación Rural Participativa para identificar necesidades e intereses locales y escuchar la percepción de la población local (Paré *et al.*, 1997). De esta manera, se evidenció que el sistema de roza, tumba y quema estaba en crisis; la reducción de los tiempos de descanso de la tierra, además del surco trazado a favor de la pendiente,[6] ocasionaron un empobrecimiento del suelo y su erosión. “Las tierras están cansadas”, nos decían. Estos talleres sirvieron para identificar los diversos espacios productivos: milpa, cafetal, solar, potreros y monte (selva). Los proyectos identificados como prioritarios configuraron la agenda de trabajo y seguimiento por parte del Proyecto Sierra de Santa Marta, A. C. (PSSM) en los siguientes años.

Tomemos el caso de la milpa. En esta etapa de diagnóstico se pudo constatar que los agroquímicos que repartían tanto el gobierno como las empresas distribuidoras eliminaban la agrobiodiversidad de la milpa y empobrecían el sistema alimentario local. Por otro lado, el uso del fuego en las parcelas de maíz era motivo de incendios, como lo era también la quema de pastos, sobre todo en áreas cercanas a selvas o bosques. Las quemas ya no eran funcionales y ponían en riesgo los últimos reductos de selvas y la provisión de agua.

En este tipo de investigación no sólo se integra el conocimiento local, sino que los miembros del equipo de trabajo son “correa de transmisión” de otras experiencias, además de las propias. Gracias a campesinos tlaxcaltecas del Centro de Educación Ambiental (Cedum A. C.) y a Daniel Buckles, que aportó su experiencia de Honduras, pudimos conocer los enfoques de trabajo, conocimientos y nuevas prácticas provenientes de Centroamérica, así como la

metodología de *Vecinos mundiales* “de campesino a campesino” (Bunch, 1985; Holt, 2008). A grandes rasgos, esta metodología consiste en probar, junto con campesinos y campesinas, nuevos manejos del suelo y plantas, gracias a prácticas locales existentes y de otras regiones. A diferencia del extensionismo agrícola que transmite una tecnología determinada con paquetes de insumos, desarrollada en campos experimentales *ex situ*, en este caso, las campesinas y los campesinos experimentaban el sistema en un área reducida de su parcela para luego comparar los resultados con el área bajo manejo tradicional. Un principio de esta metodología es que los conocimientos son transmitidos en un lenguaje comprensible por quienes practican en sus propias parcelas el conocimiento que se quiere difundir.

Surgió la idea de que los cultivos de cobertura podían ser, por un lado, un sistema adaptable a la agricultura en laderas y una manera de hacer frente al problema del fuego no controlado y, por otro lado, una alternativa de fertilización natural del suelo evitando el uso extensivo de agroquímicos tóxicos con impacto en la salud.[7] Algunos campesinos del municipio de Mecayapan hacían uso de un frijol abonero silvestre llamado localmente “picapica mansa” (*Mucuna pruriens*) para crear cobertura de material orgánico (*mulch* o mantillo), lo que ayuda a conservar la humedad y fijar nitrógeno; experiencia no muy diseminada en la región en estos tiempos. Principalmente lo utilizaban como cultivo de rotación para el maíz de temporada seca (*tapachole*).

En la etapa inicial, el trabajo se llevó a cabo con siete promotores de diferentes comunidades. En este diálogo de saberes se llegaron a plantear dos experimentos: un cultivo de frijol terciopelo intercalado entre hileras de maíz, plantados a un metro de distancia y entre treinta y cuarenta días después del maíz, y una siembra de frijol solo, plantada antes de las primeras lluvias, en un campo limpio, con un metro de distancia entre las plantas (método tradicional). Por cada lote experimental había uno de control. Se hacían visitas de intercambio, en talleres se reflexionaba sobre los experimentos, se analizaban los escollos en requerimientos de trabajo, ventajas o desventajas en el desarrollo de las plantas y se rediseñaban los experimentos.[8] Hay que

destacar una dificultad técnica: “la poca asimilación del concepto y práctica de las comparaciones controladas” (Buckles, 1993; en Buckles *et al.*, 1994).

El trabajo de Buckles (1993; en Buckles *et al.*, 1994) hace un recuento de las diferentes dificultades encontradas y ajustes hechos a las recomendaciones, a condiciones atmosféricas o agentes depredadores. Después de dos años de un interés sostenido por parte de las y los promotores, y de más de 150 campesinos y campesinas de varias comunidades, en el contexto de la inminente firma del Tratado de Libre Comercio y el retiro del Estado de proporcionar asistencia técnica a los productores, decidimos organizar un taller interinstitucional para una agricultura sustentable en la Sierra de Santa Marta y región de los Tuxtlas.[9] En 1994, la recién formada Red de Promotores Campesinos y el equipo técnico nos acercamos a las instituciones con el afán de avanzar rápidamente en una política regional sobre investigación agrícola, asistencia técnica y organización de productores. La idea era escalar este proyecto. Los cultivos de cobertura y las terrazas de muros vivos con leguminosas seguían siendo la propuesta técnica. Se realizaron talleres de capacitación y se incorporaron 52 promotores en igual número de comunidades (incluida el área de Los Tuxtlas). Más de 800 personas recibieron semillas de mucuna.

El cambio de escala no fue gradual y nos metió en una telaraña burocrático-administrativa en la que hubo retraso en flujo de recursos, protagonismos de carácter político, una selección de comunidades que no siempre respondía a las que considerábamos más estratégicas. Los incentivos económicos y el pago de jornales a promotores y promotoras trajeron consigo consecuencias negativas, como actitudes de enojo y frustración por incumplimientos en calidad y tiempos de entrega de las despensas. Al crecer de 7 a 52 comunidades y de 150 productores a más de mil, se tuvo la necesidad de formar nuevos promotores y promotoras en poco tiempo, por lo que la capacitación, para muchos motivada por ingresos inmediatos, fue deficiente. Muchas personas se inscribieron en el programa por el estímulo económico y la nueva práctica duró mientras se mantuvo una compensación en especie o pago de jornales.

Al buscar elevar la incidencia se sacrificó la calidad del trabajo de promoción, por lo que se decidió no seguir en esta alianza con el programa gubernamental. Se regresó a la escala pequeña y se buscaron nuevas estrategias.[10] Aunque el gobierno estatal siguió con su programa durante un año más, éste no se convirtió en política pública.

El proyecto de abonos verdes no cundió en la región: seguían los incendios y las siembras tradicionales a favor de la pendiente. Se buscaron otros actores estratégicos como escuelas y, en parcelas escolares, sociedades de padres de familia, pero sin mayores resultados en la adopción. Los campesinos y las campesinas consideraron que cultivar el frijol terciopelo, la mucuna, sin intercalar con el maíz, podía servir para mejorar el suelo y a la vez para engordar cochinos. Con este giro, las familias mostraban que su preocupación fundamental era la generación de ingresos, por lo que seguimos ese camino. Es así como los promotores constituyeron una Red de promotores campesinos que buscó consolidar el trabajo en 25 comunidades, de preferencia aquellas cercanas a las zonas de la selva y a la Laguna del Ostión.

Entre los varios aprendizajes de esta experiencia, considero que los objetivos perseguidos y no obtenidos, es decir, menor dependencia de agroquímicos y del fuego agrícola, dependen de un contexto sociopolítico más amplio que hace más o menos viable lo que se está impulsando. Por ejemplo, en un municipio fue la reforestación y no los cultivos de cobertura lo que acabó por limitar el uso del fuego agrícola. En efecto, al plantar distintas especies de árboles se obtenía un mejoramiento de los acahuales, lo que permitió el desarrollo de la apicultura como actividad nueva que perdura hasta la fecha. De ahí que el fuego fuera visto como una amenaza para la producción de miel como beneficio de corto plazo, y para el aprovechamiento de madera a mediano y largo plazo. Aunque, sin regulaciones oficiales, los vecinos tenían que negociar entre sí y establecer sus normas.

Si bien buscamos la co-construcción de conocimientos a partir de una innovación local y una observación y escucha respecto al manejo tradicional de la milpa, a la postre vimos cómo toda innovación tecnológica alternativa requiere de un conocimiento más profundo frente a la lógica productiva

imperante, considerar el esfuerzo adicional en mano de obra y si hay compatibilidad con las estrategias y actividades existentes. No habíamos profundizado en eso.

Respecto a la difusión o escalamiento de los cultivos de cobertura, considero que no se respetó un principio del método *de campesino a campesino* al contratar personas sin perfil ni experiencia como promotores y al acoplar incentivos económicos a la experimentación con nuevas prácticas. De alguna manera, la campaña emprendida se acercó más a la labor tradicional de los agrónomos, es decir, al extensionismo.

Para escalar experiencias como ésta y para lograr una apropiación significativa de las nuevas prácticas, se requiere de condiciones políticas distintas. El que hubiera un programa gubernamental a partir de nuestra modesta propuesta, no es comparable con un movimiento social capaz de desencadenar un cambio radical en las políticas públicas, como fue el caso en la Nicaragua sandinista y en Cuba. Remito al excelente análisis de Eric Holt (2008) que destaca la necesidad de trascender las prácticas agroecológicas y actuar políticamente para que acciones pequeñas tengan mayor incidencia. “Poner atención en las políticas socio-económicas que limitan el desarrollo sustentable y la habilidad de crear presión social, son condiciones necesarias para que el *Movimiento Campesino a Campesino* se convierta en un movimiento efectivo para el cambio social” (p. 263).

En una publicación reciente, es alentador citar las palabras recién publicadas por un joven estudiante, dos productores popolucas y un investigador que radican en la zona y nos dan una panorámica de una transformación que ubican en fechas más recientes, aparentemente sin memoria de la historia aquí contada y ubicada entre 1992 y 2004.

[...] en los últimos 20 a 30 años la publicidad y divulgadores de empresas promovieron el uso irracional de herbicidas, fertilizantes sintéticos [...]. El suelo estaba muy compactado, ácido e improductivo por el uso excesivo de agroquímicos como la urea y el glifosato. Es por ello que, en conjunto con las familias, se ha cambiado la ideología de una agricultura dependiente de los transgénicos,

herbicidas, insecticidas y fertilizantes sintéticos a una agricultura agroecológica tal como lo hacían los ancestros, involucrando nuevas alternativas como los caldos minerales para las plagas, bioinsumos para aportar los nutrientes necesarios a los cultivos (Pérez Montiel *et al.*, 2023).

Es interesante observar que los antecedentes de la experiencia referida fueron ubicados en 2005, fecha que coincide con la apertura de la Universidad Intercultural Veracruzana en la región. Algunos proyectos dependientes de políticas públicas ambientales, e identificados como provenientes del exterior, después de ser traducidos y redescubiertos por los jóvenes estudiantes indígenas, parecen adquirir ahora un nuevo re-conocimiento y mucho potencial. Vemos que, en otras condiciones o coyunturas posteriores, lo que en un momento no tiene oportunidad de florecer es retomado por nuevos actores.

También en toda esta experiencia ha sido una gran limitación no hablar ni entender las dos lenguas, el náhuatl o pipil y el popoluca. Hoy en día pienso que, para investigar en regiones indígenas, manejar los rudimentos de la lengua, si bien no nivela las diferencias, ayuda al diálogo en confianza y con mejor comprensión.

TRANSICIÓN DE PROYECTOS A PROCESOS

Nuevamente, las políticas públicas iban a llevarnos a ajustar la agenda de trabajo. Reorientamos nuestra estrategia ante una inminente decisión, tomada desde fuera del territorio y sin consulta con la población, de crear una Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas. El grupo de investigación había aceptado la invitación del Fondo para el Medio Ambiente Mundial (GEF) para elaborar una metodología y calcular el costo incremental de la conservación de la biodiversidad; método que posteriormente se aplicaría en la región y en el país canalizando recursos para implementar diversas alternativas para el manejo sustentable. El PSSM A. C., junto con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y con apoyo de la Secretaría de Medio Ambiente, Recursos

Naturales y Pesca (SEMARNAP), convocamos a un seminario internacional en la UNAM para conciliar diferentes métodos para conformar un Área Natural Protegida y con perspectivas de financiamiento.

Nuestra recomendación se oponía al mecanismo propuesto de expropiación de tierras a campesinos; más bien, proponía la “adhesión voluntaria” de ciertos ejidos creando zonas de protección, de recuperación y de extracción sustentable. En realidad, la expropiación de más de nueve mil hectáreas, que afectó a 250 propietarios, a una comunidad expropiada en su totalidad y a otras de manera parcial, creó una situación caótica que dificultó posteriormente aprovechar los recursos económicos obtenidos y echar a andar los espacios de participación propuestos (Paré y Fuentes, 2007; Fuentes, 2011).

Previamente se habían realizado varios talleres para el establecimiento de un Programa de Desarrollo Regional Sustentable (Proders) en comunidades piloto en el área de la Reserva. Este Programa se construyó a partir de diagnósticos comunitarios y de planeación en varios ejidos y talleres que facilitamos con otra institución universitaria, los cuales permitieron un valioso acercamiento e intercambio de saberes con las comunidades. No obstante, a la postre, en la mayoría de los casos, estos ejercicios han sido vistos más como un requisito para acceder a recursos económicos que como una oportunidad para una gestión corresponsable del territorio, desde las comunidades.

ALIANZAS Y REGIONALIZACIÓN DE LA AGENDA: DILEMAS Y TENSIONES

La convergencia entre distintos actores de la sociedad civil y la academia en una misma región y la capacidad de sostener procesos a lo largo del tiempo son un gran reto. Es importante decir que algunos promotores miembros de las comunidades eclesiales de base vivían cierta tensión por su participación en dos organizaciones diferentes: la nuestra y la de los jesuitas. Sin embargo, quizá por el interés que tenían en estas nuevas prácticas agroecológicas, estos

campesinos y campesinas no se alejaron, aunque fuimos por algunas personas de la organización referida como los que llegan a montar un caballo ensillado.

Después de nuestro “fracaso” o “aprendizaje” con el programa gubernamental para escalar los cultivos de cobertura, al interior de nuestra organización se dieron diferencias internas, en parte, debido a que la red de promotores no era percibida de la misma manera entre los mismos miembros del equipo. Por esta y otras razones, salí de esta asociación y poco tiempo después formé otra. La Red de Promotores Campesinos tuvo permanencia durante ocho años, tanto en la sierra como en la región de Los Tuxtlas. Las y los promotores, algunos mestizos, otros indígenas y nosotros mismos, vimos la necesidad de actuar no sólo en el terreno técnico-económico, sino también en el político. La temática socioambiental era llevada a foros regionales de pueblos indígenas de la región, por ejemplo.

En los años siguientes, y con la integración de promotores de otras dos asociaciones civiles (incluida la de los jesuitas), se formó un Centro de Capacitación Campesina (CCC), desde el cual incursionamos en varias actividades en los distintos espacios productivos identificados inicialmente: plantación de árboles para proteger las fuentes de agua, ecoturismo en comunidades, ganadería sostenible, agroforestería con ixtle, palmas de ornato, vainilla, unidades de manejo de fauna silvestre, y otros más. El tema de la interacción entre los diferentes actores externos daría para más reflexiones.

Por otro lado, la Red de Promotores buscaba un involucramiento de las autoridades locales y de las asambleas ejidales o comunitarias, para así pasar de proyectos a la generación de procesos locales y regionales capaces de “hilvanar” diversas acciones a través del tiempo y el espacio, con una visión de integralidad y fortalecimiento de la participación y la transparencia, incluida la dimensión de género. En diversos talleres de planeación con promotores y otros participantes, a raíz de un proyecto más amplio financiado por el Instituto Nacional de Desarrollo Social (Indesol), pudimos discernir dos respuestas diferentes: los y las que tenían objetivos económicos inmediatos, lo que nos sumía en la “proyectitis”, y quienes tenían una visión más estratégica,

interesada en la organización, las políticas públicas, la cultura y una mayor incidencia regional.

Posteriormente, entre Decotux A. C. (Desarrollo Comunitario de los Tuxtlas) y la Red de Promotores de los Tuxtlas y su organización recién formada (Cooperativa Mok Cinti), impulsamos la Coalición de Organizaciones para el Desarrollo Sustentable del Sur de Veracruz (Codesuver).[11]

Los talleres de evaluación rural participativa o de diagnóstico comunitario, en principio, constituyen un espacio ideal para el diálogo de saberes y la planeación de futuros deseables o posibles. Si vemos más allá de la rica experiencia vivida y los vemos desde la perspectiva de sus impactos, la cosa cambia. Puede ser el inicio de un cambio sustancial, como en el caso de comunidades que se aventuraron en proyectos de ecoturismo o de otras alternativas que fracasaron. En una evaluación que se hizo del impacto de estos talleres de planeación, fueron identificados factores de éxito o limitaciones: unos institucionales y otros internos a la comunidad. En pláticas con la gente sobre los talleres realizados tres o cuatro años antes, si bien recuerdan estas actividades y de algunos proyectos que de ahí resultaron, en general las comunidades no tienen el plan de desarrollo como un documento base para tomar decisiones y programar las siguientes acciones. En muchas ocasiones, y contra la metodología de la Evaluación Rural Participativa (ERP), la organización no gubernamental (ONG) responsable del taller no les ha devuelto la memoria de éste. En otras ocasiones, aunque se ha cubierto este requisito, la autoridad local no lo socializa ni transmite a su relevo. La falta de acceso a la información generada dificultó en los años posteriores identificar si los recursos que les llegaban se derivaban de este ejercicio de planeación (Proders).

Otro problema de corte institucional es que, al no funcionar las instancias de planeación intersectorial, como los Consejos de Desarrollo Rural Sustentable, o al funcionar sin verdadera representatividad, los financiamientos de proyectos llegan a las comunidades de manera desordenada y descoordinada, sin que se vea la relación con los Talleres, y la

gente los acepta básicamente porque se canalizan recursos económicos. Un reto importante es que estos ejercicios tengan continuidad cuando cambian las autoridades municipales y ejidales o cuando cesa la asesoría o seguimiento continuo (Fuentes Pangtay, 2011). Muchas veces, esta continuidad depende de la propia discontinuidad de los actores externos cuando llegan al término de sus proyectos de investigación.

En la última etapa de mi participación, hasta 2004 (ya como miembro de Sendas A. C., creada en 1999), hubo un giro sustancial al plantear un enfoque en torno a la necesidad de establecer una nueva forma de relación campo-ciudad. Fue así como, junto con Decotux A. C., adoptamos un enfoque de cuenca en un municipio específico, abastecedor de agua potable para la zona industrial de Coatzacoalcos-Minatitlán. Desde 1980, el tema de la extracción de agua desde el municipio de Tatahuicapan había sido motivo de conflictos permanentes por falta de cumplimiento de promesas iniciales en materia de infraestructura y de servicios. Partiendo de la idea de que las ciudades debían retribuir algo a las comunidades rurales por los servicios ecosistémicos, se emprendió un proceso organizativo de un Comité de subcuenca y participación en las instancias regionales y municipales, donde se podía eventualmente revertir la inequidad existente.^[12] Por falta de transparencia por parte del organismo operador de agua de Coatzacoalcos, hasta la fecha no se ha podido institucionalizar un mecanismo permanente de colaboración. No obstante, la organización Decotux A. C. ha seguido un trabajo asiduo y constante de reforestación y otras actividades de restauración en la subcuenca del río Texizapan.

DIFICULTADES Y RETOS PARA INCIDIR EN POLÍTICAS PÚBLICAS

En estas condiciones, la estrategia de participar en espacios promovidos desde el gobierno presenta serios retos y riesgos para grupos de la sociedad civil o de la academia. Por un lado, la cooptación ha sido el temor persistente de ciertas organizaciones a perder sus bases, por lo que es común colocar la autonomía

por delante de un trabajo colaborativo, lo que dificulta conjuntar esfuerzos entre las mismas. Las condiciones o dificultades principales pueden ser sintetizadas de la siguiente manera:

- Una sectorialización de las políticas y acciones gubernamentales en lugar de diseños transversales con integración de las experiencias locales.
- Contradicciones políticas entre diferentes niveles de gobierno (federal, estatal, municipal).
- Diferencias políticas dentro de las comunidades debido a adhesiones partidistas.
- Atomización comunitaria y pérdida de identidad y cohesión.
- Diferencias conceptuales en estrategias entre organizaciones de la sociedad civil y dificultades para crear agendas comunes.

Eric Leonard y Jean Foyer, en su excelente trabajo sobre las políticas públicas en la región de los Tuxtlas, respecto a los alcances del trabajo referido aquí, de manera muy sintética y acertada, concluyen:

La ausencia de una organización indígena regional, capaz de consensuar e impulsar un proyecto de movilización de largo plazo, así como la fuerte inserción de la región en las redes del clientelismo político y comercial de carácter suprarregional, representan grandes obstáculos para la implementación de un proyecto de desarrollo sustentable a la vez coherente y participativo (Leonard y Foyer, 2011).

VINCULACIÓN ACADÉMICA Y TRANSDISCIPLINARIEDAD

Antes de cerrar, comparto un breve comentario sobre la vinculación académica y la transdisciplinariedad, porque procesos como éste van más allá de la responsabilidad y capacidad individual de un investigador o investigadora. En mi caso, he gozado de libertad institucional en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México

en este caminar entre investigación y acción, tratando de sistematizar las experiencias y los aprendizajes que éstas nos dejan, buscando un equilibrio entre el *uso social* y el *uso académico* de los resultados y del conocimiento (Vaccarezza, 2009).

Debo decir que hacía el trabajo de sistematización como parte de mis actividades académicas. Admito que, en la mayoría de los casos, la sistematización fue asumida como labor académica más que como parte de un proceso reflexivo compartido con los actores locales involucrados. Si se pudiera repetir esta historia, y a la luz de nuevos conocimientos adquiridos, de carácter transdisciplinario, la sistematización se haría de manera colectiva y con una documentación generada localmente. La entrega de nuestras publicaciones a las bibliotecas municipales, cuando las hay, no es suficiente, aunque éticamente es muy necesaria.

Cuando se investiga desde esta perspectiva, y, más aún, cuando hay innovaciones tecnológicas derivadas, se requiere de un apoyo institucional y una colaboración multidisciplinaria entre los diferentes campos de conocimiento involucrados y entre diversas habilidades técnicas y administrativas que escapan de nuestro bagaje profesional como académicos.

Un avance en el concepto mismo de vinculación es la reciente creación de la Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad (Cous), en la Universidad Nacional Autónoma de México. Rebasando una visión en que la vinculación se entendía bajo un paradigma de transmisión del conocimiento en forma de asesoría especializada, transferencia tecnológica y capacitación sobre temas previamente identificados, o que respondían a solicitudes específicas, actualmente la Cous plantea la necesidad de “impulsar proyectos de investigación bajo una perspectiva transdisciplinaria, buscando generar conocimiento construido de forma integral y colaborativa”.[13]

Un buen ejemplo de un compromiso asumido no sólo por los investigadores, sino por las instituciones académicas, es la Unidad de Vinculación del Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad (IIES-UNAM), en Morelia, que facilita los procesos de comunicación entre los grupos de investigación de esta entidad académica y los distintos sectores

con los que colaboran tales grupos. La sistematización de este tipo de experiencias es muy relevante porque permite profundizar en los factores de éxito y en la incidencia en las políticas públicas desde los centros de investigación. Por primera vez, desde la política pública, en particular desde el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, se impulsa un enfoque transdisciplinario —como se le llama ahora— en los métodos participativos o colaborativos. El concepto de los Proyectos Nacionales de Investigación e Incidencia (Pronaii) considera imprescindible la participación de las y los sujetos de investigación en la definición de los objetivos de los proyectos y coproducción de conocimientos en el desarrollo de los mismos.

REFLEXIONES FINALES

Para cerrar, regreso al tema de la transformación social buscada en esta forma de investigar. Más bien surgen nuevas preguntas: ¿en qué dimensiones o escalas se está trabajando?, ¿desde lo micro o local, pero pensando a la vez en lo macro-global? ¿Qué factores facilitan o dificultan un empoderamiento colectivo capaz de avanzar hacia planes de mediano y largo plazo que fortalezcan la organización y la autonomía? ¿Cómo lograr alianzas cada vez más firmes y duraderas que favorezcan la complementariedad y no el antagonismo ideológico-político?

El contexto es fundamental en las posibilidades de una transformación desde los propios sujetos, tanto individuos como comunidades. Para mí, entre los factores a tomar en cuenta, destaco:

- La identidad y visión del territorio que tienen, tanto mujeres como hombres, adultos, niños y jóvenes, más allá de los límites de la parcela ejidal o privada. Esta identidad se extenderá a toda una comunidad siempre y cuando todos los pobladores sean tomados en cuenta: no sólo poseedores de tierra, sino vecindados, mujeres y jóvenes.
- Las políticas públicas y la alineación de sus proyectos con la globalización, muchas veces a costa del fortalecimiento de las agendas

locales y del fortalecimiento del tejido social.

- Las políticas públicas no son o no deben ser sinónimo de programas de gobierno. Requieren ser co-construidas en un diálogo respetuoso entre gobierno y población local. En este sentido, hablar de sujeto social no es sólo hablar de sectores de la sociedad de manera separada del gobierno.

He querido mostrar, con las vivencias expuestas, la importancia de las acciones realizadas en coordinación con las autoridades locales y diferentes órdenes de gobierno, siempre y cuando ayuden al desarrollo de una agenda desde abajo. Cuando la participación está impulsada desde el Estado, incluidos varios programas llamados de desarrollo sustentable, una de las limitaciones es que éste ha sido concebido sólo como un aspecto técnico y no como un proceso político de negociación entre actores, con diferentes intereses que deberían conducir a acuerdos cooperativos para la toma de decisiones (Robles y Paré, 2002).

No comparto una visión romántica de las comunidades como espacios donde predomina siempre el consenso y un ejercicio ejemplar de la democracia. La mayoría de las comunidades indígenas o rurales ha sufrido un proceso de pérdida de cohesión social como resultado de cambios en la territorialidad, aparición de nuevas formas de gestión de la tierra y de los recursos ligados a la presencia de instituciones externas, transformación de sistemas productivos tradicionales por nuevas actividades ligadas al mercado, como la ganadería o las plantaciones forestales monoespecíficas (palma de aceite, en nuestro caso).

Un factor que ha dificultado transitar de la ejecución de proyectos hacia la consolidación de procesos y el desarrollo de capacidades ha tenido que ver, en parte, con el debilitamiento de las instituciones locales y la persistencia de relaciones basadas en el clientelismo. Como actores externos y, aun practicando la investigación-acción participativa, la intención y la práctica no nos libran de que se deposite en nosotros mismos expectativas y reacciones de tipo clientelar, mismas que, a veces, asumimos como parte de nuestras responsabilidades individuales y no como parte de colectivos.

Para que proyectos iniciados en varias comunidades tengan continuidad, se requieren organizaciones locales o regionales sólidas. De no ser así, cada vez que cambia la administración municipal, estatal o federal, se dejan atrás los avances logrados. Un ejemplo de ello fue el caso de Proders y también del Manejo Integrado de Ecosistemas en Tres Regiones Prioritarias del Fondo para el Medio Ambiente Mundial (MIE-FMAM), cuyas propuestas de diversos consejos participativos y recomendaciones no se aplicaron o no tuvieron continuidad de una administración a la otra.

A mi manera de ver, los resultados de nuestras acciones no pueden ser apreciados en ciclos cortos, ni como casos exitosos ni como simples fracasos. Tampoco hay firmas individuales, ni en los fracasos ni en los éxitos; nunca son absolutos, ni los unos ni los otros. Lo que no se logra en un tiempo y en un contexto, en otro encontrará mejores condiciones, y parte de la agenda será retomada por otros, como se vio más arriba.

Para terminar, quiero recalcar que esta historia que acabo de contar es la que viví y cómo la viví, desde la memoria personal ya no tan precisa y la documentación al alcance. Estoy consciente de que cada historia va acompañada de percepciones subjetivas, de emociones, de motivaciones o improntas personales, según cada historia de vida, y estas subjetividades, tanto de los internos como externos, importan también.

Esta historia tendría que ser contada por los sujetos locales, cómo la vivieron, qué quedó de ella, qué semillas dejó, cuáles germinaron, cómo abonaron o no. Esta tarea queda pendiente para quienes se animen a despertar recuerdos, aunque sea de infancia, en esta colectividad muy diversa de hombres y mujeres de estas sierras y planicies del sur de Veracruz.

REFERENCIAS

Buckles, Daniel (editor) (1993). *Gorras y sombreros: Caminos hacia la colaboración entre técnicos y campesinos*. Ciudad de México: Centro International de Mejoramiento de Maíz y Trigo.

- Buckles, D.; L. Arteaga; y M. Soule (1994). “Extensión campesino a campesino de los abonos verdes en la Sierra de Santa Marta, Veracruz, México”. En *Memoria de taller sobre las políticas para una agricultura sustentable en la Sierra de los Tuxtlas y Santa Marta, Veracruz*, marzo 3-4. Veracruz.
- Bunch, Roland (1985). *Dos mazorcas de maíz: una guía para el mejoramiento agrícola orientado hacia la gente*. Oklahoma: Vecinos mundiales.
- Carrere, Ricardo, y Larry Lohmann (1996). *El papel del Sur. Plantaciones forestales en la estrategia papelera internacional* [en línea]. Montevideo: Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales. Disponible en <http://guayubira.org.uy/plantaciones/papel/papel9.html> (consulta: 8 de agosto de 2022).
- Casas, Alejandro; Ignacio Torres; América Delgado-Lemus; Selene Rangel-Landa; Catarina Ilsley; Juan Torres-Guevara; Aldo Cruz; Fabiola Parra; Ana Isabel Moreno-Calles; Andrés Camou; Alicia Castillo; Bárbara Ayala-Orozco; José J. Blancas; Mariana Vallejo; Leonor Solís; Atenea Bullen; Tamara Ortíz; Berenice Farfán (2017). “Ciencia para la sustentabilidad: investigación, educación y procesos participativo”. *Revista Mexicana de Biodiversidad* 88: 113-128. Disponible en <https://www.redalyc.org/pdf/425/42554924009.pdf>
- Fals Borda, Orlando (2009). “El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis” [en línea]. En *Una sociología sentipensante para América Latina*, compilado por Víctor Manuel Moncayo, 253-301. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Disponible en <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20160308051848/09como.pdf>
>
- Fuentes Pangtay, Tajín (2011). *Monólogos y diálogos sobre la conservación de la naturaleza en Los Tuxtlas* [en línea]. Tesis de la Licenciatura en Etnología. Ciudad de México: Escuela Nacional de Antropología e Historia. Disponible en

<<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/tesis%3A713>>

Holt, Eric (2008). *Campesino a Campesino: voces de Latinoamérica movimiento campesino a campesino para la agricultura sustentable* [en línea]. Managua: SIMAS. Disponible en

<https://dhls.hegoa.ehu.eus/uploads/resources/6040/resource_files/Campesino_a_Campesino.pdf?v=63741889336>

Leonard, Eric, y Jean Foyer (2011). *De la integración nacional al desarrollo sustentable. Trayectoria nacional y producción local de la política rural en México*. Ciudad de México: Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria, Cámara de diputados, LXI Legislatura.

Merçon, Juliana (coordinadora) (2021). *Investigación transdisciplinaria e investigación-acción participativa. Conocimiento y acción para la transformación*. Ciudad de México: Copit arXives y Red de Socioecosistemas y Sustentabilidad, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Paré, Luisa (1992). “Las plantaciones forestales de eucalipto ¿Para quién es el negocio?”. *Cuadernos Agrarios 27 Constitucional* (nueva época) (5-6): 146-154.

Paré, Luisa; Emilia Velázquez; Rafael Gutiérrez; Fernando Ramírez; Álvaro Hernández; Marta Patricia Lozada; Hugo Perales; José Luis Blanco (1997). *La Reserva Especial de la Biosfera Sierra de Santa Marta, Veracruz: diagnóstico y perspectiva*. Ciudad de México: Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca/Universidad Nacional Autónoma de México.

Paré, Luisa, y Tajín Fuentes (2007). *Gobernanza ambiental y políticas públicas en Áreas Naturales Protegidas: lecciones desde los Tuxtlas*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Paré, Luisa; Emilia Velázquez; Fernando Ramírez; y Oswaldo Graciano (2017). “Entre la investigación académica y la investigación acción: tres estudios de caso en Los Tuxtlas, Veracruz”. En *Avances y Perspectivas en la Investigación de Bosques Tropicales y sus Alrededores: la Región de Los Tuxtlas*, editado por Víctor Hugo Reynoso, Rosamond Coates y María de Lourdes Vázquez Cruz, 69-78. Ciudad de México: *Instituto de Biología, Universidad Nacional Autónoma de México*.
- Pérez Montiel, Alberto; Manuel Pérez González; José Carlos Franco Ramírez; Carlos H. Ávila Bello (2023). “Riqueza genética, importancia, conservación y mejoramiento en manos campesinas: el caso de la Sierra de Santa Marta” [en línea]. *La Jornada del Campo* 189, junio: 11. Disponible en <https://www.jornada.com.mx/2023/06/17/delcampo/delcampo189.pdf> (consulta: 24 de octubre de 2023).
- Robles, Carlos, y Luisa Paré (2004). “Participación ciudadana en el manejo del agua: una nueva relación entre la ciudad y el campo en el sur de Veracruz”. En *Participación ciudadana y políticas sociales del ámbito local*, coordinado por Alicia Ziccardi, 185-196. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Desarrollo Social/ Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.
- Vaccarezza, Leonardo, S. (2009). “Las relaciones de utilidad en la investigación social” [en línea]. *Revista Mexicana de Sociología* 71 (número especial): 133-166. Disponible en <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/17786>
- Velázquez, Emilia, y Fernando Ramírez (2020). “De recolectores a cultivadores certificados: tensiones y articulaciones de saberes territoriales en la Reserva de la Biosfera Los Tuxtlas, Veracruz (México)” [en línea]. *Territorios* volumen especial (42): 1-24. Disponible en <https://www.redalyc.org/journal/357/35763084005/html/>

[Notas]

- [1] Agradezco sus sugerencias y aportaciones para revisar mi texto a Daniel Buckles; Cristina Guerrero, de Ecosur; Gerardo Alatorre, de la Universidad de Veracruz; Eckart Boege, del Instituto Nacional de Antropología e Historia; y Fernando Ramírez, del Proyecto Sierra de Santa Marta (PSSM).
- [2] Para la recapitulación colectiva de métodos participativos, recomiendo, entre otros textos, el excelente trabajo sobre ciencias de la sostenibilidad, de Alejandro Casas *et al.* (2017) y el de Juliana Merçon (*et al.*, 2021).
- [3] Los antropólogos Jacques Chevalier y Daniel Buckles, de la Universidad de Carleton, Canadá.
- [4] Frente Popular de Organizaciones del Sur del estado de Veracruz (Freposev). Si bien yo trabajaba formalmente en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, también colaboraba con el Centro de Estudios Agrarios A. C., una organización de la sociedad civil inscrita en la corriente de la teología de la liberación y de la educación popular.
- [5] Para mayores referencias sobre este caso, ver Paré (1992).
- [6] En aquel tiempo, Daniel Buckles, colaborador del Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT) para investigación sobre labranza de conservación, inspirador, miembro y asesor del Proyecto Sierra de Santa Marta (PSSM A. C.), fue quien nos enlazó con los pioneros del Movimiento Campesino a Campesino, tanto en México como en América Central (Honduras y Guatemala).
- [7] En una encuesta realizada en tres comunidades a campesinos interesados en el Programa, 88% utilizaba herbicidas (Glifosato) y 58% fertilizantes químicos.
- [8] Por ejemplo, la siembra de maíz intercalado con frijol abonero presentaba problemas porque éste proliferaba y ponía en riesgo al primero si no se respetaban las fechas de siembra del frijol.
- [9] Se crea el Procampo como apoyo compensatorio ante la apertura comercial del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, con desventajas competitivas para productores nacionales por los subsidios otorgados a sus contrapartes en los países socios.

- [10] Situaciones semejantes fueron reportadas en otras regiones con procesos de experimentación, como en Calakmul, Campeche (comunicación personal de Eckart Boege).
- [11] Para el desenvolvimiento posterior del trabajo socioambiental a partir de las interacciones entre organizaciones y municipios, ver Paré y Robles (2004).
- [12] Para más detalles, ver Robles y Paré (2004).
- [13] Ver <<https://cous.sdi.unam.mx/>>. Otras Universidades están apoyando metodologías participativas desde hace tiempo, como es el caso de la Universidad Autónoma Metropolitana; el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), en Jalisco; el Instituto de Estudios en Ecosistemas y Sustentabilidad (IIES-UNAM), en Morelia; Ecosur, en Tabasco, Chiapas y Quintana Roo, entre muchos otros.

Etnografía longitudinal aplicada al estudio de organizaciones de la sociedad civil ambientalistas.

Una reflexión sobre investigación social a largo plazo

Raul Pacheco-Vega

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

El estudio de los movimientos sociales ambientalistas se puede llevar a cabo con múltiples métodos y usando una gran variedad de tipos de datos, tanto cualitativos como cuantitativos. En mi investigación he utilizado ambos tipos de estrategias empíricas. En este capítulo detallo mi experiencia utilizando una combinación de sombreado (*shadowing*) y etnografía longitudinal y organizacional en el estudio de las modalidades de formación de coaliciones transnacionales por organizaciones de la sociedad civil en los tres países de América del Norte. Veinte años después de haber empezado a estudiar el movimiento transnacional trinacional que transformó el Registro de Emisiones y Transferencia de Contaminantes (RETC) en México, para hacerlo más comparable con el Toxics Release Inventory (TRI) de Estados Unidos de Norteamérica y el National Pollutant Release Inventory (NPRI) de Canadá, en este capítulo reflexiono sobre la estrategia metodológica de la etnografía longitudinal y sus alcances en el estudio de otros movimientos activistas, no sólo ambientalistas. Una arista fundamentalmente importante es la inclusión en redes colaborativas de aprendizaje de todos los miembros de los grupos activistas.

Comprender las relaciones entre los investigadores sociales y sus sujetos requiere de una capacidad de autorreflexión sólida y una reflexividad sustantiva que obligue, a quienes hacemos investigación, a considerar los posibles efectos negativos que pueda tener nuestra intervención en una comunidad (Pacheco-Vega y Parizeau, 2018). Los estudios de activismo ambiental de largo alcance ofrecen una excelente oportunidad para analizar las interacciones entre quienes tratamos de comprender cómo se formulan y construyen los movimientos sociales ambientalistas y aquellos que trabajan en la construcción de una respuesta hacia el gobierno y hacia la industria para mejorar el tratamiento de los ecosistemas. En este capítulo, reflexiono sobre mi relación con un movimiento social ambientalista formado mediante la construcción de una coalición trinacional de organizaciones de la sociedad civil que se oponían a la emisión de tóxicos, por lo que formularon una estrategia común para transformar el RETC en México (que originalmente era voluntario) en un instrumento de diseminación de información obligatorio (Pacheco-Vega, 2005, 2007, 2021).

Para compartir mis experiencias en la interacción con un movimiento social ambientalista durante veinte años, retomo la literatura teórica y metodológica sobre etnografía longitudinal para discurrir sobre la evolución de la red de organizaciones de la sociedad civil a lo largo del tiempo, en los momentos más importantes de la transición de voluntario a obligatorio del instrumento, y sus actividades subsecuentes. Si bien originalmente mi diseño de investigación se concentró en una etnografía organizacional del movimiento, he aplicado etnografía longitudinal para mapear la evolución de la red de activistas a lo largo de dos décadas. En este capítulo muestro las razones que justificaron el ajuste de mi estrategia metodológica a través del tiempo.

He estructurado el capítulo de la siguiente forma: en la segunda sección detallo el marco metodológico utilizado para comprender las estrategias de formación de coaliciones transnacionales. Esta reflexión se deriva de mi experiencia metodológica y multidisciplinaria. El diseño original de investigación era etnográfico organizacional, pero pronto me di cuenta de que

sería fundamental rastrear la evolución de la coalición a través del tiempo, lo cual reconfiguró el proyecto como una etnografía longitudinal. En esta sección también adelanto una propuesta sobre cómo realizar una investigación desde este enfoque. En la tercera sección describo el caso de estudio a detalle, y en la cuarta hago una revisión teórica de los estudios sobre formación de coaliciones de activistas ambientales; también ofrezco la ruta analítica seguida para diseñar una investigación etnográfica sobre la formación de redes transnacionales de estos activistas. Si bien existen múltiples estrategias metodológicas para estudiar movimientos sociales transnacionales y la formación de coaliciones, utilicé primordialmente el enfoque etnográfico, ya que considero que es la estrategia más adecuada para profundizar en la cultura interna de la coalición y sus miembros. En la quinta sección reflexiono sobre la evolución de mis relaciones con los activistas, así como con los actores gubernamentales, secretariados y organizaciones internacionales. En la sexta sección concluyo sugiriendo una posible agenda de investigación en el área (movimientos sociales ambientalistas) y la metodología específica propuesta (la etnografía longitudinal).

ETNOGRAFÍA LONGITUDINAL, ETNOGRAFÍA ORGANIZACIONAL Y EL ESTUDIO DE COALICIONES AMBIENTALES INTERNACIONALES

La etnografía longitudinal se refiere al estudio continuado de una misma población a lo largo de un periodo prolongado a través del trabajo de campo, la observación participante y la realización de entrevistas (Douglas, 2019). El análisis puede hacerse por etapas, en las que el investigador o investigadora regresa a la comunidad de su caso inicial (O'Reilly, 2012), o como análisis de naturaleza continua. Este método es popular en el estudio de violencia (Berckmoes *et al.*, 2021), incluso en casos tan polémicos como las pandillas en Holanda (Roks, 2021) o en Nicaragua (Rodgers, 2021), o relativamente inocuos como en los estudios de la infancia temprana (Neale y Flowerdew, 2003), o de suyo sensibles y delicados, como los análisis de las experiencias de

parejas en proceso de fecundación *in vitro* (Mounce *et al.*, 2022). En particular, la investigación longitudinal otorga mayor profundidad al estudio de diferentes poblaciones vulnerables (Pacheco-Vega y Parizeau, 2018), mediante el regreso frecuente e intensivo por parte del grupo de investigadores a las comunidades y sitios de estudio. Este retorno es sumamente importante en la investigación cualitativa longitudinal porque permite, y de alguna manera garantiza, que la investigación tenga validez interna y externa.

Una de las enormes ventajas de la etnografía longitudinal, y en general de cualquier estudio de naturaleza de largo plazo, es la oportunidad de construir confianza de una manera más profunda debido a la repetición de visitas a campo y la realización de múltiples entrevistas durante un importante periodo de tiempo. Esto permite construir una confianza que tal vez no se podría lograr de otra manera, lo que resulta importante en contextos donde las poblaciones estudiadas son muy vulnerables, y en los cuales, para compartir sus experiencias, es fundamental que, quienes realizan el trabajo de campo y las entrevistas, sean personas de confianza, que se hayan ganado el privilegio de escuchar y, en su momento, contar las historias de sus participantes (Bashir, 2018).

La etnografía longitudinal se usa con frecuencia en estudios de personas y comunidades con diferentes grados de vulnerabilidad, como parte de una estrategia metodológica cualitativa de seguimiento del ciclo de vida. Así, encontramos estudios sobre la seguridad farmacológica y el papel que juega el farmacéutico comunitario en el aseguramiento del bienestar de las personas mayores que requieren medicaciones durante cierto tiempo (Berckmoes *et al.*, 2021), la evolución de las vidas de adolescentes latinoamericanos en Cataluña, España (Corona, 2016); pero también se utiliza en estudios de élites, como el análisis del comportamiento de los consumidores en restaurantes de gastronomía de lujo y con buenas calificaciones de la Guía Michelin en Francia (Batat, 2021). Los estudios de etnografía longitudinal sirven para analizar la migración transnacional y las historias de vida de quienes emigran voluntariamente (Bastia, 2013), también de quienes son desplazados de

manera forzada, como es el caso de los mexicanos indocumentados que son deportados a México desde los Estados Unidos (Radziwinowiczówna, 2021).

La literatura académica sobre etnografía longitudinal está principalmente en inglés, sobre todo en revistas anglosajonas, la disponible en otros idiomas no es abundante, si bien existen varios trabajos relevantes en portugués y algunos en español. Por ejemplo, en un estudio etnográfico longitudinal del Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales en Canadá, Valenzuela Moreno y Díaz Mendiburo (2021) ofrecen un análisis del PTAP que permite observar la trayectoria evolutiva del programa y cómo sus participantes han transformado su vida. Analizando materiales textuales provenientes de historias de vida, entrevistas semiestructuradas y observación participante y no participante, en su estudio argumentan que el PTAP ha servido como mecanismo no sólo de acceso a mercados laborales, sino también de control. Un elemento importante de este trabajo es que la etnografía inicia en 2007 y se publica en 2021, lo que implica más de 13 años de seguimiento.

Considero que una etnografía longitudinal necesariamente debe ser tanto extensiva como intensiva. Extensiva se refiere a la dimensión temporal longitudinal: el equipo de investigación, o quienes realizan el trabajo de campo, deben estar incrustados en el sitio donde se realiza el estudio al menos tres años. Entiendo que para muchas personas éste es un número arbitrario; sin embargo, si consideramos que para la mayor parte de los programas de antropología, particularmente en universidades de Estados Unidos de Norteamérica, Canadá y Europa, un doctorado requiere de uno a dos años de trabajo de campo inmersos en las comunidades bajo estudio, una etnografía de un año (12 meses continuos, si se quiere) no es realmente longitudinal, sino que se queda simplemente en etnografía, y esto último depende incluso de la profundidad de la inmersión.

Intensiva se refiere a la dimensión humana del trabajo de campo. Si bien no existe una métrica que indique una correlación entre el tiempo de inserción del equipo y la intensidad de la conexión con la comunidad, es importante que, en el diseño de la investigación, el trabajo de campo esté configurado para poder comprender de manera profunda a la comunidad en

la cual nos encontramos inmersos y a la que pretendemos estudiar. Después de todo, la etnografía es el método por el cual podemos comprender la cultura de una comunidad (Bachiller, 2015; Guber, 2011; Gutiérrez Quevedo, 2011; Piñeiro y Diz, 2018). Si el requisito fundamental para conocer una comunidad a profundidad es incrustarse de manera honda y prolongada en el devenir cotidiano de sus habitantes, entonces la intensidad se verá ligada con el tiempo transcurrido en el seno de la comunidad. Ciertamente, es posible hacer trabajo de campo intenso sin que sea necesariamente prolongado, como argumentan quienes promueven las etnografías rápidas (Vindrola-Padros, 2021) o las evaluaciones etnográficas rápidas (Sangaramoorthy y Kroeger, 2020). Sin embargo, cuando se realizan estas etnografías, se asume que la interacción con la comunidad es intensa y, por lo mismo, es posible lograr una importante conexión con los participantes en el estudio. Este grado de intensidad solamente se puede determinar por experiencia; es decir, observando la reacción de la comunidad y las interacciones con el equipo de investigación: ¿qué tanto se han ganado la confianza de quienes residen en el sitio?

La etnografía organizacional, como su nombre lo indica, es el estudio sistemático de la cultura de una organización o grupos de organizaciones mediante el trabajo de campo extensivo e intensivo dentro de la organización (Ybema *et al.*, 2009). Un elemento que caracteriza a esta etnografía es que el análisis de interés no son solamente las actividades de quienes trabajan en la organización, sino también las relaciones que existen (de poder, de jerarquía) y las interacciones entre diferentes individuos, internos y externos. Si bien quienes estudian y aplican etnografía organizacional preferirían que el método fuera más popular —por ejemplo, en la disciplina de estudios organizacionales—, no se utiliza de manera frecuente, sino que se privilegian otros métodos, por lo regular, cuantitativos o de modelación formal (Pandeli *et al.*, 2022). Otras disciplinas, como la antropología de empresas y organizaciones, son mucho más entusiastas en cuanto al uso y aplicación de la etnografía organizacional (Gellner y Hirsch, 2001; Schein, 1996). En particular, destaca el resurgimiento de esta etnografía como método a partir

de la fusión y convergencia con los estudios antropológicos de organizaciones (Bate, 1997; Cunliffe, 2010).

Es posible estudiar el funcionamiento interno, la operación, la estructura y las actividades de las organizaciones de la sociedad civil a través de la etnografía organizacional, de forma análoga a la que se hace con las empresas y organizaciones del sector público (Cefkin, 2010; Denny y Sunderland, 2014; Fayard y Van Maanen, 2015; Jordan, 2012; Jordan y Dalal, 2006; Moeran, 2005; Morean, 2006). Jaramillo-Vázquez (2019) presenta un análisis de una organización no-gubernamental enfocada a organizar programas de arte comunitario en la Ciudad de México, demostrando que la creatividad emerge en contextos claramente colaborativos entre la sociedad y la organización no gubernamental. Ortiz-Casillas examina un colectivo de jóvenes involucrados en activismo político también en la Ciudad de México, describe cómo desarrolló emociones y sentimientos genuinos de aprecio, preocupación y cariño hacia los participantes del movimiento durante el desarrollo del trabajo de campo etnográfico (Ortiz Casillas, 2021). En el ámbito de las organizaciones públicas, Espinosa Luna (2016) ofrece un análisis sociológico de la oficina del ombudsman en la Ciudad de México. El ombudsman es una figura jurídica responsable de garantizar los derechos humanos de los quejosos. Propuestos como una figura por parte de la Organización de las Naciones Unidas en los años noventa, su importancia ha crecido y se han desarrollado en diversos ámbitos, tanto gubernamentales como en el sector educativo, principalmente en universidades públicas. Ofrece un análisis pionero de la etnografía organizacional en México, especialmente en el sector público, desde la perspectiva de las experiencias del personal de la organización pública.

Una de las áreas fructíferas que ofrecen un terreno fértil para la utilización de la etnografía organizacional es el estudio de las relaciones entre gobierno y sociedad civil (Waardenburg, 2021). Durante las últimas dos décadas, mis análisis se han enfocado en dichas relaciones (Pacheco-Vega, 2005; 2015a; 2015b; Pacheco-Vega y Murdie, 2021), pero mi enfoque ha sido el estudio de las relaciones entre coaliciones transnacionales de organizaciones de la

sociedad civil en América del Norte y sus relaciones tanto con los gobiernos federales de los tres países (Canadá, Estados Unidos y México) como con los actores de los secretariados intergubernamentales (como la Comisión para la Cooperación Ambiental de América del Norte). Adicionalmente, he seguido de cerca las relaciones entre los actores que ejercen liderazgos de las organizaciones no gubernamentales (ONG) y la organización interna de cada una de ellas. Considero que la combinación entre la etnografía organizacional y la longitudinal, así como el “seguimiento cercano” (sombreo o *shadowing*), son algunas de las herramientas metodológicas más potentes para estudiar las estrategias de la sociedad civil y sus interacciones con gobiernos de los distintos niveles y escalas. En mi proyecto de investigación inicié con etnografía organizacional y sombreado, pero después realicé trabajo de campo etnográfico por un largo periodo, lo cual transformó el estudio en una etnografía longitudinal.

EL CASO DE ESTUDIO: EL IMPACTO DE LAS COALICIONES AMBIENTALES TRINACIONALES SOBRE LA OBLIGATORIEDAD DEL RETC MEXICANO

Existen diferentes tipologías en la teoría de instrumentos de política ambiental (Pacheco-Vega, 2020; Vedung, 1998). Una de las más comunes agrupa los instrumentos en tres diferentes categorías. La primera son los instrumentos regulatorios, en los cuales el comportamiento del agente regulado es controlado mediante el establecimiento de un estándar de emisiones que, en caso de ser sobrepasado, deriva en una sanción por parte de un agente regulador. La segunda engloba a los instrumentos económicos, entre los cuales se encuentran los impuestos verdes y los incentivos fiscales. Para aplicar un instrumento económico se asume que los agentes, cuyo comportamiento queremos modificar, responderán a incentivos o a sanciones económicas. La tercera agrupa a los instrumentos volitivos, suasivos e informativos. En esta categoría residen los instrumentos en los que se disemina información o en los que se apela a la autorregulación y “buena fe”

de los agentes a regular, o cuyo comportamiento se desea modificar. Por ejemplo, los registros de emisiones y transferencia de contaminantes (RETC), que son informacionales, y las auditorías ambientales (que son volitivas). En los casos de los RETC, la persuasión (o suasión) la hacen los usuarios de la información; en el caso de las auditorías ambientales, se considera que la empresa voluntariamente decide (se persuade a sí misma) reducir sus emisiones contaminantes y analizar qué tan dañinos, en términos ecológicos, pueden ser sus procesos.

Como instrumento de política ambiental novedoso (sobre todo en los años noventa y primera década del siglo XXI), los programas de auditoría ambiental, los registros de emisiones y transferencia de contaminantes y los acuerdos voluntarios de reducción de la contaminación fueron ampliamente populares y todos los gobiernos, en escalas nacionales e internacionales, insistieron en implementar dichos instrumentos. En México, por ejemplo, se creó en 1992 la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa) y se inició un ambicioso programa de Auditoría Ambiental, muy superior a su equivalente internacional, el estándar ISO 14000 y la serie de auditorías de sistemas de calidad ambiental.^[1] El surgimiento de la Profepa coincide con el Programa Nacional de Auditoría Ambiental, con la finalidad de revisar el cumplimiento de la normatividad ambiental diseñada por la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) con el apoyo del Instituto Nacional de Ecología (INE), posteriormente Instituto Nacional de Ecología y Cambio Climático (INECC).

Los registros de emisiones y transferencia de contaminantes (RETC, o PRTR, por sus siglas en inglés [*pollutant release and transfer register*]) ganaron mucha popularidad en los años noventa porque fueron parte de un empujón internacional a los instrumentos suasivos por parte de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (Gallegos, s/f; Johnston Edwards y Walker, 2020; Pacheco-Vega, 2007). En 1999, la OCDE sugirió a México que implementara un RETC como parte de su estrategia de política ambiental. Sin embargo, el diseño de este programa

fue de naturaleza voluntaria, totalmente en contra de los principios de los RETC, que son de reporte obligatorio. Las organizaciones ambientalistas mexicanas interesadas en el tema, específicamente lideradas por seis ONG mexicanas (Presencia Ciudadana, Colectivo Ecologista Jalisco, Periodismo para Elevar la Conciencia Ecológica, Fronteras Comunes, La Neta, y Proyecto Fronterizo para la Educación Ambiental), pusieron en marcha todo un movimiento y una serie de estrategias para formar coaliciones con sus colegas de Canadá y Estados Unidos, y así empujar al país a transformar su RETC en un instrumento de reporte obligatorio (Pacheco-Vega, 2005).

TEORÍA DE MOVIMIENTOS SOCIALES AMBIENTALISTAS Y FORMACIÓN DE COALICIONES: LA CONTRIBUCIÓN TEÓRICA Y METODOLÓGICA DEL ESTUDIO DE CASO DEL RETC

Estudiar movimientos sociales, en especial los dedicados a la protección del ambiente, requiere de la aplicación de múltiples métodos y teorías. En particular, tanto la selección del método como del marco teórico están definidas por la pregunta de investigación; es decir, aquello que queremos saber; esto implica que los movimientos sociales ambientalistas se estudien en algunas ocasiones de manera cuantitativa (Pacheco-Vega y Murdie, 2021), y en otras, de manera cualitativa (Pacheco-Vega, 2005). En esta sección detallo la estrategia metodológica y el enfoque teórico y empírico que utilicé para el proyecto.

En el caso que describo en este capítulo, opté por tres técnicas de captura de datos cualitativos: en primer lugar, realicé un seguimiento de las organizaciones ambientalistas involucradas en el proyecto del RETC en América del Norte y de los actores gubernamentales e intergubernamentales mediante la técnica de *shadowing* (Czarniawska, 2007; Johnson, 2014). En segundo lugar, realicé una etnografía longitudinal de las reuniones del grupo de trabajo del Proyecto Norteamericano de Registros de Emisiones y

Transferencia de Contaminantes de la Comisión para la Cooperación de América del Norte (CCA). En tercer lugar, a lo largo de seis años (1999-2005) realicé entrevistas semiestructuradas con una gran variedad de actores involucrados en la política ambiental de América del Norte (gobierno, sociedad civil, académicos). Las entrevistas de seguimiento se hicieron 10, 15 y 20 años después del inicio del proyecto (estudios cualitativos de naturaleza longitudinal).

Shadowing (sombreo o marcaje personal) es una estrategia de captura de datos cualitativos que consiste en el seguimiento cercano y estrecho de una persona, un grupo de personas o una organización, registrando las actividades que realizan, las interacciones que tienen, etcétera. Es muy cercana a la etnografía como método, en específico, con la etnografía organizacional, con la diferencia de que la etnografía asume, en general, un espacio y ubicación específica y un tanto estática, mientras que el *shadowing* se aplica, sobre todo, a la observación de agentes en movimiento (Czarniawska, 2014). Su uso es muy común en estudios de burocracias (Bussell, 2020; Holland, 2017), procesos educacionales (Ferguson, 2016), funcionamiento de hospitales (Gilliat-Ray, 2011) y estudios de liderazgo en especialistas sobre infancias tempranas (Hognestad y Bøe, 2016); pero no se había utilizado en estudios de comportamiento de organizaciones no-gubernamentales ambientalistas y sus interacciones con burocracias internacionales, como la Comisión para la Cooperación Ambiental. Por ello, el análisis propuesto constituye una innovación metodológica, teórica y empírica.

En segundo término, realicé una etnografía longitudinal de las organizaciones no-gubernamentales ambientalistas, observando su operación en múltiples foros nacionales e internacionales. En total, seguí cinco organizaciones: Proyecto La Neta, Presencia Ciudadana, Colectivo Ecologista Jalisco, Periodismo para Elevar la Conciencia Ecológica, y Proyecto Fronterizo para la Educación Ambiental. Además de observar reuniones en las que participaban sus dirigentes, también tuve varias sesiones de trabajo y charlas informales con el grupo completo de activistas ambientales, en las cuales

observé sus interacciones (individuales y colectivas) y posteriormente hice una comparación con sus interacciones en eventos de la CCA.

En tercer lugar, realicé diversas entrevistas semiestructuradas con diversos actores en los cuatro sectores: académicos de los tres países, ONG ambientalistas y sus líderes, burócratas y políticos, y personal de la Comisión para la Cooperación Ambiental de América del Norte, considerados como “actores intergubernamentales” o “actores internacionales”. Las entrevistas semiestructuradas también pueden insertarse en diseños de investigación etnográficos, pero en el caso del estudio que desarrollé, entre 1999 y 2005 hice las entrevistas en los contextos oficiales; es decir, durante las reuniones del proyecto RETC norteamericano en diferentes ciudades de los tres países. Posteriormente, durante los siguientes quince años (entre 2005 y 2020), realicé procesos de seguimiento cercano con los activistas ambientales y las autoridades de los países estudiados, así como en eventos y reuniones con los representantes de la CCA que trabajaban el tema de sustancias tóxicas; de ahí que la naturaleza del estudio continuara siendo longitudinal.

El caso documentado sobre la presión que ejerció un grupo de ONG ambientalistas para exigir al gobierno de México modificar el registro de emisiones y transferencia de contaminantes voluntario demuestra que las coaliciones transnacionales colaborativas fortalecen a las organizaciones, logrando influir sobre la construcción de política pública ambiental en el país. No es la primera instancia de organizaciones de la sociedad civil para influir en la política ambiental de América del Norte. El Mecanismo de Denuncias Ciudadanas sobre Cumplimiento Ambiental (CSEM) (Citizen Submission on Enforcement Matters Mechanism), al día de hoy, sigue en pie y operando con gran eficacia, con él, las organizaciones de la sociedad civil, o incluso cualquier ciudadano, pueden demandar a los gobiernos nacionales de cada país de América del Norte para determinar violaciones a la legislación ambiental. Este mecanismo ha permitido que las ONG ambientalistas logren avances sustanciales en sus denuncias; por ello, es importante documentar este tipo de estrategias de influencia y mecanismos de transmisión de presión.

RELACIONES ENTRE INVESTIGADORES Y ACTORES SOCIALES: UNA REFLEXIÓN EN PRIMERA PERSONA

Durante la ejecución de este proyecto de investigación, obtuve grandes aprendizajes sobre la interacción entre investigadores y actores sociales. En particular, tuve tres tipos de experiencias: la percepción del trabajo por parte de los actores gubernamentales, la apreciación de la investigación por parte de los activistas, y la impresión que tenían los actores internacionales, secretariado de la CCA, sobre los estudios que estaba realizando. Me parece importante describirlas en este apartado a la luz de la intención del capítulo completo.

En cuanto a la percepción de mi trabajo por parte de los actores gubernamentales, hubo una experiencia particular que me llevó a reconfigurar la forma en que hago trabajo de campo etnográfico y cómo me presento ante representantes de agencias de gobierno y de organismos internacionales. Esto ocurrió en el restaurante de un hotel en Washington, D. C., en Estados Unidos de Norteamérica, en 2005. Una representante del gobierno de México, de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), se sentó a desayunar conmigo y empezamos a dialogar sobre los resultados de las negociaciones que se habían llevado a cabo durante el evento. Ella me dijo algo que me dejó helado: “bueno, es que ustedes de las ONG me pueden ayudar a explicar la importancia del RETC para la política ambiental mexicana y por qué es importante que se desarrolle y fortalezca”. En ese momento me di cuenta de que para ella (así como para muchos representantes gubernamentales) yo no era un académico, sino parte de la sociedad civil. Confieso que me sorprendió y a la vez me molestó que me catalogaran como parte de mi objeto de estudio y no como quien lo estudia. Me pregunté, “¿en qué momento realicé actividades de cabildeo para que me incluyeran en la coalición de organizaciones ambientalistas de América del Norte?”. La realidad es que la forma en la que esta representante del gobierno se dirigió hacia mí revelaba que no tomaba mi trabajo etnográfico en serio. Para ella, yo era simplemente otro de los activistas con quienes tenía que

hablar, negociar y, en algún momento, tratar de aliarse (o evitar en el caso de decisiones negativas para los objetivos de la coalición).

Este fenómeno se repitió varias veces durante los años en que estudié (y que he continuado estudiando) el activismo ambiental alrededor del RETC: algunos representantes gubernamentales de México me veían como parte de la sociedad civil que en algunos momentos les servía a sus propósitos, con quien tenían que negociar o que, en algunas ocasiones o instancias, era su contrincante. La falta de diferenciación (para algunos de ellos) entre mis actividades académicas (que claramente estaban indicadas desde el momento en que solicitaba una entrevista) y un supuesto activismo (debido a que pasaba tanto tiempo en reuniones con las organizaciones de la sociedad civil) fue problemática para poder desempeñar apropiadamente mi actividad investigadora. Si bien ya no tengo este problema desde hace algunos años (desde que empecé a ser profesor-investigador y dejé de ser estudiante de posgrado), nunca he dejado de pensar en la importancia de tener una posición visible desde el inicio y de explicar claramente la importancia de mi trabajo, así como la relevancia de diferenciarme con el objeto de estudio, es decir, con los activistas ambientales.

En lo que se refiere a la coalición de organizaciones ambientalistas que seguí durante veinte años, es importante admitir que construimos amistades entrañables. Creo firmemente que esto es inevitable, y la evidencia y la literatura también lo demuestran (Glesne, 1988; Hall, 2009; Owton y Allen-Collinson, 2014; Tillmann-Healy, 2003). Construir amistades con los sujetos que estamos investigando no es intrínsecamente problemático. Si bien es importante crear confianza (*rapport*) y credibilidad con nuestros participantes, también es clave mantener cierta distancia, sobre todo al reportar y al analizar los datos (Owton y Allen-Collinson, 2014). Los aspectos éticos de la etnografía se mantienen e incluso resultan más importantes en contextos de interacción entre sociedad civil y gobiernos o actores supraestatales (Pacheco-Vega, 2023; Piñeiro y Diz, 2018; Restrepo, 2016).

Finalmente, en relación con los actores supragubernamentales (en especial de la Comisión para la Cooperación Ambiental de América del Norte), para

ellos siempre fui un académico y nunca tuve que justificar la razón por la cual participaba en las reuniones, ni tampoco tuve que diferenciarme de las organizaciones de la sociedad civil. Para los representantes de la CCA era muy claro que yo era un estudiante (o, años más tarde, un profesor). Sin embargo, la identidad sí queda grabada en la mente de algunas personas que todavía trabajan en la CCA, para quienes soy “el único investigador mexicano que estudia a la CCA”. De hecho, prefiero la que me señala como “uno de los contados investigadores en el mundo que investiga a la CCA”, pero entiendo la asociación con mi identidad nacional.

CONCLUSIONES

En este capítulo desarrollé una discusión metodológica sobre las estrategias empíricas utilizadas para seguir a una coalición de organizaciones ambientalistas de la sociedad civil durante veinte años. Específicamente, detallé la forma en la que el proyecto original, una etnografía organizacional y marcaje personal (sombreo), tanto de agencias gubernamentales como de secretariados internacionales y de organizaciones de la sociedad civil, se convirtió en una etnografía longitudinal de la evolución de los procesos de formación de coaliciones y de las estrategias de influencia de las organizaciones ambientalistas sobre los gobiernos de México, Estados Unidos y Canadá.

Incluyo aquí algunas consideraciones personales que abonan a la autorreflexión, objetivo inicial del capítulo. Con la decisión de modificar la estrategia original (etnografía organizacional y de marcaje personal) a una etnografía longitudinal, nos podemos preguntar: ¿qué se ganó y qué se perdió en términos metodológicos y epistemológicos? En términos metodológicos, realizar una etnografía longitudinal me permitió conocer diferentes modalidades y variaciones entre distintos tipos de etnografía. Mi experiencia anterior con marcaje personal y etnografía organizacional se enriqueció con una comprensión más clara y con una temporalidad más amplia sobre cómo

distintas organizaciones ambientalistas forman, conforman y disuelven relaciones y alianzas. Epistemológicamente, la etnografía longitudinal me permitió experimentar la evolución de dichas alianzas de forma empírica.

En cuanto a la relación que construí con mis sujetos de estudio, el hecho de que los funcionarios me identificaran (erróneamente) en ocasiones como un activista obstaculizó el trabajo de campo y la realización de entrevistas con personal del gobierno mexicano. Sin embargo, como investigador, establecí lazos de amistad con activistas, lo que me permitió construir confianza y acceder a información que posiblemente no hubiera podido obtener de otra manera. También, debido a que el personal del secretariado de la CCA siempre me percibió como un académico, pude participar en reuniones en las oficinas del secretariado y enterarme de información que resultaba importante, me dieron acceso a sus bases de datos de denuncias ciudadanas, y creo que debido a mi retroalimentación, en parte, generaron una herramienta bastante más accesible para usar el mecanismo de denuncia ciudadana.

También es importante considerar la relación con los sujetos de investigación y con las transformaciones regulatorias. En la época en que inicié el trabajo de campo ya existía un comité de investigación en la universidad donde hice el doctorado y en la que empecé a trabajar. En años recientes, han surgido comités de ética de la investigación en diferentes instituciones del país. Por lo mismo, es importante reflexionar sobre la dimensión ética y práctica. A pesar de que fue difícil, logré mantener la distancia entre sujetos de investigación e investigador durante el análisis y en diversas presentaciones de los resultados por medio de la reflexividad sistemática (Blaisdell, 2015; Sultana, 2007).

Una de las lecciones primordiales que se obtiene de las etnografías longitudinales es la importancia de la intensidad de la inserción en la comunidad y de lo extensivo del trabajo de campo. Si bien no es prerequisite, me parece importante destacar que la duración de la inmersión en el trabajo de campo es un factor importante, así como el retorno al sitio y a las comunidades en que se ha trabajado.

De igual manera, la relación entre los diferentes actores sociales y quienes realizamos investigación es compleja y tiene diferentes aristas. Mientras que en algunos casos se respetó mi posición como investigador en ciencias sociales, en otras se me clasificó como parte de la comunidad de la sociedad civil; es decir, para representantes de las ONG yo era un académico interesado en el avance de las actividades y objetivos de política pública ambiental en América del Norte. Resulta interesante cómo la etnografía de élites es muy distinta a la forma en la que se realiza etnografía en comunidades vulnerables, como indica Cerón-Anaya (2019) en su estudio de golfistas en México.

Finalmente, considero que la etnografía longitudinal tiene un gran potencial para la investigación social, pero es importante tener en cuenta que requiere de un fuerte compromiso tanto con el tema de estudio como con la comunidad bajo estudio. Este reto se intensifica al realizar etnografía comparativa longitudinal, que finalmente es un área metodológica que puede ser fructífera para la implementación de estrategias innovadoras en investigación social. Mi intención con este capítulo, más allá de ofrecer mis reflexiones basadas en veinte años de experiencia con diversas formas de hacer etnografía y desarrollar estudios empíricos en campo, es trazar una hoja de ruta para quienes deseen iniciarse en un estudio etnográfico de naturaleza longitudinal.

REFERENCIAS

- Bachiller, Santiago (2015). “Reflexiones etnográficas sobre un trabajo de campo con personas en situación de calle”. *Población & Sociedad* 22 (2): 135-144.
- Bashir, Nadia (2018). “Doing research in peoples’ homes: fieldwork, ethics and safety – on the practical challenges of researching and representing life on the margins”. *Qualitative Research* 18 (6): 638-653.
- Bastia, Tanja (2013). “‘I am going, with or without you’: Autonomy in Bolivian transnational migrations”. *Gender, Place and Culture* 20 (2): 160-177.

- Batat, Wided (2021). "The role of luxury gastronomy in culinary tourism: An ethnographic study of Michelin-Starred restaurants in France". *International Journal of Tourism Research* 23 (2): 150-163.
- Bate, S. P. (1997). "Whatever Happened to Organizational Anthropology: A Review of the Field of Organizational Ethnography and Anthropological Studies". *Human Relations* 50 (9): 1147-1175.
- Berckmoes, Lidewyde H.; Marie Rosenkrantz Lindegaard; y Dennis Rodgers (2021). "Introduction: The Longitudinal Ethnography of Violence". *Conflict and Society* 7 (1): 96-106.
- Blaisdell, Cara (2015). "Putting reflexivity into practice: Experiences from ethnographic fieldwork" [en línea]. *Ethics and Social Welfare* 9 (1): 83-91. DOI: 1080/17496535.2015.994977.
- Bussell, Jennifer (2020). "Shadowing as a tool for studying political elites". *Political Analysis* 28 (4): 469-486.
- Cefkin, Melissa (editora) (2010). *Ethnography and the Corporate Encounter: Reflections on Research in and of Corporations*. Nueva York, Oxford: Berghahn Books.
- Ceron-Anaya, Hugo (2019). *Privilege at Play: Class, Race, Gender, and Golf in Mexico*. Nueva York: Oxford University Press.
- Corona, Víctor (2016). "Latino trajectories in Barcelona: a longitudinal ethnographic study of Latin American adolescents in Catalonia". *Language, Culture and Curriculum* 29 (1): 93-106.
- Cunliffe, Ann L. (2010). "Retelling tales of the field: In search of organizational ethnography 20 years on". *Organizational Research Methods* 13 (2): 224-239.
- Czarniawska, Barbara (2007). *Shadowing and Other Techniques for Doing Fieldwork in Modern Societies*. Ljubljana: Korotan.
- Czarniawska, Barbara (2014). "Why I think shadowing is the best field technique in management and organization studies". *Qualitative Research in Organizations and Management: An International Journal* 9 (1): 90-93.

- Denny, Rita, y Patricia Sunderland (editores) (2014). *Handbook of Anthropology in Business*. Londres y Nueva York: Routledge, Taylor & Francis Group.
- Douglas, Alaster Scott (2019). "A focus on time-lapse ethnography: learning to teach". *Ethnography and Education* 14 (2): 192-205.
- Espinosa Luna, Carolina (2016). "El conocimiento sociológico del ombudsman". *Estudios Jaliscienses* 104 (May): 5-17.
- Fayard, Anne Laure, y John Van Maanen (2015). "Making culture visible: reflections on corporate ethnography". *Journal of Organizational Ethnography* 4 (1): 4-27.
- Ferguson, Kristen (2016). "Lessons learned from using shadowing as a qualitative research technique in education". *Reflective Practice* 17 (1): 15-26.
- Gellner, David N., y Eric Hirsch (editores) (2001). *Inside Organizations: Anthropologists at Work*. Oxford: Berg.
- Gilliat-Ray, Sophie (2011). "'Being there': the experience of shadowing a british muslim hospital chaplain". *Qualitative Research* 11 (5): 469-486.
- Glesne, Corrine (1988). "Rapport and friendship in ethnographic research". *International Journal of Qualitative Studies in Education* 2 (1): 45-54.
- Guber, Rosana (2011). "La observación participante como sistema de contextualización de los métodos etnográficos: La investigación de campo de Esther Hermitte en los Altos de Chiapas, 1960-1961". *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales* 1 (2): 60-90.
- Gutiérrez Quevedo, Marcela (2011). "'Método' de Investigación Etnográfica: Observación Participante". En *Estrategias metodológicas en la investigación sociojurídica*, editado por Marcela Gutiérrez Quevedo y Eduardo Aguirre Dávila, 127-143. Bogotá: Universidad Externado de Colombia/Centro de Investigación en Política Criminal.
- Hall, Sarah Marie (2009). "'Private life' and 'work life': Difficulties and dilemmas when making and maintaining friendships with ethnographic participants". *Area* 41 (3): 263-272.

- Hognestad, Karin, y Marit Bøe (2016). "Studying practices of leading-qualitative shadowing in early childhood research". *European Early Childhood Education Research Journal* 24 (4): 592-601.
- Holland, Alisha C. (2017). *Forbearance as Redistribution: The Politics of Informal Welfare in Latin America*. Cambridge, Nueva York, Melbourne, Delhi, Singapore: Cambridge University Press.
- Jaramillo-Vazquez, Alejandra (2019). "Creativity as collaboration: Personal ideas, experiences and solidarity in an arts organization in Mexico City". *Journal of Organizational Ethnography* 8 (2): 130-145.
- Johnson, Bart (2014). "Ethical issues in shadowing research". *Qualitative Research in Organizations and Management: An International Journal* 9 (1): 21-40.
- Johnston Edwards, Stuart, y Tony R. Walker (2020). "An overview of Canada's National Pollutant Release Inventory program as a pollution control policy tool". *Journal of Environmental Planning and Management* 63 (6): 1097-1113.
- Jordan, Brigitte (editora) (2012). *Advancing Ethnography in Corporate Environments: Challenges and Emerging Opportunities*. Walnut Creek: Left Coast Press, Inc.
- Jordan, Brigitte, y Brinda Dalal (2006). "Persuasive Encounters: Ethnography in the Corporation". *Field Methods* 18 (4): 359-381.
- Moeran, Brian (2005). *The Business of Ethnography: Strategic Exchanges, People and Organizations*. Oxford, Nueva York: Berg.
- Morean, Brian (2006). *Ethnography at Work. Ethnography of a Japanese Advertising Agency*. Oxford, Nueva York: Berg.
- Mounce, Ginny; Helen T. Allan; y Nicola Carey (2022). "'Just have some IVF!': A longitudinal ethnographic study of couples' experiences of seeking fertility treatment". *Sociology of Health and Illness* 44 (2): 308-327.
- Neale, Bren, y Jennifer Flowerdew (2003). "Time, texture and childhood: The contours of longitudinal qualitative research". *International Journal of Social Research Methodology* 6 (3): 189-199.

- O'Reilly, Karen (2012). "Ethnographic returning, qualitative longitudinal research and the reflexive analysis of social practice". *Sociological Review* 60 (3): 518-536.
- Ortiz Casillas, Samantha (2021). "Caring as an Organizing Principle: Reflections on Ethnography of and as Care". *Journal of Management Studies* 58 (4): 1146-1153.
- Owton, Helen, y Jacquelyn Allen-Collinson (2014). "Close But Not Too Close: Friendship as Method(ology) in Ethnographic Research Encounters". *Journal of Contemporary Ethnography* 43 (3): 283-305.
- Pacheco-Vega, Raul (2005). "Democracy by Proxy: Environmental NGOs and Policy Change in Mexico". En *Environmental Issues in Latin America and the Caribbean*, editado por Aldemaro Romero y Sarah West, 231-249. Dordrecht: Springer Verlag.
- Pacheco-Vega, Raul (2007). "El Registro de Emisiones y Transferencia de Contaminantes (RETC) en México: un balance hacia el futuro". En *El derecho a saber: Balance y perspectivas cívicas*, editado por Jonathan Fox, Libby Haight, Helena Hofbauer y Tania Sánchez Andrade, 309-313. Ciudad de México: Fundar-Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Pacheco-Vega, Raul (2015a). "Assessing ENGO Influence in North American Environmental Politics: The Double Grid Framework". En *NAFTA and Sustainable Development The History, Experience, and Prospects for Reform*, editado por Hoi Kong y Kinvin Wroth, 373-389. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pacheco-Vega, Raul (2015b). "Transnational Environmental Activism in North America: Wielding Soft Power through Knowledge Sharing?". *Review of Policy Research* 32 (1):146-162.
- Pacheco-Vega, Raul (2020). "Environmental regulation, governance, and policy instruments, 20 years after the stick, carrot, and sermon typology". *Journal of Environmental Policy and Planning* 0 (0): 1-16.

- Pacheco-Vega, Raul (2021). “La gobernanza policéntrica de mitigación y adaptación al cambio climático en México en el contexto de la arquitectura global de política climática”. En *México ante la encrucijada de la gobernanza climática*, editado por Israel Solorio, 43-66. Ciudad de México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pacheco-Vega, Raul (2023). “Ethnography in Comparative Environmental Politics: Insights from the Water and Waste Fields”. En *The Oxford Handbook of Comparative Environmental Politics*, editado por J. Sowers, S. D. Vandever, y E. Weinthal, 200-222. Oxford, Nueva York: Oxford University Press.
- Pacheco-Vega, Raul, y Amanda Murdie (2021). “When do environmental NGOs work? A test of the conditional effectiveness of environmental advocacy”. *Environmental Politics* 30 (1-2): 180-201.
- Pacheco-Vega, Raul, y Kate Parizeau (2018). “Doubly-engaged ethnography: Opportunities and challenges when working with vulnerable communities”. *International Journal of Qualitative Methods* 17 (1): 1-13.
- Pandeli, Jenna; Neil Sutherland; y Hugo Gaggiotti (editores) (2022). *Organizational Ethnography: An Experiential and Practical Guide*. Londres y Nueva York: Routledge/Taylor & Francis Group.
- Piñeiro, Eleder, y Carlos Diz (2018). “El trabajo de campo como abandono: una reflexión sobre la metodología de la observación participante”. *Revista Colombiana de Antropología* 54 (1): 59-88.
- Radziwinowiczówna, Agnieszka (2021). “The Post-Deportation Desperation and Refunneling of Aspirations of the Mexicans Deported from the United States”. *Transfers* 11 (2): 76-97.
- Restrepo, Eduardo (2016). *Etnografía: Alcances, Técnicas y Éticas*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana Bogotá y Envió Editores.
- Rodgers, Dennis (2021). “Telling tales? Subjective ethnography and situated narratives in longitudinal research on violence in Nicaragua”. *Conflict and Society* 7 (1): 107-122.

- Rodríguez Gallegos, Maricruz (s/f). *Aspectos Jurídicos de la Protección de la Atmósfera y la Contaminación del Aire*. Subsecretaría de Gestión para la Protección Ambiental; Dirección General de Gestión de la Calidad del Aire y RETC.
- Roks, Robert A. (2021). “I showed you what I thought was appropriate’: Reflections on longitudinal ethnographic research and the performativity of Dutch gang life”. *Conflict and Society* 7 (1): 175-191.
- Sangaramoorthy, Thurka, y Karen A. Kroeger (2020). *Rapid Ethnographic Assessments: A Practical Approach and Toolkit for Collaborative Community Research*. Londres y Nueva York: Routledge/Taylor & Francis Group.
- Schein, Edgar H. (1996). “Culture: The Missing Concept in Organization Studies”. *Administrative Science Quarterly* 41 (2): 229-240.
- Sultana, Farhana (2007). “Reflexivity, positionality and participatory ethics: Negotiating fieldwork dilemmas in international research”. *Acme* 6 (3): 374-385. DOI: 10.1016/j.ijedudev.2008.02.004.
- Tillmann-Healy, Lisa M. (2003). “Friendship as Method”. *Qualitative Inquiry* 9 (5): 729-749.
- Valenzuela Moreno; Karla Angélica; y Aaraón Díaz Mendiburo (2021). “El Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales. Una visión desde la antropología del Estado”. *Alteridades* 31 (62): 159-170.
- Vedung, Evert (1998). “Policy Instruments: Typologies and Theories”. En *Carrots, sticks, and sermons: Policy instruments and their evaluation*, editado por Marie-Louis Bemelmans-Vidéc, Ray C. Rist y Evert Vedung, 21-58. New Brunswick y Londres: Transaction Publishers.
- Vindrola-Padros, Cecilia (2021). *Rapid Ethnographies: A Practical Guide*. Cambridge, Nueva York, Melbourne, Delhi, Singapur: Cambridge University Press.
- Waardenburg, Maikel (2021). “Understanding the Microfoundations of Government-Civil Society Relations”. *Voluntas* 32 (3): 548-560.

Ybema, Sierk; Dvora Yanow; Harry Wels; y Frans Kamsteeg (editores) (2009).
Organizational Ethnography: Studying the Complexities of Everyday Life.
Los Angeles, Londres, Nueva Delhi, Singapur, Washington: Sage.

[Notas]

[1] Ver <<http://www.profepa.gob.mx/innovaportal/file/26/1/brochure.pdf>>

Hablar desde la experiencia

Consideraciones en la investigación con actores sociales en zonas rurales

Raúl Anthony Olmedo Neri

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

La investigación con actores sociales implica un permanente proceso de acercamiento/distanciamiento teórico-empírico con el fin de contrastar la realidad estudiada y develar sus particularidades sociohistóricas. Sin embargo, la presencia del investigador en la realidad estudiada no se restringe a los objetivos de su investigación ni termina cuando desarrolla los productos académicos esperados. En realidad, esta intervención directa e indirecta genera procesos de socialización y vinculación entre el sujeto investigado y el sujeto investigador, impactando transversalmente en el proceso de generación de conocimiento científico-social.

Los procesos adyacentes que se desarrollan con la interacción sujeto-sujeto no sólo cuestionan la objetividad de la investigación social, sino que redimensionan el papel del investigador antes, durante y después del trabajo de campo con actores sociales. A partir de ello, en este trabajo se pretende reflexionar sobre esta otra cara de la investigación para así entender y reconocer los potenciales efectos en la construcción de conocimiento científico-social entre quien investiga y quien es investigado. En este sentido, se ha empleado el método de la sistematización de la experiencia con el objetivo de recuperar aquellos elementos que vivencia el investigador cuando articula la teoría con la praxis de la realidad social.

De esta manera, analizar al investigador, y no al objeto/sujeto que investiga, resulta factible y necesario porque su experiencia empírica y su conocimiento teórico-logístico son recursos que emplea y refina permanentemente sobre *qué* y *cómo* hacer investigación con actores sociales situados en contextos rurales. La presencia del investigador en una localidad rural con problemáticas de interés científico-social no pasa desapercibida, por ello, su reconocimiento ante los actores sociales no se reduce a los objetivos que persigue, sino que también puede intervenir en otros ámbitos que lo interpelan durante el trabajo de campo.

Así, y partiendo de la reflexión sobre la propia experiencia adquirida-desarrollada en la investigación *sobre* y *con* actores sociales en zonas rurales que están (in)directamente relacionados con los megaproyectos energéticos, el objetivo de este trabajo es recuperar lo vivenciado en el ejercicio profesional para la elaboración de Evaluaciones de Impacto Social (EVIS) de parques eólicos y solares en México. Dados los requerimientos gubernamentales de la EVIS, estos megaproyectos emplean la investigación social aplicada, por lo que el trabajo con actores sociales en zonas rurales es indispensable e inevitable (Olmedo Neri, 2019); esto permite vincular la labor de investigación al ejercicio profesional para la intervención y transformación social.

A través de la experiencia como investigador y consultor, es posible observar las diferencias sustanciales cuando estos campos se desarrollan de manera separada: estar en dos posiciones diferentes dentro del mismo fenómeno estudiado amplía la mirada analítica y redimensiona la responsabilidad del investigador como un sujeto externo a la realidad social que analiza. Sea como investigador-académico o profesionalista, la relación con actores sociales en zonas rurales para fines de investigación se desarrolla sin diferencias sustanciales. No obstante, el compromiso de quien investiga y el alcance de su trabajo en términos materiales y espaciales se ven claramente definidos por su posicionamiento político y ontológico ante la realidad que estudia. Es por ello por lo que hablar desde la experiencia no sólo implica generar conocimiento a partir de lo vivenciado sobre un tema en particular,

sino también reconocer el lugar desde el que se erige dicha experiencia y los factores que intervienen directa e indirectamente en la construcción de conocimiento científico-social.

A partir de lo anterior, es posible identificar que la experiencia del investigador no es la misma a la de los actores sociales, aun cuando se encuentran en un mismo contexto o fenómeno social; esta desigualdad, en términos de experiencia, no deriva de sus intereses, sino del lugar desde el que cada uno de ellos interpreta la realidad y participa en ella. Por lo tanto, recuperar la experiencia generada en el proceso de investigación sobre un tema en particular enriquece el quehacer científico-social, ya que explicita la relación dialéctica entre el sujeto investigador y el sujeto o los sujetos investigados.

De esta manera, el capítulo se organiza en tres secciones: en la primera se realiza un diálogo sobre el papel de la persona investigadora antes, durante y después de un proceso de investigación con actores sociales. Para lo cual se recupera la noción de lugar de enunciación como un concepto factible para abordar analíticamente al investigador; el lugar de enunciación no sólo es una posición constituida por las condiciones sociales, económicas y educativas que atraviesan a quien investiga, sino que también es un posicionamiento epistemológico y ontológico desde donde se explica y participa en la realidad social.

Desde el lugar de enunciación se reconoce la parte subjetiva de la persona investigadora como un factor transversal en el proceso de construcción de conocimiento científico-social, por lo que su reconocimiento refleja tanto el posicionamiento como las motivaciones, aspiraciones y formas en que estos elementos intervienen en el trabajo de campo con los sujetos investigados y sus contextos.

En la segunda sección se proponen algunas consideraciones teórico-metodológicas sobre la sistematización de la experiencia, para así identificar su relevancia como un recurso útil en la investigación *sobre* actores sociales y *con* ellos. Así, la experiencia es un recurso estratégico que se refina con el tiempo y que se transmite mediante su implementación; reconocer este

recurso dentro del estudio de actores sociales en un contexto o problemática específica permite identificar el origen, las estrategias de acción, los objetivos alcanzados y el mejoramiento permanente de dicho conocimiento.

Finalmente, en la tercera sección, se realiza un ejercicio reflexivo donde se aplican las consideraciones propuestas en las secciones anteriores. De esta manera, se exponen algunas de las situaciones y potenciales implicaciones identificadas durante el trabajo de campo realizado en las diferentes EVIS. Particularmente se destacan tres elementos: la copresencia del investigador en la realidad social abordada, la interpelación de los actores sociales hacia el investigador para que participe en asuntos fuera de su investigación, y el reto permanente que deriva del mal llamado extractivismo académico.

EL LUGAR DE ENUNCIACIÓN EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

En las ciencias sociales se ha enfatizado en priorizar la objetividad durante el proceso de investigación. Esto es resultado de una tradición por legitimar el método científico desarrollado en las ciencias naturales en un campo diferente; la extensa y sistemática crítica hacia esta imposición apuesta por visibilizar una diversidad en los métodos, así como reivindicar el papel del investigador en el quehacer científico (Feyerabend, 1986).

Desde finales del siglo XX e inicios del XXI, se ha apostado por reconocer en la región latinoamericana y caribeña el papel del investigador y cómo su posición histórica, geográfica, política y social lo sitúa en un lugar ontológicamente distinto al de aquellos investigadores de países desarrollados. De allí que, desde el posicionamiento del Sur Global, y particularmente desde el marco decolonial, se promueve la discusión alrededor de quién investiga y desde dónde lo hace. Lo anterior remite a una disrupción epistemológica y ontológica: configurar otras formas de generar conocimiento permite reconocer a la otredad empírica y redimensionar así el quehacer del científico social latinoamericano (Ortiz Ocaña y Arias López, 2019).

Aunque el proceso de descolonizar las metodologías occidentales le ha dado visibilidad a la voz de quien investiga, lo cierto es que dicha postura está constituida por un conjunto de elementos biográficos, culturales, formativos y de clase social que conforman un marco referencial desde el cual se interpreta y explica la realidad. La noción de lugar de enunciación cobra relevancia porque reconoce la posición del sujeto ante el mundo y sus particularidades ontológicas e históricas (Ribeiro, 2019); dicha posición contribuye a la construcción de una visión particular y sociohistórica del sujeto y de su realidad a partir de los marcos (in)materiales que posee. En otras palabras, el lugar de enunciación recupera no sólo la dimensión ontológica de la persona que investiga, sino que la legitima como una parte subjetiva fundamental en la construcción del conocimiento científico-social. Así, el lugar de enunciación visibiliza la subjetividad en el proceso de investigación, y además define la posición ontológica de quien investiga ante el fenómeno que estudia, a pesar de la objetividad inmanente al proceso mismo.

Aunque la perspectiva decolonial se centra en develar las estructuras y visiones occidentales alrededor del conocimiento científico con el fin de proponer una postura epistemológica creada desde la periferia, el lugar de enunciación remite al proceso de reconocimiento y reivindicación del investigador(a) en el quehacer científico.

En este sentido, es posible pensar que la mirada decolonial y el lugar de enunciación son dos procesos paralelos; así como que el giro decolonial reconoce no sólo a “los excluidos por los sectores hegemónicos, sino además (o fundamentalmente), los depositarios de lógicas no modernas” (Zapata Silva, 2017: 55); es decir, es posible pensar en un giro enunciativo. Mientras que el giro decolonial visibiliza las problemáticas de los sujetos históricamente marginados, el giro enunciativo legitima la materialización del sujeto subalterno no como alguien con quien se construye conocimiento, sino como una persona que genera conocimiento científico-social.

Así, el lugar de enunciación dentro de este giro permite reconocer no sólo los factores que intervienen en la percepción e interpretación de la realidad, sino que reconoce al investigador(a) como una posición que puede ser

ocupada por un sujeto subalterno para co-construir conocimiento con otros actores sociales con los que comparte una misma visión del mundo. Dicho de otra manera, desde el giro enunciativo, quien investiga no sólo es un sujeto, sino una posición que puede ser ocupada por personas históricamente subordinadas para legitimar su voz en la construcción del conocimiento científico. La figura 1 esquematiza estos procesos.

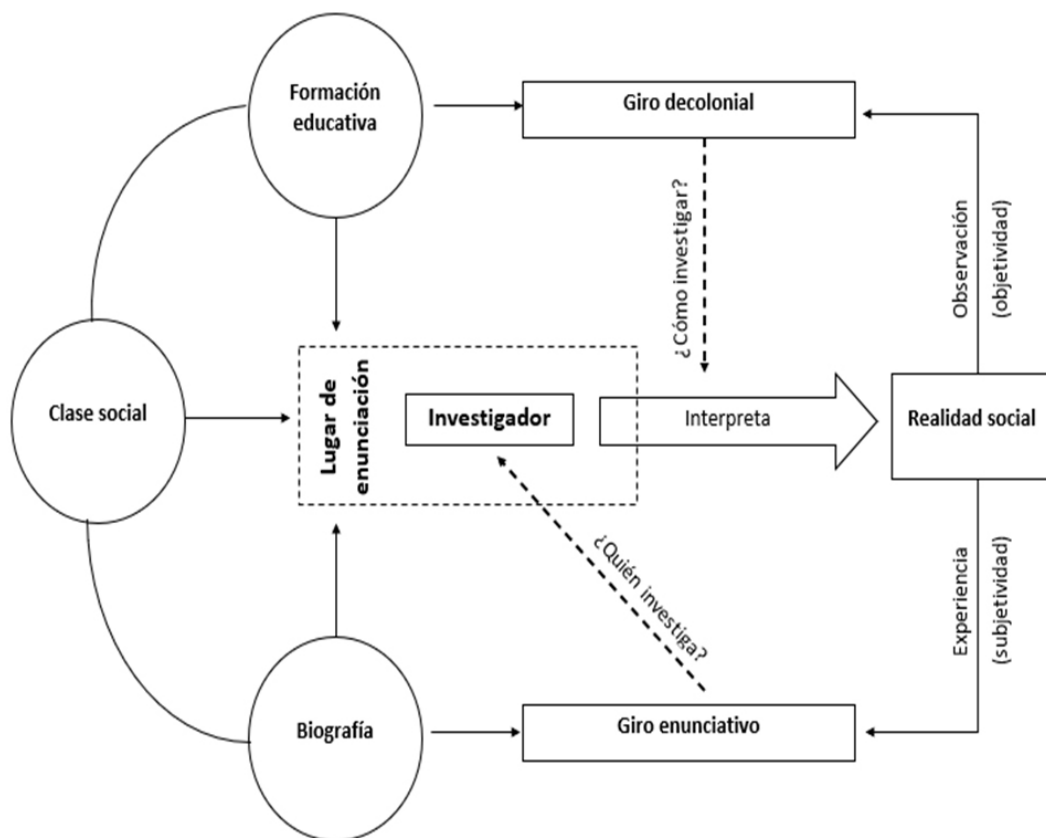


Figura 1. Lugar de enunciaci3n

Fuente: elaboraci3n propia.

En esta discusi3n se habla de la horizontalidad que la persona investigadora debe establecer con los actores sociales en cuanto a metodología (De la Peza Casares, 2020). Las metodologías horizontales reconocen a los sujetos estudiados como agentes que intervienen en la producci3n de conocimiento científcico; no obstante, más allá de pensar en la producci3n horizontal de esta relaci3n, es necesario reconocer que los intereses académicos de quien

investiga y su propio lugar de enunciación lo sitúa en una posición diferente al de los sujetos sociales investigados, aun cuando construya conocimiento con ellos. En este proceso, y partiendo de esta asimetría, es posible pensar que la producción de conocimiento entre el/la investigador(a) y los actores sociales no se da de forma horizontal, sino reticular.

Pensar en la construcción reticular del conocimiento permite observar la descentralización de su origen sin que éste pierda su validez teórica ni su soporte empírico. Esta reticularidad gnoseológica asume que los múltiples lugares de enunciación intervienen en la experiencia del sujeto, en su capacidad de acción y en el conocimiento subalterno que posee sobre un fenómeno social determinado. Por lo tanto, su forma de entender y participar en un fenómeno tiende a variar en relación con su posición frente a dicho acontecimiento. En otras palabras, cada sujeto implícito en un fenómeno social se posiciona desde un lugar de enunciación específico, lo cual interviene en su forma de concebir dicho fenómeno y prefigura su participación en él.

A pesar de esta autonomía, esos elementos de carácter individual no están aislados, ya que existe una articulación implícita mediante los vínculos existentes entre los actores sociales o, en su caso, la persona investigadora hace un ejercicio de vinculación analítica cuando recopila información en el trabajo de campo. Por lo tanto, a pesar de la “independencia” de esos conocimientos, todos ellos, en conjunto, constituyen un conocimiento colectivo y colaborativo que debe ser develado a partir de las redes sociales y gnoseológicas que lo sustentan.

La producción reticular del conocimiento muestra las diversas formas y niveles de involucramiento de los actores sociales respecto a un fenómeno social. Por ello, la consideración (o no) de ciertos actores en la recopilación de información tiene efectos importantes en el conocimiento obtenido y el sentido explicativo dado en la investigación: los hallazgos encontrados en la realidad social están en función de los sujetos con los que se construye el conocimiento y el sentido explicativo-argumentativo que predomine en este proceso. Así, a pesar de la heterogeneidad de participaciones y las

particularidades de cada experiencia, sólo a través de su ensamblaje analítico generarán un panorama específico sobre dicho fenómeno.

De este modo, la articulación que se realiza entre los hallazgos y los marcos teóricos predefinidos es un ejercicio de reflexión que realiza la persona investigadora con un profundo carácter subjetivo. La definición de criterios y selección de actores sociales en una investigación refina la coherencia analítica predominante de dicho estudio, por lo que la delimitación hecha dejará de lado otros posibles sentidos, hallazgos o explicaciones que pueden estar en la realidad estudiada, pero que no se reconocen o abordan.

Por lo tanto, al decidir con quiénes construir el conocimiento y definir el lugar de enunciación desde el que se parte, se ejerce una arbitrariedad metodológica que permite acceder y profundizar en el sentido de lo que se está investigando, pero al mismo tiempo relega otros sentidos presentes —y hasta opuestos— al planteado (Messina, 2011). Así, quien investiga tiene que interrelacionarse necesariamente con ciertos actores sociales y develar los entramados experienciales que poseen. El acceso o restricción a ese conocimiento está en función de los actores sociales con los que se construye el conocimiento; por ello, es necesaria una interrelación que ajuste y ensamble los intereses y experiencias entre quien investiga y quienes son investigados. La figura 2 esquematiza la reticularidad implícita en la construcción del conocimiento con actores sociales en la sociedad red contemporánea (Deleuze y Guattari, 2010; Castells, 2010).

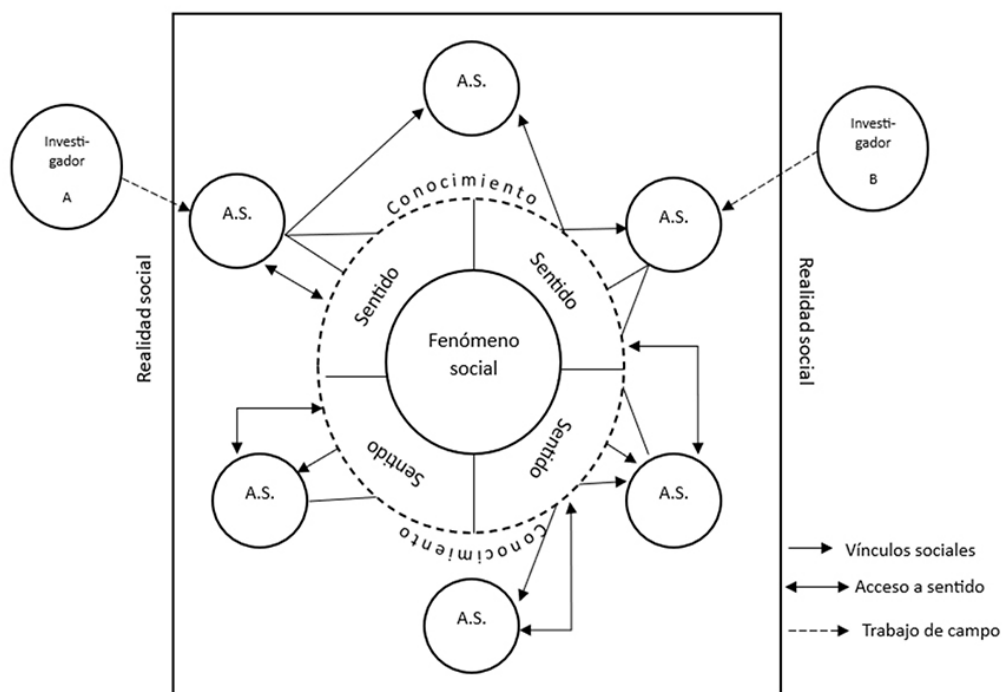


Figura 2. Producción reticular del conocimiento
Fuente: elaboración propia.

De esta manera, es posible entender que, a pesar de que dos investigadores analicen el mismo fenómeno, son los actores sociales con los que trabajan quienes permiten acceder al sentido buscado. La figura 2 evidencia que el trabajo de campo en realidad es un ejercicio artesanal de generación colaborativa de conocimiento con los actores sociales, por lo que el investigador va afinando las formas de encontrar y acceder al sentido indagado conforme desarrolla investigaciones de forma individual o colectiva. Entonces, la experiencia del investigador le sirve como herramienta creativa para reducir costos y tiempos en la investigación social aplicada.

LA EXPERIENCIA COMO CONOCIMIENTO

La experiencia no es dada al sujeto, sino que la adquiere en su devenir histórico y a partir de la interacción social (Dubet, 2010). Además, no toda la

experiencia es conocimiento ni todo el conocimiento descansa en la experiencia, por lo que su relación es dialéctica y contingente.

La experiencia se enmarca en la vida cotidiana y en las actividades que la constituyen; por ello, la experiencia como totalidad aglomera un conjunto de situaciones en las que el sujeto se ve interpelado. La experiencia es un recurso cotidiano que es empleado en las prácticas individuales y colectivas; cuando se recurre a la experiencia no sólo se evoca el conocimiento obtenido en el pasado, sino que, después de su uso en el presente, éste se mejora/actualiza para su empleo futuro.

La relación entre la investigación y la experiencia se da mediante la persona investigadora. Quien pretende dedicarse a la investigación de la realidad social aprende algo nuevo con cada ejercicio de su quehacer profesional, afinando sus herramientas conceptuales, reinventando sus estrategias metodológicas y reconociendo las fronteras de su actuar en la realidad (Messina, 2011).

En este sentido, la experiencia que un sujeto acumula en su devenir histórico se convierte en una fuente de información y conocimiento que, al ser sistematizada, permite recuperar recursos que contribuyen al análisis referencial, temporal, espacial y, en algunos casos, causal de un fenómeno social en el que interviene el dueño de dicha experiencia. En otras palabras, la experiencia como totalidad permite recuperar la voz de su dueño de manera reflexiva y devela las formas en que dicha persona entiende e interpreta la realidad en un fenómeno delimitado temporal y espacialmente. En términos formales, la sistematización de la experiencia puede definirse del siguiente modo:

[...] la reconstrucción y reflexión analítica de una experiencia mediante la cual se interpreta lo sucedido para comprenderlo; por lo tanto, ésta permite obtener conocimientos consistentes y sustentados, comunicarlos, confrontar la experiencia con otras y con el conocimiento teórico existente, y así contribuir a una acumulación de conocimientos generados desde y a partir de la práctica (Expósito Unday y González Valero, 2017: 1).

Como método, su sistematización “permite reivindicar la experiencia como elemento generador de conocimiento, dado que, al ser la vivencia situada del sujeto, su sistematización y consecuente análisis permite (re)construir un contexto específico desde su mirada” (Olmedo Neri, 2021a: 72). Para la investigación con actores sociales, este recurso metodológico abre el camino a “la construcción y comprensión de la realidad desde la importancia y los significados que los participantes le otorgan” (Mera, 2019: 100).

Las investigaciones *sobre* actores sociales y *con* ellos construyen su estrategia metodológica a partir de la investigación-acción participativa. Las aportaciones de los autores presentes en este libro refieren al contacto de la realidad con los sujetos investigados, definiendo sus intereses y objetivos para construir el sentido que oriente su trabajo de investigación; sus reflexiones son un esfuerzo por visibilizar un área poco atendida: la experiencia de los investigadores en su quehacer científico-social.

A partir de esto, la persona investigadora se convierte en alguien que participa y actúa en la realidad. Participación y acción son elementos indisolubles e indisolubles en la investigación social: participar implica voluntad y solidaridad con el otro para ciertos fines; la acción remite a la materialización de ese compromiso con hechos concretos que se orientan al rescate, la interpretación y la transformación de la realidad.

Quien investiga no puede despojarse de la experiencia adquirida para iniciar un nuevo proyecto; por el contrario, la emplea de manera explícita e implícita para mejorar su trabajo futuro. Por ello, es posible y necesario entender que la investigación genera una experiencia y que de la experiencia se genera la investigación.

De esta manera, como afirma Messina (2011), “investigar como experiencia es lograr una relación íntima y solidaria con los sujetos que son parte de lo que estoy investigando, acercarme a ellos como iguales, como pares, a los cuales acompaño en su proceso” (p. 69). Varios de los autores de este libro han manifestado su compromiso con los actores sociales para ser parte de un proceso que les fue (o es) ajeno en cierta manera, pero que no

demerita la solidaridad de su participación y su actuación en la realidad estudiada.

Dado que la experiencia del sujeto no es espontánea, al objetivarla e interpretarla es posible reconocer las formas en que se materializa su acción, las dimensiones de su participación y la posición de su reflexión. Estos tres elementos deben ser reconocidos y analizados en la sistematización de la experiencia. La figura 3 muestra la ubicuidad de este proceso.

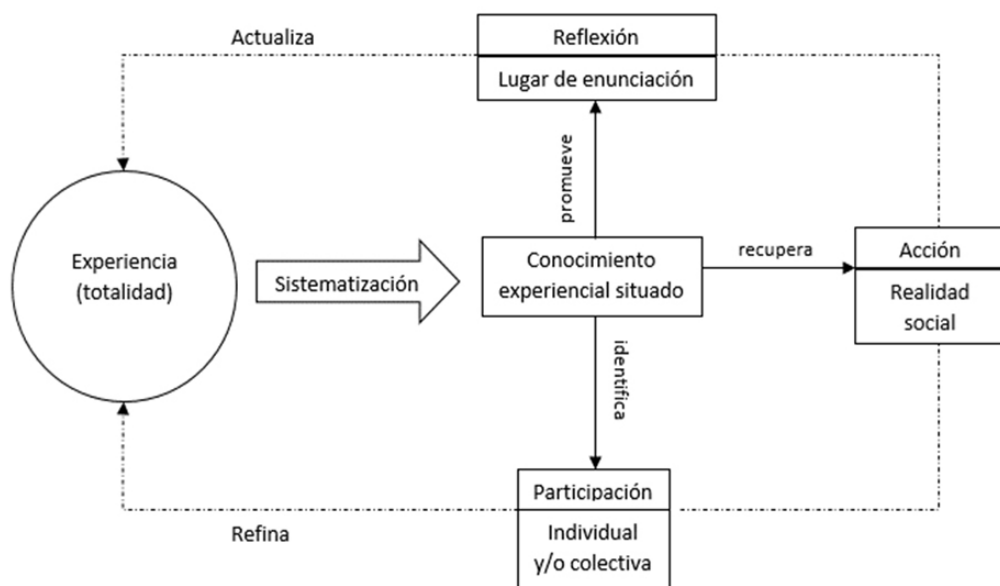


Figura 3. Ubicuidad y sistematización de la experiencia

Fuente: elaboración propia.

A partir de esto, es posible decir que la sistematización de una experiencia implica su reconocimiento y diferenciación de la totalidad; esa experiencia debe ser contextualizada temporal y espacialmente para que pueda ser fuente de conocimiento experiencial situado. La reflexividad *desde* la experiencia y *sobre* ella permite que el sujeto adquiera conciencia de su acción a lo largo del tiempo; además, que sea capaz de reconocer las razones que prefiguraron su actuar de esa manera y no de otra. En otras palabras, al sistematizar la experiencia se enfatiza la interpretación del actor social sobre su acontecer y se recupera su voz y lugar de enunciación sin que el investigador o la

investigadora ejerza un protagonismo: a partir de la experiencia, el actor social se analiza y explica, mientras que quien investiga lo observa y registra las particularidades de su lugar de enunciación.

Todo conocimiento experiencial situado está construido por la acción, la participación y la reflexión que el sujeto evoca con dicha experiencia, por lo que, una vez reconocida y delimitada, es necesario analizarla; esto es, separar sus partes constituyentes para examinarlas minuciosamente con el objetivo de encontrar sus interrelaciones.

Finalmente, construir un conocimiento experiencial situado implica relacionarlo y confrontarlo con la teoría para actualizarla o reafirmarla; este conocimiento no tiene pretensiones de generalización o universalización, pero sí reconoce las tensiones, afinidades y discrepancias con los paradigmas científicos-sociales predominantes. En otras palabras, hablar desde la experiencia implica trascender la estandarización del método científico y develar aquellos elementos omitidos para así revolucionar el propio conocimiento (Kuhn, 1971; Messina, 2011).

EXPERIENCIAS SOBRE MEGAPROYECTOS ENERGÉTICOS

Todo evaluador de impacto social es un malabarista de recursos y un innovador de estrategias de mitigación; no sólo debe tener la capacidad para hacer investigación social aplicada en contextos heterogéneos y a veces adversos, sino que además debe reconocer su papel en los procesos de transformación y conflictividad socioambiental que devienen de dichas iniciativas. En suma, la responsabilidad de los evaluadores de impacto social es crucial porque, como intermediario de la empresa con las localidades potencialmente afectadas, tiene el propósito de conseguir la licencia social,[1] pero, a la vez, es el portavoz de las demandas de dichas localidades hacia quienes ostentan el poder económico. El evaluador de impacto social diseña y define las medidas de mitigación en las Evaluaciones de Impacto Social (EVIS),[2] las cuales ofrecen la posibilidad de que dicho megaproyecto opere

sin que se deslinde de sus responsabilidades con las localidades aledañas a dicha iniciativa.

Para construir el conocimiento experiencial situado, se delimita el análisis al ejercicio profesional como evaluador de impacto social. Este trabajo reflexivo permite mostrar aquellos elementos contextuales que gozan de ausencia analítica a la hora de trabajar con actores sociales en zonas rurales, pero que cobran relevancia durante el proceso de construcción del conocimiento científico-social. El proceso de develar lo incómodo o lo que entra en tensión con la tendencia en el conocimiento científico-social es parte de reconocer el lado oscuro de la investigación (Corona Berkin, 2020), el cual contraviene la mirada consensuada académicamente.

La experiencia adquirida como evaluador de impacto social amplió la forma de ver y contribuir en la transformación de la realidad social, no sólo desde el espíritu crítico sobre cómo hacer investigación, sino desde los alcances y las restricciones que se presentan cuando se desarrollan proyectos de gestión social bajo un presupuesto reducido y orientado a disipar la conflictividad de estos megaproyectos, o cuando se tiene que argumentar a favor de las propuestas planteadas ante los representantes de las empresas transnacionales que buscan mantener e incrementar su tasa de ganancia a toda costa.

Al analizar dicha experiencia, es posible reconocer las tres dimensiones que se han indicado en el apartado anterior, y que son estratégicas en el conocimiento experiencial situado; así, abordar las implicaciones de la acción, participación y reflexión como evaluador de impacto social amplía la mirada sobre cómo hacer investigación sin perder el sentido de la construcción reticular de conocimiento.

Co-presencia (acción)

La copresencia es un concepto empleado en antropología que hace alusión a las formas y estrategias desarrolladas por el investigador y los sujetos sociales de manera coordinada para alcanzar los objetivos planteados de manera

conjunta. Implica un proceso de reconocimiento recíproco de los sujetos interpelados y requiere de un ensamblaje de intereses y metas para que su actuar sea fructífero en todos los sentidos.

La copresencia va más allá de reconocerse como sujetos, pues implica la imbricación de sus lugares de enunciación, del establecimiento de un sentido común que orienta el trabajo y maximiza los recursos temporales, humanos y económicos de su proceder. El trabajo en conjunto entre la persona investigadora y los actores sociales es crucial, debido a que su identificación y cohesión amplía el conocimiento y las acciones que se desarrollan de manera reticular (Arribas Lozano, 2020); así, la copresencia implica un compromiso recíproco: en la medida en que yo *esté* para ayudar a los sujetos investigados, ellos *estarán* para apoyarme a conseguir los objetivos de la investigación.

Como evaluador de impacto social, la copresencia puede verse limitada por varios factores; aquí se enfatizan dos: el primero tiene que ver con la percepción “negativa” del evaluador por los actores sociales; ya que, al ser enviado por la empresa, muchas veces se piensa que su única función es la obtención de información para los dueños del megaproyecto. Esto no sólo implica una primera barrera para establecer el trabajo de campo, sino que obstaculiza la generación de lazos que permitan acceder a los sentidos buscados en la investigación social aplicada. En la medida en que el evaluador de impacto social transparente su actuar en las localidades y sintonice su lugar de enunciación con el de los actores sociales, será posible que su actividad deje de ser concebida como una forma de coerción y más bien se le asocie como un canal para negociar y definir los compromisos de retribución social que la empresa del megaproyecto estará obligada a cumplir por ley.

El segundo factor es que la copresencia se ve drásticamente afectada por el peso cada vez más acentuado del crimen organizado y la generalización de la inseguridad en la sociedad mexicana. Estos factores han generado zonas grises inaccesibles para la realización de trabajo de campo, donde incluso la vida del investigador corre riesgo. En efecto, el crimen organizado no sólo disloca la vida cotidiana de los lugares donde interviene, sino que su presencia limita indirectamente el acceso del investigador a la realidad estudiada, condiciona a

los actores sociales a participar en la investigación y, en algunos casos, restringe el acceso al sentido buscado en el proceso de generación de conocimiento.

El problema del crimen organizado para la investigación social aplicada es la forma en que se adhiere a la estructura social y subordina todos los elementos a su lógica de secrecía. Por ejemplo, la realización de EVIS en el Estado de Tamaulipas implicó ejercer una disciplina sobre el quehacer del investigador, ya que no sólo se redujeron los horarios de trabajo como medida de seguridad de los investigadores y de los recursos materiales adquiridos, sino que además condicionó los lugares donde se podía hacer trabajo de campo y limitó los temas a abordar con los pocos actores sociales que se animaban a participar en la recopilación de información.

En este sentido, el trabajo de campo en zonas rurales donde impera el crimen organizado obliga al investigador a transparentar su quehacer con el fin de que los poderes fácticos decidan si dicho trabajo interfiere con sus intereses o con el dominio que ejercen en una zona. En la experiencia analizada hubo vigilancia permanente de halcones,[3] al grado de que ellos preguntaban, a través de los actores sociales, a qué nos dedicábamos y cuáles eran las intenciones de estar allí.

Por otro lado, la copresencia en el trabajo de campo deriva en el establecimiento de vínculos de amistad con los informantes clave o con las personas de la localidad en la medida en que la presencia del investigador se vuelve cotidiana. Este proceso también va de la mano con el compromiso que adquiere progresivamente el investigador con los otros, los subalternos. Ese compromiso puede variar no en su esencia, sino en la forma de concreción.

Estos dos factores intervienen (de manera indirecta) en la investigación social aplicada, mostrando que la heterogeneidad de contextos durante el trabajo de campo puede cambiar la perspectiva teórica empleada, los objetivos planteados desde el trabajo de gabinete, así como transformar el propio objeto de estudio o los intereses de quien investiga.

INTERPELACIÓN (PARTICIPACIÓN)

La participación es voluntaria y solidaria; es la unión de diferentes personas para conseguir un fin específico. Podría confundirse con la cooperación, pero ésta remite a la organización formal de los sujetos, mientras que la participación es la formulación de la acción, sea organizada o no; por ello, la participación puede ser individual o colectiva y su elección no constituye una contradicción.

Tanto la participación del investigador(a) como del consultor con actores sociales en una investigación busca aprehender la realidad y transformarla para reducir la opresión de la desigualdad. Mientras se realiza trabajo de campo, la participación del investigador(a) o consultor(a) puede ser orientada a intereses no previstos; es decir, que los actores sociales requieran de ayuda más allá del fenómeno que lo motiva a *estar* ahí. Esto, como indica Messina (2011), obliga a que la persona investigadora esté abierta a problemáticas o fenómenos que no entran en su delimitación de la realidad, lo cual fortalece perceptivamente su compromiso con los sujetos investigados.

Entonces, ¿qué hacer o cómo reaccionar cuando los actores sociales le solicitan ayuda al investigador? ¿Hasta qué punto el investigador puede o debe participar en procesos que escapan a sus intereses de investigación? Desde el conocimiento experiencial situado, el investigador participará en relación con el compromiso que asume con los sujetos con quienes produce el conocimiento científico-social. Esto lo obliga a salir de su zona de confort para, en cambio, participar en la resolución de problemas cotidianos donde puede desempeñar un papel estratégico. Como evaluador de impacto social, el trabajo de campo amplió la visión sobre las problemáticas en las localidades rurales, las cuales fueron integradas en las estrategias de mitigación mediante programas de capacitación, asesoramiento técnico-productivo o asesoría legal.

Lo anterior es clave para entender las formas reticulares en que se construye el conocimiento científico-social. Participar en estas acciones a veces garantiza el acceso al sentido buscado en la investigación, por lo que el investigador debe ser asertivo para mostrar esa copresencia y el espíritu de

participación que le puede ayudar a develar sentidos no explorados en trabajos previos. Quizá esa participación obligue al investigador a salir de su área académica de confort, por lo que debe saber emplear sus redes sociales para ofrecer estrategias que posibiliten acercarse a ese conocimiento al menos de manera general.

Como evaluador de impacto social, esta participación no se da sólo durante el trabajo de campo, sino que trasciende esa dimensión espacial y temporal para situarse en el futuro próximo. El trabajo de campo que se realiza para un megaproyecto eólico o solar decanta en una EVIS y su respectivo plan de gestión social, el cual contiene las medidas de mitigación ante los potenciales problemas sociales; estos programas se construyen a partir de la línea base de la realidad social estudiada.[4]

Si el compromiso del evaluador se da en un primer momento con la identificación de los potenciales problemas del megaproyecto, cuando se construye el plan de gestión social se vuelve a presentar el compromiso para definir las estrategias de mitigación, los programas de atención-compensación local y su justificación ante los empresarios para que los acepten o incrementen el presupuesto destinado a esta sección. Debido a que la EVIS se somete a un monitoreo administrativo por parte del Estado mexicano, su cumplimiento es obligatorio, si no, el megaproyecto puede ser sujeto a sanciones administrativas.

Esto resulta interesante porque se puede pensar la EVIS como una secuencia continua de acción y participación, ya que en dicho documento se plasma el sentido definido y encontrado en la investigación social aplicada, con el fin de preservar el espíritu encontrado en el conocimiento generado de manera colaborativa entre un evaluador de impacto social y los actores sociales. Pero ¿qué pasa con el investigador cuando obtiene los datos que necesita o cuando su investigación finaliza? Es decir, ¿hasta dónde llega el compromiso del investigador con los sujetos investigados cuando su proyecto termina? Estas preguntas cobran importancia en los tiempos actuales, sobre todo por la popularización de términos que pretenden demeritar la investigación social. Es decir, cuando no hay una reciprocidad con los actores

sociales porque no regresa a la localidad para mostrar los resultados de la investigación con el objetivo de avanzar en la transformación de la realidad.

Esta preocupación legítima está vinculada inexorablemente con las malas prácticas de investigación que se han desarrollado en la academia mexicana. La falta de una vinculación entre el investigador y los actores sociales después del trabajo de campo ha contribuido a un desencanto de la sociedad al percibirse como “grupos utilizados” para una investigación de la que nunca se supo qué resultados obtuvo y cómo esto puede ayudar a la transformación de su realidad.

Esta crítica, que viene de diversos sectores de la sociedad, ha derivado en discusiones en torno al mal llamado extractivismo académico (Grosfoguel, 2016). Adjetivar una mala práctica académica con estos términos implica equiparar el trabajo de la investigación con una actividad económica que socava la realidad social. Por ello, pensar en esta ausencia permite diseñar estrategias de intervención, sobre todo para las nuevas generaciones de investigadores.

Extractivismo académico (reflexión)

La noción de extractivismo académico es una denuncia legítima de los grupos sociales estudiados ante la ausencia de un compromiso por parte de los investigadores después de su trabajo de campo. En los casos extremos, esta falta de compromiso puede llevar a la usurpación del conocimiento colaborativo y reticular generado con actores sociales (Grosfoguel, 2016).

Así, el extractivismo académico es un término que pretende evidenciar la falta de interés de los investigadores con los actores sociales y la realidad estudiada después de obtener los datos para su trabajo. Es decir, no es más que una mala práctica académica que puede (y debe) suprimirse mediante la socialización y democratización del conocimiento científico con quienes participaron en su producción y a quienes, en primer lugar, les ayudará a re(orientar) la transformación social.

Esta mala práctica de investigación se genera desde la formación de la persona investigadora de la sociedad, ya que se ha enseñado que una investigación termina con la elaboración de productos académicos (artículos, capítulos de libros, libros, entre otros) y su presentación en eventos especializados. En realidad, el proceso de investigación termina cuando el conocimiento generado se socializa con los sujetos que participaron en su construcción, ya que ello implica la democratización de dicho conocimiento para contribuir a acciones específicas que puedan transformar la realidad (Espinosa Santos, 2010).

Para poder cerrar el círculo virtuoso de la investigación en la sociedad, es necesario reconocer la diferencia entre la difusión y la divulgación de la ciencia. Esta diferencia no sólo es conceptual, sino que implica reconocer el lugar de enunciación de las personas que se ven potencialmente beneficiadas. Por un lado, la difusión de la ciencia implica una socialización del conocimiento entre pares académicos; esto supone que el destinatario de la difusión comparte ciertos elementos del lugar de enunciación del investigador; además, implica que los productos difundidos tienen un estilo de redacción que limita su acceso a quienes son especialistas en el tema en cuestión (Espinosa Santos, 2010).

En este sentido, la difusión de la ciencia se manifiesta cuando los investigadores comparten sus productos académicos en las plataformas especializadas, así como en eventos donde se da un proceso de discusión para ampliar el conocimiento adquirido.

Por su parte, la divulgación de la ciencia implica un proceso extra de la investigación social, es decir, obliga a que el investigador ejerza un proceso de traducción de los resultados obtenidos para que, mediante un lenguaje accesible, la gente acceda y se apropie del conocimiento generado mediante el diálogo (Espinosa Santos, 2010). Dicho de otra manera, la divulgación de la ciencia implica que el investigador regrese a la realidad estudiada para democratizar el conocimiento generado de manera colaborativa con los actores sociales. Los productos de divulgación no necesariamente tienen que ser los mismos que los de difusión de la ciencia; de hecho, lo óptimo es que

sean distintos y que respondan a los lugares de enunciación de dichos sujetos. La divulgación de la ciencia cada día cobra más relevancia, sobre todo en la sociedad de la información y el conocimiento, por lo que los futuros investigadores, en su formación académica, deben incluir cursos que les permitan contribuir a la democratización del conocimiento en la sociedad.

Con los actuales soportes mediáticos y el alcance de Internet, la divulgación puede adquirir una variada forma; el reto de la divulgación científica es que efectivamente llegue a quienes tiene que llegar. Sólo en ese momento el papel del investigador contemporáneo podrá trascender la crítica que Marx hizo a Feuerbach aludiendo que “[no se ha] hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*” (Marx y Engels, 1975: 26).

CONCLUSIONES

Este trabajo es producto de una reflexión sobre la experiencia con actores sociales alrededor de megaproyectos de energía solar y eólica; situar al investigador como sujeto de estudio es enriquecedor porque permite ver cómo su práctica genera experiencia y ésta refina su trabajo en la producción de conocimiento. Se ha aludido a varios términos que resultan fundamentales para entender no sólo quién investiga, sino desde *dónde* y *con quién* lo hace.

En ese proceso se ha destacado el papel del lugar de enunciación como una postura epistemológica y ontológica, donde objetividad y subjetividad están articuladas de manera dialéctica. Recuperar la experiencia de un investigador lo supone también como un actor social que interviene en la realidad y su transformación, por lo que es necesario seguir recuperando y sistematizando las experiencias para generar un conocimiento sobre el quehacer del investigador contemporáneo.

Sistematizar la experiencia es dotarla de sentido, jerarquizarla en las tres dimensiones propuestas y recuperar la mirada de quien la vivencia. Por ende, recuperar la experiencia es reconocerla como materia prima para la generación de conocimiento social vigente.

La experiencia en torno a los megaproyectos energéticos derivó en el reconocimiento de elementos alrededor del trabajo de campo que intervienen de manera negativa, como lo es la inseguridad y la presencia del crimen organizado. Además, la participación y el compromiso de la persona investigadora o consultora permite desarrollar vínculos estables y a veces perdurables con los actores sociales, los cuales pueden mejorar el trabajo de campo.

Finalmente, es necesario que investigador o consultor esté siempre abierto a ampliar sus intereses para contribuir a otras problemáticas más allá de las que lo motivan para realizar una investigación social aplicada o no. Si efectivamente se compromete, el conocimiento generado no quedará sólo en los productos académicos, sino que se socializará mediante la divulgación científica para concretar su horizonte de posibilidades.

REFERENCIAS

- Arribas Lozano, Alberto (2020). “Saberes en movimiento. Reciprocidad, co-presencia, análisis colectivo y autoridad compartida en investigación” [en línea]. *Revista de Antropología Iberoamericana* 15 (2): 331-356.
Disponibile en <<https://doi.org/10.11156/aibr.150207>>
- Castells, Manuel (2010). *Comunicación y Poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- Corona Berkin, Sarah (2020). “Investigar en el lado oscuro de la horizontalidad”. En *Horizontalidad. Hacia una crítica de la metodología*, editado por Inés Cornejo y Mario Rufer, 27-58. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Deleuze, Gilles, y Félix Guattari (2010). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Dubet, François (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Espinosa Santos, Victoria. (2010). “Difusión y divulgación de la investigación científica” [en línea]. *Idesia (Arica)* 28 (3): 5-6. Disponible en

<<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-34292010000300001>>

Expósito Unday, Dámari, y Jesús Alberto González Valero (2017).

“Sistematización de experiencias como método de investigación”. *Gaceta Médica Espirituana* 19 (2): 1-6.

Feyerabend, Paul (1986). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.

Grosfoguel, Ramón (2016). “Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico” [en línea]. *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo* 4: 33-45. Disponible

<<http://dx.doi.org/10.15304/ricd.1.4.3295>>

Kuhn, Thomas (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Distrito Federal: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl, y Friedrich Engels (1975). *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.

Mera, Karen (2019). “La sistematización de experiencias como método de investigación para la producción del conocimiento”. *Rehuso* 4 (1): 99-108.

Messina, Graciela Concepción (2011). “Investigación y experiencia”. *Praxis & Saber* 2 (4): 61-75.

Olmedo Neri, Raúl Anthony (2019). “Análisis del marco normativo en los megaproyectos: la Evaluación de Impacto Social (EVIS)” [en línea]. *Textual* 73: 147-177. Disponible

<<http://dx.doi.org/10.5154/r.textual.2019.73.06>>

Olmedo Neri, Raul Anthony (2021a). “Las juventudes mexicanas ante los retos de la covidianidad”. *Movimiento* 31: 72-78.

Olmedo Neri, Raul Anthony (2021b). “Megaproyectos y sustentabilidad en México: definición, legislación y consecuencias” [en línea]. *Revista Nuestramérica* 9 (18): 1-8. Disponible en

<<https://doi.org/10.5281/zenodo.5209053>>

Olmedo Neri, Raul Anthony, y Hubert Carton De Grammont (2022).

“Fragmentación social en zonas rurales: los megaproyectos energéticos en el estado de Yucatán” [en línea]. *Estudios Sociales. Revista de*

Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional 32 (59): 1-33.

Disponible <<https://doi.org/10.24836/es.v32i59.1221>>

Ortiz Ocaña, Alexander, y María Isabel Arias López (2019). “Hacer decolonial: desobedecer a la metodología de la investigación”. *Hallazgos* 16 (31): 147-166.

Peza Casares, María del Carmen de la (2020). “Interpelaciones de las metodologías horizontales para pensar las condiciones de posibilidad de una ciencia mexicana”. En *Horizontalidad. Hacia una crítica de la metodología*, editado por Inés Cornejo y Mario Rufer, 147-178. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Ribeiro, Djamila (2019). “Breves reflexiones sobre Lugar de Enunciación”. *Relaciones Internacionales* (39): 13-18.

Zapata Silva, Claudia (2017). “El giro decolonial. Consideraciones críticas desde América Latina” [en línea]. *Pléyade* (21): 49-71. Disponible <<http://dx.doi.org/10.4067/S0719-36962018000100049>>

[Notas]

- [1] La licencia social es un término empleado en el campo profesional para referir a la legitimidad que adquieren los megaproyectos ante las localidades potencialmente afectadas por su instalación y operación. La licencia social es volátil; para que perdure se requiere de un compromiso permanente por parte de las empresas para cumplir con las estrategias de mitigación que se enuncian en las Evaluaciones de Impacto Social (EVIS). Conforme se incumplen los compromisos, la licencia social puede erosionarse y desviarse en un conflicto socioambiental (Olmedo Neri, 2021b; Olmedo Neri y Carton de Grammont, 2022).
- [2] La Evaluación de Impacto Social (EVIS) es un documento solicitado en el marco normativo mexicano para la aprobación de parques eólicos y solares en el país. Se entrega en la Secretaría de Energía (SENER) y su finalidad es mostrar cuáles son los impactos que generará el megaproyecto en las localidades aledañas y cuáles serán las medidas que éste empleará para mitigarlos y garantizar que esas localidades se vean beneficiadas (Olmedo Neri, 2019).
- [3] Los halcones son personas contratadas o cooptadas por el crimen organizado que se encuentran en lugares comunes y que avisan a sus empleadores de las novedades; por ejemplo, la gente que no es de la zona y realizan actividades “sospechosas”.
- [4] La línea base refiere a los indicadores, por lo general de ámbito social, que se han seleccionado para monitorear durante la operación del megaproyecto, con el fin de reconocer si tienen variaciones provocadas por su funcionamiento. La línea base es estratégica para evidenciar la forma en que los impactos se materializan y, a partir de ello, modificar o no las estrategias de mitigación planteadas en el plan de gestión social.

Puentes y abismos entre las ciencias sociales y el activismo social

Participación y poder en los territorios de la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas, Veracruz

Elena Lazos Chavero

[[Regresar al contenido](#)]

Aquí no dejan participar, cuando uno pide cuentas, qué se hace con el dinero, no se sabe. Se toman decisiones en la asamblea y luego ellos no lo hacen, aquí nada de participar, todo lo deciden ellos [los dirigentes de la Asociación Ganadera], y luego dicen que así es la costumbre acá. Y ¿usted cómo ve? ¿Cómo podríamos cambiar eso?
(Juan, maestro, miembro de la Asociación Ganadera de Tatahuicapan)

Nos traen a participar, limpiar, preparar los tamales, poner el fuego. Así siempre los maestros nos llaman a participar y cuando no podemos, se enojan. ¿Usted piensa que está bien eso? ¿Usted es maestra, verdad? ¿Así es en la universidad?
(Jacoba, campesina, Pajapan)

INTRODUCCIÓN

El largo debate sobre los aportes y significados de la movilización de conceptos y cuestionamientos desde las ciencias sociales en el activismo social nos enseña que el camino ha sido sinuoso, en ocasiones con resultados exitosos y en otras con enormes escepticismos sobre los puentes generados. Particularmente, en el campo de desarrollo rural, se ha suscitado un cúmulo de cuestionamientos sociales y políticos ante diversos fracasos de políticas y planes internacionales que han conducido tanto a académicos de distintas

disciplinas como a activistas sociales a preguntarse por el alcance de sus propias especialidades y su quehacer político. Desde múltiples experiencias en el mundo del desarrollo agrícola, como las políticas en torno a la conservación ambiental y a la agroecología, hasta la creación de alternativas en educación popular, en la formación de capacidades organizativas y en la reconfiguración de demandas sociales y de la equidad social, se han constituido grupos inter y transdisciplinarios con la finalidad de tener mayor incidencia en los procesos de transformación social bajo el objetivo común de construir sociedades más justas.

Las experiencias pioneras iniciadas por Paulo Freire (1998 [1973]) y Orlando Fals Borda (1998) fundaron los caminos cuestionadores desde la pedagogía y la sociología, respectivamente. Sus logros contagiaron tanto a académicos de las ciencias sociales y de las ciencias naturales y agronómicas como a activistas políticos. Las interrogantes al modelo vertical del desarrollo y a la forma de hacer ciencia generaron reflexiones críticas en torno a la falta de participación social. Sin embargo, la participación es entendida de tan distintas maneras por los diversos actores que se cae en procesos antagónicos, e incluso reflejan posiciones en disputa. La diversidad de consideraciones sobre cómo “debe construirse” un proceso participativo se inscribe en un contexto social, cultural y político muy heterogéneo, donde se reconfiguran muchas alternativas y donde el “deber ser” depende de quiénes participen y cómo participen.

En el campo del desarrollo agrícola, las preguntas clave que detonaron los cuestionamientos sobre su alcance fueron: ¿para qué?, ¿para quiénes?, y ¿quiénes deciden? En el área de la educación, se indagaba sobre los fines y objetivos de hacer ciencia; es decir, para qué hacer investigación, cuál es el sentido de la investigación social y, principalmente, cómo lograr un entretejido creativo entre educadores y educados para lograr una transformación educativa. En la conservación ambiental de los años ochenta, se constataba el avance de la deforestación y del deterioro ecológico tanto a nivel internacional como nacional, y se trazaban nuevas formas de lograr la participación de las comunidades locales con el fin de revertir estos procesos.

Sin embargo, no había un entendimiento común acerca del significado de participación ni de desarrollo ni de conservación. ¿Tendrán diversos significados porque partimos de ontologías distintas?

Estas preocupaciones fueron retomadas por la investigación-acción en los diversos campos disciplinarios. Por ello, se movilaron algunos conceptos desde las ciencias sociales: participación, poder, gobernanza, los cuales se convirtieron en eje de la investigación-acción participativa. Sin embargo, a pesar de la importancia de un entendimiento común en proyectos inter y transdisciplinarios, estos conceptos han sido generalmente manipulados sin un cuestionamiento profundo y se han vaciado de contenido; por eso encontramos una multiplicidad de acepciones del mismo concepto. ¿Qué entienden las autoridades municipales o los activistas o los académicos por participación o por gobernanza? ¿Cómo influyen las relaciones de poder en los procesos participativos y en la gobernanza? ¿Cómo apuntalar propuestas participativas de las poblaciones para acceder a la toma de decisiones sobre su futuro socioambiental? ¿Cuáles son las implicaciones políticas y sociales?

En este capítulo, el objetivo es entender y analizar la influencia de las relaciones de poder en los procesos sociales y políticos que pueden tender puentes o provocar abismos en la construcción participativa entre pobladores, activistas y científicos sociales en la lucha por un futuro socioambiental más justo. Para ello, retomo dos eventos políticos que marcaron el inicio de una investigación-acción sobre ganadería sustentable realizada con ejidatarios de Tatahuicapan, en la Reserva Especial de la Biosfera de Los Tuxtlas, en la Sierra de Santa Marta, al sur de Veracruz. El proyecto tenía el objetivo de construir conjuntamente una ganadería alternativa para mejorar las condiciones de vida de los ganaderos ejidatarios y restablecer corredores biológicos entre sus parcelas y las zonas núcleo de la Reserva.

En numerosos proyectos participativos no se toman en cuenta las relaciones de poder tejidas en las comunidades. Cada poblado o cada organización ha desarrollado ciertas estructuras de poder, por lo que, antes de cualquier acción, necesitamos comprender cómo estas relaciones se han definido, por quiénes y con base en qué elementos. Desde la perspectiva de la

ecología política, para que cualquier proyecto tenga frutos a largo plazo, se requiere interpretar estas estructuras.

En la primera parte ofrezco un panorama histórico sobre la investigación a través de tres conceptos brindados por las ciencias sociales: participación, poder y gobernanza. En la segunda parte sintetizo dos acontecimientos políticos para comprender la importancia de las relaciones de poder en las investigaciones participativas: a) la defensa de los derechos de los ejidatarios ganaderos en una asamblea de la Asociación Ganadera de Tatahuicapan, realizada en 2000, y b) la defensa del agua en la toma de la presa de la Yuribia, la cual abastece a las ciudades de Coatzacoalcos, Minatitlán y Cosoleacaque.

INTERPRETACIONES Y NARRATIVAS DE LA PARTICIPACIÓN DESDE DIVERSAS PERSPECTIVAS

Entrelazamiento de las disciplinas a través del paradigma de la participación

Frente a los múltiples fracasos de las políticas internacionales de desarrollo, el aumento de la pobreza y de la desigualdad social, los cuestionamientos a la revolución verde y las crisis ambientales (Pimentel y Goodman, 1978; Hernández-Xolocotzi, 1985; Altieri, 1987; Chambers y Jiggins, 1987), se dio un giro metodológico en las investigaciones y en las políticas de desarrollo. Varias investigaciones provenientes de la agronomía, antropología, pedagogía y sociología destacaron la importancia de la participación de las poblaciones locales en el diseño de los caminos para lograr su propio desarrollo, a sus ritmos y bajo sus intereses (por ejemplo, Sol Tax desde la antropología y Hernández-Xolocotzi desde la agronomía).

A pesar de que desde la década de 1950 se hablaba de la investigación o investigación participativa (Tax, 1975; Huizer, 1979), el giro paradigmático —tanto en la antropología como en las corrientes del desarrollo— se da en la década de 1980, cuando estos campos se entrelazan

bajo el ideal de la “participación”. Varios antropólogos y antropólogas del desarrollo (Bunch, 1985; Warren *et al.*, 1989; Cernea, 1990; Burkey, 1992; Chambers, 1994) analizaron críticamente las intervenciones desarrollistas verticales y participaron en los movimientos campesinos en Asia y América Latina que luchaban por la tierra y por un desarrollo endógeno y autogestivo. ¿Cómo transformar los *objetos* del desarrollo en *sujetos* del desarrollo? ¿Cuál era el papel de los antropólogos y sociólogos en esta transformación? Estas preguntas fueron centrales para los académicos que desarrollaron la llamada investigación-acción participativa. En el medio rural, las organizaciones experimentaron la nueva metodología “de campesino a campesino” con la finalidad de construir relaciones horizontales en la construcción del conocimiento y en la toma de decisiones para su futuro agrícola (Bennett, 1990; Baré, 1995; Chambers, 1994). Los investigadores y las investigadoras participantes se consideraban catalizadores de procesos sociales, culturales y políticos. El aprendizaje se daba a través de la acción, por ello acuñaron el término de antropología de la acción. Su tarea se definía desde dos objetivos de igual importancia: trabajar con grupos campesinos e indígenas para reflexionar sobre sus problemas y encontrar conjuntamente soluciones mediante la acción participativa y, a la vez, aprender colectivamente en el proceso. Partían de cierto *corpus* teórico, pero mediante la acción participativa se llegaba a conformar otro. Retomaron las visiones *emic* —construcción de conceptos, intereses, metodologías desde los propios pobladores locales— y se apartaron de las visiones *etic* —utilización de categorías distintas a las visiones del mundo de los pobladores locales—. Para la antropología de la acción, las comunidades locales y pueblos originarios participantes se vuelven sujetos de la investigación y se revalorizan las visiones *emic* dadas por las comunidades locales. El sistema de valores del cual parten se compone de dos principios: a) la libertad de las propias comunidades para decidir ante cualquier programa de acción, y b) el respeto a los conocimientos y valores de las comunidades y pueblos locales (Tax, 1975; Fals Borda, 1980).

En los senderos del desarrollo participativo, múltiples estudios resaltaron los conocimientos agrícolas y ecológicos de los campesinos y de los pueblos

originarios, y sus capacidades para la innovación y experimentación (Biggs, 1986; Rhoades, 1982; Richards, 1985; Hernández-Xolocotzi, 1985; Lazos y Hernández-Xolocotzi, 1987; Wilken, 1987; Chambers *et al.*, 1989; Bentley, 1990; Thrupp, 1993). Esto amplió la propagación del concepto de participación en la agronomía y en la antropología, convirtiéndose en el paradigma de los movimientos de tecnologías apropiadas y de la agroecología. Si bien para la década de 1980 la participación de las familias campesinas e indígenas se había convertido en la base de la investigación de los sistemas agrícolas; más tarde se convirtió en la premisa fundamental para el desarrollo sostenible usado por los organismos internacionales y los gobiernos nacionales, pero bajo una conceptualización diferente y muchas veces manipulada para sólo cumplir con el discurso del desarrollo participativo.

Desde finales de la década de 1980 y principios de 1990, la participación comunitaria se convirtió en un requisito obligatorio para cada proyecto ante la historia de fracasos de la política de desarrollo de tipo vertical, la cual no había considerado ni las condiciones ni las necesidades locales, menos aún los conocimientos, percepciones e intereses de los pueblos campesinos y originarios (Chambers *et al.*, 1989; Lazos y Paré, 2000). La investigación participativa incluyó toda una familia de aproximaciones y métodos nutridos de los principios teórico-metodológicos de Paulo Freire expuestas en sus libros *La pedagogía de los oprimidos*, publicado en 1968 (1999), y *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*, de 1973 (1998). En este último, Freire partía de que todos los “pobres” podían y debían conducir su propio análisis de la realidad, y criticaba el concepto de extensionismo como una “invasión cultural” por no propiciar el diálogo como base de la educación. Derivados de estos cuestionamientos y de las nuevas propuestas de la investigación social basada en la participación con la sociedad, varias pesquisas en distintos campos disciplinarios llegaban a concluir que, sin entender las perspectivas y las prioridades de la población local, se podían llegar a conclusiones falsas (Fairhead y Leach, 1997).

Diversidad de significados de participación: ¿diálogos para una ciudadanía crítica o construcción de una legitimidad del Estado?

Las vertientes participativas se concentran en tres ideas: a) las poblaciones locales son creativas y capaces de llevar a cabo su propia investigación, análisis y planeación; b) los agentes externos son catalizadores o facilitadores únicamente; c) las poblaciones marginadas deben tener acceso a la toma de decisiones y al poder (Chambers *et al.*, 1989; Chambers, 1994). Sin embargo, las instituciones gubernamentales nacionales y las organizaciones internacionales retomaron sólo una parte de estas ideas.

Por todas las críticas al desarrollo vertical, estas premisas permearon las agencias internacionales de desarrollo y programas y políticas nacionales, incluso a algunas asociaciones civiles, pero de una forma superficial. Siguen impulsando políticas desde arriba, en lugar de partir desde las bases, pero siempre con la argumentación participativa de la corresponsabilidad. A pesar de algunos intentos por lograr una “buena” participación, ha habido fracasos internacionales y nacionales, ya que las formas y alcances de la participación los definen los gobiernos y los organismos internacionales, restringiendo el involucramiento de la población sólo a proyectos específicos (Paz, 2005). Escobar (1991) analiza los errores teóricos y políticos del desarrollo “participativo,” ya que, en muchas ocasiones, sólo el discurso de la participación se ajustó a las demandas burocráticas de las agencias del desarrollo, a expensas del rigor intelectual y de una autocrítica. En este mismo camino van los vapuleos que Esteva (1997) hace a las políticas y significados del desarrollo sustentable.

La diversidad de significados de participación se inscribe en un contexto social, cultural y político muy heterogéneo. Más aún, invocar la participación permite a las instancias gubernamentales delegar funciones en la ciudadanía y disolver así sus responsabilidades. “Como ellos [los campesinos] participaron y decidieron, las vacas se les murieron” (asesor técnico de Fonaes, sur de Veracruz, entrevista en 2002). Estos dos conceptos de participación y

corresponsabilidad se tornaron en un discurso político que llevó a algunas instituciones gubernamentales a evadir sus responsabilidades y a culpar a los participantes si los resultados no eran los esperados (como en el caso de Fonaes).

En México, las políticas “participativas” gubernamentales vienen de un proceso de descentralización del Estado, impulsado por las recomendaciones del Banco Mundial[1] para involucrar y comprometer a la ciudadanía en los proyectos, pero también para darle legitimidad a los procesos, aunque no haya una participación verdadera en la toma de decisiones de los proyectos impulsados. Los objetivos de la “participación” quedan difusos. No se entiende si los ciudadanos pueden participar en la toma de decisiones como parte de sus derechos, buscando el fortalecimiento de la sociedad civil, o si su participación es para legitimar las decisiones previamente tomadas por el gobierno, descargando de responsabilidades al Estado. En este último sentido, el Estado se convierte en el “administrador” de la participación (Paz, 2005).

Otra de las críticas importantes en la utilización del “desarrollo participativo” se centra en pensar a las comunidades como homogéneas. Debemos considerar la heterogeneidad comunitaria, donde las relaciones de poder son fundamentales para entender las instituciones que influyen en el acceso y control sobre los bienes naturales, los traslapes de instituciones (locales, regionales, externas) y su compleja interacción y las asimetrías en el acceso al poder y a la información.

Bajo estas críticas, discusiones y avances, mi trabajo en la Sierra de Santa Marta estuvo guiado por estas cuestiones centrales: participación, poder, conocimientos, gobernanza, equidad, organización y fortalecimiento de instituciones locales. Nuestra pregunta principal se centró en conocer cómo construir conjuntamente un proceso autogestivo con los diversos grupos de agricultores-ganaderos, con accesos diferenciados a tierras e infraestructura, y bajo una estructura de poder autoritaria y corrupta, con el fin de mejorar sus condiciones de vida en el presente y hacia un futuro socioambiental más justo.

AMBIENTALISTAS, POBLADORES E INVESTIGADORAS EN LA LUCHA POR LA CONSERVACIÓN EN LA SIERRA DE SANTA MARTA, VERACRUZ

El deterioro ambiental debido a la deforestación amedrenta el bienestar de las comunidades locales. La tasa de la deforestación entre 1958 y 1991 oscila entre 1.81 (1958-1967), 2.98 (1967-1976) y 1.52 (1976-1991) (Ramírez, 1999: 197). Dirzo y García (1992) reportan tasas anuales de deforestación entre 4.2 y 4.3 (1976 y 1986, respectivamente).

¿Qué es deterioro? ¿Que la selva se acabe? Pues así no hay culebra ni animales que ataquen a los niños. A mí me gusta más así, como en la ciudad, sin monte, con banquetas ya se puede caminar (Melly, joven de Venustiano Carranza, entrevista realizada en agosto 2019).

Desde que se llevaron al Dios del Monte, tenemos muchos problemas: hay menos agua, menos árboles, más gente que tumba sin pensar, más plagas, más calor, se siente que se tuesta uno, que la tierra se tuesta (Doña Jacinta, anciana de Tatahuicapan, entrevista realizada en agosto 2019).

¿Qué significa la conservación para pobladores, ambientalistas y científicos? ¿Se comparte una lucha común por la conservación? ¿Para qué y para quiénes es la conservación? ¿Se considera que hay un deterioro ambiental en la región o que el progreso llegó al pueblo y por eso ya no hay tanta selva? ¿Se pueden tender puentes y alianzas entre activistas y científicos y científicas o sólo hay abismos? ¿Qué influencia ejercen las relaciones de poder entre ambientalistas y académicas y académicos en proyectos de investigación-acción? Éstas son algunas de las preguntas que nos planteamos al llegar a la Reserva Especial de la Biosfera, conociendo que el 90% de la población seguía desconociendo la declaración oficial de 1995 sobre la existencia del área natural protegida y del significado económico, político, socioambiental y cultural del decreto de una reserva para los pobladores nahuas y popolucas de la sierra. Como vemos en las citas iniciales de este apartado, hay un gran desfase en lo que se entiende

por deterioro, conservación, progreso. Por ello, el primer gran reto es construir conceptualizaciones conjuntas y puentes entre activistas, pobladores e investigadoras(es) para definir objetivos comunes sobre el futuro socioambiental de la región.

A diferencia de otras investigaciones,[2] los pobladores de la sierra no convocaron a investigadores o investigadoras para reflexionar sobre el significado de la existencia de un área natural protegida en sus territorios ancestrales. Esta decisión fue considerada como un control externo y autoritario sobre sus tierras. No hubo un movimiento social contra dicha declaratoria, ya que no hubo un conflicto abierto entre autoridades ambientales y autoridades locales de las comunidades nahuas y mestizas viviendo en la Reserva; pero sí hubo un conflicto invisibilizado, un conflicto simbólico del cual no se hablaba mucho, pues “los ecologistas nos regañaban y decían que no entendíamos”. Hasta mediados de la década de 1990, los lugareños habían tenido contacto principalmente sólo con ecólogos y biólogos, quienes realizaban sus tesis e investigaciones sin interacción con las comunidades y quienes los “juzgaban” como los “destructores de la biodiversidad”. Esto provocaba un alejamiento entre la investigación académica, los pobladores y los propios activistas.

Debido a estos distanciamientos, se comenzaron a tejer alianzas y a construir puentes entre las investigaciones sociales y ambientales, pobladores, activistas y asociaciones civiles ambientalistas. Los retos han sido colosales y de distinta índole. Se realizaron talleres de reflexión para conocer, discutir y construir objetivos en común entre las percepciones, los intereses, las preocupaciones y las alternativas de los actores involucrados para hacer frente a los despojos vividos (70% del agua de la región surte a las ciudades de Minatitlán y Coatzacoalcos, 85% del mangle se llevó a las ciudades para actividades de construcción, 90% de las maderas salen de la región, 95% de la carne producida bajo un esquema de ganadería extensiva y destructiva surte el mercado nacional). A pesar de esto, las poblaciones de los ocho municipios que forman parte de la Reserva de Los Tuxtlas viven en alta y media marginación (Coneval, 2020). Esto significa que los extractivismos no han

reducido la pobreza y la marginación en las poblaciones locales, que sólo algunas personas se ven beneficiadas. Por ello, el segundo reto ha consistido en reformular las demandas en otros términos y explorar diversos horizontes de saber y poder (Foucault, 1979) para, por un lado, balancear los intereses y las argumentaciones de los propios pobladores y académicos, y, por otro lado, para impugnar y posicionar mejor a las comunidades frente a sus propias autoridades y a las instituciones gubernamentales nacionales que deciden sobre su territorio.

Es fundamental analizar conjuntamente las estructuras y relaciones de poder en las regiones para entender bajo qué parámetros y objetivos se pueden construir puentes entre especialistas en ciencias sociales y ambientales, pobladores y activistas. ¿Quiénes y cómo deben participar en la generación de la fundamentación científica para la toma de decisiones socioambientales? ¿Qué planteamientos se deben cuestionar sobre los riesgos ambientales, cambio climático, deforestación y bienestar de las poblaciones locales? ¿Qué conocimientos se legitiman?

En el proyecto “Agotamiento de los recursos naturales y alternativas productivas para el desarrollo en la sierra Santa Marta, Veracruz”,^[3] productores, veterinarios y antropólogas desarrollamos el modelo triádico de la ganadería sostenible con el objetivo de promover alternativas productivas, conservando la selva, pero generando bienestar social para la población.^[4] Sin embargo, nos enfrentamos con un contexto regional caciquil: la fuerza política de las élites locales, el autoritarismo de las instancias locales (autoridades municipales, ejidales, comunales), la resquebrajada organización de los pobladores, los liderazgos cooptados por la corrupción política, las instituciones gubernamentales coludidas o sin apoyo nacional o sin interés por las localidades, la voracidad de empresas transnacionales y nacionales (Nestlé) y la falta de información agroambiental. Esto dificultó armar los puentes de participación para consensuar la “fundamentación científica del deterioro o crisis socioambiental” a largo plazo.

La construcción de procesos participativos requiere transformaciones y rupturas en las relaciones entre el Estado y la sociedad. Varias corrientes

teóricas han propuesto la gobernanza pluricéntrica o la representacional o la reflexiva para dar voz a todas las voces. Sin embargo, muchos estudios e instituciones de desarrollo enuncian los desafíos de la gobernanza como si la solución fuera meramente organizacional, metodológica o técnica, restringiéndose a regular códigos de conducta en nuevas relaciones políticas (transparencia y rendición de cuentas), principalmente en términos de eficiencia administrativa. Tanto Poteete *et al.* (2012) como el Banco Mundial ofrecen una serie de recomendaciones metodológicas e indicaciones socioculturales para garantizar escuchar todas las voces; no obstante, muchas veces, las herramientas desarrolladas (*toolkits*) por asociaciones civiles y gobiernos no han sido suficientes para garantizar una participación local y transparente de los pobladores tanto en la toma de decisiones socioambientales como en la transformación de las estructuras e instituciones de gobierno. Si bien es cierto que las elecciones metodológicas reflejan tanto suposiciones teóricas y ontológicas como valores y creencias de quienes investigan, las pesquisas colaborativas son desafiantes en sí mismas para la construcción de una participación plural e incluyente. Los intereses políticos y económicos de las élites y de las autoridades dominan cualquier intento o estrategia para abrir los canales democráticos de la participación. Los dos siguientes eventos reflejan esta lucha de poder y el poco espacio para lograr una participación.

ALIANZAS ENTRE ACTIVISTAS E INVESTIGADORAS EN LA LUCHA POR LA TRANSPARENCIA: ASOCIACIÓN GANADERA DE TATAHUICAPAN DE JUÁREZ

Debido al interés de construir el modelo triádico de la ganadería alternativa que se dirigiera a una mayor sostenibilidad, quisimos invitar a la asociación ganadera para entender su interés o su opinión sobre las posibilidades de transformar la ganadería convencional. Las asociaciones ganaderas locales son instituciones formales que agrupan a los ganaderos de las comunidades para acceder a programas de desarrollo que beneficien la producción ganadera

regional (créditos, insumos más baratos, líneas genéticas exclusivas, adquisición de cercos e infraestructura más económicos, cursos de capacitación) para tener infraestructura que, de otra manera, no podrían tener a nivel individual (por ejemplo, las básculas para pesar ganado) y para tener ventajas en el acceso a la comercialización (por ejemplo, facturación, registro de los fierros para ganado para la venta, poner el aretado, establecer contratos con comerciantes locales o nacionales, exportación de ganado, revisión del ganado en tránsito). Políticamente, representa la voz de los ganaderos locales ante las autoridades municipales, la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (antes Sagarpa, ahora Sader), ante la Unión Ganadera Regional (UGR), en estrecha relación con la Confederación Nacional Campesina (CNC). A su vez, la UGR se encuentra eslabonada con la Confederación Nacional de Organizaciones Ganaderas (CNOG), con diputados y con el gobernador del estado a través de los partidos políticos. Juegan un papel político de apoyo ante las diversas candidaturas y representaciones políticas. Los presidentes de las asociaciones son electos en las asambleas donde participan todos los miembros. Los presupuestos que administran dependen de la región.

Como antecedentes políticos, el municipio de Tatahuicapan de Juárez, de origen nahua, perteneciente a la Sierra de Santa Marta, venía de un largo proceso de lucha para ser un municipio independiente. Antes, su territorio formaba parte del municipio de Mecayapan, también de origen nahua, lo que implicaba constantes enfrentamientos por el presupuesto y el poder político. A partir de 1994 se inició un fuerte movimiento social para lograr el objetivo. Finalmente, en 1997, el gobernador de Veracruz lo decretó municipio libre con 23 comunidades, con lo que inicia la vida de la Asociación Ganadera, pero también las luchas políticas violentas entre partidos (PRI y PRD) por la presidencia municipal.

En la asamblea anual del año 2000, varios miembros de la Asociación Ganadera de Tatahuicapan estaban totalmente disconformes con su presidente. Se afirmaba que hubo desfalcos de las cuentas bancarias de la Asociación y que los programas de desarrollo (particularmente los créditos

para la compra de ganado) se destinaban principalmente para familiares y amistades del comité. Un grupo de maestros que pertenecían a la Asociación, contrarios al partido político del presidente, quería pedir la destitución de éste. El resto de los miembros denominaban a este grupo como “los maestros disidentes”, pues siempre estaban reclamando y exigiendo transparencia y una buena gestión administrativa. Los maestros disidentes nos pidieron apoyarlos y trabajar conjuntamente para reunir los argumentos suficientes y resolver cómo podían presentarlos ante la Asamblea. Estos maestros, formados en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), algunos provenientes de la teología de la liberación regional, pertenecían a las filas del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y, por primera vez en la historia política de Tatahuicapan, habían ganado las elecciones municipales.

Dos investigadoras y cuatro estudiantes estuvimos reunidas durante varios días con el grupo de 18 maestros para juntar las evidencias, trabajar en los argumentos y, finalmente, establecer la manera como serían planteados, con la finalidad de denunciar al presidente de la Asociación y exigir la reparación de los daños. En esos días de trabajo colectivo, se tendieron puentes de confianza, colaboración y comunicación que llevaron a una buena sistematización de evidencias y argumentos. El día de la asamblea, los maestros solicitaron mi presencia; estaba previsto que yo estaría presente sin participar; es decir, sin voz ni voto.

El día anterior diseñamos toda la estrategia. Eligieron quién comenzaría a plantear el problema: Andrés, un maestro rural nahua reconocido por su honestidad y su labor docente, pero también con actividad ganadera importante. La elección del representante había llevado días; algunos lo apoyaban, pero otros no, pues era un maestro ya de edad avanzada y en general sin experiencia política. Sin embargo, los maestros más jóvenes, quienes tenían más destreza política en la CNTE, no tenían la trayectoria de honestidad de Andrés o tenían muy poco ganado para ser reconocidos como ganaderos. El asunto se debatió varias veces, pero finalmente decidieron que él los presentaría. Los puntos centrales eran: a) denunciar el desfalco y su reparación, es decir, reponer el millón de pesos faltante (equivalente a 105 mil

dólares estadounidenses de aquella época); b) denunciar que los apoyos no se distribuían con transparencia y exigir parámetros claros para su distribución; c) solicitar la renuncia del presidente si no cumplía con los dos primeros puntos en un lapso de tres meses. Los maestros habían reunido las pruebas para comprobar las denuncias.

La asamblea estaba programada a las 10 a. m. en las instalaciones de la Asociación. A esa hora ya se había reunido la mayor parte de los miembros. Cada uno de los maestros había tratado de convencer al resto de los participantes para tener su apoyo en las votaciones. Claramente había al menos cinco grupos: a) los maestros denunciadores y ganaderos que los apoyaban; b) los colaboradores del presidente, quienes eran medianos ganaderos; c) los grandes ganaderos, quienes sólo se interesaban en los apoyos a la comercialización; d) los pequeños ganaderos que tenían derecho a voz y voto, pero no ejercían sus derechos por sentirse intimidados por los grandes ganaderos; y e) los ganaderos incrédulos o indecisos en tener una confrontación, debido a la efervescencia política municipal tan violenta.

El presidente de la asociación llegó tres horas tarde, en camioneta blindada y con dos guardaespaldas. Vestía todo de negro, con sombrero negro y botas negras, lo cual no representa la vestimenta típica ganadera. Esta tardanza no sólo era una demostración de poder, sino que su llegada fue un despliegue intimidante. Inició su discurso, claramente sabiendo que había un grupo que le iba a pedir cuentas:

Todo comienzo es prometedor, nosotros, en nuestra Asociación, iniciaremos con cambios profundos, honestidad, y mi trabajo será para todos. Así que borrrón y cuenta nueva. ¿Para qué estamos con resentimientos que nos llevan a dividirnos? Ante todo, la unión, la unión, la fuerza de la unión. No podemos dividirnos. Tenemos muchos proyectos para todos, vamos a comprar una nueva báscula con crédito. Y así iremos teniendo y teniendo más proyectos para crecer en bien de todos (presidente de la Asociación Ganadera de Tatahuicapan, Asamblea realizada en agosto 2000).

Después del discurso del presidente, hubo un largo silencio. El maestro Andrés guardó su “papelito” y no pronunció palabra alguna. Nadie se atrevió a iniciar el discurso preparado ni mostró ninguna señal de desavenencia. Después de 25 minutos de un discurso lleno de promesas de cambios y de nuevas adquisiciones y nuevos programas, el presidente subió a la camioneta donde lo esperaba una joven y partió. Nosotras no entendíamos lo que había ocurrido. ¿Por qué, después de tantas discusiones, nadie pudo emitir su desacuerdo? ¿Qué sucedió?

Particularmente, nuestro grupo de investigadoras y estudiantes se preguntaba cuál tendría que haber sido nuestro papel. ¿Por qué creímos que un discurso argumentado y con pruebas suficientes iba a cambiar al presidente de la asociación? ¿Cuáles fueron las alianzas construidas o el abismo donde caímos con los maestros? Conocíamos a los maestros desde mediados de los años noventa en nuestro trabajo de investigación-acción participativa en las aulas de clase, al co-construir un proyecto transdisciplinario (donde participaban alumnas y alumnos, maestras y maestros, coordinadores y coordinadoras regionales, padres y madres de familia, un par de investigadoras y estudiantes de antropología) para proponer un modelo de agroecología y ganadería sostenible en la parcela escolar de Pajapan (ver experiencia en Paré y Lazos, 2003). Así que sabíamos de sus luchas para convertir a Tatahuicapan en municipio libre, conocíamos sus discursos de democracia y de participación, sabíamos que querían construir una nueva gobernanza en el municipio; pero finalmente la gobernanza quedó “congelada” ante el despliegue de poder representado por el gobernador, la CNC y la CNOG. Tejidos de poder que no permiten el cuestionamiento político ni económico. Grupos de poder que excluyen la participación de otras colectividades, que no les interesa una ganadería alternativa ni el futuro socioambiental ni la conservación del entorno natural.

¿Qué papel juegan las investigadoras en ciencias sociales en esta lucha? Nos encontramos entre las tensiones y las luchas de poder entre pequeños, medianos y grandes ganaderos, maestros altamente politizados y las autoridades representantes del poder estatal y nacional. ¿Cómo enfrentar las

prácticas autoritarias y patriarcales de la asociación ganadera y de la CNC? ¿Cómo coadyuvar a reflexionar las interdependencias y la madeja de poder entre las autoridades ganaderas, las presidencias municipales, la gubernatura, las autoridades nacionales? Los gobiernos municipales se coluden con el gobierno estatal y nacional bajo el paraguas del desarrollo y no están dispuestos a perder el control ni de las interacciones ni de la información.

Los maestros no lograron enfrentarse a ese poder representativo de distintas esferas y de diferentes niveles porque no hay alianzas entre los grupos, porque la comunalidad se desvaneció, porque ellos mismos son parte de esa madeja, son parte del sistema autoritario y patriarcal de dominación, son parte de las redes de corrupción y del clientelismo político. Al cabo de los años, cuando algunos de esos maestros llegaron a ocupar la presidencia municipal, a pesar de los valores con los cuales iniciaron su lucha política, actuaron bajo el mismo esquema, pues necesitaron del apoyo de los líderes políticos regionales y nacionales.

Algunos ganaderos, maestros y nuestro equipo de investigación, presentamos nuestro modelo triádico agrosilvopastoril en la siguiente asamblea de la Asociación. Sin embargo, aunque el discurso fue aceptado positivamente, en la realidad, el proyecto les era indiferente porque no otorgaba créditos ni regalaba ganado. No podía propagarse el clientelismo habitual ni podía haber corrupción. Las redes de poder tejidas entre autoridades locales e instancias gubernamentales no tuvieron interés porque no les daba ningún beneficio.

DESAVENENCIAS DE GÉNERO EN LA LUCHA POLÍTICA POR LA TOMA DE LA PRESA DEL YURIBIA

La presa del Yuribia,^[5] que se nutre del río Texizapan, el arroyo Jonoapan y los manantiales Yuribia y Tecomasuchiapa, ubicada a doscientos metros sobre el nivel del mar, suministra agua a tres grandes municipios conurbados: Coatzacoalcos, Minatitlán y Cosoleacaque, al sur de Veracruz. Debido al crecimiento poblacional tan vertiginoso impulsado por el auge de la industria

petroquímica de la región, a finales de la década de 1960, y por las altas tasas de deforestación en la Sierra de Santa Marta, los pozos que abastecían de agua a estas ciudades resultaron insuficientes y altamente contaminados por el recorrido de aguas pluviales. En los años ochenta, el agua escaseó tan severamente que se generaron fuertes movilizaciones sociales. Para garantizar el abasto, se construyó la presa Yuribia en el municipio de Tatahuicapan. Las obras comenzaron en 1984, comprendiendo 64 kilómetros de tubería que transportaban el agua de la sierra a las ciudades.

Desde el inicio de los trabajos, hubo conflictos con los habitantes de Tatahuicapan, ya que consideraron esta extracción como un despojo violento, dejándolos sin desarrollo y atentando contra las deidades y seres que habitan y protegen su territorio (Blanco *et al.*, 1992). Ante estas inconformidades, las autoridades de Minatitlán y Coatzacoalcos ofrecieron obras públicas a cambio con el fin de elevar su bienestar. Las autoridades incumplieron y dejaron las obras inconclusas (introducción de agua potable, drenaje, asfaltado de carreteras, construcción de puentes entre comunidades, bachillerato técnico, escuelas y otro tipo de infraestructura). Esto ha generado conflictos durante varios años en los que los pobladores, apoyados por las autoridades municipales de Tatahuicapan, toman las instalaciones de la presa y dejan sin agua a la zona sur, afectando hasta medio millón de habitantes. Cierran las válvulas como un grillete de presión política. La presa, como instrumento político para obtener demandas colectivas a modo de compensación, fue utilizada constantemente por los tatahuicapeños. Incluso, en varias ocasiones, cuando los maestros no recibieron sus salarios, tomaron la presa para exigirlos. Esta forma estratégica de lucha, la hidropolítica, está enraizada en las identidades culturales del ser nahua, el Señor del Monte o del Dios Jaguar que cuida el territorio y el agua.

La última toma de la presa fue realizada en julio de 2022 con la participación de las autoridades municipales de Tatahuicapan. La presidenta municipal de Minatitlán se reunió con autoridades municipales y ejidatarios de Tatahuicapan con el objetivo de apoyar el proyecto San Gabriel (introducción de agua potable en la cabecera municipal con ocho kilómetros

de tubería). El 3 de agosto de 2022, las autoridades firmaron nuevamente un convenio donde se comprometieron a continuar con las obras para el beneficio del municipio serrano:

Se firma el acuerdo para que se abran las válvulas del “Yuribia”. El pacto se logró gracias al *buen “oficio político”* y diálogo de Melquiades Bautista, presidente del ejido de Tatahuicapan; Amado Cruz, alcalde de Coatzacoalcos; Carmen Medel, presidenta municipal de Minatitlán; Ponciano Vázquez, alcalde de Cosoleacaque; Esteban Bautista, diputado federal por Cosoleacaque; Eusebio González, presidente municipal de Tatahuicapan (*Municipio Sur*, 2 de agosto de 2022).[6]

Para entender las alianzas y puentes tendidos entre académicas, activistas y pobladores de Tatahuicapan, analizaremos una de las tomas de la presa donde participaron diversas mujeres con la demanda de convertirse en municipio libre y en la defensa del agua. Los hombres participantes habían sido amenazados por el ejército.

La lucha entre los habitantes de la “sierra”, mayormente indígena, y las autoridades estatales y municipales de las ciudades que formaron parte del Corredor Industrial más prometedor en esos años ha estado basada en relaciones clientelares, coloniales, racistas y patriarcales. Estas diferencias culturales entre el Corredor Industrial y la Sierra de Santa Marta no pueden analizarse como bloques extremos, ya que tanto en el Corredor Industrial hay población indígena como en Tatahuicapan hay todo un mosaico cultural. En ambos territorios existen múltiples identidades. Sin embargo, *grosso modo*, hay relaciones coloniales basadas en un fuerte racismo entre la sierra y la ciudad.

Las demandas de los tatahuicapeños están articuladas en torno a sus carencias y necesidades (básicamente falta de infraestructura), y no son exigencias en el cumplimiento de sus derechos. El despojo del agua no ha sido revalorado como el ejercicio del derecho de la comunidad serrana a exigir control y autodeterminación sobre el vital líquido. En cambio, la demanda de agua de las ciudades asume el derecho del ciudadano a tenerla, no importando las consecuencias provocadas en la sierra. La colonialidad del poder de la

ciudad sobre lo rural atraviesa la dominación económica ejercida entre municipios ricos (la derrama económica de la industria petroquímica de Coatzacoalcos y Minatitlán) y municipios pobres (la alta dependencia económica por la migración rural hacia estas ciudades).

En octubre de 1994 presenciamos una de las tomas de la presa, en la que participaron muchas mujeres de Tatahuicapan, muchas de ellas eran ancianas; en esa ocasión se exacerbaron las relaciones patriarcales entre autoridades mestizas, elementos de Seguridad Pública y las mujeres nahuas. Los hombres nahuas se enfrentaron a la policía armada de Minatitlán con arcos, flechas, palos y piedras. Su poder contaba con el permiso de sus dioses y se sentían identificados con la reciente lucha neozapatista de Chiapas. El 3 de octubre, una comisión hizo el llamado para cerrar las válvulas de la presa. Dos días después se dio un enfrentamiento violento entre los pobladores apostados en la presa y elementos de Seguridad Pública. Helicópteros y el operativo terrestre lanzaron gases lacrimógenos. La carretera había sido bloqueada por una comisión de alrededor de cinco mil personas dispuestas a un enfrentamiento físico. Tenían cercado a Antonio Vázquez, delegado de la Dirección General de Seguridad Pública, junto con 150 policías, aproximadamente, y habían secuestrado al subprocurador de la zona sur, Fernando Perea. Este movimiento identitario, donde estuvieron presentes las intersubjetividades étnicas en defensa de su territorio y del agua, fue el germen de la municipalización de Tatahuicapan, el cual, en sus inicios, se planteaba como un municipio autónomo indígena, como en las demandas de los neozapatistas chiapanecos.

La hidropolítica manifestada en este conflicto se vinculaba con los procesos de Estado en términos de centralidad y descentralización, de democracia y privatización. En la toma del Yuribia de 1994 hubo confrontaciones con el Estado durante más de una semana, mediante acciones colectivas de mujeres y hombres alrededor de la defensa de la presa. Tres años después se aprobó el nuevo municipio libre de Tatahuicapan. Se conformaron redes políticas entre actores locales, actores urbanos y actores estatales.

La interrelación entre grupos académicos y activistas inconformes con la extracción del agua y de la presa fue considerada como una relación entre agentes externos y agentes internos. Para los nahuas, el agua es un elemento de la naturaleza que reproduce su cultura y sociedad, por lo que es considerado como un bien común y no como un bien privado. En cambio, para los habitantes de Minatitlán y Coatzacoalcos se convierte en una mercancía por la cual hay que pagar.

A pesar de ser agentes externos, pudimos aportar reflexiones y acciones para que las mujeres que estaban en primer plano continuaran así en las negociaciones con los agentes del Corredor Industrial, no solamente en la exposición riesgosa de sus cuerpos en la defensa del movimiento. Sin embargo, a pesar de que germinaron sentimientos de solidaridad entre los participantes del movimiento frente al conflicto, las mujeres no eran consideradas en el mismo nivel que los hombres en la negociación política y, por ende, eran continuamente marginalizadas. Al interior, es decir, entre la población tatahuicapeña participante, los hombres creaban formas de poder basadas en la pretensión de una superioridad inherente. Los actores individuales y colectivos fomentaron interacciones interculturales entre sí, pero siguieron existiendo las desigualdades de género, étnicas, del de afuera (citadino) con el de adentro (ruralizado), las diferencias entre las clases (obreros, pequeños empresarios, maestros, campesinos, indígenas), las asimetrías de poder y de prestigio. En este sentido, las relaciones patriarcales se reforzaron en el movimiento y, aunque los hombres reconocieron el valor de las mujeres en su defensa, no legitimaron su participación política en las negociaciones a largo plazo. Por tanto, nuestra comunicación entre académicas y mujeres nahuas fue importante y solidaria, pero invisibilizada por el sistema patriarcal.

Después del conflicto siguieron las negociaciones entre las autoridades del estado de Veracruz y varios líderes y participantes tatahuicapeños (todos varones). Todo se manejaba de manera confidencial y no todos los líderes participaron por igual. Nuestra relación con la comunidad de Tatahuicapan siempre fue de respeto, pero en ese momento, las tensiones y manifestaciones

políticas eran polifonas. No había una sola alternativa, no había una sola solución. Tratábamos de sistematizar las propuestas. Sin embargo, los traslapes, las negociaciones, la falta de claridad y de información, las asimetrías históricas de poder, las diferencias de clases y de género provocaron un abismo entre los activistas (mujeres y hombres), los pobladores y las investigadoras.

CONCLUSIONES

El acto de tejer puentes entre el sector académico y el activismo social para construir un proceso autogestivo junto con los diversos grupos de agricultores y ganaderos de la Sierra de Santa Marta se enfrenta a estructuras de poder autoritarias, coloniales y patriarcales, que difícilmente aceptan cambios para mejorar la gobernanza socioambiental regional, por un lado, y para implementar alternativas agroproductivas que conduzcan a una conservación del entorno natural, por otro lado. Este contexto descrito para la Sierra de Santa Marta no es particular en el campo mexicano; por el contrario, las relaciones de poder se reconfiguran continuamente en todas las comunidades por los actores involucrados. En este sentido, las investigaciones-acción requieren profundizar en la reflexión conjunta con los actores involucrados sobre los conceptos de participación, poder y gobernanza, ya que son centrales para entender los obstáculos y los retos para co-construir cualquier proyecto. Estos dos eventos reflejan los diversos mundos de vida de los actores de manera muy contrastante, muchas veces sin articulación entre ellos. Todos los actores que intervienen los interpretan, los viven y los reproducen de diferente manera, a veces en concordancia y a veces en conflicto. Esto nos hace renunciar a la posibilidad de crear un sistema único de conocimiento, pues está continuamente nutrido por los diversos mundos de vida, lo que nos orienta a entender que todo proceso que implique una transformación requiere comprender las estructuras de poder y las relaciones que conllevan al establecimiento de acuerdos y puentes, pero también a disonancias y conflictos. Todos los actores tienen capacidad de agencia, todos tienen poder

y conocimientos. Sin embargo, los encuentros de conocimiento constituyen forcejeos entre actores, donde algunos quieren que sólo se adopten sus puntos de vista sin escuchar al resto (Long, 2007).

Los dos eventos narrados, la asamblea de la asociación ganadera y el movimiento para la defensa del agua, están inmersos en estos forcejeos de poder y participación, y marcan puentes de comunicación entre investigadoras, activistas y mujeres participantes, al mismo tiempo que suscitan abismos socioculturales y políticos. Los resultados se insertan en una dinámica política compleja, en algunos momentos se crean las posibilidades de interactuar; en otros, se provoca un resquebrajamiento sociocultural y político. La co-construcción de un proceso autogestivo con los diversos grupos de agricultores-ganaderos con diferencias en el acceso a la tierra y a la infraestructura, y bajo una estructura de poder autoritaria y corrupta, implica pugnas y luchas para definir los caminos más plausibles hacia una sostenibilidad y hacia un futuro con mayor justicia socioambiental. Estas discrepancias en los valores e intereses de los actores constituyen arenas que a veces coinciden y se traslapan, pero a veces se enfrentan.

Estas experiencias destacan que no hay un camino único para “abrir las ciencias sociales” y reencontrarse con otras disciplinas y con otros actores. Sin embargo, los puentes inter y transdisciplinarios se tienden a través de una amplia heterogeneidad de vinculaciones entre disciplinas, instituciones, poblaciones locales y activistas en una dinámica de múltiples escalas espacio-temporales y en una activa y cambiante red de poder. Para entender los diversos escenarios que pueden construirse, necesitamos analizar las luchas que emergen entre la multiplicidad de actores involucrados en una aventura transdisciplinaria bajo apuestas epistemológicas y ontológicas controvertidas que suscitan, al mismo tiempo, discontinuidades y encuentros.

Estas orientaciones transdisciplinarias tienen consecuencias en las poblaciones locales que exigen una participación más activa en las investigaciones que se hacen en sus localidades. Esto ha brindado nuevos posicionamientos éticos de las investigadoras y los investigadores en el “campo” al tender puentes a largo plazo con los actores locales. Desde una

perspectiva centrada en el actor, se abren puertas para entender la complejidad de perspectivas, intereses, orígenes de los actores sociales involucrados y amplifica la reflexividad epistemológica, implementando nuevos acercamientos metodológicos *vis-à-vis* las normas sociales y prácticas existentes (Arce y Long, 2007). Bajo este enfoque centrado en el actor, se enfatiza la capacidad de agencia y la acción social, las múltiples realidades y arenas donde se encuentran y desencuentran mundos de vida, discursos y prácticas atravesadas por discrepancias en intereses, valores, conocimientos y poder, pero que permiten bordar redes interpersonales, negociar arreglos sociopolíticos y adoptar un acercamiento no-normativo, no-*naïf* y no-especulativo, sino basado en una etnografía profunda y reflexiva. Se busca dilucidar las experiencias y las prácticas sociales que se expresan en las llamadas interfases; es decir, en los espacios creados entre esos diversos mundos de vida de las personas investigadoras, agricultoras, mediadoras y servidoras públicas (Arce y Long, 2007). El conocimiento, al igual que el poder, no es algo que se posee, sino que es producto de la interacción social, resultado del encuentro y fusión de horizontes y de la dinámica de las interfases (Long, 2007).

Los procesos sociales y políticos para tender puentes llevan un largo tiempo, con el fin de fundar bases sobre la equidad, el compromiso, la confianza, la comunicación. Desde mi perspectiva, sólo sobre estas raíces pueden florecer experiencias transdisciplinarias y colaborativas que lleven a co-construir proyectos alternativos de manera que brinden espacios para una verdadera participación. En este sentido, buscar nuevos procedimientos metodológicos que reconfiguren las relaciones entre la investigación, la política pública y la práctica comunitaria con los agentes locales es una tarea abierta y continua.

REFERENCIAS

Altieri, Miguel Angel (1987). *Agroecology: The scientific basis of alternative agriculture*. Boulder: Westview Press.

- Arce, Alberto, y Norman Long (2007). "Forging a New Anthropology of Development: Common Ground and Contentious Issues". En *Le Riguer et l'engagement. Essais autor de l'ouvre de Jean Olivier de Sardan*, editado por Thomas Bierschenk, Giorgio Blundo, Mahaman Tidjani Alou y Yannick Jaffré, 101-125. París: Karthala.
- Baré, Jean-François (1995). "En quoi peut bien consister une anthropologie appliquée au développement?". En *Les applications de l'anthropologie*, compilado por Jen Francois Baré, 141-177. París: Karthala Ed.
- Bennett, John (1990). "Anthropology and Development: The Ambiguous Engagement. En *The Human Dimension of Development: Perspectives from Anthropology*, compilado por Hari Mohan Mathur, 231-245. Nueva Delhi: Ashok Kumar Mittal Concept Publ.
- Bentley, Jeffery (1990). "Facts, Fantasies and Failures of Farmer Participation: Introduction to the Symposium Volume". *CEIBA* 31 (2): 7-27.
- Biggs, Stephen (1986). *Agricultural technology generation and diffusion lessons for research policy* (documento de discusión núm. 6). Overseas Development Institute, Agricultural Administration Unit. Londres.
- Blanco, José Luis; Luisa Paré, y Emilia Velásquez (1992). "El tributo del campo a la ciudad: historias de chaneques y serpientes". *Revista Mexicana de Sociología* 54 (3): 131-137.
- Bunch, Roland (1985). *Two Ears of Corn: A Guide to People-Centered Agricultural Improvement*. Oklahoma: World Neighbors.
- Burkey, Stan (1992). *People First: A Guide to Self-Reliant, Participatory Rural Development*. Londres: Published by Zed Books.
- Cernea, Michael Mihail (1990). "Putting People First: Social Science Knowledge for Development Interventions". En *The Human Dimension of Development: Perspectives from Anthropology*, editado por Hari Mohan Mathur, 3-40. Nueva Delhi: Concept Publishing.
- Chambers Robert; Arnold Pacey; y Lori Ann Thrupp (editores) (1989). *Farmer First: Farmer Innovation and Agricultural Research*. Londres: Intermediate Technology Publications.

- Chambers, Robert (1994). "The Origins and Practice of Participatory Rural Appraisal". *World and Development* 22 (7): 953-969.
- Chambers, Robert, y Janice Jiggins (1987). "Agricultural Research for Resource Poor Farmers, part 1: Transfer of technology and farming systems research". *Agricultural Administration and Extension* 27: 35-52.
- Chambers Robert; Arnold Pacey; y Lori Ann Thrupp (editores) (1989). *Farmer First: Farmer Innovation and Agricultural Research*. Londres: Intermediate Technology Publications.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Rural (Coneval) (2020). Índice de Rezago Social 2020 [en línea]. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Rural. Disponible en <https://www.coneval.org.mx/Medicion/IRS/Paginas/Indice_de_Rezago_Social_2020_anexos.aspx> (consulta: 29 de noviembre de 2022).
- Dirzo, Rodolfo, y María C. García (1992). "Rates of Deforestation in Los Tuxtlas, a Neotropical Area in the Southeast México". *Conservation Biology* 6 (1): 84-90.
- Escobar, Arturo (1991). "Anthropology and the Development Encounter: The Making and Marketing of Development Anthropology". *American Ethnologist* 18 (4): 658-682.
- Esteva, Gustavo (1997). *Desarrollo Sustentable: críticas* [conferencia]. Programa de LEAD, Ciudad de México: El Colegio de México.
- Fairhead, James, y Melissa Leach (1997). "Webs of Power and the Construction of Environmental Policy Problems: Forest Loss in Guinea". En *Discourses of Development Anthropological Perspectives*, compilado por Ralph David Grillo y Roderick Stirrat, 35-57. Breg: Oxford. DOI: [10.4324/9781003136071-2](https://doi.org/10.4324/9781003136071-2).
- Fals Borda, Orlando (1980). "La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación-acción". En *La sociología en Colombia: balance y perspectivas*. Memoria del Tercer Congreso Nacional de Sociología,

- coordinado por la Asociación Colombiana de Sociología, 149-174. Bogotá, 20-22 de agosto.
- Fals Borda, Orlando (1998). *Participación popular: retos del futuro*. Bogota: Universidad Nacional de Colombia.
- Foucault, Michael (1979). *Discipline and Punish*. Nueva York: Vintage Books.
- Freire, Paulo (1998). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores [1973].
- Freire, Paulo. (1999). *La pedagogía de los oprimidos*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores [1968].
- Hernández-Xolocotzi, Efraín (1985). “La agricultura en la Península de Yucatan”. En *Xolocotzia: obras de Efraín Hernández Xolocotzi*, Tomo 1, editado por Efraín Hernández Xolocotzi, 371-409. Texcoco: Universidad Autónoma de Chapingo.
- Huizer, Gerrit (1979). “Research-Through-Action: Some Practical Experiences with Peasant Organisations”. En *The Politics of Anthropology*, editado por Huizer Gerrit y Bruce Mannheim, 395-420. La Haya: Mouton.
- Lazos-Chavero, Elena, y Efraín Hernández-Xolocotzi (1987). “El conocimiento botánico y técnico que manejan los campesinos mayas en las huertas frutícolas y hortícolas de Oxkutzcab, Yucatán”. En *Memorias del I Coloquio Internacional de Mayistas, Instituto de Investigaciones Filológicas*, 867-903. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lazos Chavero, Elena, y Luisa Paré (2000). *Miradas indígenas sobre una naturaleza entristecida: Percepciones del deterioro ambiental entre nahuas del sur de Veracruz*. Ciudad de México: Plaza y Valdés/Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Long, Norman (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. Ciudad de México: El Colegio de San Luis y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Municipio Sur* (02 de agosto de 2022). “Firma del acuerdo para liberar la presa del Yuribia. Los habitantes de Cosa tienen garantizado el suministro del

- vital líquido” [en línea]. Disponible en <https://municipiosur.com/2022/08/02/ponciano-vazquez-parissi-asiste-a-la-firma-del-acuerdo-para-liberar-la-presa-del-yuribia-los-habitantes-de-cosa-tienen-garantizado-el-suministro-del-vital-liquido/> (consulta: 24 de agosto de 2022).
- Nahle, Rocío (26 de febrero de 2017). “Historia y politización de la presa del Yuribia” [en línea]. *Imagen y Política*. Disponible en <https://www.imagenypolitica.com/2017/02/historia-y-politizacion-de-la-presa-del.html> (consulta: 24 de agosto 2022).
- Paré, Luisa, y Elena Lazos Chavero (2003). *Escuela rural y organización comunitaria: instituciones locales para el desarrollo y el manejo ambiental*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales/Plaza y Valdés.
- Paz, María Fernanda (2005). *La participación en el manejo de áreas naturales protegidas: Actores e intereses en conflicto en el Corredor Biológico Chichinautzin* [en línea]. Cuernavaca: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en https://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/crim-unam/20100430012749/Partic_areas_naturales.pdf
- Paz, María Fernanda (2010). “Gobernanza del conocimiento científico en la movilización social: ideas para el debate. Reflexiones desde las luchas ambientales en México”. *Innovation/Innovación/Inovação-RICEC*, 2 (2). Disponible en www.ricec.info
- Pimentel, David, y Nancy Goodman (1978). “Ecological basis for the management of insect populations”. *Oikos* 30 (3): 422-437.
- Poteete, Amy; Marco Janssen; y Elinor Ostrom (2012). *Trabajar Juntos. Acción colectiva, bienes comunes y múltiples métodos en la práctica* (traducción de Lili Buj Niles con la colaboración de Leticia Merino). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México/Comité Permanente Interinstitucional (IASC)/Centro de Investigación y Docencia Económicas/El Colegio de San Luis/Comisión Nacional para el

Conocimiento y Uso de la Biodiversidad/Consejo Civil Mexicano para la Sivicultura Sustentable/Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma de México.

Ramírez Fernando (1999). *Flora y vegetación de la Sierra de Santa Marta, Veracruz*. Tesis de licenciatura en Biología. Ciudad de México: Facultad de Ciencias, Universidad Nacional Autónoma de México.

Rhoades, Robert (1982). *Understanding small farmers: sociocultural perspectives on experimental farm trials* (Documento de capacitación social del Science Department, apartado 5969). Lima: International Potato Center.

Richards, Paul (1985). *Indigenous Agricultural Revolution: ecology and food Participation in West Africa*. Londres: Hutchinson.

Roca, María Elena (2013). *Tradición y modernidad: conflictos y movilizaciones en Tatahuicapan de Juárez, 1984-2010*. Tesis de Doctorado, Universidad Veracruzana.

Tatahuicapán, gobierno para todos. Disponible en <https://tatahuicapan.gob.mx/historia/> acceso el 24 de agosto 2022.

Tax, Sol (1975). "Action Anthropology". *Current Anthropology*, 16 (4 Dec.): 514-523.

Thrupp, Lori Ann (1993). "La legitimación del conocimiento local: de la marginación al fortalecimiento de los pueblos del tercer mundo". En *Cultura y manejo sustentable de los recursos naturales* (vol. I.), coordinado por Enrique Leff y Julia Carabias, 89-122. Ciudad de México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa.

Warren, Michael; Leendert Jan Slikkerveer; y Sunday Titilola (editores) (1989). *Indigenous Knowledge Systems: Implications for Agricultural and International Development*. Ames: Iowa State University Press.

Wilken, Gene Cady (1987). *Good farmers: traditional agricultural resource management in Mexico and Guatemala*. Berkeley y Oxford: University of California Press.

[Notas]

- [1] Banco Mundial ofrece una definición de participación para dar legitimidad a todos sus proyectos globales: “Participation is a process through which stakeholders influence and share control over development initiatives and the decisions and resources which affect them” (“La participación es el proceso a través del cual los actores sociales influyen y comparten el control sobre las iniciativas de desarrollo y las decisiones y los recursos que las afectan”, traducción propia).
- [2] Paz (2010: 8) señala que, de 42 casos de conflictos socioambientales estudiados en quince entidades del país, 40% de los pobladores sujetos a estos conflictos habían solicitado apoyo a diversas instancias académicas para contar con investigaciones que les permitieran documentar el daño al que estaban expuestos.
- [3] Financiado por el Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica. (PAPIIT) y la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA), entre 1998 y 2000, coordinado por Elena Lazos y Luisa Paré.
- [4] Consistía en generar una ganadería de bovinos alternativa basada en intensificar áreas de pastoreo en divisiones pequeñas de los potreros para homogeneizar el ramoneo, introducir bancos de proteínas (leguminosas para el ganado), tener cercos vivos y corredores de vegetación nativa para garantizar una conexión ecológica con las zonas núcleos de la Reserva y seguir cultivando milpas diversificadas para el consumo familiar.
- [5] El gobierno estatal y federal sufragaron los costos, y los ayuntamientos de Coatzacoalcos y Minatitlán administraron los recursos.
- [6] <<https://municipiosur.com/2022/08/02/ponciano-vazquez-parissi-asiste-a-la-firma-del-acuerdo-para-liberar-la-presa-del-yuribia-los-habitantes-de-cosa-tienen-garantizado-el-suministro-del-vital-liquido/>>

SEGUNDA SECCIÓN
SUBJETIVIDAD, INTERSUBJETIVIDAD Y
REFLEXIVIDAD

Introducción a la segunda sección

La subjetividad como herramienta hermenéutica

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera

Zahiry Martínez Araujo

[\[Regresar al contenido \]](#)

Esta sección está integrada por cuatro textos que nos invitan a repensar premisas que algunas veces damos por sentadas en la investigación social y que, incluso, pueden llegar a convertirse en limitaciones metodológicas y epistemológicas cuando aquella implica interacción con las personas. Tales premisas tienen que ver, entre otras cosas, con la pretensión de objetividad que heredamos de las tradiciones positivistas de hacer ciencia (Denzin y Lincoln, 2012; Giddens, 1987; Letherby, 2019). No obstante, desde el constructivismo, la fenomenología, la etnografía, la teoría crítica y las nuevas teorías críticas (*queer*, neomarxista, poscolonial, posestructuralista) se cuestionan los planteamientos que asumen la realidad como “algo” independiente del sujeto (Sautu *et al.*, 2014; Wilkerson y Paris, 2001).

El reconocimiento de la vida cotidiana como lugar de intersubjetividad, es decir, de la relación social, nos permite conocer este mundo provisto de múltiples sentidos que son atribuidos, dotados por los sujetos. La posibilidad de identificar e interpretar esos sentidos es una de las tareas primordiales de quien investiga. Ahí la reflexividad permite, por un lado, dilucidar los diferentes marcos interpretativos que entran en juego en el trabajo de campo acerca del tema, problema o situación que se está estudiando; simultáneamente, posibilita elucidar los modos en que cada uno interpreta la relación que se establece entre quien investiga y quien participa en dicha investigación (Galindo, 1994; Guber, 2001; Reguillo, 1998; Whitaker y Atkinson, 2019).

Sumándose a estos planteamientos, las autoras de esta sección, desde sus diversas experiencias, nos plantean los desafíos y alcances que implica la investigación social cuando se enfatiza en las nociones de subjetividad e intersubjetividad. Desde cuatro procesos de investigación —movilización y activismo social, vejez y envejecimiento, así como habitar un barrio popular o transitar por un albergue de migrantes—, cada capítulo enfatiza la importancia que tiene la persona investigadora y su subjetividad como herramienta hermenéutica para hacer inteligibles las múltiples subjetividades que conviven en las realidades estudiadas.

Las investigadoras muestran cómo la relación con las personas y el establecimiento de una situación intersubjetiva basada en la confianza, la empatía y el acompañamiento fueron elementos indispensables para construir conocimiento. Para que este complejo y dinámico proceso de investigación en interacción sostenido en la intersubjetividad no devenga en una relación de mero extractivismo académico (Grosfoguel, 2015) o en un ejercicio de transferencia o contratransferencia entre la persona que investiga y quienes son investigadas (Devereux, 2005), las investigadoras proponen mantener una permanente actitud ética que implica una constante preocupación por las personas, además de un ejercicio reflexivo integrado a la praxis investigativa, en el que todos los agentes relacionados se sumen a un proceso de aprendizaje crítico (Gaventa y Cornwall, 2015). Asimismo, para que la propia subjetividad de quienes investigan no desborde las otras subjetividades anulándolas, y para que se enriquezcan las discusiones teórico-conceptuales a partir de los datos empíricos construidos en las relaciones intersubjetivas, es necesario un constante ejercicio de reflexividad colectiva.

El trabajo de Susana Larios Murillo y Alice Poma, titulado “Construyendo conocimiento con activistas: oportunidades y desafíos”, discute el lugar de los movimientos sociales y el activismo como objeto de estudio para comprender las dinámicas que acompañan el proceso de cambio social y cultural desde la posición de quienes asumen la labor de activista. Para dar cuenta de ello, la investigación se centra fundamentalmente en la experiencia de quienes llevan a cabo las diferentes dinámicas de la acción colectiva. En este texto, las autoras

analizan cómo el estudio del activismo implica un compromiso social y emocional por parte de quienes investigan, pues deben gestionar la empatía para lograr comprender lo que sienten y piensan las y los activistas sin estar necesariamente de acuerdo o simpatizar con ellas. Pero más allá de las emociones propias, las autoras buscan describir qué emociones sienten las y los activistas en diversos momentos de la lucha, además de entender cómo se construyen esas emociones, qué efectos tienen en la protesta y cómo interactúan entre sí. Esto impone desafiar la prescripción objetivista que sentencia los vínculos afectivos como una dificultad metodológica, como un sesgo. Larios y Poma sugieren que empatizar con las personas facilita el proceso de comprensión de su experiencia y sus acciones, contribuyendo, por un lado, a coproducir conocimiento junto con las y los activistas, a partir de una relación recíproca de aprendizaje; y, por otro lado, a que dicho conocimiento científico académico le sea de utilidad a los movimientos sociales y sus estrategias de acción se fortalezcan.

El capítulo de Nancy Lysvet Flores Castillo y Verónica Montes de Oca Zavala, titulado “De sujetos de estudio a participantes activos en la investigación. Reflexiones de investigaciones cualitativas en envejecimiento y vejez”, expone cómo la perspectiva de trabajo, el abordaje metodológico y su objeto de estudio las convocó a reflexionar críticamente sobre el posicionamiento de cada actor en la investigación. Desde una perspectiva de investigación-acción, las autoras hacen explícito el riesgo de reproducir relaciones de poder durante la investigación cuando quien investiga no es consciente de que sus propias visiones y consideraciones preexistentes pueden imponerse sobre las personas que son investigadas. Flores y Montes de Oca reclaman la posibilidad de generar una experiencia compartida de transformación social, en cuyo seno se reconstruyen valores, sentidos y nuevos modos de narrar la propia historia de vida, reponiendo la dimensión afectiva y subjetiva de la experiencia humana, desde los *sentipensares* de las personas involucradas en la investigación, sin distinción de los roles jugados en ella. Las autoras narran la configuración de un *compromiso-acción* con la investigación y con las personas investigadas, atendiendo con responsabilidad

ética a los sentidos y significados que los sujetos atribuyen a su propio mundo social.

El texto de Zahiry Martínez Araujo, “Aportes y desafíos de la investigación social a problemas actuales. Un ejercicio de reflexividad en torno a una investigación sobre habitar un barrio popular”, da cuenta de los cambios que operan en la propia investigadora a partir de la experiencia vivida en el trabajo de campo y cómo esto propició un giro no sólo en las categorías teóricas de abordaje, sino en la propia reformulación del objeto de estudio. Esto fue posible gracias a un proceso de relectura de sus referencias empíricas, así como de espacios de discusión académica que acompañaron la redefinición del trabajo. Desde la premisa de la reflexividad, este capítulo nos remite a los procesos de lectura y relectura de eso que en la vida cotidiana asumimos como realidad compartida, y que resulta ser un conocimiento naturalizado, casi nunca objeto de reflexión. Para Martínez, es en el derrotero de la investigación social donde esa suerte de reciprocidad de perspectivas debe ser puesta en cuestión, y el trabajo de campo es la instancia estratégica de esa reflexividad, pues ahí confluyen subjetividades y se reinauguran dimensiones intersubjetivas que aportan a la generación de conocimiento.

El capítulo “Colaboraciones y tensiones ético-metodológicas de una investigación en un albergue para migrantes”, bajo la pluma de Delphine Prunier, invita a reflexionar sobre aspectos ético-metodológicos que fueron implicados en un proceso de investigación dentro de un albergue en la Ciudad de México. Para ello, la autora aborda tres vertientes de reflexión sobre la interacción entre investigación social y sociedad: los primeros intercambios con interlocutoras e interlocutores durante la entrada al campo, las condiciones de aplicación de la investigación desde una perspectiva de conocimiento situado, así como el potencial y las dificultades para tejer puentes entre relatos personales y tramas teórico-conceptuales. Con esta experiencia interactiva de investigación, Prunier plantea “otras formas de escuchar y entender la migración” mediante acercamientos que tomen en cuenta la complejidad de la realidad migratoria. Ahí, la voz de las y los migrantes resulta fundamental en la producción de conocimiento. Son ellas y

ellos, desde sus vivencias y subjetividades, quienes conocen su espacio social, económico, laboral y cotidiano. Ellas y ellos —nos dice Prunier— tienen la “ventaja epistémica” para comprender la situación migratoria. Ventaja que, no obstante, muchas veces no es reconocida a causa de las relaciones de poder entre personas de la academia y el mundo social, frente a lo cual su autora reflexiona desde epistemologías alternativas, críticas y basadas en la ética a lo largo del proceso de sistematización y análisis.

En suma, a partir de la reflexión de estos cuatro procesos investigativos, las autoras nos invitan a pensar sobre las ventajas y los retos que entraña hacer investigaciones donde se combinan estrechamente tanto la imbricación con las personas, sus emociones, sus luchas y necesidades, como el deber de cumplir con los compromisos institucionales y seguir los parámetros de producción académica. ¿Qué esperar de la relación intersubjetiva que se construye en los procesos investigativos? ¿Cómo hacer que nuestra propia subjetividad sea una herramienta heurística y no un obstáculo epistemológico y analítico? ¿Por qué es importante acercarnos a las emociones de las personas durante los procesos de investigación? ¿Qué importancia tiene la reflexividad de la persona investigadora en su acercamiento a las realidades y en la construcción del conocimiento? Estas son algunas de las preguntas que plantean las autoras para invitar a la reflexión colectiva sobre el quehacer investigativo desde la subjetividad y la intersubjetividad.

REFERENCIAS

Denzin, Norman, e Yvonna Lincoln (2012). “The discipline and practice of Qualitative Research”. En *Handbook of Qualitative Research*, editado por Norman Denzin e Yvonna Lincoln, 1-28. Thousand Oaks: Sage.

Devereux, George (2005). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México Distrito Federal: Siglo XXI.

Galindo, Jesús (1994). *Entre la interioridad y la exterioridad. Apuntes para una metodología cualitativa*. Tlaquepaque: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

- Gaventa, John, y Andrea Cornwall (2015). "Power and knowledge" [en línea]. En *The Sage handbook of action research*, editado por Hilary Bradbury, 465-471. Thousand Oaks: Sage Publications Ltd, Disponible en <<https://doi.org/10.4135/9781473921290>>
- Giddens, Anthony (1987). *Nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grosfoguel, Ramón (2015). "Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico". *Revista internacional de comunicación y desarrollo* 1 (4): 33-45.
- Guber, Rosana (2001). *Etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Letherby, Gale (2019). "Subjectivity". En *Sage Research Methods Foundations* [en línea], editado por Paul Atkinson, Sara Delamont, Alexandru Cernat, Joseph W. Sakshaug y Richard A. Williams. Londres: Sage Publications. Disponible en <https://dx.doi.org/10.4135/9781526421036829738r>
- Reguillo, Rosana (1998). "De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación". En *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*, coordinado por Rebeca Mejía y Antonio Sandoval. Tlaquepaque: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Sautu, Ruth; Paula Boniolo; Pablo Dalle; y Rodolfo Elbert (2014). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Colección Campus Virtual. Disponible en <<https://libreria.clacso.org/publicacion.php?p=158&c=4>>
- Whitaker, Emilie Morwenna, y Paul Atkinson (2019). "Reflexivity" [en línea]. En *Sage Research Methods Foundations*, editado por Paul Atkinson, Sara Delamont, Alexandru Cernat, Joseph W. Sakshaug, y Richard A. Williams. Londres: Sage Publications. Disponible en <<https://methods-sagepub-com.ezproxy.lib.ucalgary.ca/foundations/reflexivity>>

Wilkerson, William S., y Jeffrey R. Paris (2001). *New Critical Theory Essays on Liberation*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.

Construyendo conocimiento con activistas: oportunidades y desafíos de la investigación comprometida

Susana Larios Murillos

Alice Poma

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

El activismo y la protesta son una forma de hacer política fuera de los canales institucionales, los cuales permiten a les[1] activistas construir nuevos significados sobre el mundo (Jasper, 1997). Estudiar estas experiencias permite comprender las diferentes dinámicas que acompañan la acción colectiva contenciosa: desde la movilización hasta sus impactos. Este conocimiento no sólo permite contribuir teóricamente al campo de estudio de los movimientos sociales a través de la comprensión de los procesos que hacen posible el cambio social, sino también puede convertirse en una herramienta para activistas.

El objetivo de este capítulo es reflexionar sobre las dinámicas que acompañan la construcción del conocimiento de las experiencias de activismo y las relaciones que se establecen en el desarrollo de la investigación entre activistas e investigadores. A partir de nuestras experiencias de investigación y de las reflexiones que encontramos en la literatura, ofreceremos algunos argumentos para pensar la manera en la que se construye conocimiento de manera comprometida con y desde la lucha social.

En el capítulo, mostraremos cómo la investigación puede llegar a ser una experiencia intersticial entre lo académico, lo político y el activismo (Leyva Solano, 2018), en la que se cruza de manera fundamental la dimensión emocional. En particular, mostraremos la interacción entre movimientos sociales y compromiso académico, enriqueciendo nuestras propias experiencias con la de autoras como Verta Taylor (2010) o Deborah Gould (2009), o del impacto de los movimientos sociales (MMSS) en las investigaciones, como es el caso de Arlie Hochschild (2008) o James Jasper (1997).

A diferencia de otros campos de estudio, quienes investigamos este tema tratamos con personas que están empoderadas. Por esta razón, la finalidad de las investigaciones, a diferencia de la investigación-acción con poblaciones vulnerables, es la de comprender por qué o cómo se dan ciertas dinámicas de la acción colectiva. Este conocimiento puede interesar a les activistas para fortalecer su actividad política y, en ciertas ocasiones, pueden ser los mismos actores quienes necesitan encontrar respuestas. La agenda se puede construir a partir de una pregunta de investigación o de la solicitud de un colectivo o grupo. Aun cuando se trate del primer caso, las personas que diseñan la investigación pueden compartir el conocimiento para que los sujetos se apropien de él y lo apliquen según sus necesidades. Por ejemplo, las autoras de este capítulo hemos diseñado investigaciones centradas en comprender la dimensión emocional de ciertas experiencias de activismo feminista o socioambiental. Aunque les activistas que participan en las investigaciones pueden tener más o menos familiaridad con esta dimensión de la protesta (y no haber leído nunca a las y los autores que manejamos), el diálogo con las personas involucradas permite acercarlas al tema y, en muchos casos, generar un proceso de reflexión colectiva acerca del papel de las emociones que enriquece la experiencia activista, además de generar conocimiento.

El hecho de que se generen oportunidades de co-construcción del conocimiento no impide que también se generen desafíos en la relación entre investigadores y activistas. Por ejemplo, les activistas están acostumbrados a un nivel de compromiso que las personas que llevan a cabo la investigación

muchas veces no tienen o no pueden garantizar. También, los tiempos y dinámicas académicas suelen ser más lentas y burocráticas que las del activismo. Por ejemplo, las publicaciones y los proyectos de investigación tienen una agenda que no se puede acoplar siempre con la realidad social, sobre todo en casos de respuestas a emergencias. Además, el trabajo académico no prioriza la investigación, pues se le suma la docencia y la difusión de los resultados a través de publicaciones científicas y otros productos que, si bien por un lado enriquecen el quehacer académico, también limitan el tiempo disponible para el trabajo de campo y la construcción de relaciones con las personas que participan en las investigaciones.

En este capítulo compartiremos una reflexión en torno a las oportunidades y los desafíos que se enfrentan al estudiar el activismo, guiándonos por algunas preguntas: ¿por qué estudiamos el activismo? ¿Cómo lo estudiamos? ¿Cuáles son los desafíos de hacer investigación con activistas? Esperamos que nuestra contribución logre visibilizar la importancia de estudiar el activismo, combatiendo el tabú sobre la objetividad académica y el distanciamiento entre academia y sujetos sociales.

EL ACTIVISMO COMO OBJETO DE ESTUDIO

Los movimientos sociales son una forma de hacer política fuera de los canales institucionales (Della Porta y Diani, 2011; Jasper, 1997), y el activismo es la acción o comportamiento que llevan a cabo las personas comprometidas en estas luchas o movimientos. Stern *et al.* (1999) distinguen entre activistas y participantes, seguidores o simpatizantes según su grado de compromiso; cuando son personas que trabajan en alguna organización las denominamos activistas profesionales.

Les activistas aspiran a generar un cambio en la sociedad, y para eso se organizan en grupos informales, colectivos o colectivas, organizaciones formales, asociaciones civiles, entre otras formas; es decir, en organizaciones de los movimientos sociales (SMO, por sus siglas en inglés). Los movimientos

sociales son redes informales de organizaciones y participantes a título individual que se caracterizan por tener un objetivo común, un repertorio de protesta, redes de solidaridad y, a veces, una identidad colectiva (Della Porta y Diani, 2011). Además, el activismo se caracteriza por el compromiso y la creatividad (Jasper, 1997) en un proceso de aprendizaje colectivo. Trabajar con activistas es diferente de trabajar con personas comunes y corrientes o poblaciones vulnerables, porque se caracterizan por no aceptar el *statu quo* y luchar de manera colectiva por generar cambios. Hacer investigación con estas personas implica trabajar con quienes vivieron un proceso de empoderamiento a través de la participación en acciones colectivas contenciosas (Poma y Gravante, 2019), lo que les permite, por ejemplo, manejar la indefensión inducida, impotencia o hasta resignación que muchas personas pueden sentir hacia las injusticias o problemas que caracterizan la sociedad en la que vivimos. Por esta razón, en el campo de estudio de los movimientos sociales, las investigaciones son diseñadas para comprender las diferentes dinámicas de la acción colectiva, así como la experiencia de los sujetos que la llevan a cabo; la cual nos permite explorar las dinámicas menos visibles de la acción colectiva contenciosa, como las relaciones interpersonales y sus impactos en la protesta, el manejo emocional que les activistas llevan a cabo o la relación entre valores y prácticas. Entre las preguntas que pueden guiar las investigaciones destacan las que se centran en comprender por qué protesta la gente o cómo se convierte en activista, cómo se organizan para lograr sus objetivos, qué estrategias desarrollan, qué impactos tiene la protesta —la literatura distingue entre impactos políticos, culturales y biográficos—, cómo se radicaliza un movimiento o por qué termina. Las dimensiones analizadas en el estudio de los movimientos sociales pueden ser micro, cuando la investigación se centra en la experiencia de activistas y participantes; meso, cuando se centra en las organizaciones; y macro, sobre todo cuando se analizan los movimientos transnacionales o los impactos políticos y culturales.

Estudiar el activismo, además de contribuir a generar conocimiento sobre las diversas dinámicas de la protesta y los movimientos sociales, tiene que ver

con cierto compromiso social por parte de los investigadores. A partir de 1968 se multiplicaron los estudios sobre la protesta desarrollados por personas que habían participado en movimientos sociales, que compartían ideología o valores y, en algunos casos, que pertenecían a las organizaciones estudiadas (Gould, 2009; Hipólito Hernández, 2021). Cierta grado de compromiso desde la academia permite no sólo contribuir a la literatura, sino también generar un conocimiento que ayude a activistas y organizaciones a entender errores, superar límites o desarrollar estrategias más eficaces para alcanzar los objetivos de los movimientos.

Se puede hablar así de investigación comprometida cuando el objeto de estudio son el activismo y los movimientos sociales, con el objetivo de contribuir a alcanzar el cambio social deseado. En estos casos, los investigadores pueden tener diversos niveles de compromiso y participación, llegando algunos a formar parte de alguna agrupación, mientras otras personas sólo comparten valores, ofrecen apoyo y simpatizan con la lucha, ofreciendo las herramientas que empleamos en la academia para visibilizar su experiencia.

En tesis y libros producto de investigaciones con este enfoque, es común que los autores hagan explícita su relación con las personas que forman parte de las organizaciones analizadas, ya que conocer el involucramiento de los investigadores a veces permite comprender cómo obtuvieron cierta información y llegaron a ciertos resultados (Jasper, 1997; Gould, 2009; Taylor, 2010; Hipólito Hernández, 2021; Larios Murillo, 2021; Poma, 2017; Poma y Gravante, 2019). En otras palabras, esto permite, además, dar cuenta de la posición desde la cual se observa y se construye conocimiento, como también hace Arlie Hochschild (2008), quien no estudia a los movimientos sociales, pero reconoce el papel que tuvo el feminismo en el desarrollo de su teoría sociológica sobre emociones.

Estudiar el activismo puede traer beneficios emocionales, ya que aun sin ser parte del movimiento estudiado, es común que, al compartir ciertos valores o inquietudes, los investigadores sientan esperanza al trabajar con activistas. De hecho, en las investigaciones sobre activismo, el objeto de

estudio no es el problema que moviliza a activistas (por ejemplo, la violencia de género, el cambio climático o el extractivismo), sino las acciones para superar el problema. Centrarse en la respuesta al problema más que en el problema permite manejar las emociones desagradables que éste genera, y que nos pueden afectar tanto a nivel profesional como personal.

Aunque no es raro que los investigadores se acerquen a movimientos u organizaciones con las que simpatizan, esto no es un requisito para estudiar el activismo y los movimientos sociales. En los casos en los que existan diferencias ideológicas, culturales, morales, etcétera, los investigadores tienen que superar lo que Hochschild (2016) llamó el “muro de empatía”; es decir, las barreras que nos dificultan generar afinidad con las personas diferentes de nosotros.

Por último, queremos tratar, aunque brevemente, el tema del retorno y del impacto del estudio del activismo en las experiencias de protesta. En la relación entre academia y movimientos sociales, lo que más destaca es la contribución de expertos en los problemas que los activistas enfrentan, tanto para la comprensión de la ciencia detrás del problema (por ejemplo, la ciencia del clima) como para la divulgación de la ciencia por parte de los movimientos, o la producción de nuevo conocimiento. El conocimiento científico es empleado en los movimientos sociales para legitimar y justificar las luchas, ofreciendo argumentos que desmontan la narrativa de sus oponentes.

El conocimiento que se genera desde el campo de estudio de los movimientos sociales proporciona las herramientas para reflexionar sobre la experiencia individual y colectiva de activistas, o la experiencia de otras luchas, la cual es muy importante, ya que les permite comparar estrategias e impactos, construir alianzas y ampliar las redes de contactos y solidaridad.

Cuando les preguntamos cómo se sienten después de una entrevista en la que nos comparten su experiencia es muy común, por ejemplo, que nos digan que las preguntas que les hicimos les permitieron reflexionar sobre aspectos de su lucha a los que no habían prestado atención. De hecho, cuando trabajamos con activistas que en ese momento están involucrados en alguna

lucha, y no que sea parte de su pasado, es difícil que hayan tenido tiempo de reflexionar sobre las dinámicas internas o personales, estando más bien concentrados en las estrategias para enfrentar el problema. Una excepción fue la pandemia de Covid-19, cuando el encierro y la suspensión de las actividades colectivas y masivas hizo que muchos activistas prestaran más atención a las dinámicas internas (ver Poma y Gravante, 2021; Gravante y Poma, 2022).

Las reflexiones que les activistas hacen a partir de la interacción con investigadores pueden tener impactos muy diversos y distribuidos en el tiempo. Cuando se apropian y aplican el conocimiento, éste les puede servir para modificar o afinar su discurso o narrativa, así como para enfrentar problemas y conflictos. Otras veces, se convierte en bagaje personal para futuras experiencias.

Les investigadores que estudiamos el activismo y los movimientos sociales, con la esperanza de que el conocimiento que generamos pueda influir de alguna manera en el cambio social, buscamos construir una relación de aprendizaje mutuo, reflejado en cierto grado de compromiso entre las partes.

HERRAMIENTAS PARA HACER INVESTIGACIÓN SOCIAL CON ACTIVISTAS

Contrario a las fórmulas dominantes en el estudio de los movimientos sociales, las cuales centran la mirada en el Estado y en las relaciones de dominación (Regalado Santillán, 2012), el acercamiento que las autoras de este capítulo aplicamos en nuestras investigaciones privilegia la subjetividad y las prácticas prefigurativas a través de las cuales les activistas construyen el mundo al que aspiran. Independientemente de que trabajemos con sujetos que persiguen la autonomía frente al Estado o con otros que dialogan con las instituciones, un enfoque no Estado-céntrico implica mirar los procesos internos de cambio social y no las relaciones de poder o los impactos políticos institucionales. Esto no significa negar que existan estas dinámicas; sin

embargo, buscamos mostrar cómo desde la dimensión microsociológica se pueden comprender aspectos de la protesta, invisibilizados por otros enfoques teóricos, como la teoría de las oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales o la ecología política.

Esta forma de mirar y abordar el trabajo de investigación tiene implicaciones en las herramientas teóricas que permiten comprender el activismo, y que en nuestro caso nos llevó a centrarnos en la dimensión cultural y biográfica de los movimientos sociales, con especial atención en las emociones.[2]

En los últimos treinta años, el estudio de la dimensión emocional de los movimientos sociales (Poma y Gravante, 2017) se ha desarrollado a partir de un esfuerzo de los investigadores por articular un bagaje conceptual que se ha construido a partir de las contribuciones de la sociología de las emociones y del estudio de las protestas y los movimientos sociales, en diálogo con otras disciplinas, como la psicología, la filosofía o la neurociencia (Jasper, 1997, 2018). La dimensión emocional de los movimientos sociales se centra en las experiencias, los significados y las prácticas cotidianas de sus participantes en acciones colectivas (Taylor, 1998), lo cual ha permitido ir más allá de los enfoques macroestructurales que se centran en la interacción de estos movimientos con el poder político y económico; es decir, Estado y empresas.

La consolidación de esta línea de investigación en los últimos treinta años ha generado una amplia comprensión del papel de las emociones en los procesos de movilización, auge y declive de los movimientos. Asimismo, ha sido una herramienta útil para pensar el cruce de distintas dimensiones de análisis y generar conocimientos que permiten repensar la objetividad, al romper, de a poco, con el dualismo que separa la racionalidad de las emociones, y que en muchos casos ha sido una barrera para comprender las acciones contenciosas en toda su diversidad y complejidad.

El potencial de esta literatura para construir conocimiento pertinente en el contexto de las luchas actuales[3] ha sido reconocido en el marco de la sociología de las emociones, ya que, como afirma Ariza:

[...] incorporar la emocionalidad [al estudio de las acciones colectivas] posibilita dotar de palabra a la experiencia de injusticia, transitar del lugar víctimas al de actores, generar procesos de identidad colectiva y solidaridad, y promover un sentido de comunidad (emotiva) que permita refundar la política (Ariza, 2021: 4).

En lo que se refiere al aporte metodológico de la dimensión emocional para el estudio del activismo, colocar a las personas en el centro de la investigación plantea la necesidad de diseñar estrategias metodológicas sensibles, abiertas y empáticas (Larios Murillo, 2021), en las que el uso de las técnicas sea, además de un recurso para construir evidencia, un proceso reflexivo tanto para activistas como para investigadores.

En el análisis de la dimensión emocional del estudio de los movimientos sociales, persiste la discusión sobre las formas más eficaces para integrar los sentimientos de manera productiva a las explicaciones sociológicas (Calhoun, 2001). En ese sentido, los métodos cualitativos contribuyen a recuperar la voz, la mirada, los sentires y la subjetividad de los activistas (Regalado Santillán, 2012: 237). Desde esta lógica, la dimensión emocional ha contribuido a la generación de un acervo de experiencias desde las cuales es posible pensar en las narrativas como un elemento central para comprender la emergencia de determinadas emociones, dependiendo del proceso que se analice y el contexto en el que éstas emergen. Aunque las herramientas son las mismas que se usan en cualquier investigación cualitativa, es importante reconocer que una entrevista, la observación participante o un grupo focal pensados para analizar la dimensión emocional requieren un diseño que permita dar cuenta de la manera en la que se expresan cotidianamente las emociones, la forma en la que son utilizadas discursivamente para movilizar o conectar con otras personas, los valores y prácticas que las sostienen, así como la forma en que éstas emergen en la interacción entre actores, la recuperación y la reflexión sobre las dinámicas emocionales, etcétera (Poma, 2019: 49).

En nuestras experiencias de investigación partimos de la subjetividad de los activistas. La manera en la que expresan las emociones y el papel que éstas tienen en sus luchas nos permite entender aquellos aspectos que atraviesan el

activismo: su emergencia, sus momentos de auge, sus impactos en la vida de las personas, así como el declive de las acciones colectivas. A nivel práctico, diseñamos las entrevistas a profundidad para acceder a la experiencia de los activistas; a partir de ahí exploramos la dimensión emocional. El objetivo de la investigación no sólo es describir qué emociones sienten en determinados momentos de la lucha, sino entender cómo éstas se construyen, hacia quién están dirigidas, con qué intensidad, qué efectos tienen en la protesta y en la vida de las personas que las sienten, y cómo interactúan entre ellas. Por esta razón, aunque a veces podemos aplicar encuestas para conocer las emociones más relevantes entre activistas y diseñar investigaciones con métodos mixtos, la entrevista en profundidad es la mejor opción para acceder a la comprensión de la dimensión emocional (Jasper, 2018; Hochschild, 2016; Poma y Gravante, 2022 y 2024).

La aplicación de este enfoque teórico y metodológico implica un alto grado de confianza y empatía que se construye en el tiempo, así como un trabajo muy cercano y cotidiano con activistas, de la misma manera como lo muestra Hochschild (2016) en su investigación en el estado de Luisiana (Estados Unidos). La empatía es una capacidad (Baron-Cohen, 2012) que nos puede ayudar a comprender lo que sienten y piensan las demás personas, sin tener que estar de acuerdo o simpatizar con ellas. Ser empáticas con los sujetos de una investigación facilita el proceso de comprensión de su experiencia y sus acciones, en vez de juzgarlas.

Aunque creemos que la empatía es siempre una herramienta útil en la investigación social que interactúa con la sociedad, en el marco del estudio del activismo se vuelve central, ya que trabajamos con sujetos que están apostando mucho (hasta su vida) en su lucha y que sienten emociones muy intensas hacia sus ideas y prácticas. De hecho, como escribieron Goodwin, Jasper y Polletta (2000), “es difícil pensar en actividades y relaciones que sean más abiertamente emocionales que las asociadas con la protesta política y la resistencia” (p. 78).

Esto hace común que entre investigadores y activistas se generen emociones recíprocas agradables, como la admiración o el cariño. Desde una

perspectiva objetivista, estos vínculos afectivos podrían representar una dificultad metodológica que genera sesgos; sin embargo, desde la lógica de las investigaciones que realizamos nosotras, son potencialidades (Gould, 2015; Jaggar, 1989), ya que el grado de confianza y demás emociones que une a investigadores y activistas permite tratar temas sensibles, explorar tabús y comprender en profundidad ciertas dinámicas que, de otra manera, estarían fuera del alcance de un sujeto externo a la lucha. En este sentido, destacamos nuestras experiencias trabajando con mujeres con las que hemos compartido dolor por las situaciones de violencia en el país, pero también momentos de empoderamiento y resistencia (Larios Murillo, 2021; Poma y Gravante, 2019).

En la misma línea, Deborah Gould (2015), en su capítulo “When your data make you cry” (“Cuando tus datos te hacen llorar”), muestra cómo las emociones que sintió al participar en el movimiento ACT UP le permitieron acercarse de una manera distinta a su objeto de estudio, cuando decidió analizarlo desde una perspectiva académica. Uno de los aportes importantes de esta visión es, por un lado, el reconocimiento de las emociones como un recurso potencial para la generación de conocimiento y, por el otro, la posibilidad de des-familiarizar el sentido común y revalorar como activista aquellas emociones sentidas para reconstruir la experiencia del ACT UP.

Para concluir, estudiar el activismo desde la perspectiva de los sujetos, movidas por el compromiso de contribuir con nuestro conocimiento al cambio social y cultural, da pautas para el diseño de investigaciones que adapten las herramientas teóricas y metodológicas, así como las estrategias de difusión del conocimiento, a las exigencias de los sujetos.

Los resultados de estas investigaciones no se proponen sólo contribuir a las discusiones del campo de estudio de la protesta y los movimientos sociales, sino también detonar en les activistas una reflexión sobre su experiencia, lo que tiene el potencial de convertirlos en una herramienta para acciones futuras.

LOS DESAFÍOS DE HACER INVESTIGACIÓN CON ACTIVISTAS

Co-construir conocimiento con otros actores sociales es un reto en la investigación transdisciplinaria, no sólo a nivel teórico y metodológico, sino también a causa de las tensiones que se pueden generar entre las exigencias de investigadores y personas que acceden a colaborar en la investigación.

Como ya mencionamos, estudiar el activismo conlleva, muchas veces, compromiso con los activistas; sin embargo, no siempre logramos cumplir con los objetivos o los productos comprometidos. En este apartado, intentaremos mostrar algunas de las barreras que hemos tenido que enfrentar en nuestra experiencia como investigadoras.

El tiempo es probablemente el mayor tirano. Los proyectos de investigación están diseñados para desarrollarse en cierto periodo (uno, tres, cinco años); una vez concluido, hay que entregar productos. Además, tenemos que conciliar el trabajo de investigación con la docencia, difusión y participación en órganos colegiados, lo cual requiere una constante actualización (leer mucho), generar datos (por ejemplo, haciendo trabajo de campo), analizarlos y presentar los resultados. El trabajo de investigación social requiere tiempo y concentración, difíciles de alcanzar cuando se necesita cumplir con múltiples compromisos. Además, trabajar con activistas significa tener que adaptarse a los tiempos de las personas que están enfrentando problemas, muchas veces urgentes, de los cuales no controlan todas las dinámicas. Por esta razón, a veces es difícil planificar un trabajo de campo con suficiente duración o con la certeza de que los activistas estarán disponibles. Otras veces, el trabajo de campo coincide con algún acontecimiento que cambia la experiencia que se está analizando y es necesario replantear los objetivos de la investigación o volver a discutir con las personas si pueden o quieren seguir participando en ella. En este sentido, insistimos en la necesidad de construir vínculos de confianza en los cuales la transparencia de los alcances y límites de la colaboración sean una constante.

Por otro lado, es importante mantenerse abiertos a las posibilidades que el curso de los hechos nos va planteando.

Para poder generar conocimiento con los activistas, al igual que con otros actores sociales, es necesario ser flexibles, empáticos y aprender a manejar la frustración de no poder controlarlo todo, así como aceptar nuestros límites. Lo anterior no es sencillo; puede generar estrés, agotamiento o llevar a los investigadores a plantear sus proyectos sin la interacción con otros sujetos. El simple hecho de construir una relación de confianza requiere tiempo, recursos y energía, además de compromiso; elementos que son invisibles a la hora de rendir cuentas del trabajo llevado a cabo, un aspecto ineludible al momento de buscar financiamiento para la investigación.

El factor tiempo en la investigación está ligado a la necesidad de entregar, con cierta periodicidad, productos con los que, además, nos evalúan siguiendo cierta jerarquía. En otras palabras, en las evaluaciones de nuestro trabajo, un artículo científico no tiene el mismo peso que un capítulo o un producto de divulgación, a pesar de que a veces éstos puedan requerir más tiempo. Esto impone priorizar ciertas publicaciones sobre otras que, quizá, sean las que más interesen a las personas con las que trabajamos.

Cuando escribimos un artículo científico estamos dialogando y compartiendo nuestro conocimiento con un público experto, empleando un lenguaje que la mayoría de las personas no entiende, y cuya difusión es limitada. Esta forma de publicación es central para que el conocimiento se difunda en el mundo académico y nuestros resultados de investigación puedan alimentar un enfoque o teoría, gracias a la aportación de colegas y estudiantes que están trabajando temas parecidos en otras regiones o países. Sin embargo, los tiempos de las publicaciones científicas evaluadas por pares, y que responden a ciertas exigencias, a menudo son incompatibles con las expectativas de las personas que colaboran en las investigaciones. Aunque podamos explicar que un artículo o un libro puede tardar dos años en ser publicado, siempre queda la frustración de no poder ofrecer algo concreto a las personas que nos dedicaron su tiempo y confianza. Es así como nace la

exigencia de crear otros productos o proyectos que nos permitan suplir esta debilidad.

Recientemente es más común escuchar *podcast* producidos en el ámbito académico, así como leer infografías o asistir a obras artísticas que son resultado de la interacción entre académicos y artistas (Poma y Gravante, 2021). Pero, además de estos productos, los investigadores también diseñamos cursos o talleres que permitan ofrecer algún retorno a los participantes de las investigaciones, compartir conocimiento o resultados de investigación de una manera más accesible y rápida que cualquier otro producto, y seguir construyendo confianza con las personas.

En este sentido, el curso sobre emociones y activismo climático impartido en octubre de 2020, así como la participación en la Escuela Piedra y Manantial, organizada por la Asamblea General de Pueblos, Barrios, Colonias y Pedregales de Coyoacán (Poma, 2020), son dos ejemplos de estas actividades. También se pueden ofrecer, como compensación, talleres que compartan conocimientos ajenos a la investigación, tanto teóricos como prácticos; apoyar en la creación de algún material del movimiento o colaborar en proyectos que requieran de conocimientos que los investigadores hemos adquirido, como el uso de otros idiomas para difundir su experiencia y amplificar sus voces. No existen recetas acerca de cómo colaborar con otros actores, por lo que los investigadores podemos llegar a conocer lo que los activistas necesitan a través de la convivencia con las personas que participan en la investigación o preguntándoles directamente. Un ejemplo de co-construcción de conocimiento se puede dar cuando un grupo pide que se haga un taller sobre manejo emocional para comprender de qué se trata, cómo se hace y qué implicaciones tiene en la lucha, y de paso compartir las estrategias de manejo que han desarrollado de manera espontánea. Reconocer que otras formas de producir conocimiento son posibles y deseables implica abandonar la arrogancia académica que impide considerar a los activistas como pares, con conocimientos propios (Regalado Santillán, 2012: 238).

A partir de nuestra experiencia, productos y actividades complementarias a las publicaciones académicas tendrían que ser valoradas aun cuando no se

hagan en un contexto de participación formal o institucional, ya que son parte de este proceso de co-construcción del conocimiento.

Sin embargo, la asimilación del modelo neoliberal en la academia —que lleva a priorizar la productividad medida a través de publicaciones de impacto, posiblemente en inglés, y la generación de patentes— no sólo ha empeorado las condiciones de trabajo del personal académico en países tanto del norte como del sur global (Geo Saura, 2019; Martínez Alcántara y Preciado Serrano, 2010), sino que además ha creado las condiciones para la difusión de la práctica del extractivismo académico, término que identifica la extracción de información y datos a actores sociales sin aclarar los objetivos de la investigación ni compartir los resultados, generando, en los peores casos, impactos negativos (Rojas 2021; Gallardo Martínez, 2023). Esto se debe a la necesidad, sobre todo de los más jóvenes que aspiran a un trabajo en la academia, de publicar mucho y lo más rápido posible, lo que conduce a desatender los compromisos con las personas que colaboraron en las investigaciones. Existen comunidades y agrupaciones que ya no quieren participar en investigaciones a causa de experiencias negativas que tuvieron, y aunque la implementación de comisiones éticas en las universidades puede ayudar a evitar algunas malas prácticas, estos órganos no son suficientes para impedir que se difunda la cultura del extractivismo, que muchas veces está arraigada en la manera en la que se enseña a investigar.

Una vez que hemos sorteado la desconfianza que muchas veces les activistas tienen del trabajo de investigadores, y que hemos generado las oportunidades de co-construcción de conocimiento, surgen otros desafíos, como el nivel de compromiso que podemos lograr. Mientras que para los activistas “la distancia entre la vida cotidiana y el compromiso militante desaparece” (Pleyers, 2018: 58), las personas que trabajamos en la academia estamos sujetos a los requerimientos propios de las instituciones que financian las investigaciones. Así, nuestra agenda depende de si estamos a final de semestre y tenemos que calificar estudiantes, o si tenemos que preparar documentos para una evaluación temporal, así como participación en congresos o en comisiones dictaminadoras u otros órganos colegiados.

La apropiación del conocimiento de los sujetos que participan en las investigaciones es otro elemento que puede ser controvertido. Si por un lado es deseable el diálogo de saberes (Argueta, 2012), por el otro, la apropiación del conocimiento por parte de “expertos” puede traducirse en biopiratería o en apropiación cultural con fines comerciales. En el caso de los movimientos sociales, la apropiación del conocimiento es una práctica que se promueve para que otros actores puedan aprender de los errores o victorias de los demás. Si bien se ha discutido sobre la posibilidad de emplear el conocimiento de un movimiento o de activistas para debilitar las luchas —por ejemplo, a través de la cooptación o alimentando fricciones que pueden existir dentro de una organización—, es más frecuente observar cómo otros movimientos se alimentan de los conocimientos generados por sus aliados u otras luchas, que sus oponentes.

Para contrarrestar esta cultura es necesario, por un lado, promover la coexistencia de rigurosidad y compromiso, y reconocer la sensibilidad y la empatía como capacidades necesarias en la investigación, y, por el otro, confiar en la labor del personal académico que a veces requiere más tiempo del previsto inicialmente para alcanzar los resultados deseados. Los movimientos sociales son espacios de experiencia desde los cuales se han puesto en marcha formas de lucha en las que los aspectos cotidianos de la vida juegan un papel importante en la construcción de acervos de conocimiento, los cuales han nutrido las formas de pensar y el quehacer académico. Reconocer esta relación simbiótica es la base para co-construir conocimiento con los activistas, lo que implica vincular el conocimiento académico con el suyo, con el objetivo común de producir un conocimiento accesible a públicos no expertos y que pueden convertirse en herramientas para el cambio social.

Otro reto que se puede interponer en la investigación que interactúa con la sociedad son los temas priorizados por la agenda institucional. Trabajar con activistas que desafían el *statu quo* difícilmente será un tema de agenda, a menos que tenga que ver con algún problema global, como los procesos de democratización o la respuesta al cambio climático, y se justifique con el

objetivo de contribuir a una mejora de las políticas públicas o la cohesión social; por ejemplo, a través de la resolución de conflictos.

Estudiar experiencias de lucha o trayectorias de activistas para comprender cuáles son los elementos que influyen en el cambio cultural, social, o los impactos biográficos, así como analizar las estrategias de las organizaciones, por mencionar algunos ejemplos, es un lujo que sólo se puede permitir quien trabaja en instituciones que garantizan la libertad de investigación. En el marco del modelo neoliberal, en particular, todo lo que sea “colectivo” puede generar sospechas, más si son experiencias que no sólo son colectivas, sino también autónomas a las instituciones.

Trabajar con activistas y experiencias que se pueden caracterizar de autónomas, autogestivas o radicales, y que a menudo son invisibilizadas y, también por eso, desconocidas por la mayoría de la población, implica alejarse de la agenda institucional, con el riesgo de tener mayores dificultades en financiar una investigación, por ejemplo, o en poder difundir los resultados. Sin embargo, como explicamos desde el inicio del capítulo, el trabajo de investigación social con activistas y movimientos sociales implica compromiso, lo cual también se refleja en la elección de los temas de investigación.

En cuanto a la construcción de una agenda compartida con activistas, las dificultades residen principalmente en la disponibilidad de tiempo que pueda haber por ambas partes. Sin embargo, proponer temáticas o preguntas que se quieren abarcar en las investigaciones es una forma de no imponer temas, de la misma manera que a veces decidimos no tratar ciertos tópicos por ser sensibles o peligrosos. Observar, escuchar, preguntar y prestar atención a las inquietudes de les activistas puede ofrecer un amplio abanico de posibilidades en cuanto a temas por profundizar; considerando, además, que casi nunca podemos hacer todo lo que nos gustaría.

CONCLUSIONES

La investigación social que se propone interactuar con la sociedad es un reto al igual que una apuesta para que, desde la academia, se produzca conocimiento que esté al alcance de la población y que pueda contribuir a mejorar las condiciones de vida de seres humanos, así como del medio ambiente y los animales no humanos.

Las investigaciones sobre movimientos sociales, cuando son impulsadas por el compromiso y el deseo de los investigadores de contribuir al cambio social y cultural, pueden ser un ejemplo de cómo se puede generar conocimiento con las personas que participan en los proyectos y para ellas.

Esta forma de hacer investigación tiene pros y contras. Entre los pros, encontramos el placer de hacer algo que es consecuente con nuestros valores, ya que, como muestra Jasper (2018), se siente bien hacer lo que consideramos justo. Este placer, junto con el compromiso hacia les activistas y sus luchas, el entusiasmo que nos contagian, la esperanza que estas experiencias nos infunden, y también la admiración, respeto, agradecimiento y cariño que se pueda llegar a sentir hacia estas personas, permiten superar a menudo las emociones desagradables, como la impotencia por no poder hacer más o por tardar más de la cuenta en comprender las dinámicas sociales y culturales que estudiamos y que esperamos poder contribuir a fortalecer para aportar nuestro granito de arena al cambio social. Siempre queda la culpa o el sentimiento de inferioridad por no estar en primera línea, como lo están les activistas que participan en nuestras investigaciones, así como la frustración acerca de lo poco que podemos aportar. Sin embargo, al trabajar con activistas, sobre todo mujeres y jóvenes, también se aprende a manejar estas emociones (impotencia, frustración, culpa, entre otras), ya que están presentes en sus experiencias. Aprender a descansar y distraerse, a dedicar tiempo a una misma, a cultivar las relaciones interpersonales, a expresar admiración y cariño, son todas estrategias de manejo emocional (Hochschild, 1979) que hemos observado al estudiar el activismo (Larios, 2021; Gravante y Poma, 2018, Poma y Gravante, 2021) —y de paso aplicables a la vida académica en esta retroalimentación que hace de la investigación social una experiencia de aprendizaje mutuo—. Sin embargo, muchos son los desafíos y las barreras que

encontramos al diseñar nuestras investigaciones de una manera menos jerárquica y más horizontal.

Tanto la elección del enfoque teórico como la construcción de la estrategia metodológica intervienen en el desarrollo de investigaciones en las que los sujetos que participan no son sólo fuentes de datos. La colaboración entre investigadores y sujetos de la investigación es una manera de pensar colectivamente aquellos procesos sociales en los que todos estamos inmersos; los cuales, si bien atraviesan a la universidad, como puede ser la crisis de seguridad o económica, también la trascienden.

En el marco de las crisis que estamos viviendo hoy en día, las cuales han puesto en evidencia la extrema vulnerabilidad de nuestras sociedades y nuestros cuerpos, analizar alternativas antisistema y contraculturales no tendría que ser considerada una pérdida de tiempo, sino, más bien, una oportunidad para garantizar un futuro menos aterrador a las generaciones venideras y a las demás especies y ecosistemas en peligro de extinción.

Construir vínculos emocionales con los sujetos de las investigaciones, como les activistas en nuestro caso, es también una forma de hacer frente a la estructura académica que jerarquiza los conocimientos y las relaciones entre las personas. Como ya destacamos, esto permite incorporar a nuestras prácticas aquellos aprendizajes que obtenemos en el proceso de investigación. Un ejemplo de esto son aquellas estrategias de cuidado cotidiano que hemos aprendido de les activistas, las cuales también nos ayudan a priorizar el bienestar por encima de la productividad.

Los grandes desafíos para los años que vendrán serán muchos. Por un lado, garantizar que les jóvenes investigadores encuentren las condiciones para poder desarrollarse profesionalmente, con condiciones laborales dignas, dándoles libertad de diseñar sus investigaciones en línea con sus valores, sin imponer una práctica extractivista. Por el otro, demostrar que la ciencia prioriza contribuir al bienestar común y al cambio social, en lugar del ego de les investigadores o el facturado de las multinacionales.

REFERENCIAS

- Argueta, Arturo (2012). “El diálogo de saberes, una utopía realista”. *Integra Educativa* V (3): 15-29.
- Ariza, Marina (2021). “La sociología de las emociones en América Latina”. *Annual Review of Sociology* 47: 1-19.
- Baron-Cohen, Simon (2012). *The Science of Evil: On Empathy and the Origins of Cruelty*. Londres: Basic Books.
- Calhoun, Craig (2001). “Putting emotions in their place”. En *Passionate politics. Emotions and social movements*, editado por Jeff Goodwin, James Jasper, y Francesca Polletta, 45-57. Chicago: The University of Chicago Press.
- Feldman Barrett, Lisa (2017). *How Emotions are Made: The Secret Life of the Brain*. Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt.
- Gallardo Martínez, Damián (2023). “Educación comunal vs. extractivismo académico” [en línea]. *La jornada del campo*, 15 de abril. Disponible en <<https://www.jornada.com.mx/2023/04/15/delcampo/articulos/educacion-comunal-extractivismo.html>> (consulta: 15 de octubre de 2023).
- Geo Saura, Antonio Bolívar (2019). “Sujeto Académico Neoliberal: Cuantificado, Digitalizado y Bibliometrificado” [en línea]. *REICE. Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación* 17 (4): 9-26. Disponible en <<https://doi.org/10.15366/reice2019.17.4.001>>
- Goodwin, Jeff; James Jasper; y Francesca Polletta (2001). *Passionate politics. Emotions and social movements*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Gould, Deborah (2009). *Moving Politics. Emotions and Act Up's fight against AIDS*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Gould, Deborah (2015). “When your data make you cry”. En *Methods of exploring emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 153-163. Nueva York: Routledge.

- Gravante Tommaso, y Alice Poma (2022). “El impacto de la pandemia en el activismo de base”. En *Viralizar la esperanza en la ciudad. Alternativas, resistencias y autocuidado colectivo frente al Covid-19 y a la crisis socioambiental*, editado por Tommaso Gravante, Jorge Regalado Santillán y Alice Poma, 269-313. Ciudad de México: El Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hipólito Hernández, Adrián (2021). *Apego al territorio y prefiguración política en la defensa de los bosques. La experiencia del Grupo Ecologista El Roble y el Comité en Defensa del Bosque El Nixticuil*. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Hochschild, Arlie R. (1975). “The sociology of feeling and emotion: selected possibilities”. En *Another voice*, coordinado por M. Millman y K. Moss, 280-307. Nueva York, NY: Anchor.
- Hochschild, Arlie (1979). “Emotion work, feeling rules, and social structure”. *American Journal of Sociology* 85 (3): 551-575.
- Hochschild, Arlie (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz Editores.
- Hochschild, Arlie (2016). *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. Nueva York: The New Press.
- Jaggar, Alison (1989). “Love and Knowledge: Emotion in Feminist Epistemology”. En *Gender/Body/Knowledge: Feminist Reconstructions of Being and Knowing*, coordinado por Alison M. Jaggar y Susan Bordo, 145-171. New Brunswick, NJ: Rutgers University.
- Jasper, James (1997). *The art of moral protest. Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Jasper, James (2018). *The emotions of protest*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Larios Murillo, Susana (2021). *Análisis de la dimensión emocional de tres organizaciones feministas y antipatriarcales en Guadalajara*. Tesis de

doctorado en Ciencias Sociales. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Latorre Catalán, Marta (2005). “Los movimientos sociales más allá del giro cultural: apuntes sobre la recuperación de las emociones”. *Política y Sociedad* 42 (2):37-48.

Leyva Solano, Xóchitl (2018). “¿Academia versus activismo? Repensarnos desde y para la práctica teórico-política”. En *Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras*, editado por Xóchitl Leyva Solano, 199-221. San Cristóbal de las Casas: Cooperativa Editorial RETOS/Taller Editorial La Casa del Mago/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Martínez Alcántara, Susana, y María de Lourdes Preciado Serrano (2010). “Consecuencias de las políticas neoliberales sobre el trabajo y la salud de académicos universitarios: el burnout como fenómeno emergente”. *Psicología y Salud* 20 (1): 119-128.

Massal, Julie (2021). “Las emociones en la movilización social: la agenda investigativa en América latina en la década del 2010”. *Ciencia Política* 16 (31): 73-115.

Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI. Perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Poma, Alice (2017). *Defendiendo territorio y dignidad. Emociones y cambio cultural en las luchas contra represas en España y México*. Campina Grande, Paraíba: Editora da Universidade Estadual da Paraíba (EDUEPB)/Universidad Jesuita de Guadalajara (ITESO).

Poma, Alice (2019). “El papel de las emociones en la defensa del medioambiente: un enfoque sociológico”. *Revista de Sociología* 34 (1): 43-60.

Poma, Alice (2020). “Una aproximación al uso de diferentes técnicas cualitativas para estudiar la percepción y la respuesta al cambio climático”. En *Perspectivas contemporáneas de la investigación en ciencias*

- sociales*, compilado por Miguel Armando López Leyva, 151-172. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Poma, Alice, y Tommaso Gravante (2024). "The Emotional Dimension of Mexican Climate Activism: a Socio-cultural Approach". *Mobilization: An International Quarterly* 29 (1): 103-122.
- Poma, Alice, y Tommaso, Gravante (2017). "Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* (74): 32-62.
- Poma, Alice, y Tommaso Gravante (2018). "Manejo emocional y acción colectiva: las emociones en la arena de la lucha política". *Estudios sociológicos* 36 (108): 593-618.
- Poma, Alice, y Tommaso Gravante (2019). "Nunca seremos las mismas de antes. Emociones y empoderamiento colectivo en los movimientos sociales: el Colectivo Mujer Nueva (Oaxaca, México)". *Desafíos* 31 (2): 231-265.
- Poma, Alice, y Tommaso Gravante (2021). "Entre frustración y esperanza: emociones en el activismo climático en México". *Ciencia Política* 16 (31): 117-156.
- Poma, Alice, y Vito Giannini (2021). "The Emotions of Protest de James M. Jasper". *Revista Mexicana de Sociología* 82 (4): 1039-1054.
- Poma, Alice, y Tommaso Gravante (2022). "Cómo estudiar la dimensión emocional en los movimientos sociales" [en línea]. *Campos en Ciencias Sociales* 10 (1). Disponible en <<https://doi.org/10.15332/25006681.7667>>
- Porta, Donatella della (2014). "Social Movement Studies and Methodological Pluralism: An Introduction". En *Methodological Practices in Social Movement Research*, editado por Donatella della Porta, 1-20. Oxford: Oxford University Press.
- Porta, Donatella della, y Mario Diani (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Editorial Complutense.

- Regalado Santillán, Jorge (2012). “Notas deshilvanadas sobre otra epistemología”. En *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil*, editado por Darcy Tetreault, Heliodoro Ochoa García y Eduardo Hernández González, 233-245. Guadalajara: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Rojas, María José (2021). “¿Qué es el extractivismo académico? (Y cómo podemos evitarlo)” [en línea]. *Blog Copadas*. Tu espacio seguro. Disponible en <<https://copadas.cl/2021/07/10/que-es-el-extractivismo-academico/#:~:text=Martín%20Torres%20aclaró%20que%20el,en%20pr o%20de%20tu%20beneficio>> (consulta: 15 de octubre de 2023).
- Ruiz-Junco, Natalia (2013). “Feeling Social Movements: Theoretical Contributions to Social Movement Research on Emotions”. *Sociology Compass* 7: 45-54.
- Stern, Paul; Abel Thomas Dietz; Gregory Guagnano; y Linda Kalof (1999). “A Value-Belief-Norm Theory of Support for Social Movements: The Case of Environmentalism”. *Research in Human Ecology* 6 (2): 81-97.
- Taylor, Verta (1998). “Feminist methodology in social movements research”. *Qualitative Sociology* 21 (4): 357-379.
- Taylor, Verta (2010). “Culture, identity, and emotions: studying social movements as if people really matter”. *Mobilization: An International Journal* 15 (2): 113-134.

[Notas]

- [1] En este capítulo hacemos uso del lenguaje inclusivo. Optamos por el uso de la *e* para denotar neutralidad. En los casos en los que se considera necesario se desdobra el lenguaje, haciendo uso de ambos géneros gramaticales.
- [2] Estos acercamientos que parten de la perspectiva sociológica de Hochschild (1975, 1979) utilizan los términos emociones y sentimientos como sinónimos, distinguiendo las muchas emociones que se pueden identificar en las experiencias de protesta gracias a una tipología propuesta por Jasper (2018). A diferencia de la psicología clínica o de la neurociencia que han centrado su atención en las emociones primarias, la teoría de la acción de Jasper muestra el papel central de otras emociones en los procesos políticos, sobre todo aquellas con un nivel cognitivo más alto, como las emociones morales que dependen de los valores, o los compromisos afectivos. La comprensión de la dimensión emocional en el estudio de los movimientos sociales se ha alejado de la visión clásica de las emociones, la cual podemos ver reproducida en muchas disciplinas, acercándose a enfoques constructivistas, como el desarrollado por la psicóloga Feldman-Barret (2017).
- [3] Tratándose de una literatura reciente, quién quiera acercarse a esta línea del estudio de los movimientos sociales puede apoyarse en el libro de Jasper (2018), obra que concentra la teoría de la acción propuesta por el autor, la cual destaca por el desarrollo de diferentes tipologías de emociones (ver Poma y Giannini, 2021), junto con las revisiones de la literatura (La Torre, 2005, Ruiz-Junco, 2013, Massal, 2021, Poma y Gravante 2017 y 2022), además de las múltiples aplicaciones en casos de estudio.

De sujetos de estudio a participantes activos

Reflexiones de investigaciones cualitativas en envejecimiento y vejez

Nancy Lysvet Flores Castillo

Verónica Montes de Oca Zavala

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

Los estudios del envejecimiento y las vejez han ido ganando cada vez más terreno en los últimos tiempos. Dichos estudios se han realizado a través de diferentes metodologías, ya sean cuantitativas, interesadas principalmente en aspectos macrosociales; cualitativas, interesadas en aspectos microsociales relacionados con los significados, las percepciones y lo emocional de la experiencia humana; o también podemos encontrar una combinación de ambas metodologías, pero en todos los casos, el objetivo siempre es lograr un mejor entendimiento de la realidad social; en el caso que nos concierne, es lograr un mejor entendimiento del proceso de envejecimiento y de las vejez.

No obstante, consideramos que, en lo que respecta a los acercamientos cualitativos sobre este terreno, es necesario reflexionar sobre los modos de hacer investigación y sobre los posicionamientos de cada persona involucrada en el proceso investigativo, ya sea quien investiga o quien participa en la investigación. Por tal motivo, nos sumamos a esta serie de reflexiones sobre los estilos y las prácticas de generación de conocimiento, ubicando nuestra propuesta en el campo general de la sociología, en el área de la epistemología y la metodología de las ciencias sociales y, particularmente, en el campo de los estudios del envejecimiento y de las vejez. Las preguntas que han guiado

este ejercicio reflexivo son: ¿cómo han sido nuestras prácticas en la investigación cualitativa con grupos de personas mayores?, y ¿cuáles han sido las aportaciones de las personas mayores al proceso de investigación? Hemos concentrado nuestra atención en tres aspectos de las prácticas y las aportaciones que consideramos clave, a saber: 1) la recuperación de las narrativas, 2) el *rapport*, y 3) las implicaciones éticas en la investigación.

La estructura de este capítulo responde a los siguientes aspectos: en primer lugar, nos enfocaremos en resaltar la importancia de las narrativas y la utilización del cuerpo como herramienta para la construcción de nuevas narrativas; en un segundo apartado, hablaremos del *rapport* y de algunos elementos que intervienen en el tipo de relación que se establece con las personas mayores entrevistadas; y, en tercer lugar, discutiremos cuestiones éticas relacionadas con el compromiso profesional, el involucramiento, los criterios éticos, el consentimiento informado y el respeto a las personas que eligen participar en nuestras investigaciones.

Consistentemente con la importancia que tiene para nosotras el aspecto narrativo, hemos ilustrado nuestras reflexiones con algunos testimonios recabados de diversos grupos de personas mayores de sesenta años y más, migrantes, residentes de instituciones de cuidados a largo plazo (ICLP); y trabajadoras sexuales mayores de la Ciudad de México.

DESARROLLO

Las narrativas en el enfoque cualitativo

Los acercamientos cualitativos que hemos realizado nos han permitido, por un lado, valorar los aspectos afectivos y subjetivos de la experiencia de las personas mayores, apreciando sus *sentipensares*,^[1] significados, percepciones y maneras de concebir el mundo y la vida, y de esa manera producir un saber empático, donde al actuar se aprende y al aprender se actúa (Rodríguez Villasante, 2017); y, por otro lado, nos ha permitido apreciar todo esto en

trayectorias biográficas prolongadas, que van desde los cero hasta los sesenta, ochenta o noventa años, y, cada vez con más frecuencia, hasta los cien años.

La experiencia es lo que queremos explicar con los enfoques cualitativos (Scott, 2001), y sólo podemos acceder a la experiencia de cada persona a través de su narrativa, en su orden y secuencia, en el modo singular como narra su propia historia. Bertaux (1995) afirma que, al rescatar muchas historias del mismo medio, la investigadora o el investigador puede descubrir patrones recurrentes sobre los fenómenos colectivos o compartir experiencias colectivas de un medio particular. Esto se puede encontrar a través de los significados y conocimientos que las personas entrevistadas encuentran en la experiencia de eventos, tanto del pasado como del presente, y de la previsión del futuro (Delgado Ballesteros, 2010). Cuando las personas comparten su experiencia no sólo hablan de ideas: “la gente experimenta su propia experiencia como sentir. Y el sentir es manejado culturalmente como normas, obligaciones familiares y de afiliación, así como valores” (citado en Scott, 2001: 55).

La forma de recuperar las narrativas es lenta y cuidadosa porque se requiere atención a la sutileza, a los matices del habla, a la organización de una respuesta, a las relaciones entre la persona que investiga y quienes son sujetos de investigación, y atención a los contextos sociales e históricos (Kohler, 2002). Es común identificar dos tipos de narrativas en las personas mayores: las *narrativas circulares* y las *narrativas desordenadas*. En las primeras, la narración avanza a paso lento para volver constantemente al mismo punto, el momento biográfico que las personas mayores nos señalan a gritos, porque allí hay sucesos que han marcado sus historias o que cambiaron el rumbo de sus vidas; por ejemplo, la muerte de algún hijo o hija, la muerte de la pareja, el diagnóstico de alguna enfermedad, la pérdida de su patrimonio, la soledad, etcétera. La persona que investiga debe mantenerse alerta para identificar ese punto de inflexión en el que confluyen diversos aspectos de la narrativa. El segundo tipo son las *narrativas desordenadas*, las cuales son causadas por las fuertes experiencias que han vivido las personas mayores a lo largo de su vida, lo que dificulta la posibilidad de poner un orden cronológico de los

acontecimientos vividos y construir una historia narrada de la vida que se ha vivido (Ricoeur, 2006). Cuando encontramos este tipo de narrativa es necesario dar tiempo a la persona entrevistada para que encuentre su propia cronología biográfica; muy probablemente requiera de más tiempo y más encuentros en la entrevista. Cuando se tiene la disponibilidad de ofrecerles este tiempo, las personas entrevistadas logran vincular su historia personal con el tiempo histórico. Eso permite que, a través del relato, organicen su vida y, al hacerlo, le encuentren sentido (Coffey y Atkinson, 2003).

El cuerpo como canal de comunicación de nuevas narrativas

Hemos observado que las guías de entrevista semiestructurada presentan ciertas limitaciones con la población mayor para la construcción de narrativas, debido a que, cuando vamos pregunta tras pregunta, se provoca cierto cansancio y las personas entrevistadas se toman pausas prolongadas, invitando a la persona entrevistadora a contemplar la vida a su lado, a estar presente y en silencio, a tener una presencia contemplativa. En ocasiones, ese silencio sugerido nos permitió captar más que el propio diálogo. La presencia contemplativa, en la que se activan todos los sentidos en su máxima capacidad, ha sido un ejercicio clave en la investigación con las personas mayores, debido a que los sentidos comienzan a absorber la información del campo de estudio en sus mínimos detalles. Así, tanto el cuerpo de quien investiga como el de quien es investigada o investigado se transforman en un nuevo canal de comunicación. A través del cuerpo podemos identificar una cantidad indefinida de signos o símbolos que se hallan más allá del lenguaje; esto hace posible tener conversaciones por medio de gestos que no se pueden traducir en lenguaje articulado (Mead, 1973). Por ejemplo, el intercambio de miradas supone que, al mirar, afectamos a las demás personas; al mismo tiempo, al ser miradas o mirados somos afectados por éstas. Este intercambio regula nuestra interacción (Sabido-Ramos, 2017).

El cuerpo nos ayuda a tener sentido y conciencia del mundo (Merleau Ponty, 1957), ya que es un lugar que todos tenemos el privilegio —o la fatalidad— de habitar; es la fuente de sensaciones de bienestar y placer, pero también de enfermedad y tensiones; además, permite mantener un sentido coherente de la identidad (Giddens, 1997). El cuerpo, como nuevo canal de comunicación, permite descubrir y construir narrativas ocultas cuando, por ejemplo, nos interesamos en los orígenes de las cicatrices visibles en él, preguntando cómo se las hizo. Las respuestas nos pueden llevar a lugares inimaginables de la experiencia humana que serían de acceso complicado o llanamente inaccesibles con la sola guía de entrevista. También el cuerpo nos permite acceder a narrativas de los sentidos, para entender los olores, los sabores, los sonidos, las texturas, las imágenes que se perciben en diferentes contextos y en diversas situaciones. En las personas mayores, estas narrativas de los sentidos adquieren profundidad y complejidad inimaginables, desde situaciones comunes, como su día a día, hasta situaciones especiales, como su sexualidad y su erotismo.

Aunque buena parte de las personas mayores que hemos entrevistado muestran una necesidad de escucha, también nos hemos percatado de que no siempre desean hablar o que sólo hablan de ciertos temas o, incluso, que fingen no recordar para justificarse por no hablar. Pero cuando esto sucede, la presencia contemplativa nos permite ver manifestaciones de su agencia aun cuando ésta parece esfumarse por completo: durante la entrevista, observamos la aparición de un supuesto olvido como estrategia —muy eficaz— para evadir preguntas o temas incómodos; también nos percatamos que, en algunos casos, esa misma estrategia es utilizada en otras situaciones de su vida cotidiana. Coincidimos con Osorio-Parraguez y otros (2019) en que la agencia es una capacidad que no se reduce o se pierde con la edad, sino que se manifiesta de forma diversa y particular a la expresada en otros momentos del curso de vida.

RAPPORT: EL DESAFÍO DE LA HORIZONTALIDAD

En el ejercicio reflexivo que realizamos, encontramos algunos elementos que intervienen en la relación horizontal con los sujetos de estudio: el contexto, las relaciones intergeneracionales, la interlocución y la identificación de puntos de encuentro y desencuentro.

Contexto

El contexto, es decir, el momento sociohistórico, el lugar y el espacio, influye en la relación que se establece con los grupos de estudio, pero también en la narrativa que éstos producen; de hecho, “narrar es una de las dimensiones del habitar” (Aguilar Díaz, 2011: 146). Pensemos, por ejemplo, en las y los “migrantes mexicanos que desarrollan identidades a través de narrativas y contranarrativas sobre la ilegalidad que cuestionan las nociones predominantes y redefinen la ilegalidad desde criterios nuevos y diferentes” (en Aguilar Díaz, 2011: 148). Vivir y envejecer como una persona indocumentada redefine todas las decisiones de la vida cotidiana, y aceptar participar en una investigación en esas condiciones no garantiza abandonar el temor de ser deportado.

El temor derivado de las situaciones de ilegalidad que marcan ese contexto también está presente en el grupo de mujeres mayores trabajadoras sexuales que pasan la mayor parte del tiempo en la calle, que puede considerarse una institución reguladora del comportamiento (Connell Raewyn, 1994), pero también un espacio que las expone a una serie de peligros, estrés, miedo de ser atacadas o de no salir con vida del cuarto de hotel. Esta exposición constante al miedo puede acelerar el proceso de envejecimiento tanto en ellas como en la población migrante, y, por supuesto, intervenir en la decisión de colaborar o no con alguna investigación.

En las y los residentes de ICLP, los primeros contactos con la investigadora o el investigador también se ven afectados por el lugar en el que se realiza la entrevista. Se percibe temor cuando se habla de asuntos que se consideran que no deberían ser tratados o por los cuales podría recibirse alguna reprimenda o represalia. Por ejemplo, un hombre residente de una

ICLP privada utilizó un tono de voz muy bajo para hablar, durante su entrevista, de las incomodidades que sentía viviendo ahí; al finalizar la entrevista, él volvió a asegurarse de que toda la información se manejara con confidencialidad, a pesar de que ya se le había indicado que así sería.

Relaciones intergeneracionales

Lo más natural para quien entrevista es llegar al campo con los referentes actuales de su contexto sociohistórico, pero el diálogo con las personas mayores nos recuerda que estamos frente a una relación intergeneracional en la investigación y que, con ello, tenemos acceso directo a las narrativas de los cambios sociales. Por ejemplo, en una entrevista, una mujer mayor hablaba de la colonia en la que nació, ubicada en el centro de la Ciudad de México, a lo que la entrevistadora afirmó, torpemente, “Una zona complicada, ¿verdad?”, y la mujer respondió: “¡Pues no, hija!... ¡Antes era la más bonita!” (mujer, 85 años, residente de ICLP privada).

El trabajo investigativo con personas mayores presenta sus propias complejidades. En un proyecto realizado con personas de diversas condiciones sociodemográficas acerca de su conexión social a través de las tecnologías de la información y comunicación (TIC), observamos que, aunque establecimos una relación de horizontalidad con esta población con relativo éxito, siguen existiendo áreas de oportunidad para romper las relaciones de poder entre quien investiga y la persona investigada.

Interlocución

Los estudios cualitativos parten de una posición que rompe con la falsa distancia, impuesta en los métodos cuantitativos, entre quien investiga y quienes son investigadas e investigados, propiciando una relación de empatía entre ambas partes (Delgado Ballesteros, 2010). Una interlocución comprometida y empática favorece la cercanía y, a través de la comunicación directa, puede garantizar la participación las personas involucradas, transformando las desigualdades de poder (Cross, 2019). El posicionamiento

que las personas mayores entrevistadas muestran frente a la investigación y frente a quien entrevista, en el primer contacto, es clave; ese posicionamiento se expresa indicando la forma como desean ser nombradas durante la entrevista: “Háblame de tú” (hombre, 76 años, residente de ICLP pública); “No me digas ‘Lupita’, dime ‘Fernández’” (mujer, 77 años, residente de ICLP pública); “¡Quedamos que de ‘tú’!” (Mujer, 79 años, residente de ICLP privada).

Bertaux (2005) afirma que comprender los obstáculos que se encuentran durante el trabajo de campo equivale a comprenderlo un poco. Una idea ingenua que como investigadoras o investigadores inexpertos llevamos al campo es la de esperar que la persona mayor responda todas las preguntas que hemos preparado, pero no pasa mucho tiempo para que ciertas frases nos hagan topar con pared: “Hay una cosa que debo decirle: yo estoy medio sordo” (hombre, 76 años, residente en ICLP pública); “Le voy a pedir que me hable más fuertecito” (mujer, 82 años, residente en ICLP privada); “¡Ya estoy agarrando la onda!”; “¡Es que casi no hablo con nadie, hija!” (mujer, 80 años, residente en ICLP pública). Además de lo anterior, la interlocución con personas mayores implica enfrentarse a otra serie de dificultades ajenas a nuestro actuar, como su incomodidad en la silla de ruedas, calambres o dolores fantasmas por la amputación de alguna extremidad, cuidadoras o cuidadores que las o los asisten y que durante la entrevista se entrometen en la interlocución; en el caso de las trabajadoras sexuales, suelen ser los clientes los que interrumpen la entrevista; entre muchas otras dificultades.

Un elemento clave en la interlocución consiste precisamente en no olvidar que se trata de una conversación en la que ambas partes están dispuestas a compartir y escuchar. La interlocución con personas mayores nos lleva a un ritmo diferente, propicia que asumamos un compromiso para escucharlas, pero también evidencia una necesidad que compartimos todos los seres humanos: la de ser escuchadas o escuchados. En ocasiones, las personas mayores nos preguntan qué es lo que hacemos allí (Bertaux, 2005) y hacen la invitación explícita para dejar de lado nuestra guía de entrevista e iniciar un

verdadero diálogo con un “¿Y tú quién eres?” (hombre, 84 años, entrevistado en ICLP privada. Fallecido en 2021).

Puntos de encuentro y desencuentro

En la interlocución con las personas mayores, hemos encontrado puntos de encuentro y desencuentro relacionados con la percepción de la edad, la clase, el sexo, el género, entre otros. Veamos algunos ejemplos.

La percepción de la edad es uno de los primeros elementos que aparecen en la interlocución. Nosotras nos posicionamos positivamente frente al hecho de ir ganando edad con el paso del tiempo, pero no siempre es así en quienes investigan el envejecimiento y las vejeces, y tampoco lo es en la población en general. Ilustrando esta situación, nos percatamos de que al expresar la frase “¡Qué joven!” estamos emitiendo nuestra valoración de la edad, que, la mayoría de las veces, es un punto de encuentro con las personas entrevistadas; pero también puede ser un sesgo en la investigación, ya que probablemente provoque que algunas personas mayores oculten su percepción negativa de la edad.

Con respecto a la clase, coincidimos cuando en la entrevista ambas partes pertenecen originalmente a la clase media-baja. Cuando la persona mayor habla de las carencias que tuvo en su curso de vida, comienza un intercambio de recuerdos empáticos mutuos. Cuando, por el contrario, el tema de clase produce desencuentro, el lenguaje empleado muestra cómo se dificulta o se imposibilita una relación empática. Por ejemplo, puede suceder que la persona que entrevista emplee, como estrategia metodológica, un lenguaje sumamente coloquial que no acostumbra la persona mayor entrevistada, y que incluso podría considerar como irrespetuoso; o, por el contrario, puede darse un desencuentro cuando la persona que investiga utilice términos complejos o tecnicismos que confundan o incomoden a la persona mayor entrevistada.

Por otro lado, encontramos que puede haber mayor afinidad en la interlocución cuando son personas del mismo sexo; sin embargo, hay ciertos temas de investigación en los que no siempre funciona así. Por ejemplo, en el

caso de las mujeres mayores trabajadoras sexuales es muy complicado establecer una relación con la investigadora sin que sientan una especie de competencia en su escenario laboral.

El género es un elemento que tenemos incorporado en nuestras prácticas cotidianas, pero también en prácticas investigativas. Veamos las siguientes situaciones en una misma entrevistadora, que muestran encuentros y desencuentros a causa de sus construcciones (una convencional y otra no convencional) de género.

Percepción convencional del género:

—*¡Entonces tuvo muchas novias!*

—No. Sólo tuve dos novias [responde con cierta molestia].

(Hombre, 75 años, residente de ICLP privada.)

Percepción no convencional del género:

Cuando María mencionó que nunca había trabajado en su vida, me generó cierta incomodidad; titubeé y avancé con dificultad a la siguiente pregunta, sin detenerme a indagar más, pero no dejaba de pensar en cómo fue posible vivir una vida sin trabajar (nota en el diario de campo de la persona que entrevistó a la mujer de 77 años, residente de ICLP pública).

En el último caso, aunque la entrevistadora evitó el juicio y avanzó a la siguiente pregunta, no pudo evitar transmitir su propia incomodidad a la mujer mayor entrevistada. Además de los anteriores puntos de encuentro y desencuentro, observamos dos elementos que intervienen en la relación horizontal durante la investigación: uno es la empatía y el otro es hacer explícito lo implícito. Por un lado, la empatía favorece la interlocución, hace que las personas se sientan realmente escuchadas, brinda pausas y respiros entre preguntas que podrían considerarse complicadas, permite mostrar un interés por el sentir de la persona entrevistada y ayuda a dar contención

durante la entrevista. Por otro lado, la persona a cargo de la entrevista puede hacer explícito lo implícito para hacer un verdadero diálogo:

—*Cuando vivías solo, ¿te visitaban tus hijos?*

—No, tampoco; no, fijese que no... [pausa]

—*Entonces, digamos que la separación se dio antes del confinamiento.*

—Exactamente [silencio].

(Hombre, 65 años, entrevistado en *iclp* privada. Regresó a su casa en 2022.)

Cuando hacemos explícito lo implícito no sólo producimos información certera para la investigación, sino que permitimos a la persona entrevistada mirar de una manera más objetiva su propia experiencia de vida. El recurso de hacer explícito lo implícito también lo identificamos en las y los informantes clave, que son el eje principal en el campo y conocen muy bien la cultura de la organización o grupo que se estudia (Fernández, 2021), pero también son quienes conocen mejor que nadie a quien está investigando. Por ejemplo, en el trabajo de campo con trabajadoras sexuales mayores, una de las informantes clave le dijo lo siguiente a la investigadora: “Deja de traernos chocolates y mejor trae algo que realmente nos sirva; por ejemplo, condones [tono serio]” (trabajadora sexual, 66 años, zona de tolerancia en el centro de la CDMX).

Ese comentario tuvo un efecto clave en las estrategias para seguir en el campo: la investigadora obtuvo un donativo de quinientos condones de Marie Stop México para ser entregados gratuitamente a sus interlocutoras en cada visita al campo. Pensamos que el mayor riesgo que corre la o el investigador frente a comentarios como el anterior es que los interprete como reclamos en el ámbito de lo personal y no los reconozca como señalamientos en el ámbito de la investigación que pueden enriquecer su acercamiento al campo.

Aunado a lo anterior, observamos que la participación de las personas mayores también permite consolidar el diseño de la investigación. ¿Cómo es esto? Bien, en las universidades se enseña que la entrada a campo se posterga hasta que la investigadora o el investigador tenga listos la pregunta de investigación, el objetivo general, los objetivos particulares y, si es posible, una

hipótesis de trabajo. Estos requisitos se consideran indispensables para direccionar la mirada y la búsqueda de información; sin embargo, la forma en que están redactadas las preguntas y los objetivos no son los más adecuados para presentarlos a nuestras y nuestros interlocutores en el momento de estar en el campo con ellas y ellos.

Asimismo, hay que considerar que las personas mayores de nuestras investigaciones tienen una infinidad de cuestionamientos legítimos no sólo respecto a quiénes somos, sino a nuestras intenciones de investigación en *su* espacio. En uno de los primeros días de inmersión en el campo del comercio sexual, una de las mujeres mayores le dijo al informante clave frente a la investigadora:

Nosotras preferimos que nos hablen claro: ¿qué tipo de información quieren de nosotras? Antes ya han venido algunas personas que nos invitan a comer y comienzan a hacer la plática y, cuando nos damos cuenta, ya nos están grabando, y pues eso no se hace; preferimos que nos hablen claro (trabajadora sexual, 60 años, zona de tolerancia en el centro de la CDMX).

Esa advertencia ayudó a que en los siguientes días el proceso de inmersión en el campo fuera más cuidadoso, explicando abiertamente a los grupos de estudio el objetivo de la investigación y dando respuestas a las preguntas que planteaban durante el proceso de entrada. Los cuestionamientos que suelen lanzar a las personas investigadoras pueden ir desde aspectos muy personales, como el siguiente:

—¿Tu esposo qué te dice de que vienes acá con nosotras?

—*Nada. ¿Qué me va a decir? Sabe que vengo a entrevistar* [risas de las dos].

(Male, trabajadora sexual, 65 años, zona de tolerancia en la CDMX.)

Hasta aquellas preguntas interesadas en la investigación:

— Y tú, ¿eres periodista? ¿De qué es tu investigación?

— *Soy socióloga, y mi investigación tiene que ver con cómo va aumentando la edad, pero en el trabajo sexual. A mí me interesa mucho conocer la experiencia de usted como trabajadora sexual, pero también cómo va sintiendo esos cambios en su cuerpo, en su trabajo. ¿Cuántos años tiene usted?*

—Yo ya tengo 74 y aquí empecé de 14 años. De 14 años entré. Pero pues yo no me siento vieja.

(Trabajadora sexual, 81 años, en el centro religioso de la CDMX.)

La forma en que la investigadora explicó el objetivo de la investigación con cada interlocutora se fue incorporando a la redacción formal del objetivo y de la pregunta de investigación. Identificamos que posteriormente las mismas interlocutoras transmitían con mayor claridad la intención de la investigación: “Ella viene de la universidad y anda haciendo entrevistas a las compañeras más grandes” (trabajadora sexual, 63 años, zona de tolerancia de la CDMX).

Flick (2009) afirma que la formulación de la(s) pregunta(s) de investigación es un paso esencial que tiende a ser ignorado, pero hay que lidiar con esta formulación en varios momentos durante la investigación, trazando una especie de circularidad, la cual permite reflexionar, reformular y evaluar la idoneidad de las decisiones en todo el proceso investigativo. Esto, entre otras cosas, nos hace pensar que sí existe una participación activa de las y los sujetos en la investigación. Delgado Ballesteros (2010) afirma que los avances en los aspectos teóricos se dan porque permite, a quien investiga, la generación de nuevos conocimientos sobre las relaciones que se manifiestan en la realidad social, y a las personas involucradas les permite la toma de conciencia sobre cómo se perciben a sí mismas en la relación histórica de sus condiciones problemáticas en las estructuras sociales; además, las motiva a la movilización para cambiarlas. En cada investigación que realicemos emergerán nuevos conocimientos, significados y conceptos, pero éstos sólo podrán apreciarse si son tomados con sensibilidad y reflexividad por parte nuestra como investigadoras o investigadores.

CUESTIONES ÉTICAS

Compromiso profesional e involucramiento

El compromiso profesional anima a quien investiga a tomar decisiones que condicionan su orientación profesional y ética; las consecuencias de este

compromiso se pueden observar en la elección de los temas, en las formas en que maneja los datos de sus investigaciones, en la creación y en la originalidad con la que se atreve a romper moldes antiguos para elaborar un pensamiento autónomo (Fals-Borda y Moncayo, 2009). La investigación resulta vacía si la persona que investiga no se compromete con lo que pretende comprender (Lizarazo Arias, 2017). En las investigaciones cualitativas debemos ser conscientes y sensibles de los efectos que causamos sobre las poblaciones que estudiamos (Delgado Ballesteros, 2010), para entonces comprometernos y actuar.

Durante la investigación cualitativa existen momentos en donde la división entre lo objetivo y lo subjetivo se diluye, y lo personal se superpone a lo profesional; como ya mencionamos anteriormente, se trabaja sobre puntos de coincidencia que nos ayudan a la horizontalidad y, con ello, se provoca cierto involucramiento:

—¿Se dio cuenta de algo durante la entrevista?

—Me gusta platicar con la psicóloga de aquí, pero no tan profundo como con usted, pero es bueno para que uno se desahogue; hay veces que quisiera llorar y no puedo, y ahorita usted me hizo llorar.

(Hombre, 81 años, residente de ICLP Pública.)

Lo subjetivo permite dar el paso a la objetividad, sin perder de vista la responsabilidad que tenemos como científicas y científicos sociales. Nuestras investigaciones deberían, en primer lugar, ofrecer un beneficio a la persona que responde nuestras entrevistas:

Hay preguntas que uno mismo no se ha hecho, entonces sí se saca uno de onda (Esteban; hombre, 65 años, residente de ICLP privada).

Como he vivido mi vida ha sido un error, pero con usted no se sintió así; no fue desagradable recordar (Martina, mujer, 75 años, residente en ICLP privada).

Pues mire, no fueron preguntas agresivas ni de cuestionamiento, y yo creo que hasta me sirvieron, no precisamente las preguntas, sino su plática; si no me da, le doy; me

comparte y yo también comparto (Emanuel, hombre, 74 años, residente en ICLP pública).

El nivel de involucramiento, de alguna forma, debería favorecer la horizontalidad y dejar claro a la población que los protagonistas en la investigación son ellas y ellos, no nosotros; si lo hacemos de esa forma les permitimos contar su historia, mostrar su voz y hacer peticiones directas al grupo de investigación:

Mira, en otras entrevistas que me han hecho he sido un poquito más grotesca y contigo he sido otra cosa. Tú tienes que ver más allá y tienes que ser más flexible. Todos somos iguales, no dejemos que nadie pisotee nuestros derechos. Te lo estoy diciendo también a ti, y si tus compañeros van a oír esta entrevista, también a ellos: somos uno. Y yo te agradezco por esta entrevista porque me ayudaste a volver atrás y sacar lo que tenía. Deposité en ti mi confianza (Mujer mayor, trabajadora sexual, 66 años, entrevistada en su domicilio en el centro de la CDMX).

En los estudios cualitativos deberíamos apostar cada vez más a un involucramiento mutuo, prospectivo y longitudinal, de largo plazo, y a una actuación cada vez más activa en el proceso investigativo de las personas mayores.

—*Cuando tenga mi trabajo listo, voy a buscarte de nuevo, si me lo permites.*

—Claro. Excelente. Y qué bueno que me estás tomando en cuenta.

(Pablo, hombre, 75 años, residente de ICLP pública.)

Invitar a las personas entrevistadas a revisar los documentos finales no debería ser sólo una estrategia para darles confianza, debería ser una cuestión ética fundamental presente en todo el proceso de la investigación.

Crterios éticos: consentimiento informado y respeto a las personas participantes del estudio

Las investigaciones sociales siguen presentando carencias de ética y respeto por los derechos humanos de las poblaciones estudiadas. Actualmente no es obligatorio seguir criterios éticos en la investigación social; una muestra de ello es que las escasas investigaciones sociales que se someten a comités de ética utilizan criterios que provienen del campo de la medicina y la bioética (Asociación Médica Mundial, 1964; Comisión Nacional de Bioética, 1997; Emanuel, 2003; The National Commission for the Protection, 1978; OPS y CIOMS, 2016).

Las cuestiones éticas que más se toman en cuenta en las ciencias sociales son: de valor social o científico, las cuales buscan generar un impacto transformador en la sociedad; de validez científica, que enlaza el carácter científico con el ético; y el consentimiento informado. Pero hay otros criterios que deben ser atendidos, como la selección equitativa de las personas participantes en la investigación; la proporción favorable de riesgo-beneficio, que busca minimizar los riesgos y maximizar los beneficios; la evaluación independiente, y el respeto a las personas que participan en la investigación (Emanuel, 2003; Villalta Paucar *et al.*, 2022).

En pocas ocasiones, las investigadoras y los investigadores se toman el tiempo suficiente para incluir y brindar un consentimiento informado; erróneamente, éste se concibe como un documento y no como un proceso de monitoreo continuo que permita respetar la individualidad y la autonomía de las personas (Emanuel, 2003).

En una de las primeras visitas en el campo del comercio sexual, la investigadora principal se encontró con el caso de una de las trabajadoras sexuales que había ocultado su ocupación a su familia, pero que, al colaborar con una investigación que terminó por exponerla en los medios de comunicación, su secreto fue descubierto y fue puesta en tela de juicio por sus hijas, hijos, nietas y nietos. Ella aseguraba que nunca le explicaron en qué consistiría toda la investigación. Algo similar sucedió con otras compañeras que posaron desnudas para fotografías y, aunque les dieron un pago monetario equivalente a una semana de trabajo, no les explicaron que sus fotos serían compiladas en una publicación y que algunas tendrían libre

acceso en Internet. Lamentablemente abundan ejemplos de este tipo en este campo de estudio y en otros.

¿Qué hacer? ¿Cómo garantizar el respeto a las personas que participan en nuestras investigaciones? En primer lugar, es necesario explicar sin prisas y de manera clara en qué consiste el consentimiento informado, permitiendo que las personas decidan con calma. Si al finalizar la explicación y el tiempo de espera resuelven no participar en la investigación, no deberíamos tomarlo como un fracaso, sino como un indicador de que nuestra profesión adquiere rigor al considerar y respetar la libertad de las personas, también (y quizás lo más importante y urgente hoy en día) de valor y respeto. El consentimiento informado debería ser un elemento siempre presente en todo el proceso investigativo e, incluso, en los cronogramas de trabajo; un elemento imprescindible para garantizar el respeto a los derechos humanos de la población de estudio. Siempre debemos contemplar que las personas pueden cambiar de opinión y debemos respetar esa decisión. También debemos garantizar la confidencialidad y la protección de los datos recolectados (Villalta Paucar *et al.*, 2022).

Una de las primeras estrategias para entrar al campo del comercio sexual fue hacerlo a través de un centro de atención dirigido por religiosas que hacían su apostolado con la población de estudio. Pasados algunos meses y después de tres visitas al centro, una de las encargadas, en nombre de la directora, le pidió a la investigadora doctorante que entregara un informe semanal de todo lo que las mujeres le contaran, tanto en las pláticas informales como en las entrevistas. Ése fue motivo suficiente para preparar un documento oficial firmado por la doctorante y la directora de la investigación revocando la solicitud de vinculación por incompatibilidad en las formas y procedimientos del centro y los principios ético-metodológicos de la investigación; se adjuntó un informe de las observaciones del funcionamiento del centro, se agradeció el apoyo brindado hasta ese momento y se abandonó ese escenario. Después de eso, el trabajo de campo fue más complicado, pero la confidencialidad de las entrevistadas se mantuvo a salvo.

CONCLUSIONES

El presente capítulo ha ofrecido una serie de reflexiones acerca de nuestras prácticas de investigación con personas mayores y de las aportaciones que éstas han dado al proceso de investigación. Ha sido un ejercicio reflexivo que nos ha ayudado a encontrar puntos críticos y esbozar planes transformadores para construir conocimiento colectivo que beneficie no sólo a la ciencia social, sino que, además, incluya a las personas mayores, así como a las y los profesionales interesados en este campo. En este ejercicio hemos logrado identificar nuevos elementos metodológicos y epistemológicos del quehacer investigativo.

Como hemos observado, las aportaciones de las personas mayores se pueden identificar en dos tipos de técnicas: las de observación y las de interlocución. En las primeras podemos integrar la presencia contemplativa y los sentidos como absorbentes de lo que el campo transmite. En las segundas centramos la atención tanto en las narrativas circulares como en las desordenadas, las ocultas y las de los sentidos. El olvido y el silencio son una muestra clara de que, en la investigación, trabajamos con participantes activos y no con sujetos pasivos; el olvido y el silencio son estrategias eficaces de evasión de temas y respuestas que las personas no quieren expresar.

En lo que se refiere a nuestro actuar, hay muchas estrategias metodológicas que deberíamos afinar: emitir y recibir con prudencia los comentarios que hacen explícito lo implícito, ser sensibles a los sentipensares propios y de las comunidades de estudio, pero, sobre todo, actuar con principios éticos no sólo en nuestros campos de estudios, sino también en las relaciones que establecemos con las científicas y los científicos sociales en formación.

A modo de conclusión, estamos seguras de que reconocer la actuación de las personas mayores puede ayudar en la consolidación de los cimientos de la investigación social y tender puentes para abrirnos a múltiples saberes y transitar, en los estudios sobre el envejecimiento y las vejeces, de una perspectiva interdisciplinaria a otra transdisciplinaria.

REFERENCIAS

- Aguilar Díaz, Miguel Ángel (2011). “Del espacio al lugar: un análisis de la consolidación urbana local desde la perspectiva narrativa”. En *Alteridades* 21 (41): 145-160.
- Asociación Médica Mundial (1964). *Declaración de Helsinki: Principios éticos para las investigaciones médicas en seres humanos*.
- Bertaux, Daniel (1995). “A Response to Thierry Kochuyt’s ‘Biographic and Empiricist Illusions: A Reply to Recent Criticism’”. *Biography and Society Newsletter*, 2-6.
- Bertaux, Daniel (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Coffey, Amanda, y Paul Atkinson (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Comisión Nacional de Bioética (1997). *Código de Nuremberg. Normas éticas sobre experimentación en seres humanos*.
- Connell, Raewyn (1994). “Gender Regimes and the Gender Order”. En *The Polity Reader in Gender Studies*, editado por Polity, 29-40. Cambridge: Polity Press.
- Cross, Cecilia (2019). “Experiencia y cambio cultural en investigación acción participativa: claves para la vigilancia reflexiva de la intervención académica”. *Estudios sobre las culturas contemporáneas* (48):120-143.
- Delgado Ballesteros, Gabriela (2010). “Conocerte en la acción y el intercambio. La investigación: acción participativa”. En *Investigación Feminista. Epistemología metodología y representaciones sociales*, coordinado por Norma Blázquez Graf, Fátima Flores Palacios, Maribel Ríos Everardo, 197-238. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Emanuel, Ezekiel (2003). “¿Qué hace que la investigación clínica sea ética? Siete requisitos éticos”. En *Pautas éticas de investigación en sujetos humanos: nuevas perspectivas*, editado por Fernando Lola y Álvaro

- Quzada, 83-95. Santiago: Organización Panamericana de la Salud/Organización Mundial de la Salud.
- Fals-Borda, Orlando (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Víctor Manuel Moncayo, compilador. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Fernández Reina, Mariana; León Pirela, Andrés; Ferrer Planchart, Sonia (2021). “Aspectos medulares de la investigación acción como método de la investigación social”. *Consensus. Revista científica* 5 (2): 29-54.
- Flick, Uwe (2009). *An introduction to qualitative research*. Londres: Sage Publications.
- Giddens, Anthony (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- The National Commission for the Protection of Human Subjects of Biomedical and Behavioral/Research (1978). *The Belmont Report. Ethical principles and guidelines for the protection of human subjects of research*. Washington, D. C. Disponible en <https://files.eric.ed.gov/fulltext/ED183582.pdf>.
- Kohler, Catherine (2002). “Analysis of personal narratives”. En *Handbook of Interview Research* (pp. 695-710).
- Lizarazo Arias, Diego [@canal22] (2017). *Orlando Fals Borda: la verdad sentipensante* [video]. Disponible en Youtube <https://youtu.be/ObBk5lxYSok?si=u-WOH0A8NbFmz1vw>, publicado el 11 junio.
- Mead, George (1973). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Merleau Ponty (1957). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta De-Agostini.
- Organización Panamericana de la Salud (OPS) y Consejo de Organizaciones Internacionales de las Ciencias Médicas (CIOMS) (2016). *Pautas éticas internacionales para la investigación relacionada con la salud con seres humanos*. Ginebra: Consejo de Organizaciones Internacionales de las Ciencias Médicas.

- Osorio-Parraguez, Paulina; Ignacia Navarrete; y Samuel Briones (2019).
“Aproximación etnográfica a las manifestaciones de agencia en personas nonagenarias y centenarias en Chile” [en línea]. *Etnografica* 23 (3): 673-692. Disponible en <<https://doi.org/10.4000/etnografica.7400>>
- Ricoeur, Paul (2006). “La vida: un relato en busca de narrador”. *Ágora. Papeles de Filosofía* 25 (2): 9-22.
- Rodríguez Villasante, Tomás [@tomasrodriguezvillasante8656] (2017).
Orlando Fals Borda concepto sentipensante [video]. Disponible em Youtube <https://youtu.be/mGAy6Pw4qAw?si=N2_N2GS8Z6hSsX1L>, publicado el 9 octubre.
- Sabido-Ramos, Olga (2017). “Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción”. *Revista Mexicana de Sociología* 79 (2): 373-400.
- Scott, Joan (2001). “Experiencia”. *La ventana* 2 (13).
- Villalta Paucar, Marco; Alexis Garrido Núñez; y José San Martín Melio (2022).
“Criterios éticos para revisar investigaciones en Ciencias Sociales. Sistematización de una experiencia”. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 54: 145-167.

[Notas]

[1] Fals Borda afirma que “Ese término no lo inventé yo [...], un pescador que iba conmigo dijo ‘cuando actuamos con el corazón pero también usamos la cabeza, cuando combinamos las dos cosas, así somos sentipensantes’. Un concepto tan sencillo, se entiende, muy bonito, tan bonito que me lo robó Eduardo Galeano, en sus libros, en sus últimos libros, claro que él muy honrado pone que eso es de la Historia doble de la Costa” (Rodríguez Villasante, 2017, del minuto 4:40 al 5:43).

Aportes y desafíos de la investigación social a problemas actuales

Un ejercicio de reflexividad en torno a una investigación sobre habitar un barrio popular

Zahiry Martínez Araujo

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

En el marco de la investigación doctoral en desarrollo, y que gira en torno a comprender las formas cotidianas de habitar un barrio popular de la ciudad de Buenos Aires, me propongo, a partir de un ejercicio de reflexividad, mostrar las decisiones teóricas, metodológicas y éticas respecto al curso de dicha investigación con base en el trabajo de campo. Los ejes analíticos sobre los que se construye este relato pretenden discutir los desafíos que implica la investigación social a partir de cuatro preguntas fundamentales: ¿por qué?, ¿cómo?, ¿para quién?, y ¿para qué?, como interrogantes comunes de la discusión llevada adelante durante el seminario institucional, del cual este libro es fruto.

Estas preguntas ayudarán a reconstruir el derrotero del trabajo realizado en La Boca (Buenos Aires, Argentina); un barrio cuyas características sociohistóricas y demográficas dan cuenta de una diversidad de capas —en términos sociológicos y antropológicos— que confluyen de manera ambivalente en el cotidiano convivir de sus habitantes.

En este sentido, como expresión de los procesos históricos del desarrollo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, a lo largo del siglo XX y XXI, se generó una grieta entre el norte de la ciudad —la cual cuenta con una

concentración de barrios residenciales altos y medios, con altos ingresos y precio del suelo también alto— y los barrios del sur, entre ellos La Boca —con una importante concentración de barrios populares, villas de emergencia y zonas residenciales con un importante número de personas en condición de pobreza—. Al considerar el fenómeno de la pobreza de acuerdo con el índice de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) —el cual contempla hacinamiento, fuentes de agua, instalaciones sanitarias, electricidad, asistencia a la escuela y empleo para medir la calidad de vida—, según datos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el 12.7 por ciento de hogares en la Comuna 4 (que incluye los barrios de La Boca, Barracas, Parque Patricios y Pompeya) se encuentran con necesidades básicas insatisfechas (Dirección General de Estadística y Censos CABA, 2021). Por otro lado, La Boca posee un reconocimiento internacional turístico debido al famoso pasaje Caminito, inaugurado en 1959 como un museo a cielo abierto; promovido, entre otros, por el artista plástico y referente barrial, Benito Quinquela Martín; así como por el estadio La Bombonera, del Club Atlético Boca Juniors, y el afamado puente transbordador de la boca del riachuelo del Río de La Plata; todos, imágenes emblemáticas, incluso de la ciudad en su conjunto. Esta diversidad entre la riqueza cultural y la pobreza material ha promovido una distinción entre zonas “estigmatizadas” y zonas dirigidas al consumo turístico y a inversiones inmobiliarias (Fabarón, 2019).

Esta particularidad barrial posibilitó un giro en el objeto de investigación, exigiendo un reposicionamiento epistemológico y metodológico que derivó en la incorporación de miradas interdisciplinarias novedosas en nuestras rutinas de estudio, así como una suerte de desplazamiento de la formación de grado como psicóloga hacia un cruce entre el enfoque etnográfico y la sociología urbana. Dicho de otro modo, este giro nos llevó a replantearnos no sólo el lugar tanto del agente (investigador o investigadora) como productora de conocimiento y el de los (demás) actores sociales que contribuyen en la labor investigativa —con sus relatos, lecturas y aportes vivenciales—, sino también a cuestionar el objeto de investigación propiamente dicho, especialmente los modos de construirlo y estudiarlo.

En este sentido, en este capítulo mostraremos, en primer lugar, nuestra pregunta inicial de investigación y cómo, a partir de una revisión conceptual del abordaje cualitativo en las ciencias sociales, empezamos a repensar los caminos andados y por andar, cuestionando incluso la dimensión ontológica de nuestra aproximación. Seguidamente, discutimos la dimensión contextual en nuestra investigación y el lugar de las determinaciones materiales y subjetivas en la comprensión de la problemática a estudiar, a partir de la relación emergente entre la investigadora y los actores sociales.

De la mano de estas reflexiones, debatimos acerca de las dinámicas sociales e intersubjetivas que posibilitan la reflexividad como perspectiva y puente analítico de trabajo; es decir, tanto como postura epistemológica como ética. Posteriormente, ensayamos los posibles efectos, tensiones y dilemas que conlleva asumir posiciones políticas e ideológicas dentro de una investigación articulada por un deseo de transformación social. En este sentido, retomaremos, desde una perspectiva crítica, los alcances y desafíos del trabajo de investigación social cuando es de naturaleza colectiva, y cómo interpela permanentemente nuestro posicionamiento ético y político de compromiso e indagación; lo que nos conduce a vigilar los porqués y los para qué de nuestro trabajo.

Finalmente, planteamos algunas reflexiones e interrogantes que nos permiten seguir discutiendo sobre los aportes y continuos desafíos que se presentan en el desarrollo de investigaciones sociales, donde la participación de los actores/sujetos de investigación es crucial en todas las etapas de trabajo.

DE LA PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN A LA INTERPELACIÓN POR OTRA PREGUNTA

Al preguntarnos sobre la forma en la que las personas viven y dan sentido a su cotidianidad cuando ésta transcurre en territorios económica y socialmente marginalizados en las grandes ciudades de América Latina, nos encontramos con la noción de estigmatización territorial (Wacquant, 2007), la cual nos permite discutir la diferenciación y la discriminación como mecanismos que

operan en la desigualdad. A partir de allí, nos propusimos explorar el modo en que las referencias socioespaciales construyen márgenes que generan distancias y diferenciaciones, reproduciendo la desigual configuración, acceso y distribución de bienes y servicios. Esto, a su vez, comprende una amplia diversidad de condiciones materiales y simbólicas desplegadas de manera no equitativa a lo largo de las ciudades (Centro de Estudios Metropolitanos, 2020; Herzer *et al.*, 2011; Fabaron, 2019).

A partir de esta discusión, nos interesó conocer cómo estas condiciones materiales y simbólicas promovían estigmas territoriales entre las personas habitantes de estos espacios, al calificar negativamente el lugar de residencia y, por desplazamiento, la posición que dichos habitantes ocupan en el espacio social y urbano (Segura, 2012). Específicamente, nos apoyamos en el concepto de estigmatización tal como lo plantea Wacquant (2007); es decir, como la fijación y territorialización de la marginalidad, incluso de la criminalidad, como fuente de proliferación de etiquetas, lo cual expresa los graves problemas que genera la desigualdad social.

Desde este posicionamiento, nos planteamos como problema de investigación las experiencias de estigmatización territorial vividas por habitantes del barrio de La Boca, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; el objetivo es comprender cómo estas experiencias intervienen en la construcción de fronteras sociales y simbólicas dentro del propio barrio y, de este modo, indagar en la manera en la que estos procesos de estigmatización y fronterización intervienen en la configuración de las formas de habitarlo. Se trataba de indagar cómo la gente produce, reproduce y reinterpreta estigmatizaciones territoriales, en relación tanto con el espacio habitado como con los “otros”, y en sus modos de significarse como sujeto —que vive en un barrio— con “zonas estigmatizadas”. No obstante, entendiendo que la producción y reproducción de estigmatizaciones por parte de habitantes del lugar están asociadas principalmente con el territorio, también nos parecía relevante ampliar el análisis hacia otras dimensiones que, en conjunto, configuraban la problemática de la estigmatización, tales como las raciales,

étnicas, de género, de clase o de nacionalidad; los cuales trascienden estos espacios y participan en las formas de habitar lo cotidiano del barrio.

Partiendo desde estas consideraciones, nos dedicamos a buscar —como estrategia metodológica— narrativas de residentes de La Boca que nos permitieran conocer cómo la gente otorga sentido a sus experiencias cotidianas cuando están atravesadas por procesos de estigmatización; cómo significan los espacios del barrio a partir de estos procesos y cómo influye esto en los modos de significación y relación socioespacial.

No obstante, durante el proceso de decisión metodológica sobre con quiénes podíamos trabajar, como sujetos de investigación —desde una concepción casi de extractivismo académico—, nuestra propia vivencia como vecina del barrio y dentro del espacio comunitario del bachillerato popular “La Pulpería”, nos llevó a cuestionar nuestras prácticas de investigación. Desde un ejercicio de reflexión crítica, estas vivencias nos permitieron identificar los obstáculos epistemológicos (Bachelard, 1976) que nos habían llevado a formular aquellas preguntas sin tomar en consideración las aristas que aquí intentaremos desarrollar.

La cuestión cualitativa en los modos de indagación

Para quienes trabajamos desde la perspectiva cualitativa, uno de los primeros retos es aceptar que no existe una forma única de llevar cabo una investigación, y que existe un amplio debate en torno a reconocer que nuestro proceder depende de nuestras creencias sobre la naturaleza del mundo social, nuestras consideraciones sobre cómo es posible el orden social y qué papel juegan en él la materialidad, el significado y la práctica en la explicación de ese orden (o desorden).

Además de estas cuestiones, existen otras inquietudes que enriquecen la labor de la ciencia social. Por lo tanto, es importante tener en mente cómo se producen y desarrollan los cambios históricos fundamentales en la estructura de la sociedad y cómo influyen en nuestro entendimiento del mundo (Benzecry *et al.*, 2019: 12-13).

En una perspectiva más amplia, debemos considerar los propósitos y objetivos de nuestra investigación; ser conscientes de nuestras creencias y posibles sesgos; reflexionar sobre nuestra relación con los intereses académicos, incluyendo las posturas específicas de las agencias de financiamiento; y si debemos adaptar nuestras rutinas de evaluación del conocimiento a los enfoques o teorías respaldadas por estas entidades. Asimismo, debemos tener en cuenta las características de quienes participan en nuestra investigación, su grado de implicación y mediación en el proceso, así como las distintas perspectivas que se pueden presentar al decidir entre seguir una “escuela” de investigación en particular o buscar enfoques pragmáticos que combinen diversas perspectivas, métodos y técnicas.

Finalmente, en este proceso surge constantemente la pregunta de si debemos comprometernos con una única corriente de pensamiento y luego seleccionar los métodos y técnicas que sean coherentes con sus principios filosóficos, o si, por el contrario, debemos optar por una variedad de enfoques y métodos que se adapten a los objetivos y al contexto específico de nuestra investigación.

Como se podrá observar, las diferencias en la combinación de estos factores dan lugar a una amplia variedad de enfoques en la investigación cualitativa. Para algunos investigadores/as, estas decisiones se toman desde el diseño mismo de la investigación; en nuestro caso, concebir el proyecto como una investigación social, que involucrara activamente a sus actores (sujetos) de estudio en todas las fases, fue surgiendo con más fuerza a medida que fue avanzando el proceso de exploración empírica y analítica. Lo único seguro era que se trataba de una investigación cualitativa.

Pero ¿de cuál investigación cualitativa hablamos?

Cuando afirmamos que nuestra investigación es de naturaleza cualitativa, ¿a qué nos estamos refiriendo? Responder esto es nuestra primera exigencia de “objetividad” o, mejor dicho, de sinceridad y rigor científico. La investigación cualitativa es difícil de definir claramente; hay autoras y autores que señalan

que ésta no tiene teoría, paradigma o incluso un conjunto de métodos o prácticas que le sean distintivamente propios (Denzin y Lincoln, 2012: 6). Nosotras la entendemos como una unidad de producción de conocimiento donde se encuentran enfoques y métodos de diferentes disciplinas de investigación, que podemos emplearlos tal como lo definen sus perspectivas teóricas originales o integradas a otros enfoques.

Nos permitimos enlistar una selección de tradiciones de investigación cualitativa señalando su “origen disciplinario”, para observar la diversidad y riqueza de opciones:

Tabla 1
Origen disciplinario de las tradiciones de investigación

<i>Tradiciones de investigación</i>	<i>Origen disciplinario</i>
Etnografía	Antropología cultural
Fenomenología	Filosofía
Etnometodología	Sociología
Análisis del discurso	Psicología social y sociología
Interaccionismo simbólico	Psicología social y sociología
Teoría fundamentada	Sociología
Hermenéutica	Filosofía, crítica literaria
Construccionismo	Psicología social
Teoría crítica	Filosofía
Investigación-acción participativa	Educación y ciencias sociales
Investigación de género y estudios feministas	Estudios de género y ciencias sociales

Fuente: elaboración propia con base en Benzecry, Krause y Reed (2019).

En nuestra experiencia, seleccionamos varios de estos métodos y técnicas; nuestro trabajo es garantizar la coherencia y el rigor. Asimismo, siempre atendemos a la sensibilidad y adecuación de los métodos seleccionados para los objetivos, las y los participantes, los datos con los cuales trabajaremos, así como para la exploración de problemas emergentes. No obstante, en la literatura actual hay autoras y autores que intentan encontrar elementos comunes y sustantivos, propios de la investigación cualitativa, en el esfuerzo

por darle fortaleza y estabilidad en su campo de conocimientos (Vasilachis de Gialdino, 2009).

Sin embargo, a pesar de esta diversidad, varios y varias han intentado capturar la esencia y definir características de la investigación cualitativa. En general, distintas definiciones apuntan que esta investigación:

[...] se caracteriza por ser contextual, emergente y fundamentalmente interpretativa [...], los investigadores cualitativos (*sic*) tienden a tener una perspectiva holística y compleja del mundo social; se preocupan por tener una reflexión sistemática durante todo el recorrido de la investigación; son sensibles frente a su propia biografía e identidad social y la manera como esto influye en su trabajo; y, confían en un razonamiento complejo que se mueve dialécticamente entre la inducción y la deducción (Marshall y Gretchen, 2011: 174; en Rivas Montoya, 2015: 5).

Otros enfoques consideran a la investigación cualitativa como “naturalista e interpretativa”, preocupada por explorar los fenómenos “desde el interior”; donde son percibidas las “perspectivas” y “puntos de vista” de los y las participantes como comienzo de la investigación; estudian los fenómenos en sus entornos naturales, intentando buscarle sentido o interpretarlos en términos de los significados que tienen para las personas; finalmente, también es vista como un conjunto de prácticas de interpretación que hacen visible al mundo (Ormston *et al.*, 2003).

Estas consideraciones nos permitieron cuestionar incluso la dimensión ontológica de nuestra aproximación y, por añadidura, las subsecuentes dimensiones de la teoría del conocimiento en la que nos apoyamos, así como del andamiaje metodológico. Esta experiencia nos exigió interrogarnos por el lugar desde “donde hablo” (pienso y siento) y, especialmente, desde dónde los y las participantes de la investigación “pueden hablar”.

A partir de este giro en la concepción ontológica de nuestra investigación, pudimos reconocer otras dimensiones que estaban presentes en las formas de habitar lo cotidiano, y que no se reducían a la sola cuestión (problemática) de las estigmatizaciones como mecanismo que opera en la dimensión simbólica de la desigualdad social. Es decir, las formas de habitar un barrio popular no

están (ni pueden y ni deben estar) limitadas por experiencias únicas y exclusivas de estigmatizaciones territoriales; al encerrar nuestro objeto de investigación dentro de esta categoría analítica, estábamos encerrando — además de irrespetando— las demás expresiones y vivencias cotidianas de las personas que habitan La Boca. Fue este nuestro primer encuentro con un obstáculo epistemológico.

Pero ¿de dónde vino esta interrogación? Como parte de las experiencias como docente del bachillerato popular La Pulpería, y en el marco de las dinámicas de trabajo asambleario dentro de la clase de técnicas de organización popular, emergió la duda por el lugar que ocupaban las vivencias afectivas, emocionales y de solidaridad que nos compartían las y los estudiantes (habitantes del barrio) durante el proceso de investigación.

En una ocasión,[1] una de las estudiantes participantes comentó:

—Nadie que viva en La Boca desde que nació, no conozco a nadie, ¿eh?, que hable mal de La Boca o que no la defienda; es el mejor barrio del mundo, digo yo (risas).

—¿Por qué lo dices?

—Porque todos nos conocemos y nos defendemos, sabemos qué le pasa a todo el mundo y amamos al barrio... es el mejor... ¡ah! y tenemos el mejor club de fútbol del mundo ah... ¡re! [risas].

(J., estudiante, 32 años; habitante originaria del barrio La Boca. Entrevista: 14 de septiembre de 2017.)

Más adelante, en una entrevista en profundidad, un estudiante del mismo bachillerato nos comentaba:

—Es que pasa de todo en el barrio, es muy entretenido.

—¿Qué cosas pasan?

—Los vecinos que se pelean, gritos, cosas que lanzan, la murga, el candombe, los bomberos, los quilombos, de todo.

—¿Y a ti te entretiene igual un candombe que una pelea de vecinos?

—Claro, vos salís, se juntan todos; viste que siente la sirena y se juntan, y ya empezás a charlar, a hablar; tomamos algo; así, ¿me entendés? Acá sigue, no para; acá la noche sigue, sigue, siempre hay algo; si no lo ves, te enteras al otro día, “¿viste que pasó esto y aquello anoche?”

(D., varón, 45 años; habitante originario del barrio de La Boca. Entrevista: 3 de noviembre de 2018.)

Mientras estas escenas emergían, presentamos la defensa del proyecto de tesis doctoral.[2] Entre los comentarios y sugerencias aportadas por el jurado, surgió la cuestión por la diversidad de mecanismos que operan en la producción de fronteras sociales y simbólicas, objetivo principal de nuestra investigación. Esta instancia supuso aportes significativos que nos permitieron dar el salto fundamental en el desarrollo de la investigación al dar cabida a las nociones de orgullo/reconocimiento, los cuales, junto a la de estigmatización, extienden el punto de observación sobre las formas de habitar el barrio.

En este sentido, comenzamos a preguntarnos por la dimensión contextual de nuestra investigación en dos direcciones: por un lado, por esta “ambivalencia” que atraviesa la experiencia de habitar La Boca (orgullo, reconocimiento, respeto y estigma) para especificar la construcción de un caso de estudio que no se circunscribe a los lugares habituales donde se ha estudiado la estigmatización; por otro lado (o simultáneamente), comprender el lugar significativo —más no exclusivo— de las condiciones materiales que describen y caracterizan este barrio en particular, el cual posee, paradójicamente, zonas “estigmatizadas” y zonas dirigidas al consumo turístico y a inversiones estatales y privadas que tienden a privilegiar cierto tipo de actores (empresarios y consumidores), fortaleciendo fronteras entre distintos tipos de ciudadanía, las cuales generan formas de sociabilidad y de usos diferenciados dentro del propio barrio (Fabarón, 2019: 129). Para ello, pasamos a discutir lo que entendemos por dimensión contextual.

ENTENDIENDO EL “CONTEXTO” Y LAS DETERMINACIONES MATERIALES

En la labor científica social debemos trabajar con una realidad donde coexisten datos “materiales” procedentes tanto de la “realidad estudiada” (un campo diferenciado que construimos en la medida que avanza la

investigación) como de la “realidad del contexto” más amplio donde nos situamos y, asimismo, captamos, observamos, describimos, interpretamos los datos de la primera, los cuales se nos presentan como “significados subjetivos”. En el esfuerzo por evitar la mirada dicotómica de la realidad (objeto/sujeto; naturaleza/social), tenemos que lidiar con esa separación aprendida por el “sentido común” y desarrollar capacidades para unir, diferenciar y volver a recomponer, tanto aquellos significados otorgados por quienes participan de nuestra investigación como los demás datos que registramos del contexto material y que pudiéramos asumir como realidad aparentemente “independiente”.

Aquí debemos apelar a la experiencia para saber diferenciar cuándo y cómo lo “material” se nos presenta mediada, subjetivizada; cuándo y cómo sentimos su presencia influyente; y cómo, en la acción social de producir conocimiento, somos capaces de ponderar su presencia fenoménica y determinante en nuestra relación intersubjetiva.

Veamos un ejemplo: estando situada en el “contexto” y en el “campo” de nuestra investigación, la incorporación de determinaciones “estructurales” e “institucionales”, desde internacionales (redes sociales, impactos de las tecnologías en el empleo, etcétera) hasta nacionales y locales (dinámica económica y social de la ciudad y el país, políticas públicas en urbanismo, transporte, servicios de salud, entre otras), pueden aparecer (o no) como incidencias en la totalidad de esos fenómenos del mundo material; incluso puede que las mismas sean interpretadas y articuladas de maneras particulares por cada una de las personas inmersas en esta práctica intersubjetiva de investigación, mediada, a su vez, por las representaciones sociales, repertorios culturales, juicios y valores.

En este caso, nos preguntamos si quien dirige una investigación social es responsable de considerar esos procesos, explicarlos e incluirlos en la práctica investigativa, sin que sea entendido como una posición “privilegiada” o “hegemónica”, o es que efectivamente es un desplazamiento de un lugar de investigación participativa (en el sentido de lugares de participación conjunta con los demás actores de la investigación) a uno de práctica pedagógica (casi

instruccional), que violenta las realidades y experiencias de los demás actores de la investigación.

En una entrevista con otro estudiante de bachillerato popular, a propósito de las limitaciones “materiales” que encontraba en su vida cotidiana en La Boca, relata:

Yo creo que la limitación ahora es más la tecnología, porque viste que casi siempre te piden sacar todo por Internet o celular; hay gente que no tiene, ¿viste? Ponele, para sacar entradas para (la galería) Proa [Fundación Proa], viste que a veces lo tenés que sacar por Internet. Eso creo yo que es el problema, todas esas cosas, ¿viste?, [el museo] La Usina, todo eso que va por Internet. Yo me tengo que vacunar y mi celular no, no me deja porque es viejo; no me vacuné, no tengo ganas; además, mi celu no tiene memoria, me obliga a cambiarlo. Es esa, lo tengo que cambiar porque es viejo, por eso no me deja bajar ninguna aplicación, no me deja hacer nada. Eso te limita acá, no otra cosa (L., varón, 41 años; habitante originario del barrio de La Boca. Entrevista: 7 de septiembre de 2020.)

Ante estas cuestiones (como es el caso de las decisiones en torno a vacunarse o no contra Covid-19), decidimos abrir un paréntesis en la entrevista para reflexionar y discutir al respecto junto con la persona entrevistada (L.), tomando en cuenta el contexto y la forma en que la relación intersubjetiva se configura en relación con el mundo material. Esto nos permitió discutir y contraponer miradas e interpretaciones ante este acontecimiento mundial, desde la experiencia individual, buscando que nadie de nosotros quedara subsumido o simplificado bajo la “estructura determinante de lo social” ni de “lo material”. No es una tarea fácil; por ejemplo, pesa mucho la orientación profesional o determinadas corrientes teóricas y valorativas.

Como psicóloga de formación, debo estar vigilante ante el intento de proponer interpretaciones “psicologistas” de algunas acciones, o reconocer si la influencia conceptual del “materialismo determinista” en la explicación de los problemas termina desvaneciendo el “lugar desde donde hablan” las y los participantes, así como la importancia de la subjetividad al considerar el conocimiento allí creado como un mero “reflejo” de lo que es propuesto como

lo “real”. El contexto no puede absorbernos por completo, tal como señala Mangabeira Unger (2009). “Ese contexto lo necesitamos, pero no necesitamos rendirnos ante él. Es lo que somos, pero somos más que él” (Hernández Romero y Galindo Sosa, 2007: 237). El desafío está en poder reconocer el valor tensional que tienen tanto la influencia del contexto como la subjetividad en la producción del conocimiento.

En esta necesidad de visibilizar, por un lado, la importancia del contexto, especialmente en su naturaleza histórica, y, por el otro, la urgente reflexión sobre el lugar de dicho contexto en la (sobre)determinación (o no) de la realidad social, simbólica e intersubjetiva, nos interesa discutir precisamente estos dos conceptos (intersubjetividad y reflexividad) que, para efectos de nuestro derrotero, son significativos en la construcción de nuestra investigación.

LA REFLEXIVIDAD COMO PROCESO INHERENTE DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL: DINÁMICAS SOCIALES Y QUEHACER INTERSUBJETIVO

Intersubjetividad como eje de comunicación participativa

Para poder relatar el proceso fundamental de la reflexividad como parte inherente, casi constitutiva, de nuestro proceder en la investigación en todas sus fases, nos parece relevante discutir lo que el concepto de intersubjetividad nos aporta. Especialmente cuando nos orientamos hacia la investigación social, donde los actores son partícipes y protagonistas del desarrollo de ésta.

Desde la psicología colectiva, Fernández Christlieb (1989) propone que la idea de intersubjetividad, más allá de ser el espacio que media entre los sujetos que inter-actúan, es el proceso de creación e intercambio simbólico que emerge y se sostiene sobre la esencia misma de la comunicación. Ésta no es pues un mero instrumento o medio, sino la instancia y la dimensión desde donde se construyen símbolos, sean sujetos sociales (como una colectividad o un bando) o sistemas simbólicos (como el lenguaje, los objetos, los eslóganes),

los cuales son usados por aquellos para construir mundos significativos (Martínez Araujo, 2011). La intersubjetividad, comprendida desde esta perspectiva, es un universo que genera símbolos, los cuales, además de ser accesibles a las personas, sirven para definir la realidad y comunicarse dentro de ella misma, logrando mantenerla, organizarla y transformarla.

Fernández Christlieb (1989), en ese mismo texto, nos dice que la intersubjetividad de la vida cotidiana puede explicarse a partir de dos procesos que, de manera simultánea, confluyen y se complementan. En el primer proceso, la intersubjetividad es interpretada, apropiada, incorporada por los sujetos sociales, y en ellos, al fundirse —sujeto e intersubjetividad—, moldean una identidad social; así, los símbolos de la realidad tienen significado y la vida hace sentido. Estos símbolos que cobran sentido incluyen también a los propios sujetos sociales. El segundo proceso hace referencia al intercambio entre los sujetos, los símbolos, los significados, lo cual va recreando la realidad social; es el proceso de comunicación que da forma a la intersubjetividad: “Los símbolos cambian de significado, los significados de símbolos; unos y otros instituyen y se abolen en un devenir sin pausas” (Martínez Araujo, 2011: 221). La comunicación posibilita la comprensión de los acontecimientos y experiencias que significan los símbolos y que simbolizan los significados, atendiendo a lo que apela la intersubjetividad, es decir, a la expresión, el intercambio y la interpretación de éstos (Martínez Araujo, 2011). En este sentido, es mediante las relaciones y las prácticas como accedemos a un mundo construido, y que simultáneamente contribuimos a su construcción.

Esta generación de símbolos y significados se da en diversas esferas de la vida cotidiana, y en este sentido consideramos las formas como se gestiona la intersubjetividad entre quienes, participando de la investigación, colaboran en la producción y reproducción de fronteras simbólicas y sociales en su vida cotidiana, y simultáneamente construyen y configuran modos “ambivalentes” de habitar el barrio.

Vale la pena resaltar algunos aspectos señalados por Schutz (1972) concernientes al aprendizaje que ocurre en el mundo de la intersubjetividad.

No es un proceso lineal y propiamente contiene elementos de cierta complejidad que sólo podemos detectar en nuestra práctica de investigación. Normalmente pensamos, como señala este autor, que podemos explicar la constitución de la intersubjetividad a partir del significado creado desde las vivencias propias y ajenas; es decir, que se construye considerando al otro y en relación con él, y que ese proceso ocurre en el mundo de la vida cotidiana, el cual es percibido por la conciencia como un mundo ordenado naturalmente, algo así como una segunda naturaleza, y que, por lo general, la gente no se pregunta por su constitución, ya que lo acepta como dado y supone que así piensan los otros. En esa “naturalización” del mundo que se percibe, el proceso de socialización juega un papel preponderante, el cual busca interiorizar el mundo y los significados que nos preceden desde nuestro nacimiento y se prolongan hasta la muerte (pp. 234-236).

Veamos cómo se refleja esto en una de las entrevistas:

—Decías que hay gente que hace cosas malas. ¿Cómo dirías que son esas personas que dañan la imagen del barrio?

—Bueno, que hacen ver mal al barrio.

—¿Haciendo qué?

—Bueno, como son todos vecinos, yo digo, ¿por qué no van a robar al centro donde hay gente de plata? ¿Por qué nos tenemos que... nos tienen que robar a sus mismos vecinos? Me da una bronca.

—¿Y por qué crees que ellos roban?

—Mmmm... para mí roban por la costumbre, porque de trabajar hay trabajo, pero es una maldita costumbre que buscan lo fácil... más que le roban a los que son igual que ellos, de su misma sociedad, y no a los que tienen más plata.

—¿Qué roben, pero no a nosotros?

—Y sí, claro. ¿No te parece? Deberían hacerlo en otro lugar.

(V., mujer, 43 años; habitante del barrio de La Boca, de origen boliviano. Entrevista: 12 de febrero de 2021.)

En este extracto, podemos encontrar versiones “naturalizadas” tanto por la entrevistadora como por la persona entrevistada acerca de diversos ámbitos de la realidad social. En este intercambio de ideas, representaciones y valoraciones, se pone en juego la construcción significativa de dicha realidad:

por un lado, la noción valorativa de la maldad y su asociación con la corrupción de la imagen del barrio, de su dimensión simbólica; por el otro, la noción normativa y del deber ser, que no interpela moralmente al acto (*robar*), sino al destino de sus acciones (*su misma sociedad*).

En este sentido, planteamos que el lugar del otro es crucial en la investigación social, puesto que, desde esta consideración, entendemos el papel protagónico que tienen nuestros actores dentro de la labor investigativa, no sólo como sujetos informantes, sino especialmente como articuladores de una realidad significativa, que cobra esa significación a partir del encuentro con la persona que investiga (quien inicia la investigación), e interpelando los modos de generar dicho conocimiento.

El lugar de la reflexividad en la investigación social

Al asumir la intersubjetividad como una postura teórica y epistemológica en nuestra investigación, entendemos que en el mundo social las personas nos vemos afectadas por el proceso de ser estudiadas y que la relación entre los fenómenos sociales y quien los investiga es dinámica. Bajo estas premisas, la persona investigadora no puede ser neutral ni producir un relato objetivo o “privilegiado”. Entre las posiciones más objetivistas y las mediadas por valores, algunos investigadores e investigadoras proponen la “neutralidad empática”, una posición que reconoce que la investigación no puede estar libre de valores, pero que aboga por que hagamos transparentes nuestras posiciones, sesgos y creencias mientras intentamos, en la medida de lo posible, reconocer cuándo los prejuicios en nuestro enfoque están interfiriendo en cualquiera de las etapas de la investigación, en el sentido de tergiversar o conducir el conocimiento hacia nuestras concepciones previas.

En este contexto, cabe mencionar el concepto de “reflexividad” por su notable importancia en la investigación cualitativa. Si bien hay autores que prestaron atención a esta actitud, la cual debe estar presente entre quienes realizan investigaciones, Bourdieu (2001) argumentó que el científico social está intrínsecamente cargado de prejuicios y sólo al ser consciente de forma

reflexiva de éstos puede liberarse y aspirar a la práctica de una ciencia objetiva.

El concepto de reflexividad permite elaborar un enfoque cuya característica principal es haber sido pensado como modo de escapar al doble riesgo del objetivismo y del subjetivismo. Así:

[...] la postura reflexiva se vincula con la adopción de una “mirada relacional” sobre los fenómenos, que por un lado pone de manifiesto los nexos entre los objetos y sus contextos (los campos), y por el otro, vincula el quehacer científico con su propio campo de producción, y de esa manera lo objetiva como producto histórico (Giglia, 2003: 176).

De tal forma que la reflexividad implica considerar críticamente nuestra colocación en el campo científico (y el campo mismo como objeto), establecer reflexivamente la metodología que usamos y definir el terreno que elegimos, tomando en cuenta aquellas dimensiones para poder encarar las constricciones propias de la actividad científica (social). El itinerario de una investigación social exige la lectura constante y consciente de los cambios y las modificaciones que nuestra intervención y participación genera en el otro, ya sea tanto en el contexto como en el campo de acción. En este sentido, en nuestro propio recorrido, estar atentas a lo que nuestra propuesta generaba en los actores posibilitó, como parte del giro en el diseño de la investigación, la reconstrucción del objeto.

Esta lectura permanente está sostenida sobre las implicaciones éticas y políticas que nuestra pregunta posibilita, de allí que los dilemas en relación con los porqués y para qué de la investigación son siempre un desafío. Veamos cómo se articulan estas implicaciones en nuestro trabajo.

TENSIONES, DILEMAS E IMPLICACIONES ÉTICAS

Las posiciones políticas e ideológicas y su relación con la investigación articulada con un deseo de transformación social juegan un papel importante en el sentido de que la investigación y quienes investigan deben

comprometerse con la definición de un futuro posible y deseable para transformar la realidad. Este compromiso político genera nuestro primer reto en el proceso de construir conocimientos. Al introducir nuestro “deseo” en la “realidad” que aspiramos conocer/construir, ya sea la idea de una realidad externa, ésta se diluye y en su lugar emerge una relación compleja donde se conjugan nuestras preocupaciones, apreciaciones teóricas, la perspectiva de quien participa con nosotras en ese proceso de conocimiento, y lo que podríamos denominar las “referencias empíricas” de esa realidad que observamos, captamos e interpretamos.

Por otra parte, la ética en el espacio de nuestros valores personales, y de quienes se relacionan con nosotras directa e indirectamente en la acción social, está presente en nuestra práctica política e influye notablemente en la naturaleza de lo que entendemos como proceso de construcción de conocimientos que puedan ser aprovechados para guiar y actuar en esa realidad por transformar. Buscamos reconocer esos principios éticos y tratar de que estén presentes tanto en nuestra actividad investigativa (en la construcción del conocimiento) como en la comprensión global y particular que pueda ser aplicada en las mejoras y cambios de la condición humana, así como en el progreso de la comunidad y el país donde vivimos y trabajamos.

En nuestro trabajo como investigadora usualmente exponemos (verbalmente y mediante acciones y prácticas públicas) aquellos principios que rigen nuestro trabajo con la gente involucrada en el proyecto. Esta interacción es lo que más arriba llamamos *intersubjetividad* y con la cual nos guiamos y actuamos como agentes en la vida cotidiana, en las relaciones sociales y en el “nosotros/as”; es fuente permanente que nutre juicios, prejuicios, creencias, conciencia y saberes acerca del mundo donde estamos. Un proceso donde, desde la conciencia de la propia subjetividad y el reconocimiento de la subjetividad del otro, podemos descifrar repertorios del mundo y darle sentido a nuestra orientación y finalidad. No siempre los principios éticos presentes en la intersubjetividad creada son obvios o transparentes, y sobre ese aspecto particular solemos insistir en nuestras actividades comunes.

Como ejemplo, los principios que prevalecen en nuestro ejercicio (y que responden al ethos profesional como psicóloga) son el reconocimiento y respeto hacia el otro, la dignidad, la idea del bienestar común y la confidencialidad, porque no sólo son temas especiales de estudio en nuestro proyecto (el respeto, por ejemplo), sino que son fuente de intercambio y diálogo entre quienes investigamos y las personas que participan en la investigación, como “protagonista y audiencia”.

En este punto subrayamos la importancia de comprender lo que denominamos la experiencia de ser protagonista y audiencia/receptor. El mundo de la vida es escenario protagónico de la reflexividad que da lugar a la reciprocidad; es espacio material y de significados donde la experiencia deconstruye la supuesta “homogeneidad” de las y los actores sociales, incluidos quienes investigamos. ¿Qué implicaciones éticas tiene esta consideración? Estar alerta a las prenociones que anteceden el trabajo de campo; estar auténticamente predisuestas a la diferencia en la semejanza; revisar los supuestos que naturalizamos en esta relación; cuestionar el lugar de poder que esconde la expresión “darle voz a los sin voz” y, por el contrario, defender la condición de que todas las personas tenemos voz, pero no siempre contamos con canales, recursos o potencialidades para ser escuchados. En este sentido, en este devenir, debemos igualmente garantizar la integridad personal de quienes aportan su vivencia para la producción de conocimiento.

Lo que comprobamos en nuestro último proyecto de investigación fue la importancia de ratificar la construcción intersubjetiva de valores y normas como cualidad ética. Compartir y dialogar esos principios relacionados con eventos particulares o emergentes en la investigación es una actividad permanente, cumple el propósito de establecer que los mismos son justos y respetuosos con las experiencias y vivencias de todas y todos quienes participamos de la investigación.

Hemos observado en la experiencia que los asuntos éticos son evidentes y aceptados para unos casos e ignorados en otros, estableciéndose así la oportunidad para formar diálogos sobre ellos. No pocas veces, dada la intensidad de los diálogos y la afectividad que configura gran parte de los

temas discutidos, las personas investigadoras nos vemos convocadas a tratar asuntos personales de miembros de la comunidad. En nuestro caso, por ejemplo, por ser psicóloga, es común que algunos de los miembros activos de la comunidad y participantes en algún grado de la investigación soliciten nuestra ayuda profesional para aconsejar caminos a seguir para atender problemas personales o familiares. Es una tensión que debemos gestionar para que la relación entre nuestra ética de protección al “protagonista y audiencia/receptor” y los objetivos de la investigación no se vean afectados, y la sobreexposición de una relativa ventaja de conocimientos inhibe o debilita el protagonismo activo de quienes participan en la investigación.

En nuestra experiencia constatamos permanentemente que lo ético y los intereses políticos no siempre provienen de una relación armónica; por el contrario, está siempre sujeta a reflexiones y vigilancias epistemológicas. Según el enfoque de Weber (1998 [1919]), quien distinguió entre la ética de las convicciones y la ética de las responsabilidades, subrayando esta última como la verdadera ética política, el investigador o la investigadora deberá optar por la responsabilidad frente a la realidad que estudia, en especial con quienes ha establecido una red de confianza y no necesariamente participan desde perspectivas políticas similares o coincidentes con las de la investigadora.

No necesariamente quienes investigamos en torno a los problemas sociales asumimos una postura política, no sólo sobre el carácter de la investigación, sino también sobre los objetivos académicos y sociales. Pero otras lo hacemos y establecemos una visión, un compromiso y una acción política coherente con la idea de cambio y transformación social, tanto general como con la realidad y el problema específico que investigamos. En la relación entre nuestras posiciones políticas y las responsabilidades que ella entraña, también pensamos en los riesgos. Mediante los procesos de construcción intersubjetiva logramos revisar críticamente nuestras ideas y conceptos, y allí se somete a una tensión mayor porque aceptamos los cambios conceptuales y las ideas emergentes, mientras garantizamos la integridad de lo que deseamos investigar, los métodos, fines investigativos, el

rigor y la coherencia. Todos estos procesos deberán ser acordados y consensuados entre quienes participan en la investigación.

REFLEXIONES FINALES Y PREGUNTAS

En este capítulo intentamos dar cuenta de cómo, a partir de experiencias en el trabajo territorial y convivencial, pudimos rediseñar modos de producción colectiva de conocimiento y de qué manera la aproximación cualitativa en las ciencias sociales lo permitió (y en ocasiones lo obstaculizó).

A partir de la forma de concebir y trabajar con los datos empíricos, fueron emergiendo diversos hitos que marcaron los recorridos de elaboración, revisión y relectura de los procesos de escritura, así como de la relación entre la investigadora y los actores sociales, lo cual nos permitió reflexionar sobre las dinámicas sociales e intersubjetivas que posibilitan la reflexividad como perspectiva y puente analítico de trabajo.

En estas reflexiones nos preguntamos por las implicaciones éticas implicadas en el desarrollo de investigaciones sociales donde es crucial la participación de los actores/sujetos de investigación en todas las etapas de trabajo. En ese sentido, nos preguntamos por las competencias que tiene la labor de investigación sobre la compleja realidad social en la cual participan las diversas instituciones, actores y valores sociales. Esto nos exige una permanente responsabilidad y preocupación por el otro que, a decir de Ricoeur (1997), es simultáneamente un sujeto de derechos, en términos jurídicos, y un sujeto de estima y respeto, en términos morales.

Esta responsabilidad busca no sólo evitar daños, como acto de precaución, sino también asumir *prudentia*, en sentido aristotélico, o *phronesis* (razón prudencial, como le llama Ricoeur), la cual entiende que las relaciones humanas conllevan una serie de incertidumbres y conflictos. Para lograr el compromiso con la escucha, éstas deben plantearse —en términos de respeto mutuo y reciprocidad— la búsqueda de “lo que puede ser de otra manera”; es decir, deliberar y actuar razonablemente en lo práctico, en lo particular y lo que es mejor para el ser humano (Sánchez Vázquez, 2008: 151).

Así, la responsabilidad prudencial en el ejercicio de nuestra labor da cuenta de una relación de consideración hacia el otro que implica una dimensión intrapsíquica (posición subjetiva del profesional ante ese otro que participa de su acción), una intersubjetiva (de relación recíproca donde cada uno es, alternadamente, el que puede y el que padece la acción del otro) y, a su vez, una dimensión colectiva (Sánchez Vázquez, 2008: 151), que nos exige superar el mero “ethos burocrático” asociado al rol y a la posición dentro de la investigación y buscar el “ethos profesional”; es decir, recordar que el compromiso debe ser con las personas cuyo beneficio es el que le otorga sentido a nuestra actividad.

REFERENCIAS

- Bachelard, Gastón (1976). *La formación del espíritu científico*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Benzecry, Claudio; Mónica Krause; e Isaac Ariail Reed (editores) (2019). *La teoría social, ahora. Nuevas corrientes, nuevas discusiones*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Science de la science et reflexivité*. París: Raisons d’agir.
- Centro de Estudios Metropolitanos (2020). “Las desigualdades en la Ciudad de Buenos Aires”, 15 de abril. *Radiografías Metropolitanas* 7.
- Denzin, Norman, e Yvonna Lincoln (2012). “The discipline and practice of Qualitative Research”. En *Handbook of Qualitative Research*, editado por Norman Denzin e Yvonna Lincoln, 1-28. Thousand Oaks: Sage.
- Dirección General de Estadística y Censos (Ministerio de Hacienda y Finanzas GCBA) (2021, May 10). *Datos*. Buenos Aires Data. Disponible en <https://data.buenosaires.gob.ar/dataset/>
- Fabaron, Ana (2019). “Zonas, fronteras y sociabilidades diferenciadas en un barrio turístico de Buenos Aires”. *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura, Sociedad* 26 (26): 109-131.

- Fernández Christlieb, Pablo (1989). *Psicología social de la cultura cotidiana. Cuadernos de Psicología*. Ciudad de México: Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Giglia, Angela (2003). “Pierre Bourdieu y la perspectiva reflexiva en las ciencias sociales”. *Desacatos* (11): 149-160.
- Hernández Romero, Yasmín, y Raúl Vicente Galindo Sosa (2007). “El concepto de intersubjetividad en Alfred Schutz”. *Espacios Públicos* 10 (20): 228-240.
- Herzer, Hilda; María Mercedes di Virgilio; Tomás Guevara; Julia Ramos; Pablo Vitale; Marcela Imori (2011). “Unos llegan y otros se van. Cambios y permanencias en el barrio de La Boca”. *Población de Buenos Aires* 8 (14): 7-27.
- Mangabeira Unger, Roberto (2009). *El despertar del individuo: imaginación y esperanza*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Marshall, Catherine, y Gretchen Rossman (2011). *Designing Qualitative Research*. Thousand Oaks: Sage.
- Martínez Araujo, Zahiry (2011). “Consideraciones teóricas para la comprensión del sentido de lo político en la vida cotidiana”. *Argos* 28 (54): 217-243.
- Ormston, Rachel; Liz Spencer; Matt Barnardand; y Dawn Snape (2003). “The foundations of Qualitative Research”. En *Qualitative Research Practice. A guide for social science students and researchers*, compilado por Jane Ritchie, Jane Lewis, Carol Mc Naughton Nicholls y Rachel Ormston, 1-25. Los Angeles: Sage.
- Ricoeur, Paul (1997). “Autonomía e vulnerabilidade. Sessão inaugural do Seminário do Instituto de Altos Estudos sobre a Justiça” (6 de novembro de 1995). En *Philosophie dans la cité. Hommage à Hélène Ackemans*, 73. Saint Louis: Publicações das facultades universitárias Saint-Louis.
- Rivas-Montoya, Luz (2015). “Un acercamiento a la investigación cualitativa”. *Forum Doctoral* 6.

- Sánchez Vázquez, María José (2008). “Ética y profesión: la responsabilidad en términos de prudencia responsable. El caso de la psicología”. *Fundamentos en Humanidades IX* (17): 145-161.
- Schutz, Alfred (1972). *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Segura, Ramito (2012). “Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata”. *Revista Quid* 16 (2): 106-132.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (2009). “Los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la investigación cualitativa” [en línea]. *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research* 10 (2): art. 30. Disponible en <<http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0902307>>
- Wacquant, Loic (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Weber, Max (1998) “La ciencia como vocación”. En *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial [1919].

[Notas]

- [1] Asamblea de Organización Popular “Bachillerato Popular La Pulpería”.
- [2] Defensa presentada y aprobada por el jurado compuesto por el Dr. Ramiro Segura y Dra. Ana Fabarón y el director de tesis, Dr. Sergio Caggiano, en noviembre de 2020 en la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Colaboraciones y tensiones ético-metodológicas de una investigación en un albergue para migrantes

Delphine Prunier

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

El campo de los estudios migratorios presenta un reto metodológico importante en términos de escala de estudio y de tipo de información privilegiada. La investigación puede enfocarse al nivel global, regional, nacional, o bien a estudios de caso a escala local, tomando en cuenta los espacios de origen, tránsito, espera, circulación o destino. Además, puede orientarse hacia la interpretación de datos cuantitativos (censos, encuestas, análisis de flujos económicos, materiales o humanos) o de datos cualitativos que tomen en cuenta la dimensión sensible, subjetiva, práctica, social y cultural de la experiencia migratoria.

En este capítulo, propongo un ejercicio reflexivo sobre una investigación cualitativa que realicé a través de entrevistas semiestructuradas y visitas regulares en un albergue para migrantes ubicado en la Ciudad de México, Casa Tochan, en 2021. El análisis tiene perspectiva regional, aunque la investigación se llevó a cabo en un lugar específico y espacialmente limitado —el albergue—, aspecto que plantea preguntas metodológicas que intentaré discutir a lo largo del texto.

El proyecto de investigación que estoy desarrollando en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México,

desde inicios de 2020, busca comprender la relación entre extractivismo agrícola, desigualdades territoriales y migración en América Central. Con este objetivo, he establecido una serie de preguntas iniciales alrededor de esta triada: ¿cómo la agricultura de enclave en esta región produce territorialidades desiguales como factor clave de la pobreza, exclusión y migración?; ¿cómo se generan y se extienden las dinámicas de desequilibrios espaciales, sociales y económicos en el medio rural centroamericano a partir de las lógicas productivas de la agricultura global?; ¿cómo contribuyen los despojos y la concentración de recursos agrarios por los enclaves de exportación a una mayor vulnerabilidad del sector campesino, a la formación de nuevos mercados laborales y a la aceleración reciente de los flujos migratorios hacia el Norte?

Además, a partir de lecturas y de mis investigaciones anteriores, he guiado el proyecto alrededor de dos hipótesis principales: por un lado, la de la existencia de una geopolítica regional de la agricultura intensiva que vincula lógicas productivas globales con dinámicas de movilidad y de expulsión de un cierto sector de la población en los territorios periféricos; por el otro lado, y desde un enfoque de geografía crítica, la hipótesis de la producción de espacios y de desigualdades territoriales basada en las relaciones de dominación que caracterizan al sector agrícola global.

Para poner en marcha esta investigación, tenía previsto centrar mi trabajo de campo en los lugares de origen de los migrantes en Centroamérica, en particular, Costa Rica, Nicaragua y Honduras; territorios marcados por los monocultivos y las disputas por los recursos entre estructuras productivas capitalistas y grupos rurales precarizados (pequeños campesinos, jornaleros, trabajadores temporales, etcétera), porque resultaba central apoyar el estudio en un conocimiento anclado en los espacios centroamericanos de origen y expulsión migratoria. Entre marzo de 2020 y finales de 2021, las medidas sanitarias de contención de la pandemia impidieron llevar a cabo este plan, ya que era imposible viajar a Centroamérica. Después de los primeros meses en los que me concentré en lecturas y análisis sobre la historia agraria y la expansión del cultivo de palma en Honduras (Prunier, 2021), me pareció

indispensable continuar e integrar una dimensión más humana y relacional a mi investigación. Decidí conservar el marco global de la problemática y mantener mi pregunta de investigación, pero modificando la metodología y adoptando otro ángulo de lectura, en un contexto y con actores diferentes: en lugar de observar y recorrer los territorios de origen para comprender las dinámicas de marginalización, exclusión y desigualdades generadas por los modelos de desarrollo extractivistas en el campo centroamericano (que a su vez, provocan migraciones), me dediqué a rescatar los relatos y las voces de los mismos migrantes que se encontraban en ruta, tránsito o espera. Aposté entonces a la posibilidad de entender los procesos socioterritoriales e históricos de esta región de expulsión, poniendo atención a las trayectorias individuales de las personas que habían decidido —o habían sido forzadas— a migrar y que se encontraban en la Ciudad de México (Prunier, 2022).

En el presente texto, doy un paso al costado en mi proceso de investigación para cuestionar colectivamente —a través de mi participación en esta obra— los aspectos ético-metodológicos implicados en esta pesquisa, tanto en materia práctica como en el nexo entre la experiencia vivida de investigación y la formulación de propuestas teóricas. Desarrollo tres vertientes centrales para reflexionar sobre la interacción entre investigación social y sociedad, en este contexto de migración y violencia: i) la entrada al campo y los primeros intercambios con las y los interlocutores de organizaciones civiles dedicadas al tema migratorio en México; ii) las condiciones concretas de aplicación de la investigación en el albergue, desde una perspectiva de conocimiento situado; iii) el potencial y las dificultades en el reto de tejer puentes entre relatos personales y tramas sistémicas, específicamente cuando se trata de configuraciones violentas.

ANTES DE ENTRAR AL ALBERGUE: CONTEXTO, OBJETIVOS Y MÉTODOS EN DIÁLOGO

A principios de 2021, tuve una conversación con Leticia Baca Meza,^[1] psicóloga en la Oficina de Atención Psicojurídica del Servicio Jesuita a

Migrantes (SJM) (con base en la Ciudad de México desde 2018), a quien conocía por conductos personales. Ella trabaja junto con abogados desde un enfoque de fortalecimiento de organizaciones civiles, en diálogo con áreas de investigación y atención directa a personas migrantes solicitantes de asilo, quienes buscan apoyo para la integración social y laboral, así como asistencia psicológica en situaciones de trauma o fuerte desconcierto. La labor de Leticia, que se adapta constantemente, tuvo un primer cambio radical a partir de 2018, ya que su trabajo en la oficina se desplazó al Estadio Palillo con la llegada de las caravanas; un segundo cambio fue el paso a la modalidad virtual durante la pandemia de Covid-19. Con ella, pude comprender la condición de fragilidad emocional en la que se pueden encontrar las personas migrantes que llegan a la Ciudad y que han experimentado “una violencia sobre otra violencia”, como el trámite de solicitud de asilo, el cual es, para Leticia, “la última violencia que vivieron”.[2] Durante estos intercambios, además de conocer mejor el alcance de la misión del SJM, pude pensar conjuntamente con ella sobre la posibilidad y los retos de emprender una investigación con migrantes centroamericanos de paso (más o menos temporalmente) por la Ciudad de México. Leticia me describió los episodios de intervención psicosocial en situación de crisis cuando la o el migrante no logra hacer la entrevista que permite iniciar el acompañamiento, porque “no logra explicar lo que le viene pasando”; intentamos medir juntas los contornos de una dinámica de entrevistas respetuosas, no intrusivas ni agresivas para todas las partes involucradas.

A raíz de estas primeras indicaciones, surgió la importancia de una investigación centrada en las trayectorias familiares o laborales de las personas migrantes, así como en sus territorios de origen. Dicho de otro modo, tomando en cuenta las razones por las cuales salieron de su país, ¿qué posibilidad existe para hablar del pasado, de lo íntimo, pero también de lo cotidiano de la vida anterior a la migración? Considerando que algunas de estas personas se encuentran en un momento de crisis en el que sus preocupaciones son inmediatas y severas (resolver trámites de asilo, buscar vivienda y trabajo, definir los próximos pasos de su ruta migratoria, atender

problemas personales, etcétera), ¿es oportuno y aceptable pedirles tiempo y energía para hablar de fenómenos mucho más generales, históricos, económicos o políticos, en una conversación que no les otorgará ningún beneficio concreto en términos de resolución de problemas urgentes?

Gracias a Leticia, entrevisté a otro responsable de la misma organización, encargado de las investigaciones y sistematización de datos, Conrado Zepeda, quien se enfocaba particularmente en la información sobre migrantes en tránsito por el territorio mexicano. Creo que es interesante poner sobre la mesa de reflexión cierta sensación de malestar —¿temor?, ¿pena?— relacionada con mi percepción del desfase: por un lado, el esfuerzo desde la sociedad civil orientado hacia la resolución urgente, la mitigación de crisis y el ejercicio de presión en las políticas públicas para modificar las condiciones de seguridad y movilidad migrante, y, por otro lado, mi búsqueda hacia una lectura de Centroamérica como región de desigualdades y violencias, desde una perspectiva histórica, estructural y finalmente mucho más distanciada. Sin lograr transmitirlo a mis interlocutores con toda la transparencia, me preguntaba si mi investigación era percibida como lejana de las preocupaciones inmediatas y prioritarias, de los problemas reales definidos por estos actores. Más allá de la premura de discutir sobre la forma que puede tener la academia de relacionarse con la sociedad civil, surgió la imperiosa necesidad de replantear la interrogante, y me pregunté ¿cómo las organizaciones nos perciben, entienden, aceptan (o no) nuestro trabajo académico?

El intercambio con este investigador, dedicado a la sistematización de información sobre las condiciones de tránsito de las personas migrantes y las situaciones de violación de derechos humanos en el territorio mexicano, se orientó hacia una discusión sobre la utilidad —pero también la posibilidad, en cuanto a tiempos y recursos disponibles— de una mejor comprensión de Centroamérica, desde el origen, para ampliar el entendimiento de los procesos migratorios y de expulsión. En otras palabras, si bien estábamos de acuerdo con la necesidad de voltear la mirada hacia el Sur y trabajar sobre problemáticas estructurales de la expulsión migratoria, el drama cotidiano de

la violencia institucional y criminal requiere de ritmos y prioridades particulares que asumen las organizaciones de la sociedad civil y no la academia. A estas alturas de mi aproximación con los actores más cercanos de la realidad migratoria centroamericana en México, la pregunta persistía: ¿estaba realmente logrando construir preguntas de manera colectiva?; ¿qué condiciones podía reunir hacia una investigación colaborativa?

Enseguida, me puse en contacto con Gabriela Hernández Chalte, directora del albergue Casa Tochan. Debido al contexto sanitario, ella no asistía presencialmente, pero a través de mensajes y llamadas me autorizó acudir a las instalaciones para empezar a conocer al grupo de migrantes, así como la dinámica de la vida cotidiana. Si bien la única solicitud que ella hizo fue una retribución material en forma de boletos de metro para las personas migrantes, rápidamente, en cada visita, me acostumbré a recaudar (en mi entorno personal) mochilas, zapatos, ropa u otros utensilios provechosos para contribuir a las necesidades más prácticas y a la economía del albergue (las donaciones que no se usan directamente se venden en el tianguis del barrio para solventar otro tipo de compras). A partir de febrero de 2021 visité regularmente el albergue, generalmente en las mañanas. En este espacio empinado, estrecho y competido, la terraza constituía el lugar privilegiado para platicar, convivir y eventualmente prender la grabadora (las fotos 1 y 2 no muestran el espacio ocupado con las personas migrantes, por razones de confianza y seguridad).



Foto 1. Pared exterior del albergue

Fuente: Archivo fotográfico, Delphine Prunier. Casa Tochan, marzo de 2021.



Foto 2. Vista del patio interior del albergue

Fuente: Archivo fotográfico, Delphine Prunier. Casa Tochan, marzo de 2021.

AFECTOS, AJUSTES METODOLÓGICOS Y JERARQUÍAS COMO INGREDIENTES DE LA INVESTIGACIÓN EN EL ALBERGUE

En este apartado, presento las condiciones en las que se realizó la investigación dentro del albergue, resumidas en tres aspectos: 1) el diálogo y los aprendizajes que adquirí con un interlocutor clave y la adaptación de la

metodología; 2) mi percepción de la tensión ética y humana que representa investigar dentro de un lugar de encierro; 3) la instalación de las dinámicas de entrevista con las personas migrantes en una relación asimétrica.

La primera persona que conocí en Casa Tochan es Jorge Madrid, migrante hondureño que se encontraba en México desde 2018, en proceso de solicitud de asilo, y que estaba como responsable del albergue debido a que Doña Gabriela estaba en aislamiento preventivo por Covid-19. Jorge se encargaba de resolver todos los pendientes de la Casa, de administrar las entradas y salidas, de organizar la repartición de las tareas cotidianas y de asegurar a diario el buen funcionamiento del espacio (alimentación, seguridad, respeto de las reglas de convivencia, etcétera).

Su participación en mi investigación fue triple. Primero, Jorge fue el primer migrante que entrevisté en el albergue y que aceptó contarme su historia, su trayectoria migratoria y su relación con Honduras. Segundo, porque su formación política e histórica es notoria, tanto sobre su país de origen como de la región centroamericana. Sus conocimientos sobresalientes, a la vez académicos y subjetivos, fueron fundamentales para mí, ya que cada una de nuestras pláticas resonaba en mis lecturas y búsquedas bibliográficas paralelas al trabajo de campo. A medida que la confianza y el diálogo se tejían, también se iban construyendo las preguntas de investigación y se iban afinando los ángulos de análisis sobre violencia(s), desarrollo desigual e injusticias en Honduras. En tercer lugar, el doble estatus de Jorge (migrante y encargado del albergue) permitía pláticas muy valiosas sobre las dinámicas en el interior del albergue, las relaciones de poder y las lógicas interpersonales que resultaban clave desde el punto de vista de mi presencia y participación en este sitio. Al comprender los conflictos y los factores de organización del espacio (por Covid-19, por tensiones étnicas o de género, por rechazo al reglamento interno, por ejemplo), yo podía situar mejor la investigación, sus alcances y sus impactos en el ámbito de la casa.

En una de las primeras visitas, Jorge reunió a un grupo de aproximadamente 15 migrantes, la mayoría eran centroamericanos y varones. Me presenté y expliqué los objetivos de la investigación: describir y descifrar

en conjunto las condiciones económicas, laborales y sociales en sus lugares de origen para no limitar la comprensión de su experiencia migratoria a su proceso de tránsito, sino conectarla con el resto de su trayectoria individual, familiar y colectiva; es decir, con lo que estas personas son desde su anclaje histórico y territorial (Sayad, 1977). En suma, les propuse dejar de lado, por un momento, los relatos del cruce de fronteras, de la travesía, de la violencia burocrática y criminal en México, para viajar y recordar sus lugares de origen y sus historias personales previas a la migración. A primera vista, el ejercicio les sorprendió, ya que las personas migrantes están acostumbradas a recibir talleres o pláticas centradas en sus experiencias de migración en tránsito, desde el punto de vista legal y administrativo (solicitud de asilo) o bien psicosocial (apoyo emocional en casos de violaciones a los derechos humanos, abusos o traumas). En este sentido, la invitación a dedicar tiempo e interés al país dejado atrás parecía insólita.

Siguiendo los consejos de Jorge, continué en una dinámica de conversación colectiva, con quienes aceptaban participar, en torno a la actividad de dibujar sus árboles genealógicos. A partir del ejemplo de mi caso (y de mi propia migración a México), les propuse recordar los nombres, oficios, lugares de nacimiento e historias de movilidad dentro y fuera de su país de origen (Honduras, principalmente; El Salvador y Nicaragua) de sus antepasados. El ejercicio resultó un arma de doble filo: por un lado, permitía adentrarse a los contextos familiares y visibilizar las raíces de sus procesos de movilidad o las conexiones con mecanismos antiguos e intergeneracionales de movilidad social y geográfica, lo que generaba una suerte de ventana para que las personas migrantes salieran del proceso habitual de descripción del drama del tránsito o de las razones del exilio; un momento para abrazar el recuerdo, el orgullo o simplemente el vínculo con sus antepasados y su tierra. En otros casos, el ejercicio parecía provocar malestar, incomodidad o vergüenza: primero, porque estaba percibido como una tarea obligatoria que no lograban realizar correctamente e impuesta de manera vertical (volveré a este tema en el siguiente punto); segundo, porque ponía de relieve las rupturas familiares, la desintegración social o la violencia íntima (Prunier, 2022). Si bien la

proyección genealógica mostraba muchas virtudes como herramienta para representar trayectorias colectivas e inscribir la migración actual en dimensiones más estructurales, también resultaba ser un instrumento potencialmente agresivo, pues exponía algunas personas frente al grupo y las forzaba a enfrentar fracturas, duelos o grietas profundas, lo cual requiere mayor nivel de preparación y contención.

Rápidamente, implementé entrevistas individuales, las cuales me parecieron más respetuosas a las sensibilidades y disponibilidades de mis dialogantes. A partir de una guía previamente elaborada, pero que podía modificar o reorientar según la situación, pude realizar una docena de entrevistas y acoger relatos en un espacio de escucha que privilegiaba el consentimiento y la privacidad. Los ejes temáticos de las preguntas giraban alrededor de la familia (lugares de nacimiento y de residencia presentes y pasados), de las trayectorias y condiciones laborales (diferentes empleos, empleadores, salarios, modos de reclutamiento, punibilidad física, tensiones sociales o sindicales), y de los paisajes productivos urbanos o rurales (organización en los barrios, tipo de negocios y actores, transformación de los cultivos, cambios de uso del suelo, problemas agrarios).

La interacción y la colaboración no están exentas de relaciones asimétricas y de tensiones socioculturales. Si bien mi trabajo se inscribe claramente en una lógica de ciencias sociales críticas e involucradas con los grupos dominados, no puedo pretender realizarlo fuera de toda relación de poder, las cuales ocurren en el entorno del campo, pero que también me incluyen como investigadora. Además, como geógrafa, me parece clave recalcar la relación estrecha entre organización espacial y relaciones sociales.

Dos factores de tensión ético-metodológica aparecen en este esfuerzo reflexivo. Primero, al encontrarnos en el perímetro cerrado y limitado del albergue, las relaciones interpersonales se ven claramente impactadas por un contexto espacial particular. El albergue para migrantes resulta ser un lugar de protección, ayuda, rescate y emergencia, pero al mismo tiempo es un lugar de encierro y de control que limita la libertad de sus huéspedes: es un espacio donde se expresan “las ambigüedades del cuidado y de la coerción” (Doering-

White, 2022: 21). Las reglas de vida en el albergue implican el respeto a ciertos horarios para comer y dormir, la asignación de tareas para cocinar o mantener limpias las áreas colectivas, así como restricciones para salir del recinto (al menos de que sea para ir a trabajar), justificadas principalmente por la inseguridad en el barrio y el riesgo de contagio por Covid-19. No pretendo aquí juzgar la pertinencia de estas normas establecidas en el reglamento del albergue, sino subrayar sus impactos en el tipo de relaciones de poder y estrategias de resistencia por parte de las personas migrantes que buscan evadirlas. En el día a día, significa que tienen que pedir permiso al encargado del albergue para salir a la esquina a comprar un pan dulce o caminar un momento fuera de la casa, lo cual establece lógicas de infantilización, sensaciones de encarcelamiento y conflictos subyacentes.

La participación en talleres, cursos o diversas actividades colectivas con actores externos (atención a la salud, idioma, carpintería, manualidades, etcétera) es obligatoria, pues está considerada como una contribución a la vida del albergue, como una ocupación que mantiene activas a estas personas (para evitar el aislamiento, la depresión). Por lo tanto, podían realizar las entrevistas conmigo por compromiso; si bien siempre les dejaba claro que éstas se podían interrumpir o que podían eludir ciertas preguntas. Es preciso situar el contexto de la aplicación de esta herramienta de investigación dentro de este espacio ambiguo entre protección y encierro.

Segundo, y de la mano con el elemento anterior, hace falta ubicar mi presencia y mi interlocución dentro de la dinámica del albergue. Soy una mujer blanca originaria de Europa, universitaria y asentada en condiciones de vida relativamente estables. La gran mayoría de mis interlocutores son varones jóvenes, centroamericanos, en condición de precariedad, angustia, dominación y exposición a la violencia por su situación migratoria, étnica, económica y social. Más allá de mi actuar como mujer en un ámbito viril, lo que aquí me interesa discutir es el alcance —el sentido y los límites— de esta investigación y su papel en la lucha social. Cabe decir que estoy fortaleciendo esta reflexión teórica sobre los métodos aplicados y mi postura política y ética gracias a la redacción de este texto; *a posteriori*: asumo que mi acercamiento al

campo y a las personas migrantes ha sido orientada desde la sensibilidad relacional y la búsqueda intuitiva de caminos para lograr un encuentro entre las ciencias sociales y el trabajo de la sociedad civil, sin marco conceptual predefinido en cuanto a la investigación colaborativa o al conocimiento situado.

La revisión de la literatura sobre el conocimiento situado, la teoría del *standpoint* (“punto de vista [situado]”) o las epistemologías del posicionamiento (Haraway, 1988; Harding, 1993; Hartsock, 2019; Gurung, 2020), me permiten repensar las condiciones de realización y difusión de mi investigación a la luz de las preguntas que se han planteado desde los años ochenta acerca de la objetividad y subjetividad del conocimiento científico, así como del lugar dado a la voz de las personas dominadas o marginalizadas: ¿el saber es relativo a la posición singular de quienes lo producen?, ¿cómo podemos manejar sus límites de forma “modesta”?; ¿el punto de vista de las personas dominadas (migrantes, pobres, minorías, mujeres...) sobre los dispositivos de dominación o sobre los mecanismos de explotación es más objetivo/legítimo —menos parcial— que el de las demás? Quienes hacemos investigación, además de reconocer y exponer nuestras trayectorias y orígenes sociales (de género, cultura, nacionalidad o raza), ¿debemos anclar nuestros trabajos dentro de las historias y luchas de los grupos dominados? (Frasch, 2020).

Para Haraway (1988), el conocimiento situado supone cuestionar la neutralidad de la ciencia al determinar el posicionamiento del sujeto “sabio”, la parcialidad de su mirada e interpretación y las relaciones de poder en la que se encuentra. Entonces, el carácter objetivo de la ciencia social gana en potencia a partir del momento en el que se define “desde dónde se habla”. Ahí reside la importancia de combatir la idea de un observador o una observadora invisible, que se posiciona desde “arriba” o desde “ningún lugar”, sin cuerpo ni historia. Considero que esta investigación siguió una dinámica relacional con el entorno social del albergue, el cual me permitió reconocer la importancia de una visión parcial por parte de una observadora encarnada (aunque no siempre lo realicé o lo pude formular claramente en su momento). Haraway

(1988) propone, por ejemplo, movilizar otros sentidos además de la vista; buscar otros ángulos y asumir el lugar particular en el que nos situamos (podríamos agregar, el lugar en el que nuestros interlocutores nos sitúan), preguntarnos siempre cómo estoy mirando, con quién puedo mirar, qué es lo que no logro ver...

Los conocimientos situados requieren que el objeto de conocimiento sea representado como actor y agente, no como una pantalla o un terreno o un recurso, nunca finalmente como esclavo del que cierra la dialéctica en su agencia única y su autoría del conocimiento “objetivo”. El punto es paradigmáticamente claro en los enfoques críticos de las ciencias sociales y humanas donde la agencia de las personas estudiadas transforma todo el proyecto de producción de teoría social (Haraway, 1988: 592).

La bióloga y filósofa feminista también evoca el “privilegio epistemológico” de las personas que pertenecen a grupos sometidos, quienes producen “saberes subyugados” (u oprimidos, dominados; *subjugated knowledges*), habitualmente ignorados, y que en realidad son más valiosos que el discurso científico dominante porque son más aptos para deconstruir los mecanismos de opresión desde la experiencia. En el caso de este trabajo y de los intercambios con los migrantes hondureños, esta propuesta tiene sentido, ya que pone en evidencia el potencial de descripción y comprensión de los paisajes productivos, de los ámbitos laborales, de las problemáticas sociopolíticas de sus territorios de origen. De allí el título que escogí para el artículo en donde presenté los resultados de la investigación (“Escuchar la migración hondureña, comprender las violencias en origen”) (Prunier, 2022) y el lugar de la transcripción en primera persona de largas fracciones de entrevistas.

Finalmente, podemos mencionar la idea de “objetividad fuerte” (Harding, 1993) que combina el principio de reflexividad, desde el punto de vista situado (la posición del productor de conocimiento tiene que ser explicitada, contextualizada; no es neutra), con el principio de multiplicación de las perspectivas, miradas y ángulos de lectura, que busca revertir la

homogeneidad de los discursos emitidos por una comunidad científica elitista, gracias a la visibilización de epistemologías y saberes más diversos. Modestamente, la presente reflexión busca poner en relieve las aportaciones de este trabajo colectivo con las personas migrantes de Casa Tochan en la labor de mejorar la comprensión de las desigualdades e injusticias territoriales en Centroamérica, para construir lecturas más completas y complejas del fenómeno migratorio contemporáneo a partir de voces, experiencias y relatos individuales.

JUEGOS DE ESCALA EN EL ANÁLISIS: DE LO ÍNTIMO A LO SISTÉMICO

Finalmente, como tercer aspecto de esta reflexión, me parece importante presentar lo que esta metodología implicó en términos de análisis y de juegos de escala o, dicho de otra manera, ¿cómo pasar del nivel personal, íntimo, sensible, único, al nivel estructural y complejo?; ¿cómo traducir las experiencias particulares y concretas de desigualdad y violencia en un análisis global, conceptual, académico?

En esta tercera parte, planteo la necesidad de construir un análisis que permita entrelazar el fenómeno de la violencia directa, de la amenaza y del miedo (indudablemente omnipresente en los testimonios) con las múltiples otras expresiones de violencia que impregnan en Honduras y que requieren de una mayor atención hacia los espacios y los tiempos largos de los procesos de dominación.

En las últimas tres décadas del siglo XX, las discusiones sobre violencia se inscribieron en el marco de los procesos de descolonización, guerras civiles y transiciones hacia la democracia en muchos países del Sur, donde se debatió la naturaleza y el alcance de las violencias en contextos de guerra y de paz (Zolberg *et al.*, 1989; Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). En Centroamérica, más de tres décadas después de los acuerdos que finalizaron las guerras civiles, la pregunta de Johan Galtung (1969) sobre la relación entre la paz y la ausencia de violencia se mantiene vigente.

La reflexión de este autor se centra en el carácter visible o invisible de la violencia: a través de la metáfora del *iceberg*, o del “triángulo de la violencia”, resalta que existe una violencia directa (visible) que se traduce en actos y comportamientos concretos sobre los individuos, y que se sostiene en las otras dos puntas del triángulo (invisibles y, por lo tanto, difíciles de combatir); es decir, la violencia estructural —a través de los sistemas de dominación, la desigual repartición de los recursos, las estructuras políticas y productivas opresivas— y la violencia cultural —formas de legitimación de la violencia por medio de los símbolos, el arte, la religión o el imaginario colectivo.

De las seis dicotomías que expone para analizar la violencia, destacamos la más relevante: violencia personal/directa y violencia estructural/indirecta. Por un lado, la violencia directa entre personas o grupos bien determinados se ve y se muestra; se ejerce, se recibe y se concibe de manera que puede ser formulada, descrita y, en su caso, denunciada. Por otro lado, la violencia ejercida fuera de esta relación directa está construida desde la estructura; el objeto de la violencia estructural puede no percibirse ni quejarse de sus efectos porque la integra y la normaliza. Esta aceptación coincide con la definición de “violencia simbólica” de Pierre Bourdieu (1997), la cual considera la necesidad de la participación del agente social dominado en su propia opresión y sumisión. La relación de dominación y el orden social se mantienen gracias al ejercicio de la violencia por las mismas categorías dominadas y por una forma de servidumbre voluntaria, aceptada, integrada.

Además, “la violencia está incorporada en la estructura y se manifiesta como un poder desigual y, en consecuencia, como oportunidades de vida desiguales” (Galtung, 1969: 170); lo que se refleja en la desigual distribución de recursos (educación, salud, servicios, tierra, trabajo, vivienda, etcétera). Esta concepción de la violencia, entendida aquí como injusticia social, enfatiza en las herencias históricas y coloniales para comprender las formas de violencia contemporáneas. Desde esta perspectiva, es fundamental leer las expresiones actuales y directas de la violencia a la luz de las relaciones de poder que acompañaron, durante siglos de imperialismo, extractivismo y explotación en los países del Sur —colonizados, explotados—, la emergencia

de las ideas de progreso, salvajismo, modernidad, pobreza o (sub)desarrollo (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004).

Phillipe Bourgois (2009) determina tres formas de violencias invisibles: estructural —perspectiva marxista—, simbólica —perspectiva bourdiana de dominación cultural— y normalizada —violencia institucionalizada y cotidiana que produce indiferencia—. Para el antropólogo, la relación entre estas expresiones de violencia articuladas es un mecanismo fundamental en el proceso represivo neoliberal que se aceleró en los años noventa e inicios del siglo XXI en los países periféricos de la globalización. Su planteamiento, desarrollado en el contexto de la región centroamericana (Costa Rica, El Salvador) y puesto en diálogo con las observaciones de Nancy Scheper-Hughes en el contexto de Brasil (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004), es muy útil para esta discusión, porque llama a enfatizar en la violencia estructural, entendida como la violencia del cotidiano, del hambre, de la exclusión, de la humillación y de la pobreza. Me permite inscribir el proceso de investigación en un marco teórico que considera la producción de desigualdades sociales y territoriales en la era neoliberal y globalizada como el resultado de la articulación estrecha entre violencias sistémicas-históricas y violencias íntimas, domésticas o laborales que se traducen a escala individual. Lo que las autoras y los autores califican de “*continuum* de la violencia” es un fenómeno complejo y reproductivo que no se puede entender como algo lineal, sino como una espiral, una cadena. Advierten el riesgo de caer en los relatos de tragedias individuales, voyerismo o pornografía del acto o del paisaje violento si no se visibiliza esta imbricación históricamente construida, y, por consecuencia, no lograr una denuncia de las razones profundas de la injusticia y el sufrimiento social.

La violencia cotidiana es un disolvente de la integridad humana. A través de descripciones sobrecogedoras, fotografías desgarradoras y poética seductora, los etnógrafos se arriesgan a contribuir a una pornografía de la violencia que refuerza las percepciones negativas de los grupos subordinados [...]. El reto de la etnografía es, pues, contener el impulso de presentar una imagen “saneada”, y esclarecer las

cadenas de causalidad que unen la violencia estructural, política y simbólica con la producción de la violencia cotidiana, que sostiene las relaciones de poder desiguales y tergiversan los esfuerzos de resistencia (Bourgois, 2005: 32).

El paso del albergue al escritorio, lo que se podría llamar “el salto de escala”, no ha sido tarea fácil: el ejercicio de traducir los relatos personales en lecturas sistémicas y conceptuales representa, sin duda, un reto mayor para la investigación social. El nivel de violencia y de tensión que circula en el espacio reducido de la mesa de entrevista es alto, difícil de manejar y tiene impactos emocionales importantes, tanto para la persona migrante como para mí, como solicitante de la entrevista. Las historias de vida que aceptaron compartir son duras, complicadas de decir y también de escuchar. Implican una lógica de confianza, de intimidad y de pudor que resultó muy difícil de integrar en el proceso de organización de la información y de análisis: ¿cómo transcribir el temor, la amenaza, la desesperación y la pobreza sin caer en la “pornografía de la violencia” (Bourgois, 2005)?; ¿cómo construir un puente entre las experiencias particulares y el problema socioterritorial arraigado en la región para pensar de manera global/teórica los procesos sociales, históricos, estructurales que explican la violencia migratoria?

Muchas de las historias de vida y de movilidad que me fueron contadas evocaron las amenazas, el miedo, la muerte o la inseguridad vital como elementos clave en la decisión de salir del país. Huir de Honduras se relaciona, de una forma u otra, con expresiones de violencias directas causadas por las pandillas, el crimen organizado o el terror de Estado. Paralelamente, o de manera enlazada, los mecanismos de dominación, marginación y exclusión de más largo aliento se dejaban revelar al acordar más tiempo y atención a la descripción de los sistemas opresivos y de las brutalidades sistémicas que emanan en estos territorios periféricos de la globalización, en donde la explotación de la tierra y del trabajo han constituido históricamente las ventajas comparativas de una economía extractivista y asimétrica. Considerando la responsabilidad de quienes nos dedicamos a las ciencias sociales de señalar estos procesos y poner en relieve las raíces de las

migraciones contemporáneas, me parece importante colocar en la mesa de las discusiones académicas la tensión que experimentamos en carne propia entre los relatos de vida entregados (en sus dimensiones concretas, materiales, íntimas) y el afán de interpretar o traducirlos en claves de comprensión más globales, integrales y críticas, sin perder de vista las voces y trayectorias propias que permitieron su puesta en evidencia.

CONCLUSIONES

Este capítulo se propuso contribuir a la reflexión colectiva sobre investigación social y formas de interacción con la sociedad desde el punto de vista del vínculo entre conocimiento científico social y acción política a favor del cambio social, en materia de migración internacional. La presentación del contexto en el que se realizó esta investigación me permitió tejer un ejercicio reflexivo sobre el carácter interactivo (Caswill y Shove, 2000) de mi forma de trabajo; es decir, sobre las modalidades de producción, uso y retribución de la investigación social en colaboración o co-construcción con actores directamente involucrados con el terreno, con la lucha social o con la experiencia inmediata de los tiempos, espacios y tensiones de la movilidad.

Por otro lado, la reflexividad me llevó a dibujar con más claridad el panorama de las relaciones de poder que permean en todo tipo de interacción social, y aún más dentro de este espacio de estudio particular —el albergue—, tanto por las dinámicas de convivencia habituales como por mi irrupción en él, la cual produjo intercambios marcados por la alteridad, a la vez que por la jerarquía sociocultural, el género, la observación mutua y un país (des)conocido en común: Honduras.

Desde el punto de vista epistemológico, en este texto muestro el alcance y los retos de una investigación inscrita en unas ciencias sociales comprometidas con la justicia social y territorial, a través de un objetivo central y no menos difícil de cumplir: compartir el uso de la palabra. Si bien no se trata de una investigación-acción (Pettit, 2010), en el sentido de que no pretendo participar directamente en la reformulación de políticas públicas ni

en prácticas administrativas relacionadas con la gestión, contención o control de las poblaciones migrantes en el territorio mexicano, mi aproximación teórica-metodológica sí se inscribe en la búsqueda de otras formas de escuchar y entender la migración, a partir de un acercamiento que tome en cuenta las dimensiones cruzadas e integrales de la realidad migratoria. La voz de las personas migrantes contribuye en la comprensión de un fenómeno social fundamental en el mundo contemporáneo, al permitir otra perspectiva, otros lentes y, por lo tanto, otras claves en la producción del conocimiento. Sobre todo, la “ventaja epistémica” (Haraway, 1988; Gurung, 2020) de estas personas, en cuanto que conocen su espacio social, económico, laboral y cotidiano, aporta mucho a la comprensión de la situación de Honduras como país de expulsión migratoria, razón por la cual he buscado integrar sus voces expertas en el tejido de la investigación.

Se trató entonces de reconocer las relaciones de dominación de las que participamos o que mantenemos desde la academia, tanto en el trabajo de campo como en los productos de la investigación social. Las relaciones de poder entre academia y actores sociales (objetos/sujetos de estudio) se construyen desde las técnicas de investigación —en el momento tan privilegiado, delicado y púdico de la entrevista, por ejemplo— hasta la forma de proponer epistemologías alternativas o críticas a lo largo del proceso de sistematización y análisis.

Finalmente, la tensión metodológica del “salto de escala” que quise exponer aquí, es decir, el paso que damos entre el nivel individual y el nivel estructural para explicar y visibilizar procesos sociales, es también un salto narrativo —delicado y necesario— entre los relatos entregados por las y los migrantes —personales y muchas veces forjados por experiencias de pobreza, temor y explotación—, por un lado, y la elaboración de propuestas teóricas y analíticas que puedan abarcar la complejidad y el carácter sistemático de los mecanismos de poder y violencia, por el otro. En este sentido, se busca combinar la atención a la multiplicidad de las voces particulares y, al mismo tiempo, contribuir a la construcción de miradas radicales que puedan

acompañar los movimientos sociales en la migración, así como desde los lugares de origen.

Siguiendo la reflexión de Mario Erdheim y Maya Nadig sobre “la agresividad de la ciencia” desde la etnología y el psicoanálisis, podemos elaborar en colectivo formas de generar y compartir conocimiento científico social sin quedarnos atrapados en una definición de la academia como el manejo de saberes e informaciones de forma “rígida, seca y ajena a la vida” (Erdheim y Nadig, 1997: 31). Desde la universidad, debemos cuestionar los mecanismos de dominación epistemológicos que terminan neutralizando las fuerzas emancipadoras y el potencial agresivo de los grupos sociales explotados o marginados, y buscar, por el contrario, formas vivas, dinámicas y originales de ubicarnos y generar narrativas compartidas.

REFERENCIAS

Bourdieu, Pierre (1997). *Méditations pascaliennes*. París: Le Seuil.

Bourgois, Philippe (2005). “Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde el Salvador”. En *Jóvenes sin tregua: Culturas y políticas de la violencia*, coordinado por Francisco Ferrándiz y Carles Feixa, 11-34. Barcelona: Anthropos Editorial.

Bourgois, Philippe (2009). “Recognizing invisible violence: A thirty-year ethnographic retrospective”. En *Global Health in Times of Violence*, coordinado por Barbara Rylko-Bauer, Linda M Whiteford y Paul Farmer, 17- 40. Santa Fe: School for Advanced Research Press.

Caswill, Chris, y Elizabeth Shove (2000). “Introducing interactive social science” [en línea]. *Science and Public Policy* 27 (3): 154-157. Disponible en <<https://doi.org/10.3152/147154300781781968>>

Doering-White, John (2022). “Shelter Vision: Compassion, Fear, and Learning to (Not) See Trauma along the Migrant Trail through Mexico” [en línea]. *Medicine Anthropology Theory* 9 (1): 1-27. Disponible en <<https://doi.org/10.17157/mat.9.1.5416>>

- Erdheim, Mario, y Maya Nadig (1997). “La destrucción de la experiencia científica por el medio académico. Reflexiones etno psicoanalíticas acerca de la agresividad en la ciencia”. *Espiral Estudios sobre Estado y sociedad* 4 (10): 29-46.
- Frasch, Delphine (2020). “Les féminismes du standpoint sont-ils matérialistes?”. *Nouvelles Questions Féministes* 39 (1): 66-80.
- Galtung, John (1969). “Violence, Peace, and Peace Research” [en línea]. *Journal of Peace Research* 6 (3): 167-191. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/002234336900600301>>
- Gurung, Lina (2020). “Feminist Standpoint Theory: Conceptualization and Utility” [en línea]. *Dhaulagiri Journal of Sociology and Anthropology* 14: 106-115. Disponible en <<https://doi.org/10.3126/dsaj.v14i0.27357>>
- Haraway, Donna (1988). “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”. *Feminist Studies* 14 (3): 575-599.
- Harding, Sandra (1993). “Rethinking standpoint epistemology: What is ‘strong objectivity’?”. En *Feminist epistemologies*, coordinado por Linda Alcoff y Elizabeth Potter, 49-82. Londres: Routledge.
- Hartsock, Nancy. C. M. (2019). *The Feminist Standpoint Revisited, And Other Essays*. Londres: Routledge.
- Pettit, Jethro (2010). “Learning to do Action Research for Social Change”. *International Journal of Communication* 4: 820-827.
- Prunier, Delphine (2021). “La desigualdad como ventaja comparativa: fronteras, asimetrías territoriales y extractivismo agrícola. Apuntes desde el caso de Honduras” [en línea]. *Revista Trace* 80: 200-233. Disponible en <<http://trace.org.mx/index.php/trace/article/view/795>>
- Prunier, Delphine (2022). “Escuchar la migración hondureña, comprender las violencias en origen”. *Andamios, Revista de Investigación Social* 19 (48): 391-418.
- Sayad, Abdelmalek (1977). “Les trois ‘âges’ de l’émigration algérienne en France”. *Actes de la recherche en sciences sociales* 15 (1): 59-79.

Scheper-Hughes, Nancy, y Philippe Bourgois (2004). *Violence in War and Peace: An Anthology*. Nueva Jersey: Wiley-Blackwell.

Zolberg, Aristide; Astri Suhrke y Sergio Aguayo (1989). *Escape from Violence: Conflict and the Refugee Crisis in the Developing World*. Oxford: Oxford University Press.

[Notas]

- [1] Agradezco a las cuatro personas del SJM y de Casa Tochan aquí citadas por el tiempo y la energía que compartieron para acompañar esta investigación, desde sus consejos y orientaciones hasta la lectura que hicieron del primer borrador del artículo “Escuchar la migración hondureña, comprender las violencias en origen”. *Andamios* 19 (48), publicado en 2022.
- [2] Entrevista con Leticia Baca Meza, realizada el 7 de enero de 2021.

TERCERA SECCIÓN
COMPROMISO, PARTICIPACIÓN Y
REPERCUSIONES SOCIALES

Introducción a la tercera sección

Compromiso, intervenciones y repercusiones sociales

Rosalba Casas

Marta Núñez Sarmiento

[\[Regresar al contenido \]](#)

La investigación social en interacción es un permanente proceso de intervención y alejamiento de los sujetos investigados, por lo que los caminos forjados por cada investigadora e investigador son heterogéneos, plurales y enriquecedores (Núñez, 2001). En el devenir entre observación y análisis, las científicas y los científicos sociales desempeñan y adquieren diferentes responsabilidades, ejercen distintas funciones y generan una amplia gama de resultados.

Los modelos interactivos en el desarrollo de la investigación y en las trayectorias de las personas investigadoras dan cuenta de las complejas responsabilidades que se asumen en esos procesos y de las dificultades para equilibrar la intervención y el alejamiento al que se ha hecho referencia. Quienes investigan tienen que reconocer cuáles son sus posiciones ideológicas —los llamados compromisos— en las sociedades donde viven para elaborar estrategias que les permitan asumir una empatía crítica con las personas y las situaciones que analizan. Ello requiere conocer sus propios contextos históricos y sociales, así como los de las comunidades y hechos que estudian. Asimismo, es necesario comprender las posiciones ideológicas (no sólo las políticas) que priman en los ambientes académicos a los que pertenecen y los de las instituciones de todo tipo que regulan los modos de vida de quienes investigan.

El ideal igualitario de la ciencia social interactiva al que apela Woolgart (2000), que se refiere al imperativo moral y político de que los frutos de la investigación sean compartidos y de beneficio para las personas que son sujetos de la investigación, se expresa en diversos tipos de involucramiento que pueden derivar en actividades en las que las personas investigadoras realizan a la vez distintas tareas: difusoras de información, consultoras, trabajadoras comunitarias, apoyo en la toma de decisiones, activistas, y hasta de organizadoras de las comunidades estudiadas.

La investigación en interacción repercute en dos grandes ámbitos de resultados: por un lado, a través de publicaciones de los académicos, principalmente; por el otro, en los intercambios de conocimiento tácito o en los mismos procesos de producción de interacciones, mediante las cuales se contribuye a acciones de las y los sujetos investigados. Esta amplitud de resultados e implicaciones, que es propia de la investigación en interacción en sus diferentes modalidades, genera tensiones y dilemas para sus practicantes, y para el marco institucional en el que se desenvuelven. Son dos ámbitos de repercusiones diferentes sobre los que:

[...] sólo es posible discernir [...] si se analizan las prácticas de investigación y se estudia a las y los actores que están envueltos en las redes de investigación, los valores que sostienen, y las estrategias que se ensayan para alcanzar los impactos sociales y académicos (Brenninkmeijer, 2022: 729).

En esta sección, se da cuenta de las reflexiones de investigadoras e investigadores con respecto a sus responsabilidades, quehaceres y resultados.

Los textos que conforman esta sección avanzan en esa dirección y muestran los vericuetos metodológicos que sus autoras y autores recorrieron para diseñar un camino válido, riguroso y científico para descubrir las raíces de los temas investigados, además de documentar las aportaciones que se hicieron para solucionarlos. Al hacerlo, mantuvieron diferentes compromisos éticos-profesionales y responsabilidades, jugaron diferentes papeles en las

experiencias de intervención durante la producción del conocimiento social y generaron diversas aportaciones con los resultados de sus investigaciones.

Marta Núñez Sarmiento, en el capítulo “Dilemas y soluciones del compromiso y el distanciamiento para estudiar a las cubanas y las relaciones de género en Cuba durante Covid-19 y la postpandemia”, centra la discusión en dos responsabilidades que, ella asienta, deben cumplir quienes estudiamos los fenómenos sociales. La primera consiste en esclarecer, en su caso, los obstáculos y los avances para las cubanas y las relaciones de género que la pandemia y la postpandemia crearon, por la vía de identificar los enigmas que surgieron en los últimos dos años y medio. La segunda tarea es hacer todo esto con urgencia, mientras padecemos esta pandemia infinita por las consecuencias que generó mundialmente. Para ello, retoma los términos “compromiso” y “distanciamiento” del sociólogo alemán Norbert Elias (1956), propuestos en su artículo “Problems of Involvement and Detachment” (p. 226-252). Según la autora, el compromiso es el acto en que las científicas y los científicos sociales incorporan a sus experiencias las representaciones ideológicas y las necesidades de la población investigada. El distanciamiento, por su parte, es la capacidad de las y los investigadores para apartarse cognitiva y emocionalmente de las situaciones que analiza, incluida la habilidad de distanciarse de las ideologías de las personas estudiadas y que comparten, para observarlas críticamente. Para equilibrar el compromiso y el distanciamiento de las científicas y científicos sociales, la autora discute diez antídotos que fueron planteados anteriormente por ella, a la luz de sus experiencias recientes de investigación durante la pandemia.

El papel de las científicas y científicos sociales es analizado por Oscar Fernando Contreras Montellano en el capítulo “Conocimiento académico en acción. Una comunidad de ciencias sociales frente a las caravanas migrantes y la pandemia de Covid-19”. Se trata de las prácticas y la gestión que desempeñó un grupo de académicas y académicos en el marco de dos episodios críticos, así como de las modalidades de intervención a que dieron lugar. Del análisis específico de los casos relacionados con la pandemia, destaca la función de las y los académicos, a partir de un modelo de trabajo grupal, interdisciplinario y

de rápida reacción que se ha activado en El Colegio de la Frontera Norte como respuesta colectiva frente a contingencias sociales. El autor destaca el papel de fluida interlocución de las académicas y los académicos, tanto con las autoridades de diferentes niveles de gobierno como con los medios de comunicación. Asimismo, se documenta que varios factores influyen en este tipo de respuestas y de intervenciones; entre otros, el marco institucional y el enfoque de la ciencia social pública. Esta última se caracteriza por el interés de intervenir de manera inmediata para poner a disposición el conocimiento de grupos sociales, comunidades y organizaciones, en una relación sustentada en el diálogo y la colaboración, por lo que la labor de académicas y académicos en escenarios de crisis se desdobra en una estrecha interlocución con diversas personas no académicas. Además, en esta experiencia, se enfatizó más en los resultados sociales que en los estrictamente académicos.

En la misma discusión sobre la responsabilidad de investigadoras e investigadores sociales frente a episodios críticos como la pandemia, Eliana Arancibia, en el capítulo “Investigación social en interacción con actores locales. Experiencias vinculadas al Observatorio Regional de Gobernanza y Coordinación Social ante el Covid-19 en Yucatán”, destaca que esta coyuntura inédita estimuló un movimiento reflexivo en las comunidades académicas. Como parte de este movimiento, se incentivaron prácticas de investigación colectivas y multidisciplinarias para movilizar conocimientos, mediante procesos de investigación social interactiva para que éstos sobrepasaran el ámbito académico. Asimismo, se crearon mecanismos de intermediación para estrechar los contactos con distintos tipos de actores sociales. Esta experiencia da cuenta de un proceso de investigación en interacción impulsado desde una perspectiva institucional, mediante mecanismos *ad hoc* introducidos para este propósito, lo que es una experiencia distinta a la que predomina en este tipo de pesquisas. Las y los actores sociales que participaron de este esfuerzo de gobernanza fueron sujetos locales relacionados con las distintas problemáticas identificadas a raíz de la pandemia. Esta experiencia estuvo sostenida en un sentimiento colectivo en el que predominaron valores de responsabilidad y compromiso y en una estrategia deliberada de acercamiento con diferentes

actores sociales mediante prácticas de investigación interactiva colaborativa, destacando las implicaciones sociales.

Las reflexiones y aportaciones vertidas en cada uno de estos capítulos convergen con las contribuciones de las demás secciones; con ello, el objetivo principal de este libro se hace explícito: aportar elementos sobre el quehacer de la investigadora y el investigador social que realiza investigación en interacción.

REFERENCIAS

- Brenninkmeijer, Jonna (2022). "Achieving societal and academic impacts of research: A comparison of networks, values, and strategies". *Science and Public Policy* 49 (5): 728-738.
- Núñez Sarmiento, Marta (2001). "Compromiso y distanciamiento: el sociólogo en su entorno social". *Revista Papers* (65).
- Woolgart, Steve (2000). "Social basis of interactive social science". *Science and Public* 27 (3): 165-173.

Dilemas y soluciones del compromiso y el distanciamiento para estudiar a las cubanas y las relaciones de género en Cuba durante Covid-19 y la postpandemia

Marta Núñez Sarmiento

[\[Regresar al contenido \]](#)

LO QUE PROMETO

Reflexiono sobre una cuestión metodológica que afectó mis afanes sociológicos desde 1967, cuando empecé a desentrañar las transformaciones ocurridas en Cuba mientras atravesaba por distintos modelos de transición socialista. Incluyo la manera como explicaba a mis estudiantes de la Universidad de La Habana, y de otros países, tanto mis tropiezos como las soluciones implementadas en mis investigaciones, con énfasis en el empleo femenino y sus influencias en las relaciones de género.

Relato el dilema de conjugar en las pesquisas mi posición ideológica, el cual comparte las utopías del socialismo “a la cubana”, mientras ejerzo un pensamiento crítico. Deliberé sobre estos conflictos en el artículo “Compromiso y distanciamiento: el sociólogo en su entorno social”, publicado en la revista *Papers* (Núñez Sarmiento, 2001:109-119). Más de veinte años después, sigo madurando aquellas ideas.

Ilustro estas reflexiones con los estudios sobre mujer y género en Cuba, publicados durante la pandemia y la postpandemia, resaltando a las mujeres profesionales de la salud. Comento, igualmente, las investigaciones de colegas cubanas que tomé como fuentes de mis ideas, a las que pueden acceder íntegramente a través de las referencias. Resulta un ejercicio de escritura introspectiva muy personal que privilegia las diversas tendencias de las

investigaciones cualitativas sin desdeñar los conocimientos que brindan los procedimientos cuantitativos.

PARA COMENZAR

En medio de las turbulencias que impuso Covid-19, el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS), de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en 2021, organizó el seminario “La investigación social y sus formas de interacción con la sociedad: reflexiones sobre estilos y prácticas en la generación de conocimientos”. Un año después, invitó a sus participantes a convertir sus conferencias en los capítulos de este libro, que resultó un esfuerzo colectivo junto a quienes nos dirigieron hasta editar la obra.

El título del seminario me sugiere tratar dos responsabilidades que debemos cumplir quienes estudiamos los fenómenos sociales. La primera consiste en esclarecer, en mi caso, los obstáculos y los avances para las cubanas, así como para las relaciones de género, que la pandemia y la postpandemia crearon, esa madeja caótica de eventos que provocó Covid-19, por medio de la identificación de los enigmas que surgieron entre 2020 y 2022. Intentaré, parafraseando a Marx (1966 [1857]), pasar de “lo concreto representado” a “lo concreto pensado” (pp. 257-269), para generar conocimientos que ayuden a solucionar esos descabros. La segunda tarea es hacer todo esto con urgencia, mientras padecemos esta pandemia infinita por las consecuencias que generó mundialmente.

Tomé los términos “compromiso” y “distanciamiento” del artículo del sociólogo alemán Norbert Elias, “Problems of Involvement and Detachment” (1956: 226-252). Los reelaboré al investigar las contradictorias situaciones que vivió Cuba durante medio siglo para construir una sociedad justa, independiente, sin discriminaciones. Intenté corregir el error que cometía cuando me identificaba sobremedida con las personas que sufrían los efectos negativos de las situaciones que estudiaba, actitud que me impidió indagar con igual rendimiento a quienes provocaron esos males. Esta suerte de

empatía crítica es imprescindible para dar sentido a los acontecimientos que Covid-19 creó; esos que, aunque nos duelen, nos proponemos superar.

Retomo las definiciones que aparecieron en mi artículo:

Defino el compromiso como el acto en que las científicas y los científicos sociales incorporan a sus experiencias las representaciones ideológicas y las necesidades de las personas que indagan. El distanciamiento es la capacidad de las y los investigadores para apartarse cognoscitiva y emocionalmente de las situaciones que estudian, incluida la habilidad de distanciarse de las ideologías de quienes analizan y que comparten, para observarlas críticamente (Núñez Sarmiento, 2001: 110).

A pesar de los años que me separan de las reflexiones que sugerí para equilibrar el compromiso con el distanciamiento, cada vez que comienzo una investigación repaso esas propuestas para evitar mi tendencia a comprometerme excesivamente tanto con los temas que elijo como con las personas que los sufren. Por tanto, cuando decidí conocer cómo discurrieron las actitudes de las trabajadoras, especialmente las de las profesionales cubanas de la salud, desde 2020 hasta septiembre de 2022, nuevamente reconocí cuáles fueron las posiciones ideológicas que guiaron mis modos de ser en la política, la religión, el género, la raza, las generaciones, etcétera, si fueron iguales o diferentes a las de las personas que estudié. Busqué los mecanismos para alejarme momentáneamente de mis ideologías, de manera que no nublaran mis visiones científicas. Lo hice para explicar las actitudes de género que asumieron las cubanas en estos últimos años en los artículos que publiqué.

Expongo en este capítulo los antídotos que me impuse para no caer en uno u otro extremo.

ANTÍDOTOS PARA EVITAR LOS DESEQUILIBRIOS ENTRE EL COMPROMISO Y EL DISTANCIAMIENTO

El primer antídoto convoca a quienes investigamos en las ciencias sociales a recordar que somos seres humanos al igual que las personas estudiadas. En

nuestro gremio, debemos admitir que nuestros comportamientos son condicionados por las sociedades en que vivimos, que pueden ser los mismos contextos que condicionan tanto a los grupos sociales como a los eventos que elegimos. Los conceptos de formación económica y social, junto con los de las clases sociales, me ayudaron a sortear estos obstáculos.

El primer término ubica los acontecimientos que analizamos en las relaciones económicas, ideológicas y sociales de los momentos concretos en los que suceden, sin olvidar las historias que los crearon. El concepto *clase social* requiere que consideremos las relaciones de poder que priman en los hechos seleccionados. Evitemos el error del “determinismo económico en última instancia”, que reduce toda explicación al ámbito de la economía, sin evaluar las sobredeterminaciones que ejercen las políticas y las ideologías sobre ella. Esas ideas nos ayudarán a descubrir las especificidades y las diversidades de cada caso, a la vez que damos sentido no sólo a las relaciones macroestructurales imperantes, sino también a los pequeños sucesos cotidianos.

Nos corresponde reconocer, quienes investigamos, que en ocasiones estudiamos a personas que pertenecen a grupos distintos a los nuestros, por lo que tenemos que comprenderles en sus contextos histórico-sociales concretos. Además, solemos indagar sus actitudes hasta la saciedad, pero generalmente cometemos el error de no contarles quiénes somos. Cuando lo hagamos, contribuiremos a no imponer nuestras percepciones sobre las suyas.

En mis estudios previos a Covid-19, expliqué coloquialmente a las personas que investigaba no sólo cuáles eran los propósitos de mis indagaciones, sino por qué les había escogido en sus entornos. Les revelé quién soy, mi profesión, mi procedencia social, cómo es mi familia, cómo vivo; incluso mi salario, cuando preguntaron. Les aclaré que, con sus saberes cotidianos, aprendería aspectos de mi país que conocían mejor que yo. Esto me abrió las puertas de su confianza.

Durante la pandemia no procedí así porque permanecí confinada en mi casa. En este periodo sentí miedo de enfermarme. Las penurias económicas que la pandemia creó mundialmente las agravó el bloqueo de Estados Unidos

contra Cuba. Pasé horas en las filas para adquirir alimentos, medicamentos, así como productos de aseo; cuestión que endureció acometer las tareas domésticas que cargamos las mujeres. Simultáneamente, experimenté la seguridad de acceder a un sistema de salud gratuito, universal; además de albergar la esperanza de resguardarme con las vacunas cubanas contra Covid-19 que se creaban. Esta ilusión se convirtió en realidad cuando comenzaron a vacunar a la población de dos años y más a mediados de 2021.

Relataré qué hice para entender los contextos históricos que moldearon los modos de ser de las cubanas y de las relaciones de género antes de la pandemia, que se agravaron desde 2020 hasta 2022. Haré hincapié en las mujeres profesionales del sistema de salud, así como en las científicas de los centros de investigación que tributan a la salud.

Como no utilicé los procedimientos del trabajo de campo, acudí a las informaciones sobre empleo femenino en estos sectores compiladas en los anuarios estadísticos y los medios de comunicación para confirmar las funciones que estas mujeres cumplieron durante la pandemia. Las mujeres son 71.2 % del personal profesional y técnico de la salud pública; (AES, 2019: cuadro 95), representan 63.8% de los médicos (AES, 2019: cuadro 102), 87.8% de los equipos de enfermería y 76.2% de los técnicos medios (AES 2019: cuadro 98); además, 70% de quienes lideraron los principales proyectos vinculados a Covid-19 en los centros de investigación fueron mujeres (Morales, 2020: *Cubadebate*). Del personal médico dedicado a la microbiología, 84.9% son mujeres (AES, 2019: cuadro 102).

Utilicé mi investigación “La Revolución según las cubanas”, publicada en 2018, donde indagué la historia de las estrategias para la igualdad de las mujeres desde 1959, para explicar cómo llegaron a ocupar estas responsabilidades; comenzando por la campaña de Alfabetización de 1961, la cual inició la feminización de la educación. Comprobé que, desde 1978, las mujeres representan más de la mitad de las y los profesionales y técnicos del país, proporción que ronda 66% desde 1991 (Núñez Sarmiento, 2018: 72-95).

¿Cómo humanicé estas estadísticas en sus historias desde inicios de este siglo hasta la actualidad? Acudí a los estudios de autores cubanos para inferir

si ellas pertenecen a una primera o segunda generación de profesionales por la línea materna, así como sus calificaciones profesionales y sus salarios (Oficina Nacional de Estadísticas, 1999; Rodríguez y Albizu-Campos, 2015: 17-31; Echevarría y Tejuca, 2015: 50-78; Martin, 2022: 220-243). Indagué si habían ocupado cargos de dirección, especialmente si estaban dispuestas a asumirlos. Para entender cómo son sus familias, me interesó conocer su situación marital, cuántos hijos tienen, si asumen las funciones de cuidadoras de sus hijas, hijos o de adultos envejecidos (Romero, 2020).

A través de los medios de comunicación, los estudios de las ciencias sociales sobre la pandemia, además de las entrevistas telefónicas que realicé, averigüé los estados de ánimo de estas profesionales durante Covid-19, así como los de sus pacientes, colegas y familiares.

El segundo antídoto propone a las científicas y los científicos sociales que, cuando escojan las cuestiones que investigarán, consideren aquellas que den sentido a los problemas que desean esclarecer; esto es, que contribuyan a comprenderlos. Contravendrían si seleccionan solamente asuntos que les interesan, mientras desechan otros que estiman *a priori* que no son importantes.

Para superar este posible error, sugiero que, quienes investigan, analicen individual o grupalmente las subjetividades intrínsecas que albergan en relación con los temas que estudian, para que no privilegien únicamente los problemas que les afectaron. Cuando estudio el empleo femenino insisto en la segunda jornada porque la sufro. Pero incorporo cuestiones que no padezco, como la violencia contra la mujer, el racismo y la homofobia.

Además, debemos comprender cómo se entrelazan los diferentes procesos sociales que ocurren dentro del tema escogido. En mi caso, hurgué en la historia de los programas tanto los logros como los fracasos para el avance de las cubanas, especialmente desde inicios de este siglo, para entender cómo las mujeres profesionales superaron poco a poco a sus colegas masculinos. También acudí a las investigaciones relacionadas con este tema (Álvarez, 2014: 57-64; Espina, 2015: 197-223; Pañellas, *et al.*, 2015: 224-256).

Una de las tareas habituales de las cubanas en la segunda jornada es ayudar a sus hijas e hijos en las tareas escolares. Al comenzar la pandemia, los centros educacionales cerraron, desde el preescolar hasta el grado 12. La habitual docencia presencial en las aulas, desde las mañanas hasta las tardes, se convirtió en la enseñanza a través de clases televisivas, preparadas con premura. Fue un proceso educativo en un solo sentido, sin interacciones entre educandos y profesores, porque en Cuba no existe una infraestructura de medios digitales suficientes que facilite la interacción comunicativa simultánea. Incluso, el bloqueo de Estados Unidos prohíbe acceder a la plataforma Zoom. Estas clases televisivas obligaron a que infantes y adolescentes recurrieran a sus familiares, especialmente a las mujeres, para que les explicaran los contenidos de esas clases. Los desastres fueron grandes porque estas personas carecían de entrenamiento pedagógico. En Cuba, los medios identificaron no sólo las deficiencias de estas clases televisadas sino, además, las angustias que provocaron en las mujeres de las familias. Destaco el programa televisivo “Un momento con Patricia”, donde la psicóloga Patricia Arés no sólo comunicaba conversacionalmente estos conflictos en las áreas educativas, sino que sugería soluciones a las familias (Infomed, 2020). Sus ideas contribuyeron, hasta cierto punto, a modificar los programas de estudio una vez que las escuelas reabrieron sus puertas. Digo “hasta cierto punto” porque fue imposible someter a prueba las sugerencias de estos fenómenos nuevos antes de ponerlas en práctica.

Sugiero un tercer antídoto, el de la “vigilancia epistemológica” que Pierre Bourdieu (2008) introdujo a finales de los sesenta en “Introducción: Epistemología y metodología”, del libro *El oficio del sociólogo* (pp. 15-30). El autor sugirió que, a lo largo de las investigaciones, desde que se elabore el proyecto hasta que se redacte el informe final, quienes participan en ellas dediquen momentos en los que colectivamente repasen críticamente los pros y los contras de cómo se acercan a sus temas.

En mi larga vida de socióloga, apliqué sus consejos en un diario que aún conservo, donde reflexioné sobre los errores metodológicos que cometí, cómo saldarlos y los aspectos que descubrí que tenían importancia para transformar

lo que Marx denominó la falsa “representación ideológica” de los eventos en el conocimiento científico denominado lo “concreto pensado”. Fueron aspectos que no imaginé en mi proyecto inicial, imperdonables omisiones que existían en la realidad o simplemente traspiés metodológicos básicos. Ejemplifico brevemente algunos de mis deslices.

Durante uno de mis primeros estudios exploratorios sobre obreras en empleos no tradicionalmente femeninos, quienes constituían una primera generación de mujeres asalariadas en sus familias, examiné qué significaba esta condición para ellas. Entre otras cuestiones, les pregunté si recibir un salario influyó en que las “respetaran” más que antes. Craso error de mi parte, porque, ante la coerción de significados que les intenté imponer, prácticamente todas respondieron que siempre las respetaron. Me disculpé con ellas, además de solicitarles que me ayudaran a buscar otras vías para aprender cuánto cambiaron sus vidas desde que se incorporaron a sus empleos. Con su participación activa, crearon una tormenta de ideas que enriqueció mi proyecto inicial con aspectos que nunca imaginé.

A finales de los años ochenta, participé en un equipo multidisciplinario que investigó los desaciertos en la planificación física de comunidades rurales. Aplicamos los procedimientos de la evaluación rural rápida (*Rural Rapid Appraisal*) del inglés Robert Chambers (1983), quien sugería, antes de partir al trabajo de campo, elaborar el proyecto de investigación basado en una amplia consulta documental, además de una exploración previa. Entre los diferentes procedimientos, se aplicó una entrevista sobre el estado de las viviendas. Lo original consistió en que la administraron dúos de especialistas en los que siempre estuvo presente un urbanista. Esto me permitió “ver” detalles de la infraestructura habitacional, los cuales hubiera omitido de no haber contado con los conocimientos del arquitecto que me acompañó. Además, al concluir cada jornada, debatíamos nuestras experiencias para corregir las fallas de los instrumentos e incorporar cuestiones que no habíamos considerado previamente.

Antes de la pandemia, practicaba la observación participante para rectificar el proyecto inicial, los métodos para recopilar y analizar las

informaciones, además de revisar el calendario. Me identificaba con las necesidades de las personas que estudiaba, lograba su empatía y corregía los errores del lenguaje que había utilizado en los instrumentos de indagación. Anotaba en mi diario los errores metodológicos que cometía, además de cómo los subsanaba.

Durante la pandemia no pude practicar la observación participante, así que para informarme sobre los modos en que las profesionales de la salud enfrentaron su labor y sus estados emocionales, conversé telefónicamente con médicas y enfermeras conocidas. Hubiera errado si me hubiera detenido en estas fuentes, porque fueron insuficientes. Así que examiné los estudios de caso y los trabajos de los medios de comunicación cubanos. De estos últimos, analicé el documental “Volverán los abrazos”, de Maritza Ceballos y Jonal Cosculluela. En una entrevista, las y los cineastas revelaron tanto la intensa entrega del personal médico como los sentimientos que desplegaron cuando laboraron en la “zona roja” de los hospitales. Describieron cómo captaron las acciones y las emociones de los trabajadores de la salud, a quienes las personas enfermas no identificaron porque estaban enfundados en las batas, gorros y espejuelos de rigor. Sólo conocían sus nombres escritos en sus pechos. Filmaron con las urgencias que Covid-19 impuso, cumpliendo con los procedimientos para enfrentar los peligros que corrían. Comenzaron con una observación participante para zambullirse en el tema, buscando la empatía de las personas que entrevistaron (Karo, 2020).

Propongo un cuarto antídoto para equilibrar el compromiso y el distanciamiento: evadir “encajar” a las personas y las situaciones que analizamos en conceptos comúnmente aceptados en las comunidades científicas. Especialmente, rechazo aquellos que abundan en las encuestas de opinión, que nada tienen que ver con las realidades cotidianas. A medida que leí los recientes estudios que evaluaron los problemas de este tipo; es decir, de encuestas que aparecen en el blog *Pew Research* bajo el título “Does public opinion polling about issues still work?” (Pew Research Center, 2022), acudí de nuevo a Pierre Bourdieu en “La opinión pública no existe” (Bourdieu, 1987 [1973]: 137-152), con el objetivo de actualizar sus apreciaciones críticas.

Erramos de esta manera cuando transformamos a los seres humanos, junto con las situaciones en las que viven, en conceptos que conducen a imaginarlos de manera irreal, alejados de la diversidad de interrelaciones en las que actúan. Sucede cuando ajustamos de manera forzada a esas personas en ideas como “las profesionales cubanas promedio” o “la familia cubana”. Esto conlleva a ubicar a las personas y sus realidades en compartimientos separados. Del mismo modo ocurre si delimitamos nuestros temas al “empleo”, a la “violencia”, a la “familia”, sin analizar cuánto se relacionan entre sí, sin vincularlos a las políticas sociales vigentes en el país que pueden incluirlas o ignorarlas, desconociendo su evolución histórica, sin compararlas con situaciones similares en otros países.

Si aceptamos este requisito, desmitificaremos las situaciones que se presentan como reales. El artículo que escribí, “Las trabajadoras cubanas durante la pandemia: poderosas y exhaustas”, comienza con unos comentarios machistas que acopié en las filas que hacemos desde que apareció Covid-19: “¡Las cubanas son santas! Nos salvan del bicho y hacen todo en la casa”; “Las mujeres nos mandan hasta en los trabajos. ¡¿A dónde quieren llegar?!”; estas frases sirvieron para conferirles sentido sobre las habilidades que las trabajadoras cubanas desplegaron cotidianamente para resistir y desarrollar al país. Adquirieron estas destrezas durante décadas en las que avanzaron como seres humanos con plenos derechos, capaces de tomar decisiones tanto profesionales como personales, a la vez que padecieron las carencias materiales y la ideología patriarcal entronizada en hombres y mujeres (Núñez Sarmiento, 2021).

La población cubana tiene experiencias para sobrevivir a las adversidades, pero Covid-19 las multiplicó. Cuando uno de los hombres dijo que las cubanas “nos salvaron del bicho”, inferí que se refería a las médicas y enfermeras que previnieron los contagios en las comunidades, atendieron a los contagiados en las “zonas rojas” de los hospitales y administraron las vacunas cubanas. Seguramente incluyó a las científicas que identificaron la cepa del virus en Cuba, que la persiguieron hasta encontrar sus mutaciones, quienes participaron en la creación de las vacunas cubanas contra este virus.

Estimo que las consagró como santas porque bendijo a las mujeres que, simultáneamente, reprodujeron la vida en sus hogares.

La segunda expresión revela los celos que esconden los cubanos ante el empoderamiento que adquirieron las mujeres. En ese artículo ubiqué estas anécdotas en sus contextos sociológicos.

Añado las estadísticas recientes que comparan la mortalidad femenina y masculina en Cuba con las que no conté cuando el texto se publicó. “Covid-19 provoca 8,091 defunciones para una tasa de 72.3 defunciones por 100,000 habitantes. Del total de fallecidos por esta causa, 4,665 corresponden al sexo masculino, con tasa de 83.9 defunciones por 100,000 hombres, y 3,426 al femenino, con tasa de 60.9 defunciones por 100,000 mujeres” (AES, 2021: 13).

El quinto antídoto sugiere que practiquemos la investigación participativa sin ánimos de sustituir a las y los activistas. Todo lo contrario. Significa que intercambiamos con las personas investigadas nuestras reflexiones sobre las problemáticas que viven, incluyendo las soluciones que proponen, con la finalidad de enriquecer nuestros puntos de vista para enmendar nuestras apreciaciones equivocadas. Estos saberes nos permitirán compartir nuestros hallazgos con los de las y los activistas para mejorar sus acciones. Cumpliríamos así los anhelos de los grupos que estudiamos de contribuir a transformar las situaciones que afectan su buen vivir.

La socióloga cubana Magela Romero continuó estudiando los temas del cuidado durante la pandemia en su Red Cubana de Estudios sobre Cuidados (2023). Actualizó diariamente los enlaces a investigaciones y a los mensajes que enriquecieron la cultura de resistencia cubana para enfrentar estas tareas, que recayeron con fuerza inusitada sobre las asalariadas y las amas de casa. Compiló el libro *Género, cuidado de la vida y Covid-19 en Cuba* (2020), un ejemplo de cómo las ciencias sociales nutren a los activismos con fuentes fundamentadas. Magela sabe que cuando no “hacemos hablar” a las personas encargadas de los cuidados, ya sean familiares —mayormente mujeres— o profesionales de la salud, estamos propensos a imponer nuestros puntos de vista. Reconoce igualmente que es imprescindible respetar las acciones de

quienes organizan estas responsabilidades, bien sea desde las comunidades, la academia, las organizaciones no gubernamentales o el gobierno.

Como académica, Magela busca lo que hay que transformar en Cuba en todos los ámbitos para elevar las condiciones de vida de las personas que cuidan y de quienes reciben los cuidados. Esta es una cuestión prioritaria en el país, pues el 22% de la población es mayor de 60 años. La mayoría de las cuidadoras están en estas edades.

El sexto antídoto propone emplear la variedad de enfoques que aporten las distintas ciencias, lo que nos permitirá reconstruir las realidades; es decir, darles sentido a las cuestiones que investigamos de la forma como son en sus cotidianidades.

Durante mi aislamiento, utilicé esta suerte de sugerencia interdisciplinar y transdisciplinar para reflexionar sobre cómo los medios de comunicación trataron los temas de la violencia contra las mujeres.

Annia Terrero, Dixie Edith y Danielle Laurencio, en su trabajo “Violencia de género en la prensa cubana, en busca de espejuelos violeta”, identificaron los aciertos y las deudas que tuvo la prensa respecto a este tipo de violencias, instaladas en el imaginario social, que, no pocas veces, la prensa reprodujo. Manifestaron que no sólo se propusieron “hacer notar dónde está la violencia, sino de comenzar a romper el ciclo de formación y reproducción de modelos estereotipados de hombres y mujeres” (Terrero, Edith y Laurencio, 2021).

La mayoría de los trabajos publicados transmitieron noticias que no contextualizaron los hechos de violencia de género que relataban. Igualaron “violencia doméstica” con “violencia de género”, no abordaron el acoso sexual callejero a profundidad y tampoco nombraron las agresiones sexuales como violencia de género. Prácticamente todos fueron escritos por mujeres.

Reconocieron buenas prácticas en una tercera parte de los trabajos, lo que superó los hallazgos de hace una década. Entrevistaron a personas de diversos géneros, informaron acerca de campañas nacionales por la no violencia contra las mujeres y las niñas, así como el empleo de un lenguaje inclusivo. Expusieron la violencia en todas sus formas y comunicaron historias de

sobrevivientes. Propusieron visibilizar la violencia de género en sus múltiples dimensiones, pero nunca convertirlos en espectáculos mediáticos.

Por mi parte, en un artículo analicé los aciertos y desaciertos educativos que tuvieron dos telenovelas cubanas cuando visibilizaron la violencia contra las mujeres en plena pandemia (Núñez Sarmiento, 2021). La violencia de género, especialmente la ejercida contra las mujeres y las niñas, explotó mundialmente cuando la humanidad se encerró en sus hogares, donde muchas personas arrastraron conductas que quebrantaron la concordancia familiar. Tanto instituciones como personalidades convocaron a educar para frenarla, pero ¿cómo hacerlo en medio de tantas adversidades?

Durante años estudié los mensajes sobre relaciones de género contenidas en las telenovelas cubanas de las 9 horas p. m. para evaluar en qué sentido educaban a su teleaudiencia. Las elegí porque estos programas “engancharon” a las cubanas y a los cubanos durante años. Las telenovelas “Entrega” y “El rostro de los días” provocaron un intenso debate al reconocer que persiste la violencia de género en Cuba. La primera incluyó los feminicidios que cometía un psicópata, mientras que la segunda evidenció la violación de una niña por parte de su padrastro; estas cuestiones no solían transmitirse con esa crudeza. Frente al televisor, analicé unidireccionalmente los mensajes sobre violencia que éstas divulgaron. La audiencia comprendió estos mensajes con claridad.

Éstos son dos ejemplos de artículos periodísticos que brotaron de estudios de caso emprendidos durante la pandemia, que no sólo se difundieron por las redes digitales, sino que nutrieron la docencia impartida a periodistas en el Instituto Internacional de Periodismo José Martí, para entrenarles a escribir la “letra con género” que promovió Isabelita Moya.

El séptimo antídoto señala que quienes investigan deben sobreponerse a las coacciones que les pretenden imponer las personas que dirigen instituciones académicas, gubernamentales y de cualquier tipo, que buscan evitar que se revelen los conflictos que realmente existen. Son formas en que intentan ejercer sus poderes sobre las investigaciones. Las ciencias sociales solamente se librarán de esta coerción cuando argumenten las raíces de los problemas que develaron. Igualmente, no deben autocensurarse por la vía de

evadir cuestiones “difíciles” ante el miedo a sufrir las consecuencias por enfrentar los poderes mencionados.

En mi artículo “Ciencia, conciencia y gobierno para enfrentar los contratiempos del empleo femenino cubano” expuse que la pandemia encontró a las trabajadoras cubanas con los adelantos que obtuvieron gracias a la movilidad social ascendente que benefició a toda la población, especialmente a los sectores más discriminados, de donde procedían. A pesar de las muestras de su empoderamiento, continuaron padeciendo los contratiempos acumulados desde que se incorporaron a sus empleos, agravados tras la crisis de los noventa. Como todas las cubanas, estaban exhaustas (Núñez Sarmiento, 2022a).

Me motivé a escribir ese texto tras leer cómo la socióloga Dayma Echevarría León (2020) resumió los contenidos de 87 investigaciones realizadas en Cuba acerca de los conflictos de género en el empleo femenino entre 2008 y 2018. Evidenció los obstáculos que impidieron que las trabajadoras continuaran avanzando en el decenio inmediato anterior a la pandemia.

Escogí los obstáculos vinculados a las tareas domésticas no remuneradas. Echevarría mostró, con la ayuda de la Encuesta Nacional sobre Igualdad de Género, que, entre los asalariados, las mujeres dedicaron 49.03 horas promedio semanalmente al trabajo remunerado y 31.23 al trabajo no remunerado, mientras que los hombres dedicaron 50.20 horas promedio al trabajo remunerado y 22.01 al no remunerado.

Destacó que la crudeza de las tareas domésticas de las asalariadas cubanas es comprensible cuando ellas son jefas de hogar, si tienen a su cargo infantes, adolescentes, familiares ancianos o personas discapacitadas bajo sus cuidados. Observó que pocas veces se publicaron análisis basados en las estadísticas que explicaran esta problemática.

Consideré que las elevadas tasas de fecundidad adolescente, que recaen también sobre estas trabajadoras, podrían controlarse con el nuevo “Programa de educación integral en sexualidad con enfoque de género y derechos sexuales y reproductivos en el sistema nacional de educación” (Resolución No.

16/2021), el cual debería impartirse desde el primer grado hasta el doce. Sin embargo, no se ha implementado, según el Ministerio de Educación, por falta de textos, por la necesidad de entrenar al personal docente, así como por la ausencia de las “experimentaciones necesarias”.

La educación sexual no ha sido un acierto en la docencia, desde el preescolar hasta el duodécimo grado. A finales de la década de 1970, hubo intentos de impartirla, pero no era obligatoria. Además, el personal docente consideraba estas clases innecesarias e incluso inmorales. En 2011 se introdujo un programa de educación sexual obligatorio, pero desconozco los estudios que evaluaron sus resultados. Analicé a fondo el último programa de 2021, por lo que puedo afirmar que abarca todas las esferas de esta cuestión, muy adaptado a las realidades cubanas. Estimo que la “ausencia de experimentos” no es una excusa válida, porque son evidentes los pros y los contras acumulados durante décadas para impartir estos programas, aunque es real la falta de papel para publicar los textos.

Octavo antídoto. Sugiero conocer los estudios de investigadoras e investigadores foráneos que analizaron temas similares a los que nos enfrentamos para enriquecer nuestras perspectivas.

Cuando la pandemia frenó abruptamente la enseñanza universitaria presencial, estuve entre los profesores que asimilamos “con carburo” los procedimientos virtuales para concluir el semestre de primavera de 2020. En mi caso, me vi obligada a continuar impartiendo por correo electrónico la asignatura “Género, raza y desigualdades en Cuba: visiones de académicos cubanos” a los estudiantes de universidades de Estados Unidos, del Programa Cuba, del Consorcio de Estudios Avanzados en el Exterior (CASA), quienes retornaron a sus hogares a mediados de marzo.

En uno de mis artículos aproveché los estudios que docentes de otros países, que vivieron experiencias similares a las mías, difundieron gratuitamente en revistas científicas digitales, especialmente en *ResearchGate* (2023). Adelanté los pros y los contras que la enseñanza virtual impondría a las universidades a escala mundial, para emplearla como el único

procedimiento en tiempos de encierros o para que, en tiempos “normales”, compartan el aula con los métodos presenciales (Núñez Sarmiento, 2021a).

El primer obstáculo consiste en las desventajas sociales que enfrentan los estudiantes matriculados en las universidades y los que aspiran a hacerlo para participar en la educación a distancia. Las desigualdades les impiden acceder tanto a las computadoras como a las plataformas digitales; dedican escaso tiempo a los cursos porque trabajan para costear sus estudios. No cuentan en sus viviendas con las condiciones que les permitan concentrarse en los contenidos de las asignaturas.

Por mucho que las profesoras y los profesores se empeñen en destrozarse estas desigualdades, sólo una educación universal y gratuita contribuiría a ponderar los beneficios de la educación a distancia. Mientras esta utopía no se realice, quienes educamos tenemos que dedicar una atención individualizada a los educandos con desventajas.

Cuando las y los docentes se sumergen en la educación virtual, deben crear nuevas fórmulas para motivar a su alumnado, porque pierden las posibilidades de observar en vivo sus reacciones en el aula. Este tipo de docencia tiene que evitar la aburrida linealidad de la transmisión docentes-educandos para crear una atmósfera de pensamientos críticos en que ambas partes compartan sus dudas y puntos de vista.

Esto demanda que el magisterio emprenda una docencia empática con sus estudiantes, de manera que, a pesar de carecer del intercambio directo que acontece en las aulas, perciban qué esperan sus alumnos de la asignatura, qué dificultades manifiestan para comprender los nuevos temas que les imparten. Si las clases virtuales emplean Zoom o grupos de WhatsApp, los intercambios directos ocurrirán al instante. Cuando la docencia carezca de estas plataformas, habrá que diseñar los cursos empleando otras posibilidades que brinda Internet, como el correo electrónico. Las y los docentes tendrían que organizar las clases de antemano con vistas a “colgarlas” en la plataforma digital de la institución que promueve su asignatura. Se convertirán en los productores de videoclips que atrapan a su auditorio. Las dudas se aclararán

intercambiando correos y, cuando sea posible, se complementarán debatiéndolas por Internet, individualmente o en grupos pequeños.

El noveno antídoto nos invita a emplear los nuevos conceptos científicos que, partiendo en ocasiones de los ya aceptados, los enriquecen con los hallazgos derivados de indagaciones sobre la contemporaneidad, esencialmente si es la cubana.

Este fue el caso del concepto “evaluaciones sociales”, el cual tomé prestado de la profesora cubana Yanetsy Pino Reina (2018). Ella lo creó para analizar los rasgos de la ideología de género en la poesía de autoras cubanas en la segunda mitad del siglo XX e inicios del XXI. Afirmó que las evaluaciones sociales son las responsables de asociar la obra “al tejido general de la vida social a un grupo, un género, tanto desde la visión y comprensión misma del acontecimiento que se transmite como de las formas de trasmisión del mismo”. Son los “significados ideológicos” de las realidades, influidos por innumerables factores de género, tradición, memoria y contexto, incluida la invisibilidad del sistema ideológico que los domina (pp. 40-43). Comprobó que estos saberes contribuyeron a entender las habilidades de esas escritoras para ejercer sus resistencias.

Usé sus “evaluaciones sociales” para dar sentido a los mensajes de los medios cubanos que comunicaron las destrezas que desplegaron las profesionales cubanas de la salud al combatir el Coronavirus, que enriquecieron la tradicional cultura de resistencia cubana (Núñez Sarmiento, 2021c). Varios noticieros televisivos usaron las “evaluaciones sociales” de numerosos hombres entrevistados que alabaron la entrega de las profesionales de la salud, identificándolas abiertamente con la manera en que cumplían sus responsabilidades en el hogar. Pero las evidencias del rol imprescindible de las mujeres en el combate a la pandemia fueron tan fuertes, que los medios rompieron muchos de estos estereotipos patriarcales con los que suelen adornarlas.

Como me propuse reconstruir el discurso de resistencia con que la población cubana identificó el desempeño de las mujeres en esta crisis epidemiológica, necesité reconocer también cómo se autocalificaron las

protagonistas de esta resistencia en el campo de la salud, para saber si ellas repitieron lo de “eternas sacrificadas” o si asumieron identidades diferentes.

Los contenidos con que los medios de comunicación cubanos proyectaron a las cubanas en las esferas de la salud pública y de las ciencias asociadas reconocieron que ellas son la mayoría de las y los profesionales en estos dos sectores. También ellas fueron la mayoría de quienes calcularon las estadísticas epidemiológicas, así como las que brindaron ayuda psicológica a quienes la solicitaron. Igualmente integraron los equipos que evaluaron los porqués de la pandemia y los pronósticos, por cierto, muy acertados.

¿Cómo expresaron estas mujeres sus modos de ser al resistir la pandemia? Su elocuencia rebasó la evaluación de “sacrificadas”. Relataron que escogieron sus carreras porque les atraían, especialmente porque desde éstas enriquecerían la cultura de salud de la ciudadanía.

Algunos programas de televisión presentaron a las científicas que influyeron en esta batalla, quienes, a pesar de llevar las obligadas mascarillas sanitarias, lograron comunicar las alegrías, los pesares y las inseguridades que experimentaron a lo largo de sus carreras, como seres humanos que son. Explicaron cómo iniciaron sus estudios universitarios; describieron sus aportes científicos; confesaron los miedos que experimentan cada vez que manipulan los virus y las bacterias; hablaron de sus tristezas cuando sus investigaciones no fructifican, por lo que deben tomar otros caminos.

Todas hablaron sinceramente tanto de las familias de donde provienen como de las que han formado. Como buenas cubanas, alabaron a sus hijas e hijos. Cuando les preguntaron por la “ayuda” que les prestan los hombres en las tareas domésticas de sus hogares, muy pocas dijeron que sus parejas participaran. Por sus relatos, varias de ellas encabezan sus hogares o no conviven con una pareja estable. Sólo entrevistándolas con profundidad sociológica o solicitándoles que accedan a una historia de vida se podrá llegar a las “evaluaciones sociales” que propone Pino Reina. En esas indagaciones habría que profundizar en cómo organizan los cuidados que requieren los adultos mayores de sus familias, esos que fueron los niños que nacieron en el *boom* posterior a la Segunda Guerra Mundial; que seguramente fueron

profesionales, pero que ahora están jubilados y demandan cuidados de mayor calidad de los que requerían los abuelos de las científicas del presente.

Como décimo antídoto, propongo que en las investigaciones cualitativas aprendamos de todo lo que nos rodea para enriquecer los temas que seleccionamos. Tenemos que practicar más *serendipity* para identificar sucesos cotidianos que podrían ayudarnos a conferirles sentido a las cuestiones que nos interesan, a las cosas que dejamos escapar por considerarlas insignificantes o que no están relacionadas con lo que indagamos. Contribuirán igualmente a reelaborar nuestros lenguajes a la hora de escribir los textos.

Acudí a los documentos, así como a los medios que contenían diferentes enfoques sobre cómo no se detuvo la lucha contra la homofobia durante la pandemia y la postpandemia.

En un artículo utilicé la eficacia de las vacunas cubanas contra Covid-19 para metafóricamente afirmar que, durante la pandemia, “la vacuna cubana contra la homofobia” se continuó administrando a toda la población. Afirmé que no tiene la eficacia de las vacunas cubanas contra Covid-19, que cubren hoy al 95% de la población mayor de dos años, porque la proporción de contagiados con el virus homofóbico ronda un 25% de la población. Esta última proporción la calculé a partir de quienes rechazaron el matrimonio entre personas del mismo sexo cuando se discutió el proyecto de Constitución en 2018 (Núñez Sarmiento, 2021b).

La nueva Constitución de 2019 incluyó siete artículos que aseguraron la no discriminación de los ciudadanos. Creó las bases para que el principio de igualdad y no discriminación, que incorpora explícitamente las categorías de sexo, género, orientación sexual e identidad de género, impregne la construcción de leyes y regulaciones jurídicas que se reformulen. Cuando Covid-19 apareció un año después, fue imposible detener este proceso.

En mayo de 2021 anunciaron un viejo anhelo: reformular el Código de la Familia, vigente desde 1975, en un nuevo proyecto para someterlo a consulta pública. Hasta ese momento, especialistas de todas las ciencias elaboraron 22 versiones del nuevo Código, que se sometió nuevamente a consultas abiertas

de especialistas, mientras que en el primer trimestre de 2022 toda la población lo debatió. En septiembre de ese año se llevó a Referendo la versión 25 del proyecto, la cual saldó los vacíos y las discrepancias del viejo Código con los modos de vida que cambiaron desde 1975.

En el artículo “Mitos y realidades sobre el Código de las familias que definitivamente se aprobó”, publicado en *Lectambulos*, expliqué los fundamentos de la votación (Núñez Sarmiento, 2022b). Al Referendo, 74% de la ciudadanía cubana de 16 años y más acudió voluntariamente; de estas personas, 66.87% marcó “Sí” en sus boletas, mientras 33% se acogió al “No”. Al aprobarse el nuevo Código concluyeron años de discusiones que demuestran cuán enraizada está la ideología patriarcal en las cubanas y los cubanos.

Los motivos que pudieron conducir al rechazo fueron el reconocimiento legal del matrimonio entre personas del mismo sexo o su unión afectiva de hecho; la adopción de infantes por parte de estas personas; la prohibición del matrimonio infantil; la responsabilidad parental que sustituye la patria potestad; la autonomía progresiva de las niñas, niños y adolescentes; la noción de criarles sin violencia, así como las técnicas de reproducción asistida, incluyendo la gestación solidaria. Estos “noes” manifiestan cuán enraizada está la cultura patriarcal en la población.

Sólo me detendré en el caso de la homofobia. Este “síndrome” no acepta el derecho a legalizar las uniones de personas del mismo sexo porque “sus malos ejemplos” se multiplicarían en la población, porque son “antinaturales” o porque no responden a las uniones entre un hombre y una mujer santificadas por las religiones.

Cuando una pareja del mismo sexo adopte a un infante o adolescente, ello no significa que les inculcarán sus identidades genéricas u orientaciones sexuales. Sencillamente, hallarán en sus nuevas familias amor y seguridad.

Las campañas para incitar al “No” fueron enormes. Ninguna esclareció que el Código no impone conductas, sino que incluye aquellas que ya existen en Cuba para otorgarles derechos y deberes.

Al acercarse la votación, cobró fuerza el llamado a no acudir a las urnas, aduciendo que el gobierno fue incapaz de evitar la crisis económica que sufre la población por desabastecimientos, la inflación, los cortes de electricidad y la creciente emigración externa. Resumiendo, convocaron a un “voto de castigo”.

Por si fuera poco, la tormenta Ian se acercó a Cuba ese domingo. Provocó lluvias torrenciales en partes del país, lo que quizá provocó una mayor inasistencia a las urnas.

La razón se impuso, por lo que el Código de las Familias se convirtió en una ley aprobada por el voto popular.

CONCLUSIONES

En este capítulo reflexioné acerca de las vías que empleé durante la pandemia y la postpandemia (2020-2022) para zafar los nudos entre el compromiso y el distanciamiento, uno de los dilemas metodológicos que siempre enfrenté en mis investigaciones. Demostré cómo lo hice a medida que continué estudiando el empleo femenino y las relaciones de género en mi país. Ajusté los diez antídotos publicados en 2001 para balancear esos extremos, a la vez que respondí a las preguntas generales que guiaron a las autoras y a los autores de este libro, con el fin de explicar cómo nos involucramos en la investigación social en interacción: ¿por qué investigo?, ¿cómo lo hago?, ¿a quién dirijo mis estudios?, ¿para qué?

Ilustré mis respuestas explicando cómo exploré los obstáculos que enfrentaron las asalariadas para continuar avanzando en su igualdad y equidad durante esos años. Resalté las situaciones que vivieron las profesionales de la salud pública, así como las científicas de los centros de investigación vinculados a la salud, por las importantes funciones que han desempeñado estos últimos años.

Fue difícil “alejarme” del compromiso con las mujeres que estudié, porque reconocí que ellas, como yo, sufrían la escasez para reproducir la vida en los hogares, los miedos al contagio, la incertidumbre de cuándo terminaría la

enfermedad. Las profesionales que escogí padecieron los conflictos para trasladarse a sus empleos, cumplir los horarios laborales y, además, con la segunda jornada.

Analiqué metodológicamente las vías para evitar las coerciones que nos imponen tanto la academia como las instituciones que investigamos, el imperativo de ubicar las cuestiones que analizamos en sus contextos históricos concretos, la conveniencia de emplear las multidisciplinas junto con las multitécnicas, la riqueza de los estudios comparativos.

Sustituí los trabajos de campo, así como los debates académicos presenciales, por consultas documentales en las redes, conversaciones telefónicas e intercambios por Internet.

Resultó un testimonio autoevaluativo personal de los recursos metodológicos que empleé en estas pesquisas, en el que ejercí el pensamiento crítico ilustrado que atesoré durante mis años de investigación y docencia universitaria, con el propósito de aportar para enmendar las fallas que salen a la luz en las investigaciones.

Comparto, así, las responsabilidades cívicas de quienes colaboramos en esta obra colectiva.

REFERENCIAS

Álvarez Suárez, Mayda (2014). “La igualdad de género en los debates sobre población y desarrollo”. *Revista Temas* (80): 57-63.

Anuario Estadístico de Salud (AES) (2019). La Habana, 2020. Disponible en <<https://files.sld.cu/bvscuba/files/2020/05/Anuario-Electr%c3%b3nico-Espa%c3%b1ol-2019-ed-2020.pdf>> (consulta: 10 de octubre 2023).

Anuario Estadístico de Salud (AES) (2021). La Habana, 2022. Disponible en <<https://instituciones.sld.cu/fatesa/files/2022/11/Anuario-Estad%3ADstico-de-Salud-2021.-Ed-2022.pdf>> (consulta: 10 de octubre de 2023).

Bourdieu, Pierre (1987). “A Opinião Pública Não Existe”. En *Crítica Metodológica, Investigação Social et Enquete Operária*, editado por Michel

- J. M. Thiollent, 137-151. São Paulo: Editora Polis [1973].
- Chambers, Robert (1983). *Rural Development: Putting the Last First*. Nueva York: Longman Scientific & Technical/John Wiley & Sons, Inc.
- Echevarría León, Dayma (2020). *Desigualdades de género e interseccionalidad. Análisis del contexto cubano 2008-2018* [en línea]. La Habana: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/Publicaciones Acuario. Disponible en <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/flacso-cu/20201103110729/3-Desigualdades-genero.pdf>> (consulta: 14 noviembre de 2022).
- Echevarría León, Dayma, y Mayra Tejuca Martínez (2015). “Educación y empleo en Cuba 200-2014: entre ajustes y desajustes”. En *Cuba: los correlatos socioculturales del cambio económico*, coordinado por Mayra Paula Espina y Dayma Echevarría León, 50-78. Panamá: Editorial Ciencias Sociales/Ruth Casa Editorial.
- Elias, Norbert (1956). “Problems of Involvement and Detachment” [en línea]. *Reviewed work(s): Source: The British Journal of Sociology* 7 (3): 226-252. Disponible en <https://www.unige.ch/sciences-societe/socio/files/9014/0533/6294/Elias_1956.pdf> (consulta: 14 de noviembre, 2022).
- Espina, Mayra P. (2015). “Reforma económica y política social de equidad en Cuba”. En *Cuba: los correlatos socioculturales del cambio económico*, coordinado por Mayra Espina y Dayma Echevarría, 197-223. Panamá: Editorial Ciencias Sociales/Ruth Casa Editorial.
- Infomed. Temas de Salud. “¿Cómo asumes quedarte en casa?” [en línea], 14 de mayo. Disponible en <<https://temas.sld.cu/vigilanciaensalud/2020/05/14/como-asumes-quedarte-en-casa-i/>>
- Karo, Rita (2020). “Jonal Cosculluela y Maritza Ceballos: relato documental de una pandemia” [en línea]. *Cubaperiodistas*, 7 de octubre. Disponible en <<https://www.cubaperiodistas.cu/index.php/2020/10/jonal-cosculluela-y-maritza-ceballo-relato-documental-de-una-pandemia/>> (consulta: 14 de noviembre de 2022).

- Martin, José L. (2022). “La sociología del trabajo en Cuba: una mirada con rostro de Jano”. En *La Sociología en Cuba*, colectivo de autores, 220-269. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Marx, Carlos (1966). “El método de la economía política”. En *Contribución a la crítica de la economía política* [Apéndice. Introducción a la crítica de la economía política]. La Habana: Editora Política [1857].
- Morales, Ileana (2020). Intervención en la *Mesa Redonda*, programa de la TV Cubana, 12 agosto. Disponible en <http://www.cubadebate.cu/noticias/2020/08/12/la-ciencia-cubana-en-el-enfrentamiento-a-la-covid-19-estrategia-productos-e-innovacion-video/> (consulta: 23 de octubre de 2023).
- Núñez Sarmiento, Marta (2001). “Compromiso y distanciamiento: el sociólogo en su entorno social”. *Revista Papers* (65): 109-119.
- Núñez Sarmiento, Marta (2018). “La Revolución según las cubanas”. En *La Revolución Cubana. Algunas miradas críticas y descolonizadas*, coordinado por Luis Suárez Salazar, 72-95. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Núñez Sarmiento, Marta (2021a). “Fronteras de la educación universitaria que Covid-19 rompió” [en línea]. *Revista Lectambulos*, 1 de febrero. Disponible en <https://lectambulos.com/fronteras-de-la-educacion-universitaria-que-la-covid-19-rompio/> (consulta: 14 de noviembre de 2022).
- Núñez Sarmiento, Marta (2021b). “La Covid-19 no paró la lucha cubana contra la homofobia”. *Revista Lectambulos*, 6 de junio. Disponible en <https://lectambulos.com/la-covid-19-no-paralizo-la-lucha-cubana-contr-la-homofobia/> (consulta: 14 de noviembre de 2022).
- Núñez Sarmiento, Marta (2021c). “Las trabajadoras cubanas durante la pandemia: poderosas y exhaustas” [en línea]. *ReVista Harvard Review of Latin America*. 24 de junio. Disponible en <https://websites.harvard.edu/revista/cuban-working-women-during-the-pandemic/> (consulta: 8 de octubre de 2022).

- Núñez Sarmiento, Marta (2022a). “Ciencia, conciencia y gobierno para enfrentar los contratiempos del empleo femenino” [en línea]. *Revista Lectambulos*, 8 de marzo. Disponible en <<https://lectambulos.com/ciencia-conciencia-y-gobierno-para-enfrentar-los-contratiempos-del-empleo-femenino-cubano/>> (consulta: 14 de noviembre de 2022).
- Núñez Sarmiento, Marta (2022b). “Mitos y realidades sobre el Código de las Familias de Cuba definitivamente aprobado”. *Revista Lectambulos*, 1 de octubre. Disponible en <<https://lectambulos.com/mitos-y-realidades-sobre-el-codigo-de-las-familias-de-cuba-definitivamente-aprobado/>> (consulta: 14 de noviembre 2022).
- Oficina Nacional de Estadísticas (1999). *Perfil Estadístico de la Mujer Cubana en el Umbral del Siglo XXI*.
- Pañellas, Daybel; Dayma Echevarría; Teresa Lara (2015). “Cuba: los impactos sociales de las transformaciones económicas. Lo que dicen los estudios sociales 2008-2013”. En *Cuba: los correlatos socioculturales del cambio económico* coordinado por Mayra Espina y Dayma Echevarría, 224-256. Panamá: Ciencias Sociales/Ruth Casa Editorial.
- Pew Research Center. (2022) “Does public opinion polling about issues still work?”, 1 de noviembre de 2022. Disponible en <<https://www.pewresearch.org/fact-tank/2022/09/21/does-public-opinion-polling-about-issues-still-work/>> (consulta: 2 de noviembre de 2022).
- Pino Reina, Yanetsy (2018). *Hilando y deshilando la resistencia (pactos no catastróficos entre identidad femenina y poesía)* (Premio Casa de las Américas 2018). La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Red Cubana de Estudios sobre Cuidados (2023). Disponible en <<https://www.facebook.com/groups/269859694529308/>>
- ResearchGate sobre educación en Covid-19. Disponible en <<https://www.researchgate.net/search.Search.html?>

[query=education+during+covid-19&type=publication](#)> (consulta: 10 de octubre de 2023).

Resolución No. 16/2021 de la Ministra de Educación de la República de Cuba.

“Programa de educación integral en sexualidad con enfoque de género y derechos sexuales y reproductivos en el sistema nacional de educación”, 26 de febrero de 2021. Disponible en <<https://docplayer.es/210002260-Resolucion-no-16-2021.html>> (consulta: 14 de noviembre de 2022).

Rodríguez Gómez, Grisell, y Juan C. Albizu-Campos Espiñera (2015). “La dinámica demográfica cubana en el contexto actual”. En *Cuba: correlatos socioculturales del cambio económico*, coordinado por Mayra Paula Espina y Dayma Echevarría, 17-31. Panamá: Editorial Ciencias Sociales/Ruth Casa Editorial.

Romero León, Magela (compiladora) (2020). *Género, cuidado de la vida y Covid-19 en Cuba. Diversas miradas y realidades*. Santo Domingo: Fundación Friedrich Ebert.

Terrero, Ania; Dixie Edith; y Danielle Laurencio (2021). “Violencia de género en la prensa cubana, en busca de espejuelos violeta” [en línea]. *Cubadebate*, 6 de noviembre. Disponible en <<http://www.cubadebate.cu/especiales/2021/06/11/violencia-de-genero-en-la-prensa-cubana-en-busca-de-espejuelos-violetas/>> (consulta: 14 de noviembre de 2022).

Conocimiento académico en acción

Una comunidad de ciencias sociales frente a las caravanas migrantes y la pandemia de Covid-19

Oscar Fernando Contreras Montellano

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

En 2018 y 2020, dos acontecimientos de naturaleza muy distinta, pero de alto impacto en la sociedad mexicana, ocuparon amplios espacios en el debate público, en los medios de comunicación y en múltiples foros académicos: las caravanas migrantes y la pandemia por Covid-19. El objetivo de este capítulo es analizar la experiencia de un grupo de científicas y científicos sociales de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), en el marco de estos dos episodios críticos. La descripción y el análisis se enfocan en las formas de intervención, el entorno institucional en el que se desplegaron, y las características del grupo de trabajo que hicieron posible una respuesta rápida y de amplio alcance en la elaboración de diagnósticos y propuestas para la atención a grupos vulnerables en contextos de crisis.

El marco conceptual a partir del cual se desarrolla el análisis se basa en las nociones de “movilización de conocimiento” y “ciencia social pública”. La movilización de conocimiento alude a la interlocución entre académicos y actores sociales, organizaciones y comunidades para hacer accesible y socialmente útil el conocimiento generado en la academia. La noción de ciencia social pública es una adaptación del concepto de *sociología pública* de Michael Burawoy y hace referencia a la colaboración directa de los académicos con comunidades, movimientos sociales, organizaciones y

entidades gubernamentales, a partir de una agenda negociada que involucra problemas relevantes para los actores no académicos. Para este trabajo se utilizó un enfoque cualitativo, combinando el método de estudio de caso único con la observación participante, siendo el autor parte del grupo de intervención.

El análisis de la intervención involucra dos dimensiones. Por una parte, el contexto institucional de El Colef, un Centro Público de Investigación (CPI) que, desde su fundación, en 1982, ha cultivado una agenda de investigación estrechamente ligada a los problemas sociales de la región fronteriza del norte de México; por otra parte, la emergencia, en momentos de crisis, de un grupo latente conformado por investigadoras e investigadores de varias disciplinas, no relacionados formalmente por un proyecto, área o departamento académico, sino que emerge como grupo en momentos de crisis regionales, articulado bajo un enfoque común de ciencia social pública.

CIENCIA SOCIAL PÚBLICA

Al estudiar eventos disruptivos, amenazas inéditas o situaciones de emergencia, las contribuciones de las ciencias sociales pueden abarcar una muy amplia variedad de temas, enfoques y escalas, pero en general se les puede clasificar de acuerdo con tres tipos de aportes. En primer lugar, esfuerzos analíticos por comprender y explicar los fenómenos disruptivos mediante las categorías y los conceptos del saber especializado de las ciencias sociales; en segundo lugar, diagnósticos y estrategias de intervención para apoyar la toma de decisiones de actores sociales, grupos, organizaciones o comunidades; en tercer lugar, comunicaciones que buscan incidir en el debate público y orientar a audiencias no especializadas, contribuyendo a combatir las teorías de la conspiración y las noticias falsas a partir de información fundamentada (Contreras, 2018; 2021).

En el plano de la comprensión y explicación, tanto en el caso de la pandemia como en el de las caravanas, se publicaron trabajos con bastante rapidez que intentaban dar cuenta de sus causas, antecedentes y

consecuencias. La pandemia desencadenó una crisis a escala mundial, ligada a una amenaza desconocida y potencialmente devastadora, por lo que desde las primeras semanas se publicaron numerosos análisis que intentaban ponerla en perspectiva como un hecho no sólo biológico o de salud, sino como un fenómeno social originado y exacerbado por determinadas prácticas y estructuras sociales resultantes de la acción humana sobre la naturaleza y sobre la propia sociedad. Estas publicaciones abordaban una gran cantidad de temas y escalas, desde los determinantes de la pandemia en la dinámica de la socioeconomía global hasta las adaptaciones de la interacción cara a cara como efecto del distanciamiento social (Hu, 2020; Kapitány-Fövény y Sulyok, 2020; Baldwin y Di Mauro, 2020; Weible *et al.*, 2020; Matthewman y Huppatz, 2020; Collins, 2020).^[1] En el caso de la Caravana Migrante, un fenómeno de alcance nacional y regional, los trabajos académicos inmediatos se publicaron principalmente en revistas mexicanas. Estuvieron dedicados a caracterizar esta nueva forma de desplazamiento colectivo en el marco de las diversas crisis en los países de origen, y a analizar aspectos como las condiciones de vulnerabilidad de los migrantes, la inseguridad de las rutas migratorias y las políticas de contención de los gobiernos de México y Estados Unidos (Montenegro, 2018; Araya, 2019; Varela y McLean, 2019; Varela, 2019).

Fueron menos numerosos los textos enfocados al diagnóstico y estrategias de intervención para apoyar la toma de decisiones. En el caso de la pandemia, destacan aquellos dedicados a la atención a grupos vulnerables, al desarrollo de recomendaciones puntuales sobre políticas de atención y prevención en contextos específicos, y a la formulación de propuestas amplias de políticas de protección social para mitigar los impactos de la pandemia y promover un desarrollo sustentable (Leslie *et al.*, 2021; Markham *et al.*, 2020; Leach *et al.*, 2021; Burström y Tao, 2020; Filgueira *et al.*, 2020). En el caso de las caravanas, más allá de los reportes publicados por El Colef (2018; 2019), no parece haber otros ejemplos relevantes documentados.

Por último, en el caso de las publicaciones y comunicaciones dirigidas a públicos amplios, en el contexto de la pandemia se multiplicó la participación de los científicos sociales en los medios de comunicación y en foros no

especializados. Muy pronto, al declararse la pandemia, hubo una eclosión de artículos de opinión, reflexiones y notas de divulgación, tanto en medios locales como nacionales e internacionales, incluyendo colaboraciones de algunas de las figuras más influyentes y mediáticas del gremio científico social (Calhoun, 2020; Taussig, 2020; Krugman, 2020). En el caso de las caravanas, este tipo de trabajos se publicaron sobre todo en medios nacionales y binacionales (Durand, 2018; París, 2018; Serrano, 2019).

Los trabajos enfocados en la comprensión y explicación constituyen la forma más habitual de comunicar los resultados de investigación, y están dirigidos a pares académicos y públicos especializados. Ciertamente, esos trabajos suelen producir efectos tangibles a través de la apropiación de conceptos, marcos analíticos y hallazgos por parte de diversos actores sociales, al incorporarlos en sus interpretaciones y estrategias. Pero es en el segundo tipo de trabajos, aquellos diseñados para elaborar diagnósticos, diseñar estrategias y apoyar la toma de decisiones, donde el conocimiento de las ciencias sociales pone en juego explícitamente su caudal de recursos para la intervención en el cambio social. Estos trabajos pueden analizarse a partir de las nociones de movilización de conocimiento y ciencia social pública.

El concepto de movilización del conocimiento hace referencia al vínculo de la investigación académica con diversos actores sociales, entidades gubernamentales y comunidades, haciendo accesible la investigación para públicos no académicos (Casas, *et al.* 2022). La movilización puede limitarse al uso del conocimiento generado por la investigación académica por parte de otros actores, en su forma más simple, o bien dar lugar a diversas formas de colaboración entre investigadores y actores sociales para la generación y aplicación del conocimiento, llegando a conformar esquemas de coproducción del conocimiento (Phipps *et al.*, 2016).

De acuerdo con Bennet y coautores (2007), la movilización del conocimiento constituye un proceso en el que se produce un flujo de valor a través de la creación, asimilación, aprovechamiento, intercambio y aplicación de conocimientos enfocados a una determinada comunidad. Esto implica la creación, traslado y adaptación efectivos del conocimiento desde su fuente (el

centro de investigación, el grupo de expertos) hasta su aplicación (los líderes comunitarios, la comunidad), de tal modo que las acciones desplegadas sean eficaces y sostenibles. La viabilidad de este proceso es mayor cuando existe una comprensión compartida entre todos los interesados, así como los medios y oportunidades para que el conocimiento fundado en la comunidad permita mejorar el desarrollo del conocimiento asentado en la investigación (p. 13).

Este esquema de coproducción de conocimiento, en interacción con actores no académicos y orientado a la acción, se relaciona con lo que aquí se denomina ciencia social pública, noción derivada directamente del concepto de *sociología pública* acuñado por Michael Burawoy (2005). Hace referencia al trabajo de científicos sociales en interacción con comunidades, movimientos y organizaciones, en una relación dialógica en la que la agenda de cada parte es puesta sobre la mesa y se produce un ajuste recíproco entre ambas. Los resultados, por otra parte, se difunden entre colectivos amplios de la sociedad, más allá de los medios académicos convencionales.

Siguiendo la reflexión de Cossyleon y Spitz (2021), se pueden distinguir dos tipos de ciencia social pública: orgánica y tradicional. La orgánica supone una colaboración directa de los académicos con integrantes de la comunidad para la realización de las investigaciones, mientras que la tradicional se limita a proporcionar los resultados de la investigación a públicos no académicos, sin generar lazos de colaboración. En todo caso, un rasgo distintivo de la ciencia social pública de tipo orgánico es su conexión con las “luchas morales” de la sociedad (p. 70).

En el mismo sentido, Calhoun y Wieviorka (2013) afirman que una de las tareas de las ciencias sociales es “aportar un entendimiento que sea de utilidad a los actores de la vida colectiva”, en el marco de “una tradición en la que las ciencias sociales contribuyen al progreso y a la emancipación, al proyecto de elevar la capacidad de análisis y, a partir de eso, de la acción de los dominados y de los excluidos, antes que servir a la modernización general de nuestras sociedades” (p. 47) . La tesis de la sociología pública desarrollada por Michael Burawoy es similar, pues propone una ciencia social que defina su agenda en diálogo con los actores y difunda sus resultados entre colectivos amplios de la

sociedad, más allá de los medios académicos convencionales. En esta acepción, las ciencias sociales no tienen el objetivo primordial de influir en la toma de decisiones de los gobiernos, sino encarnar en la acción transformadora de los actores sociales e iluminar sus argumentos en la lucha por la justicia y la equidad.

EL CONTEXTO INSTITUCIONAL DE LA INTERVENCIÓN[2]

Las dos intervenciones que se analizan en este trabajo tuvieron lugar en un contexto institucional específico: El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), uno de los 26 centros que conforman el Sistema de Centros Públicos de Investigación (CPI) en México. El Colef fue creado en 1982, cuando la frontera norte del país empezaba a cobrar relevancia como región estratégica en la agenda política del gobierno federal. Se le percibía como una zona vulnerable por su lejanía y débil comunicación con el centro del país, pero sobre todo por el influjo económico y cultural de los Estados Unidos en la región (Mendoza, 2007; Taylor, 2002).

Quizá la principal innovación institucional de El Colef fue el modelo académico impulsado desde su origen, que aspiraba a conjugar el rigor académico con una influencia directa en la toma de decisiones y en las políticas públicas, en un contexto en el que las ciencias sociales estaban aún poco desarrolladas en la región y en el que los científicos sociales tenían muy poca interlocución con los actores sociales y gubernamentales. Esta vocación de origen se reforzaría a partir de la Ley de Ciencia y Tecnología de 2002, que buscaba incentivar la investigación orientada a la solución de problemas y creaba mecanismos que involucraban la participación de los tres niveles de gobierno en la definición de las prioridades y el financiamiento de la investigación.

El Colef cuenta en la actualidad con un campus de investigación y posgrado en Tijuana, además de otras seis sedes ubicadas a lo largo de la frontera norte. Su planta académica está integrada por 118 investigadoras e

investigadores, quienes estudian temas como la migración, relaciones transfronterizas, pobreza, desarrollo económico, industrialización, gobiernos locales, grupos vulnerables, envejecimiento, medio ambiente, y diversas cuestiones ligadas con el desarrollo regional. Además de los pares académicos, los interlocutores más frecuentes en este tipo de proyectos son organizaciones de la sociedad civil, grupos empresariales y dependencias del gobierno federal, de gobiernos municipales y estatales, así como diversas comisiones de la Cámara de Diputados y del Senado de la República.

En este marco, los distintos grupos de investigación (y los investigadores en lo individual) desarrollan variados grados de interacción con los actores e instituciones del entorno, si bien definiendo sus compromisos de manera muy diversa. Algunos deciden interactuar, por ejemplo, con empresas y organizaciones del sector privado y con dependencias gubernamentales, otros con organizaciones no gubernamentales, movimientos sociales y grupos vulnerables. Esas diferencias suelen reflejar vocaciones sociales o preferencias ideológicas en un contexto en el que, independientemente de los cambios en la política de ciencia y tecnología del país, y de las cambiantes preferencias de las sucesivas administraciones del centro, las y los investigadores han ejercido sus tareas con libertad académica y sin restricciones a sus orientaciones teóricas y metodológicas, o a sus compromisos con diferentes actores sociales y formas de interlocución.

Así, en la comunidad académica de El Colef se pueden identificar tres tipos de enfoques sobre la orientación y sentido del trabajo académico (Contreras, 2018):

a) *Ingeniería social*. Se trata del enfoque ampliamente promovido por la política de ciencia y tecnología de México durante las últimas dos décadas. Enfatiza la necesidad de generar conocimiento aplicable a la solución de problemas sociales. La pertinencia de las investigaciones, su viabilidad y relevancia son valoradas desde la perspectiva de la búsqueda de soluciones prácticas a los problemas definidos como tales por la sociedad o, más frecuentemente, por las instituciones gubernamentales. La Ley de 2002, junto con la consolidación de los CPI y la creciente canalización de fondos de

investigación ligados a la agenda gubernamental, favorecieron el alineamiento del quehacer del centro y de parte de su comunidad académica con el enfoque de ingeniería social.

b) *Herramienta para el fortalecimiento de los actores sociales y grupos vulnerables*. Este enfoque se orienta al empoderamiento de las comunidades, los movimientos sociales y los grupos vulnerables. Se trata de una actividad académica asociada a una vocación intelectual de intervención y a un compromiso político-moral con el entorno. En este enfoque, el conocimiento es sobre todo un vehículo para la acción práctica, un bien colectivo del cual se apropiarán los grupos sociales y las comunidades para mejorar sus condiciones de vida y sus argumentos en la lucha por demandas de justicia social.

c) *Conocimiento especializado y profesional*. En este enfoque, la generación de conocimiento tiene valor en sí mismo, guiada por el objetivo de producir explicaciones solventes sobre los fenómenos sociales estudiados y obtener el reconocimiento de los pares. Se puede afirmar que éste ha sido el enfoque dominante en la trayectoria del centro, y si bien no se trata de una orientación excluyente de otros intereses, supone la subordinación de los demás compromisos (instrumental, social, político) a las reglas del saber académico y profesional, bajo la premisa de que la propia eficacia de las ciencias sociales en el cumplimiento de los fines pragmáticos depende de la solidez de su base científica.

CONOCIMIENTO ACADÉMICO EN ACCIÓN

Las caravanas migrantes y la pandemia por Covid-19 dieron lugar a dos grandes episodios de crisis en México. La intervención de las comunidades académicas de las ciencias sociales frente a estos acontecimientos fue heterogénea y dispersa, revelando algunos de sus recursos y limitaciones para intervenir en la mitigación de las afectaciones a los grupos más vulnerables de la sociedad. En lo siguiente, se analizan dos experiencias de un grupo de investigación en el marco de estas crisis, privilegiando el análisis del

dispositivo de intervención y su vínculo con los recursos intelectuales movilizados, más que el de los procesos mismos de investigación.

Una respuesta colectiva frente a la pandemia

El 11 de marzo de 2020, cuando se habían registrado más de 118,000 casos de Covid-19 en 114 países, y la enfermedad causada por el virus SARS-CoV-2 se propagaba con extrema rapidez en todo el mundo, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró la existencia de una pandemia global. El 23 de marzo el gobierno mexicano ordenó el cierre de las escuelas en todos los niveles, y el 30 de marzo el Consejo General de Salubridad declaró la emergencia sanitaria en el país, con la suspensión de todas las actividades no esenciales, mientras que en todo el mundo se establecían medidas de confinamiento obligatorio que trastocaron dramáticamente la vida social en prácticamente todo el planeta.

Los contagios y muertes por Covid-19 proliferaron en el mundo. El 31 de diciembre de 2020, un año después de la primera noticia sobre el virus, se habían registrado más de 83 millones de contagios y 1.8 millones de muertes (Johns Hopkins Coronavirus Resource Center, 2020). Pero la respuesta científica se produjo también con extraordinaria rapidez. Tan sólo 12 meses después de los primeros casos había 64 vacunas en pruebas clínicas, 19 de ellas estaban en la fase final, 6 habían empezado a aplicarse de forma limitada y 3 empezaban a ser aplicadas de forma masiva (Zimmer *et al.* 2020). Diversas disciplinas científicas ligadas a la investigación médica y biológica contribuyeron de manera decisiva a esos resultados. El aporte de las ciencias sociales fue modesto y poco visible, pero puso en circulación conocimientos relevantes para discernir el alcance y la complejidad de la pandemia, y, en menor medida, para hacer frente a sus impactos. En un entorno de gran incertidumbre, ansiedad generalizada y severo confinamiento, los análisis, reflexiones y resultados de investigación basados en las ciencias sociales participaron en la construcción de una narrativa basada en conocimiento

fundamentado para dar sentido y perspectiva a la crisis, así como para discernir los posibles cursos de acción.

En América Latina, numerosos centros y organizaciones académicas de ciencias sociales organizaron eventos y publicaciones sobre el tema, pero en muy pocos casos se implementó una intervención directa en la elaboración de estudios para apoyar acciones de prevención y apoyo a grupos vulnerables. En México, una de las primeras iniciativas fue la que tuvo lugar en El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), donde se integró un grupo de trabajo multidisciplinario durante la segunda semana de marzo de 2020, con el propósito de generar diagnósticos y estrategias para la atención a diversos grupos vulnerables. Unos días antes del decreto del confinamiento general, pero ya con el personal académico trabajando a distancia, se discutió en conversaciones informales la conveniencia de contribuir como colectivo académico a las tareas de prevención de los contagios y la mitigación de las afectaciones en los grupos más vulnerables. El núcleo del grupo estuvo integrado por doce participantes (seis mujeres y seis hombres) con doctorados en diversas disciplinas: tres en sociología, dos en epidemiología, dos en planeación urbana, uno en demografía, uno en estudios regionales, uno en psicología, uno en estudios latinoamericanos y uno en estudios políticos.

Entre marzo y julio de 2020 este grupo sostuvo una dinámica de trabajo en la que se elaboraron un total de diez reportes de investigación, generados en tiempos muy cortos. Todos los documentos estaban basados en el trabajo previo de las y los investigadores, complementados con nueva información recabada por medios virtuales, y fueron elaborados con el propósito específico de proponer diagnósticos puntuales y estrategias de acción para enfrentar los riesgos e impactos de la pandemia en grupos sociales identificados como altamente vulnerables en la región norte de México. Se creó un subgrupo para la elaboración de cada documento, de acuerdo con la especialidad temática de los participantes; los borradores de los reportes se discutieron en reuniones virtuales, con una duración promedio de 2.5 horas, en las que participaban entre 10 y 18 investigadoras e investigadores de El Colef, ocasionalmente con invitados externos. Los reportes eran publicados unos días después de la

discusión de los borradores, luego de que los autores incorporaban las observaciones y recomendaciones surgidas de la reunión.

El primer reporte, sobre los jornaleros migrantes en el norte de México, se publicó el 10 de abril; el segundo, sobre los albergues para migrantes en la frontera norte del país, una semana después; y el tercero, sobre los patrones de la vulnerabilidad social al Covid-19, se publicó en los primeros días de mayo. Para la difusión de esos trabajos, y de todos los generados a partir de entonces en relación con la pandemia, se creó un micrositio web que resultó una herramienta muy ágil y de amplio alcance. Más allá de las más de 35 mil consultas directas a los documentos publicados, durante los días posteriores a la publicación de cada uno de ellos, la prensa nacional y local utilizó los reportes como fuente para numerosas notas periodísticas, y diversos medios de comunicación, particularmente noticieros radiofónicos de alcance nacional, entrevistaron a los autores para comentar los resultados. De esta manera, los análisis y propuestas generados tuvieron una resonancia pública muy amplia.

El reporte sobre la situación de los jornaleros agrícolas migrantes y las fuentes de vulnerabilidad en la agroindustria, liderado por la socióloga Laura Velasco, mostraba que esta población era altamente vulnerable debido a dos fuentes de riesgo asociadas al modelo de producción agroexportador: las condiciones de traslado de los jornaleros desde sus lugares de residencia y las condiciones de vivienda en los campamentos, ambas caracterizadas por el hacinamiento y la precariedad. De acuerdo con el diagnóstico, en los estados del norte de México trabajan más de 200 mil jornaleros, una población que creció a medida que los campos agrícolas de la región se expandieron en las últimas décadas para atender una creciente demanda de frutas y hortalizas en Estados Unidos, cuyas condiciones laborales se caracterizan por la intensidad del trabajo y la precariedad salarial. La exposición a los riesgos de contagio derivados de sus condiciones de trabajo, traslado y vivienda no sólo hacían de estos trabajadores un grupo altamente vulnerable, sino que además evidenciaban los grandes rezagos estructurales en materia de salud, vivienda y protección laboral de esta población.

El segundo reporte, liderado por la demógrafa Marie Laure Coubés, abordó la situación de los migrantes en albergues en las ciudades fronterizas del norte de México, presentando un recuento de la infraestructura, localización, dinámica y servicios de los albergues para migrantes en esta región, así como una estimación de la capacidad de los albergues y del número de personas alojadas al inicio del confinamiento. Al analizar las características de la población hospedada, el trabajo centraba su atención en la situación de vulnerabilidad relacionada con las condiciones de movilidad precaria, ausencia de vínculos locales y espera incierta, y derivaban de ello algunas líneas de acción relevantes para la mitigación de los riesgos, así como una serie de acciones de contención al contagio del Covid-19 entre los migrantes que se encontraban en los albergues.

El reporte encabezado por el especialista en planeación urbana, Roberto Sánchez, desarrolló un esquema analítico para el estudio de la vulnerabilidad social en Tijuana, con el objetivo de apoyar la toma de decisiones para romper la cadena de contagios comunitarios. El trabajo partía de la premisa de que las enfermedades infecciosas emergentes, además de ser problemas médicos, también son problemas sociales, por lo que requieren un análisis cuidadoso de la relación entre el evento infeccioso y las condiciones socioeconómicas de las comunidades para reducir la transmisión comunitaria y el impacto desigual de la morbilidad y la mortalidad en la población de menores recursos. Mediante la construcción de un índice de vulnerabilidad a escala de área geostatística básica (AGEB) y manzana, en el reporte se estableció un *ranking* de vulnerabilidad que proporcionaba una definición precisa de las zonas donde las acciones de prevención podían tener mayor impacto y disminuir las afectaciones de la pandemia en la población.

Las contribuciones generadas mediante este esquema de colaboración tenían como antecedente el trabajo previo de las y los investigadores en los temas de su especialidad, y se plasmaron en documentos formales accesibles a un público general, pero observando estándares profesionales. Ninguno de estos documentos fue elaborado a solicitud de grupos sociales, organizaciones o dependencias gubernamentales; sin embargo, en los tres casos referidos

hubo una interlocución fluida con diversos actores sociales y gubernamentales, así como un proceso de apropiación y aplicación del conocimiento una vez publicados los trabajos.

En el caso del reporte sobre los jornaleros, para la elaboración del documento se recibieron opiniones y sugerencias por parte del Sindicato Independiente de Jornaleros Agrícolas y de la asociación de productores agrícolas del Valle de San Quintín, organizaciones con las que la líder del proyecto tenía una vinculación previa. Posterior a su publicación, y además de su prolija distribución en medios formales y redes digitales, el documento fue compartido con líderes comunitarios, dirigentes sindicales y empresarios de la región. En el caso del estudio sobre los albergues, tanto en Tijuana como en Ciudad Juárez había una relación previa de integrantes del grupo de investigación con las organizaciones civiles y religiosas que administran los albergues, así como con diversas dependencias gubernamentales, de manera que tanto en la preparación del reporte como en su difusión y utilización posterior hubo una interacción constante con actores directamente involucrados en la atención a los migrantes. Como parte de esta interlocución se puede mencionar el trabajo con el Consejo Estatal de Población de Chihuahua para la elaboración de protocolos de atención a los migrantes en los albergues, y la colaboración con la Organización Internacional de las Migraciones y varias dependencias federales para el establecimiento y puesta en marcha del “hotel filtro” en Ciudad Juárez, un espacio habilitado para cubrir las necesidades básicas de alojamiento, alimentación y acceso a servicios de salud para personas recién llegadas, previo a su ingreso en alguno de los albergues de la ciudad. Por su parte, en el caso del reporte sobre vulnerabilidad, el líder del grupo tenía también relaciones previas con funcionarios municipales de Tijuana, de la Secretaría de Salud del estado de Baja California y de la Facultad de Medicina de la universidad estatal, mismas que facilitaron tanto el acceso a la información necesaria para el estudio como la difusión y utilización de los resultados. Una vez publicado el reporte sobre Tijuana, la Dirección de Protección Contra Riesgos Sanitarios de la Secretaría de Salud solicitó elaborar reportes similares sobre los municipios de Mexicali

y Ensenada, y los utilizó para el diseño de sus campañas de prevención durante los siguientes meses.

Los tres reportes aquí reseñados fueron los de mayor impacto mediático y más clara adopción por parte de actores relevantes relacionados con la gestión de acciones de prevención y mitigación. En conjunto, los temas abordados en los diez reportes, así como las metodologías y enfoques de esos estudios, abarcan una amplia gama de intereses y reflejan parte del quehacer de la comunidad académica de El Colegio de la Frontera Norte; además, muestran un modelo de trabajo grupal, interdisciplinario y de rápida reacción, que se ha activado en diversas ocasiones como respuesta colectiva frente a contingencias sociales.

Mobilización de conocimiento en torno a la Caravana Migrante

Dos años antes de la emergencia por la pandemia, el 10 de noviembre de 2018, comenzaron a llegar a Tijuana los primeros contingentes de la Caravana Migrante; en los días siguientes sumaron más de siete mil personas que acudieron a la frontera mexicana para intentar cruzar a Estados Unidos, la mayoría eran centroamericanas. La Caravana había partido de San Pedro Sula, en Honduras, con 160 participantes, pero en el trayecto por el territorio hondureño, después por Guatemala, El Salvador, y a lo largo de todo el territorio mexicano, desde Chiapas hasta Tijuana, se incorporaron miles de personas.

A diferencia de los tradicionales flujos de migrantes laborales que cruzaban la frontera de México a Estados Unidos en décadas anteriores, las recientes migraciones desde Centroamérica, particularmente desde Guatemala, Honduras y El Salvador, tienen su origen en desplazamientos forzados por la pobreza, la violencia extrema y los desastres naturales. Debido a los numerosos controles migratorios a lo largo de las principales rutas del trayecto, la mayoría de estos migrantes se ven obligados a contratar traficantes de personas para atravesar el territorio mexicano e intentar cruzar la frontera,

exponiéndose a enormes riesgos, entre los cuales destacan robos, secuestros, lesiones y abusos de autoridad (El Colef, 2019; Contreras *et al.*, 2021). Debido a estos peligros, la estrategia de desplazamiento masivo en caravana es una opción de movilidad que permite a los migrantes adquirir visibilidad y recibir acompañamiento y protección por parte de organizaciones sociales, medios de comunicación y organismos de derechos humanos.

A pesar de la profusa información difundida por los medios de comunicación sobre el inminente arribo de la caravana a la frontera norte de México en noviembre de 2018, la reacción de las autoridades de los tres niveles de gobierno fue tardía y descoordinada, lo que ocasionó una emergencia humanitaria y una situación de crisis para la ciudad. Ante la llegada masiva de migrantes, un grupo de habitantes de Playas de Tijuana (una zona residencial de clase media) convocó a una manifestación para expresar su descontento y presionar a las autoridades para que desalojaran y deportaran a los integrantes de la caravana que se habían instalado frente a la playa, junto al muro fronterizo. Algunos manifestantes agredieron a los migrantes ubicados en el malecón para obligarlos a retirarse del lugar, por lo que tuvo que intervenir la policía municipal; los migrantes fueron trasladados en autobuses de transporte público, escoltados por policías municipales y federales, hacia un albergue improvisado por las autoridades en la Unidad Deportiva Benito Juárez, en la zona centro de la ciudad. Esas instalaciones tenían capacidad para albergar a dos mil personas; sin embargo, unos días después, había 6,151 personas hacinadas en ese lugar.

En el transcurso de la manifestación y el altercado de los residentes de Playas con los migrantes, cinco académicas y académicos de El Colegio de la Frontera Norte coincidieron en el lugar, sin acuerdo previo, atraídos por la relevancia social y potencial gravedad de los acontecimientos. Al día siguiente, ese grupo organizó una reunión en las instalaciones de El Colef, con la participación de nueve investigadoras e investigadores, para esbozar un plan de trabajo frente a la emergencia. En la reunión acordaron realizar un estudio para analizar las características sociodemográficas y las expectativas de las personas que estaban arribando a la ciudad, e identificar los escenarios que

enfrentaban dado el contexto legal, político y social en el que se insertaba la caravana. Se acordó también desplegar un esfuerzo de comunicación para informar a la sociedad con datos y argumentos fundamentados, y generar propuestas de intervención gubernamental para una atención adecuada y oportuna de esta población altamente vulnerable.

Una de las primeras acciones del grupo de investigación fue organizar un foro de análisis en el Centro Cultural Tijuana (Cecut), realizado el 20 de noviembre, seis días después de la agresión a los migrantes en Playas de Tijuana. En ese evento intervinieron siete expertos de El Colef comentando diversos aspectos de los procesos migratorios recientes. En el marco de una pobre cobertura informativa y un errático manejo de la crisis por parte de las autoridades, el foro generó mucho interés y tuvo una audiencia muy amplia: más de quinientas personas que desbordaron la sala de conferencias y más de tres mil siguiendo la transmisión en medios digitales. A partir de ese evento, el grupo de trabajo de El Colef actuó durante varias semanas como una de las principales fuentes de información para el debate público sobre el tema, no sólo en la región, sino en numerosos medios nacionales y binacionales.

Simultáneamente, el grupo de trabajo inició el diseño y planeación de una encuesta para ser aplicada a la población que integraba la Caravana. El 22 de noviembre se realizó el primer levantamiento, mediante un cuestionario aplicado a 1,037 personas albergadas en la Unidad Deportiva Benito Juárez. Los resultados de la encuesta fueron presentados en las instalaciones de El Colef el 4 de diciembre, con presencia de autoridades de los tres niveles de gobierno. Del 11 al 13 de diciembre se realizó un segundo levantamiento, encuestando a 907 personas en el campamento de El Barretal (donde fueron trasladadas la mayoría de las personas del saturado deportivo Benito Juárez) y en el campamento Contra Viento y Marea, instalado por los propios migrantes alrededor del deportivo. Los resultados globales, incluyendo el análisis de los dos levantamientos, fueron presentados el 17 de diciembre ante la Comisión de Asuntos Fronterizos de la Cámara de Diputados. Los resultados incluían, además del diagnóstico, diversas propuestas de intervención para una atención adecuada y oportuna a la población migrante

en relación con las condiciones de llegada a la ciudad, los procesos de recepción, la atención a la salud y la seguridad.

Como puede apreciarse en esta cronología resumida, el grupo de investigación tuvo una intervención inmediata durante el curso de los acontecimientos y una fluida interlocución tanto con las autoridades de los tres niveles de gobierno como con los medios de comunicación.

CONCLUSIONES

En mayo de 2020, la revista *Nature Human Behaviour* publicó un artículo titulado “Usos de las ciencias sociales y de la conducta para apoyar la respuesta a la pandemia de Covid-19” (Van Bavel *et al.*, 2020), un trabajo colectivo en el que los autores sistematizan y articulan conocimientos de muy diversas áreas. El propósito del artículo era identificar hallazgos previos para ser utilizados como parte de una respuesta efectiva ante la pandemia, así como aquellos temas en los que se requería mayor investigación de manera urgente. Además de sus méritos como artículo científico, ese trabajo es un buen ejemplo de respuesta rápida y rigurosa, desde las ciencias sociales, ante problemas complejos y situaciones de crisis que necesitan respuestas directas y oportunas.

Jay Van Bavel y Robb Willer, dos de los participantes en el texto mencionado, relatan en una nota posterior el proceso de elaboración de aquel artículo, en el que colaboraron más de cuarenta autores de cuatro continentes. Además de la amplia, generosa y eficaz colaboración entre colegas de muy diversas instituciones, países y campos de especialidad, enfatizan la velocidad con que el trabajo fue elaborado:

En nuestros campos, los artículos pueden tardar años en redactarse, y las revisiones pueden tardar 6 meses, a menudo iterando en varias rondas. Desde la idea hasta la aceptación, este documento se completó en 29 días [...]. En nuestra experiencia, encarna el ideal de cooperación que a menudo falta en la ciencia (Bavel y Willer, 2020).

En una escala menor en cuanto a la composición y tamaño del grupo de investigación, las experiencias de intervención analizadas en este trabajo comparten con el grupo de Bavel la característica de una movilización muy rápida y oportuna de conocimiento experto, a partir de un esfuerzo de colaboración multidisciplinaria, para incidir en una crisis. Con el valor adicional, en el caso del grupo de El Colef, de haber realizado las investigaciones en el marco de una fluida interlocución tanto con actores sociales como con las autoridades gubernamentales y medios de comunicación.

Un aspecto importante es sin duda el marco institucional en el que se desarrolla el trabajo de investigación en El Colef, un centro que a lo largo de su historia ha cultivado diversos enfoques, metodologías y compromisos cognitivos en su planta académica, y en cuya práctica cotidiana es común que las investigaciones se realicen en interacción con diversos actores, instituciones, comunidades o movimientos sociales, a partir de distintas concepciones del compromiso de la academia con el entorno, o bien sin establecer relación alguna con entidades externas al ámbito académico. Dependiendo de las distintas vocaciones de intervención, la interacción puede ser con empresas, gobiernos, comunidades o grupos vulnerables. En ese marco, y a pesar de la creciente burocratización institucional, uno de los enfoques vigentes es el de la ciencia social pública, practicada por algunos integrantes de la planta académica. En diversos episodios de crisis social en la región, y más allá de la organización académica formal y de las jerarquías institucionales, se integran grupos de trabajo impulsados por el interés de intervenir de manera inmediata para poner el conocimiento a disposición de grupos sociales, comunidades y organizaciones, en una relación de diálogo y colaboración.

El otro aspecto, aún más decisivo para la eficacia y alcance de estas intervenciones, se refiere a la composición del grupo emergente, caracterizado más por el compromiso personal y colectivo que por un diseño institucional o por una estructura formal de organización académica. El grupo de investigación que participó en los trabajos sobre la Caravana Migrante y sobre

las afectaciones de la pandemia se puede caracterizar como un colectivo cuyos integrantes tienen al menos cuatro características en común: un fuerte compromiso social de intervención para apoyar a grupos vulnerables o subalternos; vínculos previos y relaciones de confianza con los actores sociales y las comunidades que estudian; varios liderazgos reconocidos y respetados, con capacidad de convocatoria y legitimidad académica, y una alta valoración de la ciencia social profesional, es decir, del conocimiento académico riguroso, como base para la intervención.

REFERENCIAS

- Araya, Sergio (2019). “Las caravanas migrantes como estrategias de movilidad”. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana* 14 (27): 111-144.
- Baldwin, Richard, y Beatrice Weder di Mauro (2020). “Economics in the time of Covid-19: A new eBook”. *Vox CEPR Policy Portal* 2 (3): 105-109.
- Bavel, Jay van; Katherine Baicker; Paulo Boggio; Valerio Capraro; Aleksandra Cichocka; Mina Cikara, Robb Willer, *et al.* (2020). “Using social and behavioural science to support Covid-19 pandemic response”. *Nature human behavior* 4 (5): 460-471.
- Bavel, Jay van, y Robb Willer (2020). “Cooperative science in a time of crisis” [en línea]. *Social Sciences*, 4 de mayo. Disponible en <https://socialsciences.nature.com/posts/cooperative-science-in-a-time-of-crisis>
- Bennet, Alex; David Bennet; Katherine Fafard; Marc Fonda; Ted Lomond; Laurent Messier; y Nicole Vaugeois (2007). *Knowledge mobilization in the social sciences and humanities*. Frost: Mqi Press.
- Burawoy, Michael (2005). “For public sociology”. *American sociological review* 70 (1): 4-28.
- Burström, Bo, y Wenjing Tao (2020). “Social determinants of health and inequalities in Covid-19”. *European Journal of Public Health* 30 (4): 617-

618. DOI <doi.org/10.1093/eurpub/ckaa095>

Calhoun, Craig, y Michel Wieviorka (2013). “Manifiesto por las ciencias sociales”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 58 (217): 29-59.

Calhoun, Craig (2020). “Covid Disaster in America and the World” [en línea]. *Thesis eleven*, 20 de Octubre. Disponible en <<https://thesiseleven.com/2020/10/29/Covid-disaster-in-america-and-the-world/>>

Casas, Rosalba; Oscar F. Contreras; Alfredo Hualde; y Cristina Puga (2022). “Ciencias sociales y pandemia en México: ¿respuestas convencionales frente a emergencias inéditas?” [en línea]. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 67 (244): 45-72. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2022.244.81237>>

Collins, Randall (2020). “Social distancing as a critical test of the micro-sociology of solidarity” [en línea]. *American Journal of Cultural Sociology* 8: 477-497. Disponible en <<https://doi.org/10.1057/s41290-020-00120-z>>

Contreras, Oscar (2018). “Ciencias sociales y políticas públicas. La alianza inestable”. En *Las ciencias sociales y el Estado nacional en México*, coordinado por Oscar Contreras y Cristina Puga, 394-430. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Contreras, Oscar (2021). “Introducción. Las ciencias sociales frente a la pandemia de Covid-19”. En *Ciencias sociales en acción: respuesta frente al Covid-19 desde el norte de México*, coordinado por Oscar Contreras, 4-22. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

Contreras Delgado, Camilo; Dolores París; y Laura Velasco (coordinadores) (2021). *Caravanas migrantes y desplazamientos colectivos en la frontera México-Estados Unidos*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

Cossyleon, Jennifer E.; y Gina Spitz (2021). “Collaborating, then stepping back: doing public sociology through participatory action research”. En *The Routledge International Handbook of Public Sociology*, editado por

- Leslie Hossfeld, E. Brooke Kelly, Cassius Hossfeld, 69-78. Londres: Routledge.
- Durand, Jorge (2018). “Caravana de contrastes”. *La Jornada*, 25 de noviembre, p. 22.
- El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) (2018). *La caravana de migrantes centroamericanos en Tijuana 2018. Diagnóstico y propuestas de acción*. Reporte de Investigación. El Colegio de la Frontera Norte, 4 de diciembre.
- El Colegio de la Frontera Norte (2019). *Estudio sobre las condiciones de movilidad y estancia de la población integrante de la caravana migrante en Tijuana (Segunda etapa)*. Reporte de investigación. El Colegio de la Frontera Norte, 19 de marzo.
- Filgueira, Fernando; Luis Miguel Galindo; Cecilia Giambruno; y Merike Blofield (2020). *América Latina ante la crisis del Covid-19: vulnerabilidad socioeconómica y respuesta social* (serie Políticas Sociales, N° 238, LC/TS.2020/149). Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Hu, Yang (2020). “Intersecting ethnic and native–migrant inequalities in the economic impact of the Covid-19 pandemic in the UK” [en línea]. *Research in Social Stratification and Mobility* 68. Disponible en <<https://doi.org/10.1016/j.rssm.2020.100528>>
- Johns Hopkins Coronavirus Resource Center (2020). Sitio web disponible en <<https://coronavirus.jhu.edu/>> (consulta: 31 de diciembre de 2020).
- Kapitány-Fövény, Máté, y Miháli Sulyok (2020). “Social markers of a pandemic: modeling the association between cultural norms and Covid-19 spread data” [en línea]. *Humanities and Social Sciences Communications* 7: artículo 97. Disponible en <<https://doi.org/10.1057/s41599-020-00590-z>>
- Krugman, Paul (2020). “How America Lost the War on Covid-19”. *The York Times*, 6 de julio. Disponible en <<https://www.nytimes.com/2020/07/06/opinion/covid-19-trump.html>>

- Leach, Melissa; Hayley MacGregor; Ian Scoones; y Annie Wilkinson (2021). “Post-pandemic transformations: How and why Covid-19 requires us to rethink development”. *World Development* 138: 105233. Disponible en <doi.org/10.1016/j.worlddev.2020.105233>
- Leslie, Miles; Raad Fadaak; Nicole Pinto; Jan Davies; Lee Green; Judy Seidel; John Conly; y Pierre-Gerlier Forest (2021). “Achieving resilience in primary care during the Covid-19 pandemic: competing visions and lessons from Alberta”. *Healthcare Policy* 17 (2): 54: 71.
- Markham, Francis; Diane Smith; y Frances Morphy (editores) (2020). *Indigenous Australians and the Covid-19 crisis: perspectives on public policy* [en línea]. Topical Issue no. 1/2020. Canberra: Centre for Aboriginal Economic Policy Research, Australian National University. Disponible en <<https://caepr.cass.anu.edu.au/research/publications/indigenous-australians-and-covid-19-crisis-perspectives-public-policy>>
- Matthewman, Steve, y Kate Huppatz (2020). “A sociology of Covid-19”. *Journal of Sociology* 56 (4): 675-683. Disponible en <doi.org/10.1177/1440783320939416>
- Mendoza Berrueto, Eliseo (2007). “El Colegio de la Frontera Norte en su origen: un breve testimonio”. En *Voces de la memoria. XXV aniversario de El Colegio de la Frontera Norte*, compilado por Manuel Ceballos y Lina Ojeda. Tijuana: El Colegio de la frontera Norte.
- Montenegro, Astrid (2018). “Racismo, migración y colonialismo interno. México frente a la implosión de las fronteras nacionales con el paso de la caravana migrante centroamericana”. *Iberoamérica Social: Revista-red de estudios sociales* (XI): 11-14.
- París, Dolores (2018). “Las caravanas de migrantes, su representación política y los derechos humanos de los migrantes” [Boletín de prensa de El Colegio de la Frontera Norte] [en línea], 25 de noviembre. Disponible en <<https://www.colef.mx/noticia/las-caravanas-de-migrantes-su-representacion-politica-y-los-derechos-humanos-de-los-migrantes/>>

- Phipps, David; Joanne Cummings; Debra Pepler; Wendy Craig; y Shelley Cardinal (2016). "The co-produced pathway describes knowledge mobilization process". *Journal of Community Engagement and Scholarship* 9 (1): 31-40.
- Serrano, Arcelia (2019). "Entendamos a las caravanas migrantes". *Los Angeles Times*, 12 de marzo.
- Taussig, Michael (2020). "Would a Shaman Help?" [en línea]. *Critical Inquiry*, 30 de marzo. Disponible en <https://critinq.wordpress.com/2020/03/30/would-a-shaman-help/>
- Taylor, Lawrence (2002). "El Colegio de la Frontera Norte y el Desarrollo del Campo de Estudios Fronterizos en México". En *La educación superior en el proceso histórico de México: Tomo IV semblanza de instituciones*, coordinado por David Piñera, 510-530. Tijuana: Universidad Autónoma de Baja California.
- Varela, Amaela (2019). "México, de 'frontera vertical' a 'país tapón'. Migrantes, deportados, retornados, desplazados internos y solicitantes de asilo en México". *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana* 14 (27): 49-76.
- Varela Huerta, Amarela, y Lisa McLean (2019). "Caravanas de Migrantes En México - Migrant Caravans in Mexico: Nueva Forma de Autodefensa y Transmigración" [en línea]. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* 122: 163-86. Disponible en <https://www.jstor.org/stable/26843350>
- Weible, Christopher M.; Daniel Nohrstedt; Paul Cairney; David P. Carter; et al. (2020). "Covid-19 and the policy sciences: initial reactions and perspectives" [en línea]. *Policy Sciences* 53: 225-241. Disponible en doi.org/10.1007/s11077-020-09381-4
- Zimmer, Carl; Jonathan Corum; y Sui-Lee Wee (2020). "Coronavirus Vaccine Tracker". *The New York Times*. Disponible en <https://www.nytimes.com/interactive/2020/science/coronavirus-vaccine-tracker.html> (consulta: 31 de diciembre de 2020).

[Notas]

- [1] Se hace referencia, a manera de ejemplo, sólo a algunos de los artículos publicados durante los primeros meses de la pandemia; en el tiempo transcurrido desde su inicio, se han publicado miles de trabajos académicos sobre el tema.
- [2] El objetivo de este apartado es mostrar de forma descriptiva algunos aspectos relevantes del contexto institucional en el que se desplegaron las intervenciones. Como se describe más adelante, éstas involucran de manera directa a un grupo de doce integrantes del personal académico de la institución. El análisis de la dinámica académica y burocrática del centro de investigación en su conjunto desborda la intención y el alcance de este trabajo.

Investigación social en interacción con actores locales

Experiencias vinculadas al Observatorio Regional de Gobernanza y Coordinación Social ante Covid-19 en Yucatán

Eliana Arancibia Gutiérrez

[\[Regresar al contenido \]](#)

INTRODUCCIÓN

La irrupción de la pandemia por Covid-19 en marzo de 2020 desencadenó una crisis global cuyas consecuencias traspasaron vertiginosamente el ámbito sanitario para alterar todas las dimensiones de la vida en sociedad. La emergencia devino en una multiplicación de fenómenos problemáticos que, de inmediato, se convirtieron en materia de investigación para las comunidades académicas de todo el mundo, las cuales desplegaron acelerados esfuerzos de producción de conocimientos con el fin de comprender y crear soluciones para los complejos problemas derivados de la contingencia.

Dados los inmensos efectos disruptivos de la crisis en las realidades humanas, las ciencias sociales respondieron de manera notable a la necesidad de analizar y comprender las diversas cuestiones sociales, políticas y económicas que emergieron o que se agravaron por la pandemia: la pérdida de empleos, la violencia intrafamiliar y de género, el deterioro de la salud mental, la profundización de las desigualdades y las brechas de acceso a los derechos sociales, como salud, educación, vivienda, alimentación, entre otros tantos problemas que se expresaban, por supuesto, con distintas especificidades nacionales y locales en medio de un descalabro global.

Particularmente en América Latina, las capacidades críticas de las ciencias sociales se orientaron, por una parte, a generar explicaciones para ampliar la comprensión de la pandemia como un fenómeno transformador de la realidad social y de las formas de vida; y, por otra, a elaborar alternativas y propuestas para afrontar sus consecuencias adversas, bajo la premisa de que tanto los riesgos como las afectaciones se distribuyen de forma asimétrica entre la población, lo cual situaba en el centro de interés a las poblaciones más vulnerables y a las políticas públicas dirigidas a atender la emergencia social (Casas *et al.*, 2022; Fernández 2020).

Al mismo tiempo, esta coyuntura inédita estimuló un movimiento reflexivo en las comunidades académicas; los investigadores e investigadoras sociales de la región se organizaron activamente creando espacios de discusión sobre el papel de las ciencias sociales ante la crisis, lo cual propició que se ampliara la convicción de que la pandemia debía ser abordada como un fenómeno social multidimensional y no como un acontecimiento exclusivamente biológico o sanitario, destacando que las estructuras, prácticas y comportamientos humanos originaban y exacerbaban sus consecuencias (Montes de Oca, 2021; Contreras, 2021).

México no fue ajeno a esa dinámica y en todos los campos del conocimiento social las comunidades de investigación incentivaron el surgimiento de múltiples líneas de análisis para examinar e interpretar las transformaciones sociales inducidas por la pandemia. También se desarrollaron iniciativas de investigación con fines más instrumentales, algunas de ellas incubadas en instituciones académicas; otras, inducidas por el actual Consejo Nacional de Humanidades Ciencia y Tecnología (Conahcyt) a través de la convocatoria “Apoyo para Proyectos de Investigación Científica, Desarrollo Tecnológico e Innovación en Salud ante la Contingencia por Covid-19”, que tuvo cuatro llamados entre abril y septiembre de 2020.

En ese sentido, como destacan Casas *et al.* (2022), se registró una cierta tendencia a plantear proyectos de investigación aplicada, con miras a la resolución de problemáticas específicas que se originaron o agravaron en la contingencia. En consonancia con lo que señalan estos autores, se gestaron

distintas prácticas de movilización de conocimiento; esto es, dinámicas de investigación que pretendían asociaciones efectivas entre el conocimiento generado y su uso efectivo, lo cual implica “un proceso de interacción social del que se esperan resultados que sobrepasen el ámbito académico” (p. 49). En términos teóricos, las formas de movilización del conocimiento conllevan distintos grados de involucramiento con actores no académicos, conformando un arco que va desde la transferencia a la coproducción de conocimientos para crear soluciones a problemas sociales, productivos, socioambientales. Más allá de las formas que cobren estos procesos, lo primordial es que contemplan la interlocución y colaboración con actores sociales como potenciales usuarios del conocimiento, y “en el caso de las ciencias sociales involucra un intercambio sistemático entre académicos y no académicos mediante redes, colaboraciones e infraestructura para la creación, movilización e intercambio de conocimiento” (p. 50).

El proyecto de creación del Observatorio Regional de Gobernanza y Coordinación Social ante el Covid-19 (Orga) en Yucatán se enmarcó en esa tendencia, buscando abordar con perspectiva local una grave problemática resultante de la pandemia: la crisis de gobernanza evidenciada en las enormes dificultades de articulación entre gobierno(s) y sociedad(es) para coordinar acciones y plantear respuestas coherentes ante la emergencia, en condiciones de gran inestabilidad e incertidumbre.

En réplica directa a una demanda planteada por el Conahcyt en abril de 2020, el Orga se concibió como un observatorio social especializado en analizar y dar seguimiento a los procesos de gobernanza y coordinación entre actores locales (gobiernos, organizaciones sociales, comunidades, empresas, ciudadanos) que buscaban atender situaciones sociales críticas en el contexto de Covid-19. Estas dinámicas de cooperación se identificaron en cinco ámbitos pertinentes para la región peninsular, proyectados como “espacios de observación” de la gobernanza local: 1) seguridad alimentaria, 2) economía y empleo, 3) violencia de género, 4) restricciones a la movilidad y 5) pueblo maya.

Desde sus inicios, el Observatorio se ha propuesto aportar información documental organizada, dispositivos de análisis y prospección, así como recomendaciones que sirvan de insumo para el trabajo de académicos, organizaciones sociales y tomadores de decisión de los gobiernos locales. En esa perspectiva, idealmente se proyectan contribuciones para mejorar las acciones de política pública ante la pandemia en el corto y mediano plazo. Al mismo tiempo, se busca llegar a públicos más amplios para incentivar la reflexión y el debate público sobre las consecuencias de la pandemia en el estado de Yucatán.

El Orga se aloja en un sitio web[1] y tiene presencia en redes sociales como Facebook, Instagram y X, las cuales funcionan como plataforma para socializar resultados en distintos formatos: notas de investigación, infografías, videos, *podcast* y cartografías, que permiten acceder a informaciones referenciadas espacialmente.

De esta manera, el Observatorio se ha proyectado como una “instancia de intermediación”; esto es, una entidad vinculante entre los productores de conocimiento científico y los diversos actores e instituciones entendidos como sus potenciales beneficiarios, ya sea en calidad de usuarios intermedios que incorporan los resultados a las gestiones o servicios que brindan a la sociedad, o bien como usuarios finales identificados como población en general (Estébanez, 2004). Bajo esa perspectiva, y con base en las experiencias del Orga, este capítulo se orienta a reflexionar sobre los procesos de investigación en ciencias sociales que responden a demandas de conocimientos surgidas en situaciones de emergencia social y que conllevan intenciones explícitas de aplicación, particularmente en el ámbito de las políticas públicas y la toma de decisiones políticas en entornos locales.

El análisis se nutre de planteamientos provenientes de los estudios en ciencia, tecnología y sociedad (ECTS) y del campo de las políticas científicas, acudiendo a conceptos que dialogan con la idea de movilización del conocimiento; entre ellos, la noción de “procesos de intermediación”, la cual abarca dinámicas de difusión, diseminación, circulación, vinculación y transferencia de conocimientos (Estébanez, 2004) para comprender la

naturaleza de las interacciones que ocurren entre investigadores y otros actores sociales. También se acude al concepto de “utilidad social del conocimiento”, enfatizando en su carácter construido a partir de las expectativas y valoraciones definidas por los actores que intervienen en los flujos de conocimiento (Vaccarezza y Zabala, 2002; Vaccarezza, 2009).

Así, las preguntas de investigación que encauzan el trabajo se plantean como sigue: ¿cómo se define el problema de investigación con sentido de aplicación y de utilidad?, ¿cómo se organiza la investigación para atender esos sentidos?, ¿cómo se entablan interacciones y vínculos con actores sociales y cuáles son los mecanismos desplegados para propiciar esos acercamientos?, ¿cuáles son los límites y posibilidades para gestar relaciones interactivas con actores locales y favorecer la aplicación y utilidad del conocimiento?

Las respuestas a estas interrogantes se formulan a partir de una reconstrucción analítica del proceso de creación del Orga y su puesta en marcha, fundada en información documental y entrevistas al equipo de trabajo. Este ejercicio reflexivo, orientado por los conceptos antes referidos, configura una sistematización de la experiencia que muestra algunos aspectos relevantes de la compleja relación entre investigación social y utilidad de sus productos. Así, en el primer apartado del capítulo, se presenta el contexto que da origen a la demanda de conocimiento sobre procesos de gobernanza en la pandemia y la problematización definida por el Orga; en el segundo, se expone el modelo organizativo y de operación que articula el trabajo colectivo del Observatorio, así como el modelo de vinculación con actores locales para la circulación y, sobre todo, el uso del conocimiento. En el tercer apartado se discute el alcance de las capacidades desarrolladas por el Orga como instancia de intermediación, puntualizando algunos límites y posibilidades para la llamada “incidencia”. Se concluye con un conjunto de reflexiones que expresan los desafíos que persisten en el observatorio para lograr mejores equilibrios en la relación producción y aplicación del conocimiento.

COVID 19 Y DESPLIEGUE DE UNA RESPUESTA ACADÉMICA LOCAL ANTE LA CRISIS DE GOBERNANZA

La envergadura y complejidad de los efectos de la pandemia pusieron en tensión extrema a los sistemas políticos y administraciones públicas de todo el mundo. Aún en los países desarrollados, los gobiernos mostraron capacidades débiles para coordinar acciones oportunas y efectivas ante la contingencia, que permitieran no sólo contener la propagación de los contagios, sino también atender de manera simultánea diferentes problemas, demandas y necesidades sociales que surgieron o se agravaron con la llegada de Covid-19. Días después de que la Organización Mundial de la Salud declarara la emergencia internacional, ya se hablaba de una crisis de gobernanza que hacía patente las fragilidades de los marcos institucionales vigentes, así como las inequidades y deficiencias estructurales a nivel global.

Desde el punto de vista de las relaciones Estado-sociedad, la gobernanza involucra procesos de acción colectiva que organizan la interacción de actores gubernamentales y no gubernamentales, y que, mediante ciertas reglas del juego y formas de participación, delinear el ejercicio del poder y la toma de decisiones frente a un problema (Plumtre y Graham, 1999). En la práctica, la gobernanza se manifiesta más como un proceso que como una condición permanente; se expresa a partir de acciones puntuales o del establecimiento de espacios para la toma de decisiones participativas (Puga, 2021).

En términos de la llamada “buena” gobernanza, sugerida desde la teoría como el “deber ser” de estos procesos, la acción pública para responder a una crisis sistémica como la causada por el Covid-19 implica una actuación articulada de los gobiernos con actores del sector privado, sociedad civil, académicos y comunidades, los cuales aportan también sus capacidades, experiencias y recursos. En esa lógica, se espera que las prioridades, acuerdos y decisiones para atender las diversas urgencias sociales que afectan a la población se definan mediante dinámicas asociativas y de colaboración (Chávez Esquivel, 2016).

Lo ocurrido en México distó mucho de ese “deber ser”. Desde el inicio de la pandemia se hicieron visibles discrepancias y conflictos entre los distintos niveles de gobierno, los cuales entorpecieron la definición de arreglos de gobernanza para gestionar la crisis con base en la acción concertada y la participación social. Pese a que, a finales de marzo de 2020, el gobierno federal convino el llamado “Acuerdo de gobernabilidad y unidad nacional en la lucha contra el Covid-19” con los 31 gobernadores y la jefa de gobierno de la Ciudad de México, las políticas sanitarias de aislamiento fueron aplicadas con diversos criterios en los estados y municipios, los cuales dispusieron sus propias medidas de prevención y contención. La llamada “Jornada Nacional de Sana Distancia”, vigente entre el 23 de marzo y el 31 de mayo de 2020, no estuvo exenta de desavenencias y disputas entre los distintos niveles de gobierno, situación que se exacerbó en junio de 2020 con el inicio de la llamada “nueva normalidad” y la implementación de un semáforo epidemiológico diferenciado por entidades federativas, el cual fue motivo de desacuerdos durante toda su vigencia, hasta abril de 2022. En la práctica, rara vez hubo coincidencia entre el color del semáforo asignado a los estados por las autoridades federales de salud y el color determinado a nivel estatal.

El caso del estado de Yucatán ilustra bien lo descrito. Entre marzo y abril de 2020, de manera adicional a las disposiciones federales, el gobierno estatal implementó medidas y restricciones más severas, entre ellas, a la movilidad vehicular y al transporte público, incluyendo taxis y servicios de plataforma, así como horarios limitados de circulación en vía pública. Asimismo, se prohibió la venta de alcohol a través de la llamada “Ley Seca”, decretada el 10 de abril y vigente hasta el 1 de junio de 2020, luego de lo cual operó de manera intermitente en relación con el incremento de los contagios. Muchas de estas medidas fueron cuestionadas por algunos sectores de la población que las consideraban verticales y contrarias a los derechos ciudadanos y libertades individuales.

Desde las primeras semanas de la pandemia, al menos 24 municipios yucatecos tomaron también sus propias medidas. Sin mediar acuerdos o estrategias coordinadas, incluso entre demarcaciones vecinas, se establecieron

distintos tipos de filtros sanitarios y se limitó el ingreso a personas no residentes bajo distintos criterios. Lo mismo sucedió en comunidades costeras y comunidades mayas rurales que decidieron sus propias normas de protección para prevenir los contagios por Covid-19.

Preocupados con estas cuestiones y pensando en mecanismos útiles para documentar y comprender la trama de decisiones que se estaban tomando frente a la pandemia, un grupo de investigadores sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en Yucatán, nos dimos a la tarea de responder a la convocatoria que el Conahcyt publicó el 15 de abril de 2020 como Apoyo para Proyectos de Investigación Científica, Desarrollo Tecnológico e Innovación en Salud ante la Contingencia por Covid-19.

El llamado se dirigía a “apoyar acciones inmediatas y proyectos de investigación con metas disponibles y accesibles a corto plazo, dirigidos a contribuir a la contención y mitigación de la pandemia, optimizar los recursos del país en temas de Salud y a generar la evidencia necesaria para la toma de decisiones oportuna, certera, eficaz e informada” (Conahcyt, 2020: 2).

Para la línea de investigación-acción sobre “Gobernanza” que contemplaba la convocatoria, se solicitaban “proyectos de investigación e incidencia relacionados con la participación de distintos actores sociales en la solución de las eventualidades y conflictos derivados de la emergencia y sus consecuencias sociales y políticas” (Conahcyt, 2020: 6). En esa línea, en un tiempo máximo de ejecución de seis meses, nos ocupamos de una demanda específica: “estudios comparativos de tensiones y colaboraciones entre políticas federales y políticas locales (municipales y estatales), así como entre éstas, que apunten a identificar estrategias tanto exitosas como fallidas para prevenir, afrontar y superar la enfermedad” (pp. 6-7).

El periodo de recepción de solicitudes abarcó doce días, hasta el 27 de abril de ese año, lo cual exigió la pronta integración del equipo de trabajo para llevar a cabo un apresurado intercambio de ideas sobre cómo plantear un proyecto viable de realizar en el plazo establecido (seis meses) y que permitiera generar conocimiento pertinente, aplicable y, sobre todo, útil en relación con el contexto local donde nos desenvolvíamos.

Sin ser especialistas en temas de salud pública, la mayoría teníamos experiencia en el estudio de políticas públicas con perspectiva territorial, procesos de gobernanza local, y nos habíamos involucrado en asesorías y capacitaciones con diversas entidades del gobierno estatal y algunos municipios de Yucatán. Estábamos además muy conscientes de la complejidad de la crisis sistémica que se avizoraba, lo cual motivó un sentido de responsabilidad colectiva y el deseo de contribuir, desde nuestro ámbito de acción, a la comprensión y manejo social de esa nueva realidad.

Aunque la premura del tiempo impidió un ejercicio reflexivo más extenso en torno a las expectativas de aplicación y utilidad de los resultados de nuestro trabajo de investigación, durante las deliberaciones, coincidimos de manera explícita en dos premisas fundamentales. En primer lugar, queríamos que el conocimiento producido sirviera para comprender, en clave local, los procesos de coordinación y acción política frente a la pandemia; aunque para ese entonces primaba el desconcierto y la percepción de ausencia de estrategias y decisiones articuladas. En varios municipios de Yucatán comenzaban a surgir dinámicas de colaboración entre actores sociales con voluntad de actuar frente a los efectos adversos de la pandemia. Algunas de estas iniciativas eran promovidas por los gobiernos municipales y contaban con la adhesión de otros actores y organizaciones; otras se gestaron de manera ciudadana, impulsadas por agrupaciones sociales, universidades, iglesias, empresarios. Acciones colectivas, como el acopio de alimentos, la distribución de víveres, la puesta en marcha de comedores comunitarios, la gestión comunitaria para el cuidado de la salud en las poblaciones mayas, entre otras, nos parecían casos portadores de información valiosa para documentar empíricamente procesos de cooperación social que podían ser interpretados como expresiones de gobernanza local. En términos teóricos, es en el ámbito local donde se han reconocido mayores oportunidades para que gobierno y sociedad colaboren en la toma de decisiones para resolver temas y problemas que afectan el bien común (Navarro, 2002; Cabrero, 2010). De ahí el interés del equipo en constatar si en Yucatán se estaban creando espacios promisorios para la acción concertada en respuesta a la emergencia, lo que desde nuestra

perspectiva podría evidenciar potenciales capacidades de resiliencia y recuperación, con base en redes de apoyo local y recursos propios del entorno. En perspectiva aplicada, nos parecía que estas capacidades podrían fortalecerse mediante políticas públicas participativas y focalizadas en los problemas sociales más agudos en el contexto de la pandemia; de manera optimista, pensábamos que nuestra contribución podría ser la generación de recomendaciones especializadas para enriquecer dichos procesos, dirigidas a los gobiernos municipales y a los actores sociales implicados en acciones colaborativas.

En segundo lugar, comprendíamos que la llamada “utilidad” no representa una cualidad intrínseca a los objetos de conocimiento, por lo que sus alcances no iban a depender sólo de los valores y alcances otorgados *a priori* por el equipo de investigadores, sino que obedecerían a las percepciones y necesidades de los actores sociales que podrían darle uso. En ese sentido, es importante hacer notar que, en el equipo de trabajo, tres investigadores provenimos del campo de estudios en ciencia, tecnología y sociedad, entre ellos, quien escribe este capítulo, como responsable técnico del proyecto y a cargo de la coordinación general del Orga. Por esa razón, el sentido de utilidad social que cultivamos ha estado permeado por referencias procedentes del campo CTS que aluden a esta idea como un proceso de construcción de significados en función de los intereses y expectativas de actores que incorporan el conocimiento en sus quehaceres (Kreimer y Thomas, 2002; Vaccarezza y Zavala, 2002; Vaccarezza, 2009; Estébanez, 2004).

En palabras de una integrante del equipo dedicado a vinculación:

Desde el principio tuvimos la idea de hacer un trabajo útil y en contacto cercano con usuarios [...] pensamos siempre en actores locales, pero muy heterogéneos: funcionarios, tomadores de decisión estatales, municipales, colectivos organizados, medios de comunicación, otros colegas académicos, incluso empresarios, con todos ellos iba tocar interactuar para conocer sus capacidades y sus dinámicas de coordinación; pero también había que acercarnos como aliados, con la intención de aportar insumos, ideas, recomendaciones más especializadas para ayudar de alguna

forma a esos procesos. Esa sigue siendo la parte más retadora y difícil de cumplir (entrevista a AS, realizada el 28 de octubre de 2022).

Dado lo anterior, un proyecto de investigación tradicional no se adaptaba a las expectativas del equipo ni a lo que creíamos pertinente frente a las exigencias de la coyuntura. La demanda del Conahcyt solicitaba, además, la presentación de proyectos de investigación e “incidencia”, aludiendo a la intencionalidad de cambio o transformación de una realidad. Así surgió la figura de un observatorio social como una alternativa idónea a nuestros propósitos, pues este tipo de instrumentos se orienta a dar seguimiento a un fenómeno social, mediante la recopilación sistemática y permanente de datos e información para su conversión analítica en explicaciones, recomendaciones y proyecciones (Enjuto, 2008; Angulo, 2009). Normalmente, los observatorios son utilizados para profundizar en el conocimiento de la trayectoria y las tendencias del fenómeno estudiado, a la vez que promueven la reflexión y el debate público. Por ello, pueden convertirse en un centro de pensamiento y vigilancia estratégica que contribuya a la mejor comprensión y toma de decisiones frente a un fenómeno de relevancia colectiva (Angulo, 2009). Más aún en situaciones de crisis, los observatorios ayudan a regular el problema de la saturación de datos que, por su volumen creciente, lleva a perder la percepción global del fenómeno observado, obligando a transformarlos en información con sentido. Bajo esos supuestos, propusimos el proyecto de creación del Observatorio Regional de Gobernanza y Coordinación Social ante el Covid-19 en Yucatán (Orga):

La lógica de funcionamiento de un observatorio se orienta a la socialización constante de resultados a través de canales públicos, fomentando la utilidad social del conocimiento producido, lo cual, en el contexto de la pandemia, constituye un mandato ético para los investigadores involucrados en este proyecto [...] la figura de observatorio permitía, en un contexto de crisis, investigar y, al mismo tiempo, socializar resultados con sentido de utilidad (Arancibia y Saldívar, 2021:56)

De esta manera, la propuesta de observatorio se planteó como un dispositivo local de monitoreo y análisis de los procesos de gobernanza de la pandemia en “tiempo real” que, a su vez, servía para recabar y organizar datos de primera fuente, levantar diagnósticos específicos y elaborar prospecciones, así como identificar áreas de acción prioritarias para enfocar los esfuerzos gubernamentales y ciudadanos.

EL ORGA COMO INSTANCIA DE INTERMEDIACIÓN PARA LA APLICACIÓN DEL CONOCIMIENTO

El 19 de junio de 2020, casi dos meses después de haber sometido el proyecto, se publicaron los resultados de la convocatoria del Conahcyt, los cuales comunicaban que el observatorio propuesto sería la única iniciativa financiada en la línea de investigación sobre “Gobernanza”, lo que aumentaba las expectativas del equipo respecto a las posibilidades de contribución efectiva de esta nueva herramienta en la realidad local, trastocada por la emergencia.

En los meses previos, afianzamos el proyecto con énfasis en la construcción de un marco conceptual sobre gobernanza local a cargo de las investigadoras especialistas y con mayor experiencia en el estudio empírico del tema. Ello derivó en la elaboración de un modelo analítico de estos procesos, concebido como una matriz metodológica que emplearíamos para el estudio de las experiencias de coordinación social identificadas como arreglos de gobernanza. Dada la conformación multidisciplinar del equipo, contar con un marco teórico y metodológico común, *ad hoc* a la realidad estudiada, era un requisito obligado para encauzar el trabajo de investigación bajo lógicas compartidas que asegurasen la coherencia del proceso y, por tanto, la calidad de los resultados.

Con todo, teniendo en cuenta la perspectiva de aplicación del proyecto y el imperativo de “incidencia”, remarcado por la agencia pública financiadora, había que ocuparse también de delinear el modelo organizativo y de operación del observatorio, definiendo áreas de trabajo, roles y funciones

dentro del equipo, al igual que métodos para la articulación del trabajo colectivo. Las actividades por desarrollar no se limitaban sólo a tareas de investigación en un sentido tradicional; la perspectiva de utilidad hacía indispensables los esfuerzos por compartir resultados con posibles usuarios; por lo mismo, el trabajo abarcaba también el diseño de un modelo de vinculación para facilitar interacciones con actores sociales diversos y con distintos propósitos. A la par, había que disponer de una estrategia de difusión para comunicar resultados a públicos más amplios, conforme a la vocación de los observatorios sociales como espacios que “responden a la construcción y divulgación de conocimiento socialmente pertinente” (Moreno y Mantilla, 2016: 355).

Modelo organizativo y articulación del trabajo colectivo

El diseño conceptual del Observatorio, plasmado en sus objetivos, misión y visión que destacaban el sentido de aplicación del conocimiento generado, suponía concebir una estructura organizativa que facilitara el trabajo colectivo y la interlocución con actores gubernamentales y sociales relevantes para cada espacio de observación. Se trataba de abordarlos no sólo en carácter de informantes, sino también como posibles coadyuvantes para facilitar la adopción y aplicación de los resultados en el entorno local. La falta de presencialidad impuesta por la pandemia obligaba además a hacer un uso creativo de las tecnologías digitales para la comunicación interna y con otros públicos.

Conforme a esa perspectiva, se elaboró un documento base donde fueron definidas las áreas de trabajo a desarrollar y sus quehaceres, además de los roles y funciones de cada participante en ellas; de ese ejercicio se desprendieron modos específicos de ordenar los procesos y actividades, así como los mecanismos de coordinación y mutuo ajuste para el cumplimiento de los objetivos enunciados en el cronograma del proyecto. De esta manera, el esquema de organización se dispuso como se muestra en la figura 1.



Figura 1. Observatorio Regional de Gobernanza y Coordinación Social ante el Covid-19 en Yucatán

Fuente: elaboración propia.

A la propia complejidad de crear una nueva organización, se sumaban otros desafíos inherentes a la articulación del trabajo colectivo; al equipo inicial se incorporaron nuevos profesores investigadores y también estudiantes de licenciatura y posgrado, así como académicos con experiencia en gestión del conocimiento y vinculación institucional. De esta manera, se conformó un grupo de veinte personas poseedoras de distintos bagajes y trayectorias y con formación en varias disciplinas de las ciencias sociales: sociología, ciencias políticas, administración pública, economía, antropología, derecho, geografía,

historia, trabajo social, comunicación. Esta composición diversa se traducía, a su vez, en una pluralidad de tradiciones académicas y orientaciones conceptuales y metodológicas, también en distintas formas de entender las interacciones con la sociedad o las formas de relación con los grupos sociales o poblaciones implicadas en nuestro trabajo.

La heterogeneidad del grupo y las subjetividades que se desprendían de esa condición no fue un aspecto simple de manejar; no obstante, no inhibió los fundamentos del trabajo colectivo, lo que se explica en gran medida por la presencia de liderazgos en la gestión y en lo académico que actuaron en forma complementaria para conducir esas racionalidades múltiples hacia lógicas compartidas. Por un lado, las personas con experiencia en gestión organizacional y planeación demarcaron un modelo organizativo y de operación, guiado por una ruta crítica para la acción grupal que señalaba tareas, metas, productos esperados y plazos. Y por otro, especialistas con mayor experiencia académica delinearon un marco conceptual y metodológico común para el estudio de la gobernanza que, al ser aplicado a casos empíricos, admitía que los investigadores desplegaran los conocimientos y herramientas propios de sus especialidades. En ese sentido, aún con todas las dificultades que suponía la comunicación virtual, puede decirse que, sobre todo en el primer año de trabajo, prevaleció una voluntad común de adaptación en varios planos: ajustar líneas de investigación propias, e incluso postergarlas para investigar un fenómeno nuevo y bajo un marco conceptual no necesariamente conocido; adecuar modos individuales de trabajo hacia formas colaborativas, lo que significaba implícitamente construir consensos disciplinares; acelerar los ritmos de trabajo para la entrega de resultados en clave académica y en forma de productos para usuarios.

Como narra una integrante del espacio de observación del pueblo Maya:

La pandemia, sobre todo al principio, era como un “laboratorio social” al que sabíamos que era importante entrar, pero no sabíamos bien cómo si no eras especialista en enfermedades, salud pública, desastres o esas cosas... Entrar para observar y analizar los procesos de decisión, de organización social, de la agencia de

los gobiernos locales, era una vía muy interesante; aunque no todos estábamos familiarizados con el marco conceptual de la gobernanza, cobijarnos bajo un modelo analítico común, tener la guía de expertos en ese tema fue clave, como tener un tutor de tesis... Cuando aplicamos esa metodología a los ámbitos donde sí teníamos *expertise*, diría que sí hubo como una “apropiación del modelo” y hubo lugar para recrear nuestras propias visiones; en algunos casos más sociológicas o antropológicas, por ejemplo; pero siempre adaptándose a la lógica común que era la de gobernanza (entrevista a AFS, realizada el 15 de noviembre de 2022)

Finalmente, lo más difícil ha sido lograr acercamientos provechosos con los distintos tipos de actores sociales involucrados en cada ámbito de observación: gubernamental, socio-civil, comunitario, académico, privado, empresarial. Salvo, algunas excepciones, estas dificultades se han mantenido incluso en el plano de las funciones de construcción de datos y de acceso al objeto, básicas para la investigación. Como se verá a continuación, contar con un equipo especializado en vinculación ha sido fundamental para tender puentes en ese sentido, pero sigue siendo un desafío de largo aliento.

Modelo de vinculación y estrategias para la difusión del conocimiento

Es sabido que una mayor intensidad de vinculación se asocia positivamente con el uso del conocimiento (Estébanez, 2004), por lo que, a la par del modelo analítico y de organización operativa del Observatorio, se desarrolló un modelo de vinculación coherente con las intenciones de convertirlo en un centro de pensamiento y de vigilancia estratégica, en permanente diálogo con los grupos sociales implicados en los procesos de gobernanza local relacionados con la pandemia.

Para este fin, se integró un equipo especializado, liderado por una comunicóloga con amplia experiencia en vinculación académica, y al que se sumaron personas con trayectorias de gestión en instituciones de educación superior y municipales, además de dos egresadas de la Licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales del Centro Peninsular en Humanidades y

Ciencias Sociales (CEPHCIS), de la UNAM. El diseño del modelo constituía un reto mayor, dado que se trataba de posicionar al Orga como una nueva organización en el entorno local y, a la vez, fomentar encadenamientos sociales entre producción de conocimiento y su eventual aplicación. Esto último se advertía como la tarea más compleja, pues involucraba articular intereses cognitivos y de utilidad con actores muy diversos, a varios niveles y en condiciones totalmente adversas para la comunicación.

Ante ese panorama, los objetivos y estrategias del modelo de vinculación se definieron para que el observatorio lograra, en un tiempo breve, ser reconocido en el entorno local y, al mismo tiempo, entablar interacciones y alianzas con actores e instituciones clave.

Tabla 1
Objetivos y estrategias de difusión del Orga

Objetivos de la vinculación

El Observatorio se plantea como un espacio colaborativo de análisis y de prospección que busca articular su actuar de manera colectiva, cumpliendo con las siguientes funciones de vinculación, entre otras:

- Construir alianzas estratégicas y mecanismos de colaboración con actores gubernamentales y no gubernamentales clave, para propiciar la difusión y utilidad social de los hallazgos, haciendo accesible dicha información para la ciudadanía en general.
- Organizar una red de informantes, formada por instituciones, dependencias, asociaciones, academias y grupos especializados en los temas de observación y de gobernanza, con el fin de visibilizar dichos temas y generar diálogos y conocimiento de calidad, factibles de ser utilizados y comprendidos por la ciudadanía en general.

Estrategias de vinculación

Posicionamiento del observatorio:

- Estrategia de medios (impresos, electrónicos y digitales)
- Conferencia de prensa de lanzamiento
- Conferencias de prensa para expresar puntos de vista sobre decisiones (ley seca, semáforo, uso cubrebocas), etcétera
- Convenio con *La Jornada Maya*: columna semanal de opinión desde septiembre de 2020

Estrategias de vinculación

Contacto y alianzas con actores sociales:

- Ejercicio de consulta con cada uno de los cinco equipos de observación para identificar actores fundamentales
- Elaboración de directorio de actores con datos de contacto
- Elaboración de *dossier*- catálogo de vinculación
- Contacto telefónico y por correo electrónico (para el envío del catálogo)
- Invitaciones a foros, jornadas de discusión y talleres de capacitación

Fuente: elaboración propia.

El posicionamiento a nivel regional, en términos de identificación como una instancia académica acreditada, se logró en los primeros seis meses de puesta en marcha del proyecto, gracias a una labor calculada de acercamiento con los medios de comunicación peninsulares más importantes, impresos, electrónicos y digitales (ver tabla 1). Como consecuencia, desde agosto de 2020, los especialistas del Observatorio han sido consultados frecuentemente por los medios de comunicación locales, lo que revela la necesidad en el entorno local de contar con opiniones expertas para el análisis político de las decisiones tomadas durante la pandemia y post pandemia. En septiembre de 2020 se gestionó un acuerdo de colaboración con el periódico local *La Jornada Maya* para la publicación semanal de una sección de opinión titulada “Gobernanza y Covid-19 en Yucatán”, la cual ha permitido difundir los resultados del ejercicio de observación del Orga con públicos más amplios. En este espacio contribuyen los distintos participantes de los equipos de observación, incluyendo estudiantes de licenciatura y posgrado; todos han recibido capacitaciones para comunicar resultados de investigación y puntos de vista especializados en lenguaje de divulgación. Hasta diciembre de 2022, se han publicado casi un centenar de columnas que abordan diversas temáticas contingentes relacionadas con los ámbitos de trabajo del observatorio.

En lo que toca al contacto y alianzas con actores sociales, las personas responsables de la vinculación realizaron un ejercicio de consulta con cada uno de los cinco equipos de observación para identificar los actores fundamentales en el gobierno estatal y en los principales municipios de Yucatán: Mérida, Kanasín, Hunucmá, Umán y Valladolid, así como los

sectores privado, académico y las organizaciones sociales. En principio, el observatorio estableció contacto institucional a través de llamadas telefónicas y correos electrónicos, medio por el cual se les envió una carta de presentación acompañada de un catálogo descriptivo del Orga.

Han seguido otras formas de contacto personalizado con funcionarios del gobierno del estado y municipales, diputados locales, representantes de organizaciones sociales y comunitarias, líderes de cámaras empresariales relevantes para Yucatán, líderes de opinión, como invitaciones a foros, jornadas de discusión y talleres de capacitación, realizados de manera virtual; la mayor parte de las veces hubo respuestas positivas. Como se verá más adelante, las interacciones con actores locales vinculados a las problemáticas observadas han sido de carácter muy variado y han rendido distintos resultados; en algunos casos, pese a los esfuerzos de vinculación del equipo, no se logró entablar ningún tipo de interlocución; en otros ha habido comunicación puntual, y en otros casos —los menos— se han logrado relaciones estables, en gran medida porque existían contactos previos y relaciones de confianza con los investigadores.

INVESTIGAR EN INTERACCIÓN CON ACTORES LOCALES: LÍMITES Y POSIBILIDADES

Las expectativas de que el observatorio se convirtiera en una instancia de intermediación con capacidades para contribuir a la comprensión y manejo local de la crisis de gobernanza en el contexto de la pandemia, y luego postpandemia, se han cumplido parcialmente. En ese sentido, y atendiendo a la conceptualización que hace Estébanez (2004) para caracterizar los niveles que alcanzan los procesos de intermediación entre el sistema científico y actores sociales, puede afirmarse que, a casi tres años de su creación, el Orga ha construido capacidades significativas para la investigación de los procesos de gobernanza local, generando conocimiento nuevo sobre estos temas de manera sostenida.[2] Al mismo tiempo, ha realizado amplia difusión del conocimiento generado dentro del ámbito académico en los medios y

formatos habituales, como publicaciones especializadas, seminarios, congresos, tesis y trabajos de titulación; también se ha realizado una labor sostenida de diseminación de conocimiento hacia otros sectores, llegando a públicos más amplios a través de varios medios, como páginas web, redes sociales, medios de comunicación digitales e impresos, así como en formatos heterogéneos: infografías, videos, *podcast* y cartografías digitales. Ello ha permitido la circulación del conocimiento, dando lugar a la movilización de saberes que se extienden en el tejido social. Sin embargo, persiste el desafío de consolidar capacidades de vinculación y transferencia que propicien relaciones interactivas con actores locales, abriendo cauces a dinámicas participativas de generación y aplicación del conocimiento.

Esto nos lleva a preguntarnos dónde radican las principales dificultades que, a lo largo de la trayectoria del observatorio, han inhibido el desarrollo de estas capacidades y las consecuentes posibilidades de utilidad social del conocimiento en el entorno local. Con certeza, se trata de una trama compleja donde se combinan varios aspectos que moldean el carácter y desenvolvimiento de las interacciones. Si bien una indagación completa tendría que abarcar también las visiones de los actores como usuarios activos o potenciales, nuestro ejercicio se centra en la perspectiva de los actores académicos como ruta reflexiva que evidencia algunos retos relativos a la construcción de capacidades para la interacción.

El reto de construir relaciones interactivas en los entornos locales

Al momento de su integración en 2020, pese a su composición diversa, el equipo de trabajo compartía percepciones positivas acerca de la responsabilidad y compromiso personal frente a los problemas demarcados en cada espacio de observación de la gobernanza; prevalecían también expectativas optimistas sobre la eventual utilidad del conocimiento generado y su proyección en los problemas de la realidad local. A pesar de esa buena disposición (que permitió, entre otras cosas, poner en marcha el Observatorio

y generar muchos productos en tiempo récord), cumplir con las aspiraciones de vinculación e incidencia social era una tarea para la que contábamos, de inicio, con capacidades insuficientes.

En principio, hay que hacer notar que, si bien la mayor parte de los participantes estaba adscrito a dos entidades de la UNAM en Yucatán —el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales y la Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Mérida—, no todos se conocían entre sí. La mayoría de ellos encajaba en el perfil de investigadores jóvenes, con líneas de investigación individuales en temáticas variadas y no necesariamente afines; sólo unos pocos habían participado en proyectos grupales e interdisciplinarios; solamente tres habían colaborado de forma previa en actividades de investigación y docencia al tener intereses académicos compartidos.

Visto en perspectiva, sobre todo al inicio de nuestra integración, los participantes no éramos del todo conscientes de que en nuestras prácticas de trabajo habituales prevalecía el llamado “Modo 1” de producción de conocimiento, modo predominante en la investigación en ciencias sociales en México (Casas, 2017), y que, en términos generales, se identifica con la investigación tradicional, de carácter disciplinar y centrada en problemas que responden sobre todo a intereses de las comunidades académicas especializadas (Gibbons *et al.*, 1994). En esa línea, para la mayoría de los participantes, la relación con actores y grupos sociales durante los procesos de investigación se encuadraba, conforme a la categorización de Vaccarezza (2009), en la “función de construcción de datos”; esto es, como objetos de investigación, o bien, en la “función de acceso al objeto”, en el papel de informantes; la “función de intervención”, con fines de transferencia de resultados o expectativas de transformación de la realidad, había sido prácticamente inexplorada.

Al respecto, las disparidades ya reseñadas entre los investigadores se reflejaban igualmente en términos de las capacidades, pericias y recursos relacionales con que cada equipo de observación contaba para acercarse a los actores relevantes en sus respectivos ámbitos. De modo que, aun teniendo

voluntad para transitar a la “función de intervención”, y contando con el respaldo del grupo especializado en vinculación, no todos los equipos han logrado las mismas interlocuciones en cuanto a cercanía y continuidad; aunque resulta innegable que se generaron procesos de aprendizaje importantes en ese sentido.

La influencia que tienen los contactos y relaciones de confianza previa para materializar procesos de vinculación y transferencia de conocimiento está ampliamente documentada en la literatura sobre estas cuestiones. En el caso del Orga, se ha comprobado que los equipos de observación que lograron mayores acercamientos a algunos actores, con perspectiva de continuidad, fueron aquellos donde había investigadores con lazos previamente establecidos y que contaban con estrategias de aproximación adecuadas considerando el “tipo” de actor.

Ésta fue la experiencia del equipo Pueblo Maya, encabezado por un antropólogo con cierta trayectoria en el estudio de las problemáticas de las comunidades mayas peninsulares y, por lo mismo, poseedor de un acervo de redes y recursos relacionales. En el equipo participaban igualmente dos estudiantes de posgrado de origen maya, involucrados como militantes en algunas de las causas de estas comunidades, lo que abonó igualmente al acceso con organizaciones indígenas. En este caso:

[...] la comunicación fue posible ya que ellos tienen muy bien identificado al “enemigo”, instancias privadas concretas, pero también con quien sí se puede hablar; uno de esos actores es Indignación A. C. Con estas personas yo tengo la fortuna de tener relación académica y de trabajo. De alguna forma, ese conocimiento de mí y de mis personas ayudó mucho: conocían previamente mi trabajo y también mis intenciones, que intento visibilizar las problemáticas. Eso empujó la participación de la gente; la idea era inicialmente conocer qué se estaba haciendo en torno a Covid-19 y atención a la salud del pueblo maya; entonces pude entrar al tema gracias a que se comunicaban entre ellos y se decían “fulano está haciendo esto, está en la UNAM” [...]. Primero me comunicaba con actores individuales que estaban en colectivos y que hacían las veces de “porteros” que me ayudaban a más contactos (entrevista a YRM, realizada el 5 de octubre de 2022).

Las capacidades para la interacción tienen que ver también con la puesta en común de intereses y objetivos de cada parte, de manera previa y durante la investigación. Esto va aparejado de posicionamientos éticos que tienen que asumir los investigadores frente a actores sociales que demandan, de manera legítima, la obtención de utilidad o la transformación de sus condiciones de vida. En palabras del mismo investigador:

[...] también hubo cuestionamientos: “suena muy interesante lo que dices, sí hay estas problemáticas, estas situaciones, pero ya ha pasado que se dan entrevistas y nunca se sabe qué pasa”. Entonces, sí hay mucha desconfianza también hacia la academia porque hay dinámicas extractivistas de la información, del conocimiento [...] entonces me decían “déjame platico con los compañeros del colectivo, de la organización”, y así fui, así, entrando de a poquito con gente que ya me conocía (entrevista a YRM, realizada el 5 de octubre de 2022).

La pregunta principal es “¿Para qué va a servir hablar contigo?”. La explicación era hacerles saber que, desafortunadamente, no todas las personas conocen lo que está pasando en torno al pueblo maya en pandemia, la falta de atención del Estado... Así, lo que se ponderó en su momento fue que el Orga, a través de mi persona, facilitara que estas dinámicas se conocieran y ponerlas en un medio al cual algunas personas podían acceder, como a través de mi voz, retomando la de ellos, para que se escuchara en instancias donde uno sospechaba que podría llegarle a alguien, a un tomador de decisión, por ejemplo (entrevista a YRM, realizada el 5 de octubre de 2022).

Ésa es una situación muy particular del pueblo maya, porque cuando se vinculan con alguien de la academia sí están esperando que pasen cosas, que cambien sus condiciones de vida. Por ejemplo, que el Estado se responsabilice y les pongan un mejor servicio de atención médica en su comunidad; que, a partir de las inconformidades que están comunicando, se haga un frente de batalla común para ganar una cuestión de carácter jurídico; para que haya una comunicación permanente, sistemática de sus problemas (entrevista a YRM, realizada el 5 de octubre de 2022).

Paradójicamente, el acceso a los actores gubernamentales encargados de dar respuestas a la crítica situación de las comunidades mayas durante la pandemia[3] fue imposible de concretar para este equipo, no sólo por las dificultades de comunicación impuestas por Covid-19. Así lo explica el investigador responsable:

En Indemaya[4] nunca respondieron; tampoco en la Secretaría de Salud en su área de medicina tradicional... llamadas de teléfono, correos electrónicos, me parece que se debió a un total desinterés; también tiene que ver con la concepción que, desde el Estado y las instancias gubernamentales, hay sobre el pueblo maya. De ellos se pueden obtener beneficios, legitimación de ciertas políticas, una foto entregando cosas...pero parece que no hay genuino interés en mejorar sus condiciones de vida [...] entonces claro, llegar y proponer intercambios, iniciativas que significan que como representantes del Estado tienen que asumir acciones, mostrar qué estaban haciendo para atender la salud del pueblo maya, ahí hay cero interés [...] esta falta de respuesta era para ocultarse, para no asumir; su silencio lo comunicó [...]. Con ellos no hubo entrega de resultados; es decir, mandamos cosas, pero nunca respondieron. Entonces ¿para qué seguir insistiendo con más insumos de conocimiento a la otra parte [Indemaya]? Se hubieran quedado también en su bandeja.

Muchas veces, intentar acercamientos desde el sector académico hacia los actores locales, en particular con instancias de gobierno para construir conocimiento, es una tarea difícil debido a la existencia de estructuras de poder autoritarias y obsoletas, que imponen barreras para mantenerse impermeables a cualquier intento de cambio. Las expectativas de abrir cauces para la colaboración se truncan pues, en la práctica, las decisiones de política se toman de manera pragmática y guiadas por intereses políticos, partidarios, creencias personales de los funcionarios.

A pesar de que en esos entornos el papel de la investigación se advierte como marginal, crear relaciones más interactivas con los gobiernos locales podría ser posible en la medida en que la política científica despliegue mecanismos de captación de demandas con representatividad territorial, identificando áreas y temas de oportunidad a nivel estatal y municipal donde

coincidan voluntades para la aplicación del conocimiento. El sentido de “incidencia” no se agota abriendo convocatorias para financiar proyectos “aplicados” o “estratégicos”, sino que debería estar acompañado de dispositivos que favorezcan la interacción entre los actores académicos y usuarios con nombre y apellido a lo largo de todo el proceso.

En consonancia con lo anterior, los formatos exigidos por la agencia financiadora para presentar los resultados y contribuciones de los proyectos, de los cuales se espera “incidencia social”, pudieran ser diseñados para dar cabida a las valoraciones que los usuarios hacen de sus eventuales beneficios. En este caso, por ejemplo, uno de los productos relevantes destinados a las comunidades fue un catálogo de organizaciones mayas que actuaron frente a Covid-19, el cual se elaboró en consulta con las propias organizaciones, quienes durante el proceso validaron si la información contenida era de utilidad para sus actividades. Sin duda, la ponderación social de beneficios, por parte de los usuarios, es imprescindible para que el conocimiento generado responda a sus demandas.

El reto de los tipos de conocimiento y la construcción de la utilidad

Como expresan Albornoz *et al.* (2005), ciertos tipos de conocimientos y disciplinas entrañan mayores potencialidades de aplicación y de subsecuentes impactos, por razones temáticas o disciplinarias, principalmente. Al pensar estas cuestiones en el campo de las ciencias sociales, destacan dos vertientes: la primera está relacionada con la investigación-acción, ligada a disciplinas como la antropología, la sociología, las ciencias de la educación, entre otras, y cuyo objetivo es promover la socialización del conocimiento y la democratización de sus relaciones de producción a través de prácticas de investigación transformadoras al servicio de las comunidades con las que se trabaja (Fals Borda, 2014). Se plantea así una crítica a las ciencias sociales tradicionales y contemplativas, para desplegar prácticas de producción de conocimiento *in situ* en colaboración con actores provenientes de

movimientos sociales, activismo, comunidades en desventaja social, etcétera. De ahí que el tipo de conocimiento tiene un sentido de uso construido con los usuarios y se materializa, por ejemplo, en metodologías para la acción, prácticas de aprendizaje, métodos de evaluación, entre otros. La segunda vertiente puede emanar de diversas disciplinas sociales y tiene que ver con el empleo de los resultados de las investigaciones como insumo para la toma de decisiones frente a problemas sociales y para diseñar políticas públicas basadas en evidencia. Como señala Estébanez (2004: 18), bajo esa lógica, las ciencias sociales ayudan a los gobiernos a pensar, brindando diferentes “marcos de pensamiento” y múltiples perspectivas para comprender los problemas sociales en su complejidad creciente, así como “recursos de legitimidad” para el acompañamiento de acciones gubernamentales. En estos casos, los insumos de conocimiento coadyuvan a acciones como el diseño de políticas públicas y de programas sociales; la evaluación, monitoreo y seguimiento de las acciones aplicadas; la elaboración y aplicación de normativas y legislaciones; la capacitación y asistencia técnica a proyectos gubernamentales, entre otros.

Las aspiraciones de contribución del Orga se adhieren a esta segunda vertiente, no obstante, no se limitan sólo a los actores gubernamentales locales, sino que comprenden al elenco de actores sociales que participan en arreglos de gobernanza con miras a la resolución participativa de problemas. A pesar de que, desde la visión de los investigadores como productores, el tipo de conocimiento generado en el observatorio podría ser de utilidad para todas las acciones reseñadas arriba, hay que reconocer que se trata de una perspectiva unilateral, originada en la propia convocatoria que hizo posible el proyecto. A posteriori, hemos aprendido que la naturaleza, contenido y formato de los productos, en un escenario ideal de flujo de conocimiento, son determinantes para materializar procesos de transferencia y adopción, por lo cual debieran proceder de negociaciones y consensos previos con los diversos tipos de usuarios.

Como explica un investigador participante en el espacio de observación sobre restricciones a la movilidad:

Aprendimos que la entrega de conocimiento depende del tipo de actor y sus fines. Hay actores que no están muy institucionalizados y que van más por el militanismo, por ejemplo, Cicloturixes;^[5] organizados desde la sociedad civil, pero que también tienen un militanismo con respecto al uso de vehículos no motorizados. Ellos nos veían como una especie de aliados para divulgación, para sus demandas, para sus actividades; ahí ayudan las infografías, las notas de prensa, pero también marcando ciertos límites [...], no iban por nuestras recomendaciones (entrevista a RTM, realizada el 22 de noviembre de 2023).

[...] Con la gente del IMDUT^[6] hicimos solicitudes de entrevistas, les mandamos algunos productos que podían servirles, pero nunca pudimos colaborar, ni para entrevistas, nos mandaban siempre información oficial descargable [...]. Claramente ahí hizo falta tener capitales individuales como investigador para establecer relaciones de confianza con esos informantes (entrevista a RTM, realizada el 22 de noviembre de 2023).

[...] Sorprendentemente, con alguien que siento que nos fue bien, fue con el empresariado, porque ellos traen detrás una tradición y un aparato; hubo mucha disposición a dialogar desde las cámaras empresariales de Yucatán, a escuchar qué proponíamos [...]. Los empresarios no esperaban gran cosa de nosotros, pero ahora hubo continuidad en las relaciones y se les puede llegar con información y se platican más posibilidades (entrevista a RTM, realizada el 22 de noviembre de 2023).

Ciertamente, para producir conocimiento en clave de uso se requiere desarrollar capacidades de comprensión y traducción de las necesidades de los actores en intercambios que son de largo aliento. En palabras de una investigadora participante en el espacio de observación sobre economía y empleo:

La visibilización se logró, pero, aunque se generaron productos interesantes y apropiables, nos quedamos en el trabajo académico más tradicional [...]. El conocimiento que generamos debe servir para mejorar tanto políticas públicas como mecanismos de interacción con la sociedad [...]. Creo que hasta cierto punto hay aciertos; por ejemplo, las cartografías son el primer punto que resaltaría en la utilidad del conocimiento; las cartografías sí son super útiles para identificar tanto

problemas como soluciones; es el tipo de trabajo que más impactaría a un tomador de decisión en un primer vistazo porque se expresan los fenómenos ocurriendo territorialmente, algo que con narrativas no se logra expresar muy bien (entrevista a MEGP, realizada el 17 de noviembre de 2023).

[...] Otros productos, como las infografías, tienen una utilidad no explotada, a lo mejor toca digerir y traducirlas un poco más en términos de lo que esperaríamos un tomador de decisión, una organización civil [...]; estaban todavía muy académicas, cargadas de información, creo que instrumentos menos densos en datos serían más apropiables (entrevista a MEGP, realizada el 17 de noviembre de 2023).

Creo que cuando se establece un vínculo [...] de mediano plazo, por ahí va mucho más la aportación que uno puede hacer [...], y del lado académico, la contribución tiene que ser para la toma de decisiones, como lo hacen, por ejemplo, los del LANSREC[7] invitando a los gobiernos a talleres, foros, mesas de trabajo, están en permanente contacto.

A modo de recomendación, la profesionalización de la gestión del conocimiento y el acompañamiento de especialistas vinculados en proyectos de aplicación también es un asunto para ser atendido por la política científica para asegurar que la naturaleza, el contenido, el formato de conocimiento y también sus mecanismos de intercambio y transferencia sean coherentes con las características de la demanda de los actores que requieren incorporar el conocimiento a sus quehaceres.

REFERENCIAS

- Albornoz, Mario; María Elina Estébanez; y Claudio Alfaraz (2005). “Alcances y limitaciones de la noción de impacto social de la ciencia y la tecnología”. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad* 2 (4): 73-95.
- Angulo Marcial, Noel (2009). “¿Qué son los observatorios y cuáles son sus funciones?”. *Innovación Educativa* 9 (47): 5-17.

- Arancibia, Eliana, y Antonieta Saldívar (2021). “Gobernanza local en la mira: la creación de un observatorio especializado para Yucatán”. En *Gobernanza local en tiempos de Covid-19. Experiencias de coordinación social para la toma de decisiones en Yucatán*, coordinado por Eliana Arancibia, 49-70. Mérida: Escuela Nacional de Estudios Superiores Yucatán, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cabrero, Enrique (2010). “Dinámicas descentralizadas y participación ciudadana en México: un primer ejercicio exploratorio” [ponencia]. *XV Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública*. Santo Domingo, República Dominicana, del 9 al 10 de noviembre.
- Casas, Rosalba (2017). “Situación de las ciencias sociales en México: debates sobre la cogeneración de conocimiento”. En *Visiones de Cambio desde las Ciencias Sociales*, coordinado por Diana Tamara Martínez y Pedro Sergio Urquijo, 63-74. Morelia: Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Morelia, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Casas, Rosalba; Óscar Contreras; Alfredo Hualde; y Cristina Puga (2022). “Ciencias sociales y pandemia en México: ¿respuestas convencionales frente a emergencias inéditas?”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 244: 45-72.
- Chávez, Carlos, y Edgar Esquivel (2016). “Gobernanza”. En *Léxico de la vida social*, coordinado por Fernando Castañeda, Laura Baca y Alma Iglesias. Ciudad de México: Sitesa/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (2020). Convocatoria “Apoyo para Proyectos de Investigación Científica, Desarrollo Tecnológico e Innovación en Salud ante la Contingencia por Covid-19” [en línea]. Disponible en: <https://conahcyt.mx/convocatorias/convocatorias-programa-de-apoyos-para-las-actividades-cientificas-tecnologicas-y-de-innovacion/> (consulta: 10 de septiembre de 2022).

- Contreras, Oscar (coordinador) (2021). *Ciencias sociales en acción. Respuestas frente al Covid-19 desde el norte de México*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Enjuto, Natividad (2008). “Razón de ser de los observatorios” [en línea]. *Observando Observatorios: ¿Nuevos Agentes en el Tercer Sector?* (Jornada llevada a cabo el 19 de noviembre). Disponible en: <<https://plataformavoluntariado.org/wp-content/uploads/2018/10/observando-observatorios.-nuevos-agentes-en-el-tercer-sector.pdf>> (consulta: 8 de agosto de 2022).
- Estébanez, María Elina (2004). “Conocimiento científico y políticas públicas: un análisis de la utilidad social de las investigaciones científicas en el campo social”. *Espacio Abierto* 13 (1): 7 -37.
- Fals Borda, Orlando (2014). *Ciencia, compromiso y cambio social. Textos de Orlando Fals Borda*. Buenos Aires: Lanzas y Letras/El Colectivo/Extensión Libros.
- Fernández, Manuel (2020). “Sociología y Ciencias Sociales en tiempos de crisis pandémica”. *Revista de Sociología de la Educación-RASE* 13 (2):105-113.
- Gibbons, Michael; Camille Limoges; Helga Nowotny; Simon Schwartzman; Peter Scott; y Martin Trow (1994). *The new production of knowledge. The dynamics of science and research in contemporary societies*. Londres/California/Nueva Delhi: Sage.
- Kreimer, Pablo, y Hernán Thomas (2002). “La apropiabilidad social del conocimiento científico y tecnológico. Una propuesta de abordaje teórico y metodológico”. En *Um Panorama dos Estudos sobre Ciência, tecnologia e Sociedade na America Latina*, organizado por Renato Dagnino y Hernán Thomas, 273-310. Taubate: Editorial Cabral.
- Montes de Oca, Laura, y Ana Carolina Gómez Rojas (2021). “Investigación social: compromiso, relevancia y colaboración en tiempos de pandemia”. *Revista Mexicana de Sociología* 83 (número especial septiembre): 127-158.

- Moreno, Gabriel Eduardo, y Jeison Fernando Mantilla (2016). “Una revisión del concepto observatorio social: hacia una comprensión de sus objetivos, alcances, métodos y finalidades”. *Psicogente* 36 (19): 347-359.
- Navarro, Carmen (2002). “Gobernanza en el Ámbito Local”. VII *Congreso Internacional del CLAD sobre Reforma del Estado y de la Administración Pública*. Lisboa, Portugal, del 8 al 11 de octubre.
- Plumptre, Tim, y John Graham (1999). *Governance and Good Governance: International and Aboriginal Perspectives*. Ottawa: Institute of Governance.
- Puga, Cristina (2021). “Buena gobernanza y pandemia en Yucatán: un marco conceptual para el estudio de experiencias locales en Yucatán”. En *Gobernanza local en tiempos de Covid-19. Experiencias de coordinación social para la toma de decisiones en Yucatán*, coordinado por Eliana Arancibia, 25-48. Mérida: Escuela Nacional de Estudios Superiores Yucatán, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vaccarezza, Leonardo (2009). “Las relaciones de utilidad en la investigación social”. *Revista Mexicana de Sociología* 71 (número especial): 133-166.
- Vaccarezza, Leonardo, y Juan Pablo Zavala (2002). *La construcción de la utilidad social de la ciencia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

[Notas]

- [1] Véase <www.orga.enesmerida.unam.mx>
- [2] En el periodo 2020-2023, el Observatorio generó un libro colectivo, artículos y capítulos arbitrados, así como dos documentos con recomendaciones de política pública; todo ello puede consultarse en <<http://orga.enesmerida.unam.mx/>>. En 2021, el equipo de trabajo obtuvo un segundo financiamiento del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT), de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA), de la UNAM, para desarrollar el proyecto colectivo “Procesos de gobernanza para atender la vulnerabilidad social frente al Covid-19: alianzas y estrategias en la Península de Yucatán”, del cual derivó un libro colectivo que se encuentra en proceso editorial.
- [3] Desde el inicio de la pandemia en México y hasta enero de 2022, el estado de Yucatán encabezó las listas de contagios (4,905 en total) y defunciones (761 en total) por Covid-19 en población indígena a nivel nacional, de acuerdo con los Panoramas en población que se reconoce como indígena y Covid-19 emitidos por la Secretaría de Salud.
- [4] El Instituto para el Desarrollo de la Cultura Maya del Estado de Yucatán es el organismo de gobierno dedicado al desarrollo e implementación de políticas públicas para la atención integral del pueblo maya. Funge como un órgano de consulta y asesoría a las entidades de la administración pública estatal, municipal y de los sectores sociales en lo relacionado con la etnia maya, fomentando acciones de combate a la marginalidad con pleno respeto a su cultura, derechos y aspiraciones. Información disponible en <<https://indemaya.yucatan.gob.mx/>>
- [5] Asociación civil yucateca que promueve el uso de la bicicleta como un medio de transporte económico, ecológico y social, así como la dignificación de las personas que habitualmente se transportan en ella. Declaran fomentar “la cultura vial equitativa y responsable, trabajando a través de la participación social y la incidencia en las políticas públicas”. Véase <<https://cicloturixes.org/quienes-somos/>>
- [6] Instituto de Movilidad y Desarrollo Urbano Territorial (IMDUT) del gobierno del estado de Yucatán.
- [7] Laboratorio Nacional de Resiliencia Costera (Lanresc) es un laboratorio “virtual” creado en 2015 y establecido en asociación entre instituciones de distintas regiones de México

para ampliar las capacidades científico-tecnológicas de diferentes grupos de investigación sobre la resiliencia costera.

Conclusiones generales

Investigación social en interacción: alcances, limitaciones y recomendaciones

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera

Rosalba Casas

Alí Ruiz Coronel

[\[Regresar al contenido \]](#)

Los trabajos contenidos en este libro dan cuenta de las diversas maneras en que se construye la investigación social en interacción con la sociedad. Aportan a la reflexión y discusión pendientes lo que significa realizar este tipo de investigación, cómo se lleva a cabo, cuáles son sus alcances y con qué mecanismos deberá dársele un seguimiento más sistemático y crítico.[1] Con la intención de ser una fuente de reflexión analítica sobre los procesos de investigación que se llevan a cabo en relación directa con las personas que conforman los mundos sociales que se quiere explicar o interpretar, en este libro se discutieron las ventajas y retos, así como los aportes y omisiones que ha dejado la investigación en interacción con la sociedad. Las distintas etapas de trabajo para esta publicación (seminario, coloquio, redacción de capítulos, reuniones de trabajo y retroalimentación colectiva), en la cual las y los autores discutieron y enriquecieron su contenido, buscaron señalar, a través de la reflexividad analítica, la agenda pendiente en torno a la relación investigación-sociedad.

En estas conclusiones generales recogemos los aportes del libro en torno a las ventajas y desventajas metodológicas, epistemológicas, éticas y ontológicas que tiene la investigación social en interacción. Vinculamos las principales discusiones de la literatura internacional experta, expuestas en la introducción general, con los casos y experiencias concretas de las y los autores de este libro

para demostrar su sintonía y vigencia. Proponemos algunas respuestas que se extraen de estas experiencias sobre cómo se concibe la realidad cuando se hace investigación social en interacción con las personas, qué conocimiento se construye y quién lo construye, cómo es la interacción en el proceso de investigación, y para qué se investiga y se construye conocimiento.

Al sistematizar los debates, dilemas y tensiones expresados en cada capítulo, y con base en la reflexión analítica de la experiencia de investigación en interacción, es posible ubicar alcances y limitaciones en, al menos, cuatro ámbitos: 1) definir este tipo de investigación, 2) distinguir la función académica del activismo; 3) consolidar esta forma de generar conocimiento con base en criterios de calidad, sin perder la riqueza que implica las interacciones con los sujetos sociales; 4) reconocer la importancia que tienen los marcos institucionales para reconocer y potenciar —o ignorar y restringir— esta práctica de investigación. Elaboramos este capítulo de conclusiones sobre estos puntos y una serie de recomendaciones.

SOBRE EL CONCEPTO DE INVESTIGACIÓN SOCIAL EN INTERACCIÓN

La investigación social en interacción es una tradición de trabajo académico de larga data en las ciencias sociales, tanto a nivel internacional como en México y otros países de América Latina, como Argentina y Cuba, cuyas experiencias se incluyen en esta obra. Las modalidades que presenta son muy variadas, de tal suerte que su definición es amplia, como ya lo señalamos en la introducción general, y se utilizan diversos conceptos para dar cuenta de este tipo de investigación. Esto se constata en los trabajos que se incluyen en este libro, por lo que resulta importante destacar las diferentes nociones y significados.

La noción de investigación-acción participativa destaca que las investigaciones se enriquecen con la participación de diferentes agentes relevantes, además de que conjuga distintos tipos de conocimientos y miradas múltiples de investigación. Para Luisa Paré Ouellet, la participación de las

personas en la definición de los objetivos de investigación es sustantiva. La metodología “de campesino a campesino” se orienta a la resolución de problemas, mediante una práctica desde abajo, como ella la denomina. Entre otras acciones, junto con campesinos y campesinas, se prueban nuevos manejos del suelo y plantas, partiendo de prácticas existentes localmente, aunque no de manera extensiva ni sistemática. Sin embargo, señala la autora, sostener procesos a lo largo del tiempo y la convergencia entre distintos actores de la sociedad civil y la academia en una misma región, es un gran reto. El contexto donde se desarrolla la investigación es fundamental para gestar posibilidades de transformación desde las personas que habitan las realidades.

En la experiencia de Elena Lazos Chavero, la participación en estos procesos está orientada a la colaboración de las poblaciones locales en el diseño y desarrollo de la investigación, lo que se convierte en un asunto complejo. La participación y posibilidad de gobernanza en las localidades están marcadas por relaciones de poder. Desde su experiencia, los procesos sociales y políticos locales pueden hacer que la investigación-acción logre tender puentes o provoque abismos en la construcción participativa entre pobladores, activistas y científicos sociales.

Otras y otros autores ponen el énfasis en las modalidades de producción de conocimiento más que en la participación o intervención. Para Delphine Prunier se trata de una experiencia de investigación cuya dinámica relacional está delimitada por un entorno social muy acotado, como lo es un albergue de migrantes. Su análisis reflexivo sobre las modalidades de producción, uso y retribución parte de la interacción con actores directamente involucrados, con la lucha social o con la experiencia inmediata de los tiempos, espacios y tensiones de la movilidad. Su investigación se inscribe en el compromiso con la justicia social y territorial. En su caso, no se trata de una investigación-acción, pues ella no pretende participar directamente en la reformulación de políticas públicas ni en prácticas administrativas relacionadas con la gestión, contención o control de las poblaciones migrantes en el territorio mexicano. El suyo es un trabajo para construir conocimiento, ante lo cual, Prunier

reconoce las relaciones de dominación en las que participamos o que mantenemos desde la academia, tanto en el trabajo de campo como en los productos de la investigación.

Varios de los autores de este libro hacen énfasis en la investigación comprometida. Las y los científicos tienen un compromiso consigo mismos, y su acción o praxis es resultado de la investigación. Sus retos son el equilibrio entre teoría, método, práctica y ética, así como entre compromiso y distanciamiento. Además de Delphine Prunier, el capítulo de Raul Pacheco-Vega da cuenta de la idea de investigación comprometida tanto con el tema de estudio como con la comunidad bajo estudio y, para ello, se sustenta en la etnografía longitudinal. Este proceder metodológico le ha permitido mantener relaciones de largo plazo con organizaciones ambientalistas, construir fuertes lazos de confianza y mantener una inserción intensa en las comunidades estudiadas. Asimismo, el capítulo de Marta Núñez Sarmiento elabora una serie de reflexiones con base en su experiencia investigativa en Cuba, dirigidas a tratar de mantener un equilibrio entre compromiso y distanciamiento en la investigación social en interacción.

Susana Larios Murillo y Alice Poma ofrecen algunos argumentos para pensar cómo se construye conocimiento de manera comprometida con el activismo y desde él. Por esta razón, afirman, la finalidad de las investigaciones, a diferencia de la investigación-acción con poblaciones vulnerables, es la de comprender por qué o cómo se producen ciertas dinámicas de la acción colectiva. Las y los investigadores pueden compartir el conocimiento para que las personas se apropien de él y lo apliquen según sus necesidades. En eso también avanza el capítulo de Zahiry Martínez al enfocarse en los modos de producción colectiva de conocimiento, mediante los cuales se ensayan posibles efectos, tensiones y dilemas que implica asumir posiciones políticas e ideológicas dentro de una investigación articulada con un deseo de transformación social. La autora enfatiza su inquietud por la responsabilidad, ya que busca no sólo evitar daños, como acto de precaución, sino también asumir el ejercicio de la prudencia como virtud en su sentido aristotélico.

Raúl Anthony Olmedo Neri trabaja desde una perspectiva interactiva y afirma que la presencia de quien investiga no se restringe a los objetivos de su estudio ni se termina cuando finaliza la recopilación de datos; de hecho, esta intervención directa e indirecta en la realidad estudiada genera procesos de socialización y vinculación entre la persona que investiga y la que es investigada, impactando en la generación de conocimiento científico-social, así como en relaciones que trascienden los límites temporales y los objetivos de la investigación. Por su parte, Nancy Lysveth Flores-Castillo y Verónica Montes de Oca destacan la importancia de los puentes entre diferentes saberes y la importancia de las perspectivas inter y transdisciplinarias que se construyen en estos procesos de investigación. Enfatizan, al igual que en otros capítulos, los aspectos éticos y la sensibilidad que se requiere al interactuar con sujetos sociales en situaciones de gran vulnerabilidad. La interlocución con personas mayores, como enfoque metodológico en la investigación social, permite indagar las narrativas ocultas y las narrativas de los sentidos.

Además de las concepciones anteriores, Eliana Arancibia Gutiérrez introduce dos nociones relevantes para discutir la investigación social en interacción: 1) la noción de “procesos de intermediación”, que abarca dinámicas de difusión, diseminación, circulación, vinculación y transferencia de conocimientos para comprender la naturaleza de las interacciones que ocurren entre las y los investigadores y otros actores sociales; y 2) el concepto de “utilidad social del conocimiento”, con el que se enfatiza la relevancia que tienen las expectativas y valoraciones definidas por las y los actores que intervienen en los flujos de conocimiento.

En el mismo sentido, está la contribución de Oscar Fernando Contreras Montellano, quien, retomando la tesis de la sociología pública desarrollada por Michael Burawoy, propone una ciencia social capaz de definir su agenda en diálogo con los actores y difundir sus resultados entre colectivos amplios de la sociedad, más allá de los medios académicos convencionales. Sin embargo, advierte el autor que esta acepción de las ciencias sociales no tiene como objetivo primordial influir en la toma de decisiones de los gobiernos, sino encarnar en la acción transformadora de las personas (agentes sociales) e

iluminar sus argumentos en la lucha por la justicia y la equidad. Además, Contreras alude a otros dos enfoques que estarían en la tónica de la investigación social en interacción: el de la ingeniería social, que enfatiza la necesidad de generar conocimiento aplicable a la solución de problemas sociales, y el de la investigación como herramienta, orientada al empoderamiento de las comunidades y el impulso de los movimientos sociales. Esta última distinción es sugerente para hacer notar que el enfoque dominante en las experiencias incluidas en este libro es el fortalecimiento de las y los sujetos sociales, tales como comunidades, movimientos sociales y grupos vulnerables. Es decir, potenciar una acción directa con las personas que integran las realidades analizadas (sujetos de investigación). Sin embargo, este propósito no es generalizable a la investigación social en interacción, ya que otras modalidades, que no se incluyen en este libro, buscan incidir directa o indirectamente en la toma de decisiones de los gobiernos (Casas *et al.*, 2022).

ENTRE LA FUNCIÓN ACADÉMICA Y LA DE ACTIVISTA

En diferentes trabajos se discute la cercanía y distancia entre las funciones de investigadores y activistas sociales. Se cuestiona si las personas investigadoras pueden y deben ir más allá de co-construir conocimiento para co-construir proyectos alternativos.

Entre las experiencias contenidas en el libro, hay quienes sostienen que las y los investigadores no pueden sustituir a las y los activistas, sino sumar a sus conocimientos; ésa sería la forma de contribuir a modificar las problemáticas analizadas (capítulos de Lazos y Pacheco-Vega). Es decir, no es responsabilidad de las personas académicas modificar la realidad, sino sólo construir conocimiento científico capaz de dialogar y nutrir otros conocimientos. Enfatizando esta línea, Pacheco-Vega sostiene que la falta de distanciamiento incluso puede ser desfavorable para la investigación. Si bien con ellos y ellas se pueden construir “amistades entrañables”, el autor plantea la necesidad de separar el trabajo académico —en su caso etnográfico— del

activismo social. Esto contrasta tanto con la visión de Larios y Poma, en el sentido de que la investigación “puede llegar a ser una experiencia intersticial entre lo académico, lo político y el activismo”, como con la de Olmedo, quien afirma que la participación y el compromiso del investigador o investigadora permite desarrollar vínculos estables y a veces perdurables con las y los actores sociales, los cuales pueden mejorar el trabajo de campo y afectar positivamente la investigación.

Como se ha argumentado en la introducción general, las ciencias sociales recibieron gran influencia de las ideas de la investigación-acción participativa de Pablo Freire y Orlando Fals Borda en los años sesenta y setenta. Lazos sostiene que los planteamientos de estos dos pensadores contagiaron tanto a las ciencias sociales como a las naturales y agronómicas, en el sentido de que las personas académicas asumen también la función de activistas sociales y políticos. En estos procesos, sostiene que las y los investigadores no se consideraban como observadores, sino como catalizadores de procesos sociales, culturales y políticos. Lazos agrega que, para la denominada antropología de la acción, la tarea se definía desde dos objetivos de igual importancia: ayudar a un grupo de personas a reflexionar y resolver sus problemas mediante la acción participativa y, a la vez, aprender colectivamente en el proceso. En el mismo tenor, Luisa Paré señala que, particularmente en su corriente latinoamericana, la investigación-acción participativa persigue el cambio de las estructuras de poder generadoras de situaciones de injusticia social y ambiental. Por ello, en este tipo de investigación está la tendencia a que la investigadora o el investigador sea activista al mismo tiempo.

Distintos capítulos documentan que durante la investigación en interacción las y los investigadores juegan diferentes funciones, algunas de las cuales van más allá de la tarea académica: consultores, asesores, miembros de organizaciones de la sociedad civil. Sin embargo, también se señalan perspectivas distintas en otros capítulos en los que se argumenta que las y los investigadores deben ser cautos al involucrarse en funciones que van más allá del proceso de investigación (capítulo de Núñez), como las luchas sociales que

se sostienen en las comunidades estudiadas, experiencias que suelen ser muy complejas y poco exitosas (capítulo de Lazos). Desde esta perspectiva, se les piensa como dos quehaceres distintos y en cierta forma incompatibles: las y los investigadores generan fuentes científicamente fundamentadas y las ponen al servicio de los activistas, las comunidades o los gobiernos. Por su parte, las y los activistas inciden sobre la realidad para cambiarla, juntamente con las comunidades o grupos sociales. No obstante, como lo ilustran otros capítulos (Larios y Poma; Prunier; Flores y Montes de Oca), puede haber imbricaciones o complementariedad de la función académica con el activismo y el compromiso social y político. Es decir, no hay una perspectiva única respecto a la diferencia entre la función académica y la de activista.

GENERACIÓN DE CONOCIMIENTO EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL EN INTERACCIÓN

A partir de las interesantes experiencias recogidas en los distintos capítulos, es evidente que las formas de generar conocimiento en la investigación social en interacción son diferentes a las que se podrían denominar tradicionales. Arancibia argumenta que en las formas habituales prevalecía el llamado Modo 1 de producción de conocimiento que, en términos generales, se identifica con la investigación de carácter disciplinar y centrada en problemas que responden, sobre todo, a intereses de las comunidades académicas especializadas. En esa línea, la relación con actores y grupos sociales durante los procesos de investigación se encuadra en la función de construcción de datos; esto es, como objetos de investigación; o bien, en la función de acceso al objeto, en el papel de informantes.

Sin embargo, la investigación social en interacción se caracteriza por la función de la intervención para la movilización de los resultados, o con expectativas de transformación de la realidad; lo que se conoce en la literatura como el Modo 2. En esta modalidad, el conocimiento se produce en un contexto de aplicación; es transdisciplinario, heterogéneo y se da en diversas formas de organización; es responsable socialmente y reflexivo; además de que

el control de calidad se basa en dimensiones cognitivas sociales, económicas, ambientales y políticas.

Las autoras y los autores del libro reconocen que tanto la manera de producir conocimiento en interacción como la razón para producirlo, y su aplicación en un contexto específico, son blanco de críticas. Al igual que Larios y Poma, Paré y Pacheco-Vega coinciden en que existe la percepción de que los resultados de las investigaciones en interacción están sesgados para favorecer a las y los participantes, a intereses personales ajenos a la investigación cuando se es parte del grupo en estudio —como en el caso de Zahry Martínez— o a las instituciones gubernamentales que los patrocinan —como en los casos narrados por Olmedo, Lazos y Paré.

Las autoras y los autores coinciden en que todavía existe la percepción (imprecisa) de que la ciencia aplicada tiene menor rigor teórico que la ciencia básica, o incluso se percibe como una postura política, más que como una metodología, según expresa Paré. Larios y Poma, al igual que Lazos, encuentran que desde la academia a veces se conciben las gestiones de interacción y aplicación como distractores de las actividades realmente intelectuales y académicas. A estas críticas, Flores y Montes de Oca, así como Núñez y Olmedo, responden con ejemplos concretos en los que quien investiga muestra su agencia y reflexividad analítica para limitar la influencia de las y los participantes, así como de su propia subjetividad. Las y los investigadores tienen un juicio autocrítico que les permite visibilizar su “lugar de enunciación” y hacer una “vigilancia epistémica” de su propia obra. Al respecto, Núñez enfatiza que los productos académicos de estas investigaciones son evaluados con los parámetros científicos generales, por ello es injusto sostener que tienen menor solidez teórica.

Asimismo, tal como lo refieren Flores y Montes de Oca en su capítulo, el contexto, es decir, “el momento sociohistórico, el lugar y el espacio” donde se realiza la investigación, “influye en la relación que se establece con los grupos de estudio, pero también en la narrativa que éstos producen”. Investigamos en contextos sociales donde estamos inmersas como personas, como agentes sociales, como actores políticos; y, al hacerlo, reconstruimos las narrativas de

las personas con las que interactuamos al mismo tiempo que recomponemos nuestras propias narrativas sobre lo vivido y lo observado. Habitar el contexto y narrarlo en las investigaciones implica considerar las múltiples problemáticas que atraviesan las realidades donde se desarrollan los estudios y desde los que se produce conocimiento.

Padecer la crisis desatada por una pandemia o por una catástrofe medioambiental; vivir y envejecer como una persona indocumentada o como una persona cuyos derechos han sido sistemáticamente vulnerados por las condiciones de pobreza, desigualdad, marginación o violencia; organizarse para resistir lógicas hegemónicas; transitar del estigma al orgullo social (territorial, étnico, de clase o género); todas ellas son situaciones que enmarcaron las investigaciones sobre las que autoras y autores del libro construyeron sus reflexiones analíticas. Todas denotan problemáticas de los contextos sociales que impactan en la construcción del conocimiento. Desde estos contextos se construye conocimiento situado (capítulo de Prunier), pero también constriñen la posibilidad de hacer investigación.

Esto fue evidente durante la pandemia (como señalan Arancibia, Conteras y Núñez en sus respectivos capítulos). Frente a la incertidumbre de los primeros meses y ante las medidas sanitarias de resguardo y distancia social, la investigación en interacción y la construcción de conocimiento se vieron afectadas. Las y los investigadores no podían salir de casa para realizar observación o entrevistas sobre terreno. Contingencias como ésta también están presentes en situaciones de inseguridad y violencia (capítulos de Olmedo y Prunier). Pero, para no detener los procesos de investigación, sobre todo aquellos que implican interacción con las personas, emergen formas diferentes de relacionarse, de interactuar y conocer. Estas formas, empero, tienen implicaciones éticas que no se pueden pasar por alto. Preguntarse para qué se hace investigación en medio de problemáticas que amenazan la vida de las personas es una interrogante constante cuando se quiere construir conocimiento.

EL MARCO INSTITUCIONAL

Otra discusión importante a la que aportan los capítulos de este libro se refiere a la respuesta de la investigación social ante situaciones sociales críticas, en donde entran en juego un conjunto de factores, más allá del plano individual y de la responsabilidad y compromiso de las y los investigadores. Dos capítulos discuten las experiencias de investigación en interacción durante la pandemia de Covid-19 y otros eventos disruptivos o situaciones de emergencia, y señalan la importancia que tiene el marco institucional (capítulos de Arancibia y Contreras). Documentan cómo las respuestas e intervenciones, ante estas situaciones, contaron con un respaldo de las instituciones académicas con vocación de atención a los problemas de sus regiones (como en Tijuana y Mérida), incentivando acciones colectivas dentro de un centro público de investigación (El Colef), así como la creación de espacios de intermediación (Observatorio en la Escuela Nacional de Estudios Superiores en Mérida) con actores gubernamentales y sociales relevantes para cada espacio de observación. Este aspecto no siempre está presente en la investigación en interacción dentro de las ciencias sociales. Suele ser, como se aprecia en las experiencias de este libro, una estrategia que descansa en las y los investigadores.

Al respecto destacan otros factores, como la existencia de vínculos previos y relaciones de confianza con las y los actores sociales y las comunidades estudiadas; la presencia de liderazgos reconocidos y respetados, con capacidad de convocatoria y legitimidad académica; además de una alta valoración de la ciencia social profesional, es decir, del conocimiento científico riguroso como base para la intervención (capítulo de Contreras). Asimismo, los quehaceres y funciones de los distintos participantes, el proceso de aprendizaje que se requiere para que interactúe un grupo académico heterogéneo, y el posicionamiento de la institución a nivel territorial, facilitan su visibilidad pública (capítulo de Arancibia).

A pesar de la importancia demostrada del marco institucional en las experiencias expuestas, este también puede convertirse en una limitante de la

investigación en interacción; en particular, cuando las y los investigadores se enfrentan a las coacciones que pretenden imponer quienes dirigen instituciones académicas, gubernamentales y de cualquier tipo para que no salgan a la luz los conflictos que realmente existen; o cuando las estrategias de investigación no hacen sintonía con las reglas institucionales.

Susana Larios Murillo y Alice Poma mencionan otro conjunto de circunstancias institucionales que, sin querer ser restricciones a la investigación social en interacción, finalmente la limitan. Entre ellas está la agenda institucional, que en algunos casos puede no coincidir con los temas relevantes para otros sectores sociales o para las y los investigadores con intenciones de hacer ciencia en interacción, o que simplemente satura a las personas investigadoras con demandas estrictamente académicas, lo que les deja poco tiempo para otras actividades (consideradas no-académicas). Otro aspecto muy relevante mencionado por las autoras es la precarización de la situación laboral de las y los jóvenes investigadores, quienes se enfrentan a la dificultad de encontrar condiciones dignas para desarrollarse profesionalmente, en merma de su libertad para diseñar y realizar sus investigaciones en línea con sus valores.

Los vínculos entre las instituciones académicas y la sociedad son un aspecto central para la incidencia del conocimiento en la atención a problemas concretos. Este posicionamiento se ha expresado en distintas orientaciones a lo largo de los años y se han ensayado mecanismos institucionales variados para estrecharlos. La investigación social en interacción es una modalidad de trabajo académico que se impulsa mayormente desde las propias personas investigadoras. Aunque es una forma de trabajo que se desarrolla libremente en distintos marcos institucionales, no cuenta con respaldo ni con el suficiente reconocimiento institucional. Las y los investigadores que la desarrollan se encuentran ante fuertes tensiones para, por un lado, generar resultados que satisfagan los criterios de evaluación institucionales y, por el otro, llevar adelante su acercamiento con la sociedad, mediante prácticas que han sido poco reconocidas académicamente.

Lo anterior, a pesar de que la vinculación con la sociedad ha ganado importancia en las políticas y programas de desarrollo institucional en los últimos veinte años, y ello ha generado implícitamente diferentes formas de producir conocimientos y de definir las funciones de las instituciones (Casas, Corona y Suárez, 2017). Sin embargo, esas políticas han atendido de manera limitada las distintas formas de generar y movilizar conocimiento en las disciplinas sociales, por lo que en la práctica no se han traducido en estrategias institucionales que impliquen el estímulo y reconocimiento de estas actividades.

En los capítulos de Luisa Paré Ouellet, Elena Lazos Chavero, Oscar Fernando Contreras Montellano y Eliana Arancibia Gutiérrez se reconoce que El Colegio de la Frontera, el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (Iteso), la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENES) de Mérida y, por supuesto, el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM son instituciones favorables a la investigación social en interacción, tanto participativa como aplicada. También se reconoce como algo positivo el diseño de políticas como el Programa Nacional de Investigación e Incidencia, impulsado actualmente por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías en México, aunque aún no se pueden evaluar sus impactos reales en el avance del conocimiento y en la solución de problemas. Sin embargo, consideramos que esta perspectiva de investigación es aún susceptible a la influencia de los climas políticos en materia de ciencia y tecnología. Por lo tanto, queda en la agenda fincar sólidamente su incorporación en las instituciones educativas y centros de investigación.

ALGUNAS RECOMENDACIONES

Dada la riqueza y profundidad de las experiencias de investigación en interacción recogidas en este libro, resulta sugerente enumerar ciertas acciones concretas para cerrar esta agenda pendiente, algunas de las cuales se refieren a ejercicios académicos y otras a políticas de investigación institucionales.

- a. En la esfera académica, es preciso atender a los debates, dilemas y tensiones que se han apuntado tanto en la introducción del libro como en estas conclusiones, mediante:
 - i. Ejercicios permanentes de discusión (seminarios, congresos, publicaciones colectivas), en donde participen personas académicas que practiquen diferentes estilos de investigación.
 - ii. Introducir en la enseñanza de las ciencias sociales estas discusiones durante los procesos formativos de nuevas y nuevos investigadores.
 - iii. Contribuir a la discusión de esos debates, dilemas y tensiones en la esfera internacional, pues se trata de problemas que inciden en las ciencias sociales en general, pero con ciertas particularidades en cada país.
- b. En cuanto a políticas institucionales de investigación:
 - i. Valorar la pertinencia de instancias de vinculación con la sociedad orientadas a la movilización del conocimiento hacia los diferentes actores y sectores que forman parte de las investigaciones en interacción, con el objetivo de reforzar la investigación y contribuir a la sensibilización sobre la importancia de ese conocimiento para diseñar acciones, programas y políticas públicas, cuando sea el caso.
 - ii. Reconocer entregables y resultados de la investigación en diversos formatos, no sólo en los académicos; incluyendo los que alcancen a un público mayor y disminuyan la distancia entre el conocimiento científico y otros tipos de conocimiento.
 - iii. Incorporar formalmente en las investigaciones a participantes no académicos (cuando se compruebe la pertinencia), incluyendo su participación en actividades académicas.

Este libro proporciona una visión integral y reflexiva sobre la investigación social en interacción con la sociedad. A lo largo de sus páginas se abordan temas fundamentales, tales como la definición de este tipo de investigación, la relación entre la función académica y el activismo, las diversas formas de generar conocimiento y la influencia del marco institucional. Las experiencias

compartidas por las y los autores revelan la complejidad y las tensiones inherentes a la investigación social en interacción, al mismo tiempo que resaltan sus múltiples contribuciones éticas y metodológicas. Se destaca la diversidad de enfoques y la importancia de considerar los contextos sociales en los cuales se desarrolla la investigación. Además, se subraya la necesidad de establecer puentes entre la academia y la sociedad, reconociendo la relevancia de los marcos institucionales y proponiendo acciones concretas para fortalecer esta modalidad investigativa. En definitiva, este libro no pretende ofrecer respuestas finales, sino continuar el debate sobre la investigación social y su relación con la sociedad, señalando desafíos, ventajas y recomendaciones para avanzar hacia una práctica más comprometida y efectiva.

REFERENCIAS

Casas, Rosalba; Oscar Contreras; Alfredo Hualde; y Cristina Puga (2022).

“Ciencias sociales y pandemia en México: ¿respuestas convencionales frente a emergencias inéditas?”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 244: 45-72.

Casas, Rosalba, Juan Manuel Corona y Marcela Suárez (2017). “Los incentivos de las instituciones académicas para la vinculación conocimiento-sociedad: estudio exploratorio”. En *Vinculación Universidad-sector productivo para fortalecer los sistemas nacionales de innovación: experiencias de Cuba, México y Costa Rica*, coordinado por Gabriela Dutrénit y Jorge Núñez, 241-284. La Habana: UH Editorial.

[Notas]

- [1] Este aspecto fue señalado en el Informe Final de la Evaluación del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Comisión de Evaluación Institucional (CEI), 2022.

Sobre las autoras y los autores

[\[Regresar al contenido \]](#)

Eliana Arancibia Gutiérrez es doctora en Política Científica y Tecnológica por la Universidad de Campinas, Brasil. Es profesora titular del Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales (CEPHCIS-UNAM) y coordinadora del Observatorio de Regional de Gobernanza y Coordinación Social ante el Covid-19 para el estado de Yucatán (Orga). Sus líneas de investigación son: políticas de ciencia y tecnología; políticas de investigación; gobernanza de la ciencia y la tecnología; y utilidad social del conocimiento científico.

Rosalba Casas Guerrero es socióloga y doctora en Políticas de Ciencia y Tecnología por la Universidad de Sussex, Inglaterra. Es investigadora titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Sus líneas de trabajo han sido: historia de la política científica y tecnológica; impactos socioeconómicos de las nuevas tecnologías, en particular de la biotecnología; redes y flujos en la generación e intercambio de conocimiento; conocimiento, desarrollo regional e inclusión social.

Oscar Fernando Contreras Montellano es doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de México y profesor-investigador en el Departamento de Estudios Sociales de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), en Tijuana. Su área de especialidad es la sociología económica, con líneas de investigación en aprendizaje tecnológico; pequeñas empresas locales en cadenas globales de valor; e inserción laboral de migrantes.

Nancy Lysvet Flores-Castillo es doctora en Ciencias Sociales; socióloga, especialista y maestra en estudios de la mujer. Actualmente es investigadora posdoctoral en el Instituto Nacional de Geriátría (INGER). Sus líneas de

investigación son: vejez de grupos prioritarios y en instituciones de cuidados a largo plazo; envejecimiento consciente e intergeneracional; perspectiva de género y prevención de violencias.

Susana Larios Murillo es doctora en Ciencias Sociales y licenciada en Comunicación por la Universidad de Guadalajara. Es profesora asociada en el Departamento de Formación Humana y el Departamento de Estudios Socioculturales, ambos del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Oriente (ITESO). Forma parte del Laboratorio sobre Activismo y Alternativas de Base (Lacab). Sus líneas de investigación son feminismos, emociones y movimientos sociales.

Elena Lazos Chavero es doctora en Antropología Social y Socio-economía del Desarrollo, maestra en Antropología Social y licenciada en Biología. Actualmente es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Sus líneas de investigación son: ecología política; territorios y sistemas agroalimentarios; poder y cultura en la conservación de sistemas socioecológicos; género y cambio climático; vulnerabilidades e incertidumbres socioambientales y agroalimentarias.

Zahiry Martínez Araujo es candidata a doctora en Ciencias Sociales, magíster en Psicología y licenciada en Psicología. Actualmente es becaria doctoral del Centro de Investigaciones Sociales del Conicet y del Instituto de Desarrollo Económico y Social e investigadora del Programa de Estudios sobre Organizaciones de la Sociedad Civil (Área Estado y Políticas Públicas) de Flacso, Argentina. Sus líneas de investigación son: desigualdad social y espacial; discriminaciones y estigmatizaciones; pensamiento crítico latinoamericano.

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera es doctora en Ciencias Sociales, maestra en Sociología Política y licenciada en Etnología. Actualmente es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Desde

2013 imparte un laboratorio sobre etnografía en el Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Sus investigaciones versan sobre temas de gobernanza, participación y toma de decisión e incidencia pública y cambio social.

Verónica Montes de Oca Zabala es doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Estudios de Población por el Colegio de México, maestra en Demografía y licenciada en Sociología por la UNAM. Actualmente es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales. Sus líneas de investigación son: envejecimiento demográfico; estudios gerontológicos; redes de apoyo social, vejez y derechos de las personas mayores.

Marta Núñez Sarmiento es doctora en Economía por la Academia de Ciencias de la URSS, máster en Sociología por Flacso, Chile, y licenciada en Sociología por la Universidad de La Habana. Es profesora titular y consultora de la Universidad de La Habana (retirada) y miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Sus líneas de investigación son: mujer y relaciones de género en Cuba; metodología de las investigaciones sociológicas; relaciones Cuba-Estado Unidos.

Raúl Anthony Olmedo Neri es maestro y licenciado en Comunicación por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) e ingeniero agrónomo con especialidad en Sociología Rural por la Universidad Autónoma Chapingo (UACH). Es profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Sus líneas de investigación son: estudios LGBT+; activismo digital; megaproyectos; tecnologías de la información y las comunicaciones y vida cotidiana.

Raul Pacheco-Vega es doctor en Medio Ambiente y Manejo de Recursos Naturales con especialidad en Ciencias Políticas y Geografía Humana. Actualmente es profesor investigador en el Laboratorio de Métodos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México. Sus principales líneas

de investigación son la política pública comparada; la gobernanza de recursos naturales; la teoría neoinstitucional y los métodos de investigación.

Luisa Paré Ouellet es doctora en Antropología e investigadora jubilada del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Es integrante del Proyecto Nacional de Investigación e Incidencia del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Pronaii-Conahcyt) sobre “Fortalecimiento y articulación de sujetos colectivos para la defensa y gestión de cuenca en el territorio”. Es activista ambiental.

Alice Poma es doctora en Ciencias Sociales, con especialidad en Medio Ambiente. Actualmente es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, cofundadora del Laboratorio sobre Activismos y Alternativas de Base y coordina el Seminario Permanente Interinstitucional Emociones, Activismo y Cambio Social. Sus principales líneas de investigación son: activismo ambiental y climático; emociones y movimientos sociales.

Delphine Marie Prunier es doctora en Geografía Social por la Universidad Paris Diderot. Actualmente, es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y docente en los posgrados de Ciencias Políticas y Sociales y de Geografía de la misma Universidad. Sus líneas de investigación son las desigualdades territoriales, la agricultura global y la migración en Centroamérica.

Alí Ruiz Coronel es doctora en Antropología, investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales y coordinadora de Docencia en el Centro de Ciencias de la Complejidad, ambos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus principales temas de interés son la antropología aplicada; las políticas públicas e intervenciones dirigidas a poblaciones vulnerables; la situación de calle y la perspectiva de la complejidad.